



El séptimo círculo

# Victor Canning

La máscara del recuerdo



se

Lectulandia

En las desoladas playas de Devonshire, en pleno invierno, los niños del orfanato local realizan su habitual caminata. Margaret Tucker le regala golosinas a la monja que los cuida.

Es su rutina diaria pero ella ignora que es rigurosamente vigilada por dos hombres; ambos, por diferentes razones. Míster Tucker, su esposo, vive permanentemente en Londres por razones de trabajo; visita a su mujer... a veces. Victor Canning, maestro del suspenso y de la intriga, nos lleva a través de la trama a un imprevisible desenlace, donde muchas personas se entrecruzan hasta que el verdadero amor triunfa.

Lectulandia

Victor Canning

# La máscara del recuerdo

El séptimo círculo - 312

ePub r1.0

Titivillus 08.01.2019

Título original: *The Mask of Memory*

Victor Canning, 1974

Traducción: Kicsi Schwarcz

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.0



---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

## Índice de contenido

Cubierta

La máscara del recuerdo

Portadilla

Noticia

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Cinco

Seis

Siete

Ocho

Nueve

Diez

Once

Doce

Trece

Catorce

Sobre el autor

Notas

# **EL SÉPTIMO CÍRCULO**



**COLECCIÓN DIRIGIDA POR JORGE LUIS BORGES  
Y ADOLFO BIOY CASARES.**





## NOTICIA

*Victor Canning nació en Plymouth en 1911. Publicó su primera novela —Mr. Finchley Discovers his England— en 1934.*

*Antes de la guerra fue redactor del “Daily Mail”. Es autor de numerosos cuentos y series que han sido publicados en los principales diarios y revistas de Inglaterra y Estados Unidos. Sus novelas han sido igualmente señalizadas y su obra titulada The House of the Seven Flies fue llevada al cine. Entre sus éxitos más notables podemos citar Queen’s Pawn<sup>[1]</sup>, The Melting Man<sup>[2]</sup>, Firecrest<sup>[3]</sup>, The Kingsford Mark<sup>[4]</sup> y The Rainbird Pattern<sup>[5]</sup>.*

*Durante la Segunda Guerra Mundial se unió al Tercer Batallón anglo-escocés y fue miembro de la Royal Artillery.*

*Victor Canning está casado, tiene dos hijas y vive en su casa de campo de Kent.*



## UNO

SIN NINGUNA conciencia de lo que estaba haciendo, Margaret Tucker recogió un paquete de caramelos envueltos en un papel celofán de brillantes colores y los dejó caer en el bolsillo de su liviano tapado. Sentía una cálida presión contra la frente, como si una gran mano familiar hubiera sido colocada allí, una mano que recibía de buen grado, por el lento espasmo de bienestar que le producía. La tienda era una larga caverna de delicias brillantemente iluminadas, la gente que se movía por ella, repentinamente silenciosa, remotas figuras de un inocente sueño. Por ninguna parte había amenazas, ni dolor, ni soledad.

Agregó una tableta de chocolate a los caramelos que tenía en el bolsillo. En la envoltura había una vaca marrón y blanca profundamente metida en una pradera. Se movió lentamente por los repletos estantes y tomó tres paquetes más de caramelos, esperando pacientemente a que se moviera otro comprador, para poder tomar una marca especial que le había llamado la atención. Defendida contra el pensamiento y la realidad por la consoladora mano sobre su frente, que los borraba, deambuló entre los *stands*, deteniéndose una vez para tocar la tela de una blusa que estaba colgada en un soporte, sobre el suelo. Luego, sin prisa, sin ser agobiada por la culpabilidad o la vergüenza, salió del lugar sin pagar.

Caminó por la calle principal y dobló por el camino que atravesaba el atrio de la iglesia de St. Peters y que la llevaba al estacionamiento para autos. Abrió la puerta de su pequeño auto. Con un poco de torpeza, ya que era una mujer alta, se deslizó al asiento del volante y se acomodó durante uno o dos segundos, ubicando su suelto tapado, cómodamente alrededor de ella. Mientras lo hacía, su mano derecha palpó el bulto del bolsillo y oyó la profunda protesta del papel celofán.

En ese momento, la consoladora presión que sentía contra la frente, fue retirada, volvió la conciencia y con ella el nacimiento de una rápida, familiar agonía. Se quedó sentada al volante, mirando fijo, directamente delante de ella, mientras los extraños pero reconocibles síntomas de pánico la golpeaban. Su cuerpo tembló con una súbita violencia. Cerró los ojos para defenderse de ello y sintió la tibieza que se escapaba de sus lágrimas y le tocaba las mejillas en toda su extensión, y se dijo a sí misma:

—Oh, Dios mío... Dios mío querido.

Un hombre pasó por delante del auto y miró en su dirección. Dejó caer rápidamente la cabeza para esconder las lágrimas, simulando estar ocupada en poner la llave del auto en el contacto. Le tembló la mano, con una repentina vida propia.

El hombre siguió pasando, moviéndose entre las filas de autos estacionados, en dirección al suyo. Chupaba de su corta pipa, cuyo vástago había sido quebrado y remendado con una vuelta de cinta aisladora negra. La había visto a la señora de Bernard Tucker en la tienda y la había seguido, sin prisa ni temor de perderla, hacia el estacionamiento para autos. No era la primera vez que presenciaba una de sus ocasionales actividades de hurtos en negocios. Sabía, también, que no, tenía ninguna necesidad financiera de robar. Hasta el momento, algún benigno ángel guardián la había protegido de que la descubrieran. Como era escéptico en cuanto a ángeles guardianes se refiriera, sabía que de un momento a otro el de ella la abandonaría. Entró a su propio auto y sacó un anotador de la guantera. Lo abrió en la sección encabezada por letras mayúsculas, que decía: MARGARET TUCKER, dio vuelta dos o tres páginas llenas de anotaciones y luego comenzó a agregar más. Mientras escribía vio que el auto de Margaret Tucker salía del estacionamiento. Por unos minutos pensó en seguirla. Decidió que no. Sabía exactamente adónde iba. Su rutina de los lunes, miércoles y viernes a la tarde era siempre la misma. Billy Ankers no creía en perder el tiempo confirmando rutinas regulares. En su opinión, Mr. Bernard Tucker estaba desperdiciando su dinero.

Para cuando hubo atravesado la ciudad y estuvo fuera de ella sobre el camino del estuario, Margaret Tucker ya se había repuesto. Aunque su vergüenza era fugaz, en esas ocasiones, cuando se daba cuenta de lo que había hecho, era consciente de que por unos pocos minutos había actuado, sin darse cuenta, como un delincuente común. El rápido pasaje a la compostura la dejaba agotada y perezosamente exhausta en mente y espíritu. Había algo casi amodorradamente voluptuoso en su desenlace... como si, aunque siempre trataba de quitarse la comparación de la cabeza, recién hubiera sido amada, profunda, física y satisfactoriamente por un hombre. En ese momento trataba de quitarse el pensamiento de la cabeza, un puritano arrebatado de auto-censura estremeciéndole el cuerpo.

Manejó las seis millas de camino a lo largo del estuario, pasando por una zona urbana de casas, moteles y estacionamientos para casas rodantes. El sol de octubre quemaba, alto en un cielo claro, y dos aviones de combate de la R.A.F. dibujaban huellas sobre él, deshechas por el viento en rápidas cintas deshilachadas. La marea se retiraba, barriando rápidamente los últimos bancos de arena en medio de la corriente. En el lugar en que se encontraban los dos ríos y la marea se enfrentaba con sus desbordantes aguas, una nube de gaviotas giraba ruidosamente por el aire. Más allá de la cancha de golf, que ocupaba los primeros pasos de la larga extensión occidental de dunas y pantanos, dobló, bajando hacia la playa, y dejó el auto en el estacionamiento. La temporada de vacaciones ya había pasado y sólo había un puñado de vehículos en el lugar.

Trepó la duna por encima de la playa y se dejó caer hacia la extensión de arena sucia por el verano y que esperaba que los ventarrones del invierno la purificaran. La playa se extendía hacia el oeste, tres millas hacia la desembocadura del estuario, las

lejanas aguas perdidas en una baja niebla amarillenta. Unas pocas personas, algunas con perros, tachonaban la dura arena mojada al borde de la marea, en una perspectiva lejana. La mayoría serían residentes como ella misma, contentos de tener tan bellos paisajes y las extensiones de dunas, pantanos y madrigueras de vuelta para ellos solos. Se sacó el echarpe de lana y se lo metió en el bolsillo, el de la izquierda, todavía consciente de los caramelos que tenía en el de la derecha.

El constante viento de la playa levantaba su rubio pelo y le hacía entrar la arena suelta en los ángulos de sus ojos azul pálido y los hacía lagrimear. Caminó con largos y sueltos pasos por el duro borde de arena. Una desordenada fila de una docena de pequeñuelos bajó por la arena en dirección a ella. Una monja de ondulante hábito negro iba al frente de ellos y otra detrás.

Margaret Tucker cambió su rumbo y subió por la arena para reunirse con la monja que iba delante. Se detuvo frente a ella. La fila también se detuvo. Los chicos abrigados con una especie de tapados cortos, con los ojos muy grandes, las caras iluminadas y lustradas por el viento, se desparramaron desordenadamente entre las dos monjas.

Margaret Tucker sacó el paquete de caramelos del bolsillo. La monja la observó. No era la primera vez que había ocurrido esto. Pestañeó detrás de los anteojos de aro de acero. Un pequeño que estaba ahora sentado y comenzaba a cavar en la arena con las manos, levantó la vista hacia Margaret e hizo una mueca descaradamente, arrugando la nariz.

Margaret Tucker dijo:

—Para los chicos, hermana. —Le entregó los caramelos. La monja los tomó y éstos desaparecieron rápidamente en algún lugar dentro de los voluminosos pliegues de su hábito.

—Gracias, señora.

Margaret Tucker siguió su camino. Las monjas llamaron a los niños, la fila volvió a formarse desordenadamente y siguió caminando. Margaret Tucker retuvo en su mente la imagen de los chicos. Más de una docena. Todos huérfanos. Podría adoptar alguno fácilmente... Ni siquiera Bernard lo objetaría... Pero eso no era lo que ella quería. Repentinamente, y era la primera vez que se le ocurría la idea, dijo: “Tal vez yo robe para el niño que quiero”.

El momento de propia conmiseración desapareció, dejándola divertida por su propio tonto sentimentalismo. Siguió caminando con el viento que palpitaba a su lado, barriendo las livianas faldas de su tapado y dejando al descubierto sus piernas, como desaliñadas, débiles alas.

A una milla más arriba de la playa dobló apartándose de ella. Siguió un sendero familiar entre las dunas, serpenteando y doblando entre extensiones de espinos de frutos amarillos, zarzas diminutas y Vegetación espinosa. Después de un rato llegó a una hondonada chata, respaldada por dos altas dunas cuyos costados habían sido cavados por los conejos, dejando montañas de arena caída. Se quitó el tapado, lo

extendió en el pequeño espacio y se tendió sobre él, levantando la vista al pálido cielo azul.

Desde un cuarto de milla de distancia, dónde estaba tendido sobre el borde de las dunas por encima de la playa, Maxie Dougall vio a Margaret Tucker mientras se detenía brevemente para hablar con la monja. Aclaró el foco de la imagen de ella en sus anteojos largavistas, vio el coloreado destello de los paquetes de caramelos cuando ella los entregó, los pálidos movimientos de manos de una pequeña que estaba parada detrás de la monja que iba delante, rascándose las costillas a través del tapado, y el brillante movimiento del pelo rubio de Margaret, apresado por el viento, nítido y dorado contra la extensión gris pizarra de las húmedas arenas. Apartó los anteojos del grupo y recogió la franja de arena bordeada por el agua, a unos cien metros de distancia.

Una bandada de pájaros, fantasmas de pájaros grises y blancos, estaban activos al borde del agua, corriendo y alimentándose sin cesar mientras el mar que volvía, daba vida al borde de la playa, haciendo entrar en actividad a peces y crustáceos. De tanto en tanto los pájaros se echaban al aire, girando y dando vueltas bajas sobre el agua en una notable precisión de golpes de alas a franjas, negras y blancas. Estaban allí ya para el invierno, para reunirse con los chorlitos de los pantanos que trabajan las corrientes de la marea. Otras aves migratorias estaban comenzando a pasar. Esa mañana había habido docenas de doradas avefrías en el pasto de las ciénagas y docenas de variedades de pájaros que él había visto todos los días durante dos semanas.

Metió los anteojos en el bolsillo de su usada casaca impermeable y se dio vuelta para observar a Margaret Tucker. Le gustaba la forma que tenía de caminar, un paso firme, suelto, como si supiera exactamente adónde iba. La había observado, ya hacía más de dos años, fijándose en ella al principio con menos interés del que ponía en los animales y pájaros de las dunas y la playa, con menos interés del que prestaba a mucha gente que se le antepone a la vista. Sólo cuando las multitudes del verano se iban, ella caía en su rutina semanal. Durante el verano podía aparecer en cualquier momento. Pero cuando las arenas y las dunas perdían sus visitantes, ella volvía a una rutina familiar. Los lunes, miércoles y viernes. Sólo el peor de los temporales rompía esa rutina. Él sabía quién era ella, y dónde vivía, conocía su auto y su número. Saber esas cosas era ya un hábito. Había vivido en esos lugares durante mucho más tiempo que ella.

Cuando se desvió de la playa hacia la izquierda y entró a las dunas, él sabía cuáles serían sus movimientos, exactamente como sabía que cuando la marea estaba casi en su punto más alto, las gallinetas se largarían al agua en una fina, precisa formación, para descansar sobre las rocas, al pie del acantilado, en el brazo este de la bahía, y que a medianoche una zorra se movería lentamente atravesando una milla de pantanos para trabajar en los depósitos de basuras del estacionamiento para autos de

la playa, sus recolecciones cada vez más magras a medida que se iba terminando la temporada. El saber esas cosas era su pasión.

Se tendió de espaldas y entornó los ojos para defenderse del sol. Comenzó a pensar en las tres chicas veraneantes, a las que le había hecho el amor sobre esas dunas durante el verano. Recordaba sus nombres, sus caras y sus cuerpos, y sabía que estaban vencidas y no hubo ningún calor en su recuerdo por ellas. Repentinamente se le presentó a la memoria la imagen de una mañana reciente, cuando iluminado por el rojo sol naciente, había visto saltar a un salmón que venía del mar, corriendo por el estuario, contra la primera corriente teñida de marrón del East River, y saltando alto; una señal plateada suspendida contra la mañana, como una exclamación de Dios. Ninguna mujer podía impresionar y conmover sus sentidos con el mismo latido de placer que le desgarraba las entrañas.

Después de un rato se dio vuelta y se puso de pie. Caminó la extensión de la playa hacia el estacionamiento para autos. Al pasar por delante del auto de Margaret se detuvo por uno o dos minutos para mirar dentro. Estaba prolijo y limpio, no había indicios de la basura familiar y el desorden que marcaba a tantos autos. Había un libro en el compartimento del tablero. Era una novela histórica. La tapa mostraba a un hombre de algún clan de Highlands, parado en una roca barrida por el viento, éste arrancándole la pollera y la capa, en su mano derecha una espada levantada desafiante hacia un cielo manchado de azul y gris, el brazo izquierdo sosteniendo a una chica delgada, de pelo rubio, descalza, que llevaba una andrajosa camisa, que dejaba al descubierto la mayor parte de sus pechos. Atravesando resplandeciente la tapa, corría el título “Arrojado sea mi amor”.

Sonriéndose para sí mismo, se dio vuelta, y volvió por el sendero. Se preguntó si esa era la forma en que Margaret Tucker veía a sí misma. Una rubia desamparada de los valles, la sangre real desconocida por las venas... ¿una mezcla de consoladoras fantasías, una huida de una demasiado familiar, aburrida, mañana, tarde y noche? Probablemente. No conocía a nadie que no estuviera buscando alguna huida de algo, viviendo en la esperanza o el sueño de un mañana más rico. Él mismo lo hacía, pero nunca perturbaba su sueño. En sus sueños no atravesaba los salvajes valles en busca de algún botín, una posesión perdida, ni buscaba acostarse con la hija desposeída de algún capitán por cuyas venas corriera la sangre de los reyes. Él había venido de un limbo bien organizado. Abandonado en un orfanato a los dos años, sin nombre, sin marca, la caridad fue su niñera, pero cuando había llegado a los veintiuno, disfrutó de una pensión mensual cuya fuente era un abogado de Londres, comprometido por un secreto profesional. Por orgullo y desprecio, aunque aceptaba el dinero, que lo sacó del alcance de la pobreza y lo dejó lejos de un fácil bienestar, nunca trató de rastrear a su donante. Una monja irlandesa, muerta hacía tiempo, que lo había llevado en fila de a dos, de arriba a abajo por esa playa, le había dado un nombre, Maximilian Dougall. Tal vez había sentido que la grandeza del nombre

compensaría la pequeñez de su nacimiento. Estaba un poco loca de todos modos en su propia manera afectuosa, y él le había dado su infantil amor.

Volviendo a subir a la playa, el silbido de los pájaros sobre el borde de la marea, a su izquierda, decidió, sabiendo que la decisión debía haber estado enroscándose y desenroscándose en su mente durante mucho tiempo, que había esperado ya bastante que la oportunidad golpeará la puerta para entrar. Tenía que fabricarse su propia oportunidad. Por lo que sabía, Margaret Tucker era una persona tan buena para acomodarse a su futuro, como cualquiera otra que hubiera tenido en consideración. Sin embargo, sabía también, que si no la hubiera visto ese día, habría podido elegir con la misma facilidad alguna otra persona, alguna otra mujer que caminara por esta playa, las dunas, los senderos del acantilado, las lomas de los descampados hacia el este. Cualquier mujer con un cuerpo aceptable y los antecedentes adecuados, le hubiera servido.

Se apartó de la playa y se metió en las dunas dónde a trescientos o cuatrocientos metros de distancia, sabía que Margaret Tucker estaría sentada o durmiendo en su hondonada llena de sol y sin viento.

Billy Ankers tenía una oficina encima de una panadería en Allpart Street. La entrada era por una estrecha puerta a un costado del negocio. Al fondo de la oficina había un largo y angosto dormitorio con un pequeño hueco para cocinar, con una cocina a gas y una piletta de piedra amarilla que le servía para todos sus propósitos culinarios y de lavado. Al final de la escalera que llevaba a la oficina había un pequeño *toilette* que pertenecía a la panadería, cuyo uso le era permitido a Billy por el convenio de alquiler.

Billy era un hombre limpio, escrupulosamente prolijo y ordenado. En sus cuartos cada cosa tenía su lugar y se conservaba limpia y lustrada. Billy adoraba todo lo que tenía. Cuando se le rompía o dañaba algo, lo reparaba y seguía usándolo (hacía esto menos por economía, aunque siempre estaba justo de dinero, que por el casi dolor físico que experimentaba cuando algo viejo y bien probado sobrevivía a sus funciones y tenía que tirarlo). Una taza rota arrojada al tacho de basura era una pequeña parte de su vida que se iba para siempre, y sabía que le llevaría semanas acostumbrarse a una nueva, y llegar a quererla. El amor por sus pobres pertenencias era una suave pasión en Billy. Era un hombre agradable, afable, buen compañero y bastante inescrupuloso cuando se trataba de dinero. Aparte de su agencia de investigaciones de un solo hombre, que no estaba señalada por ninguna placa en la puerta de entrada, aunque era anunciada en los diarios locales y del distrito como — William Ankers. Investigaciones Confidenciales—, hacía negocios intermitentemente, como intermediario, sin que se hicieran preguntas sobre ninguna de las partes. Relojes equipos de radio, venados y salmones obtenidos ilegalmente,

ropa interior de seda, piezas de motores y neumáticos, Billy era capaz de encontrar un discreto mercado para esas cosas y su comisión era razonable.

Golpeaba una vieja máquina de escribir portátil Royal, componiendo su informe mensual para Míster Bernard Tucker, un hombre al que había visto sólo una vez en su vida. Escribía meticulosamente pero no con gran velocidad. No se preocupaba demasiado por el esfuerzo de escribir sin faltas de ortografía, porque era totalmente inconsciente de sus errores. Una pequeña flor de lis de arrugada concentración le marcaba la frente, una frente que corría bruscamente hacia atrás, hacia un pelo raleante, de color arena, sin raya. La cara era delgada, de forma triangular, la piel de color oliva pálido, y para sus treinta y cinco años, suave y sin marcas, como si estuviera hecha de plástico pulido. Los ojos debajo del más tenue manchón de arenosas cejas, eran grandes, oscuros, y brillantes como moras silvestres que hubieran perdido la bruma de su floración. Sus largas piernas metidas debajo de la mesa estaban casi tocando una pequeña estufa eléctrica, colocada frente a él. Le encantaba tener los pies calientes sin importarle la estación del año que fuera. La sensación en ese momento, del calor de la estufa contra el cuero de la suela de sus zapatos, le producía un suave, sensual placer.

Se oyeron pasos en la escalera y Nancy Barcott entró al cuarto, empujando la puerta con un lento bamboleo de sus muslos y llevando una bandeja en la mano. Sobre ella había una cafetera, taza y plato, y otro plato con una gran tajada de torta Dundee.

Billy dejó de escribir a máquina y tiró del extremo suelto de la página que estaba escribiendo y lo dobló sobre las teclas, para que ella no pudiera leer lo que había escrito.

—Hola, Nancy.

Ella colocó la bandeja sobre el escritorio.

—Se te van a caer los pies a pedazos uno de estos días. Desde el negocio, abajo, se puede oler a cuero quemado.

Billy soltó una risita.

—Mientras sean sólo mis pies, ¿eh? Pies calientes, corazón ardiente, y con el corazón caliente, Nancy, mucha gente que conozco se las podría arreglar.

Mientras hablaba colocó la mano debajo de la falda de Nancy, deslizándola por la parte interior del muslo hacia arriba, hasta que estuvo en una posición como para masajear sus nalgas. Nancy no se percató de la caricia. Era una mujer bajita, de pelo oscuro, regordeta, de unos treinta años, de cara simple pero agradable. Vivía con una vieja madre viuda que era una tirana, pero de la que, por una incomprensible lealtad (por lo menos para Billy) no se separaría para ir a vivir sola. Billy y Nancy se querían, sin que eso les perturbara mucho sus vidas. Se acostaban juntos tres noches por semana, de nueve y media a once y media (si las obligaciones del negocio de Billy lo permitían). Luego Billy la mandaba de vuelta con su madre. Algunas veces, si las obligaciones eran muy frecuentes, ella subía una media hora después de cerrar

el negocio. Los dos sabían que cuando muriera la madre de ella, se casarían, pero era una perspectiva tan remota que raramente la consideraban. La señora Barcott a los sesenta años de edad era tan fuerte y durable como un roble bien plantado.

Mientras Nancy le servía el café, Billy comentó:

—Saqué un buen precio por ese cargamento de pintura, el jueves. Te invito a tomar unos *gins* esta noche en el bar, si quieres.

—No puedo. Tengo que llevar a mamá al bingo. Es su noche. Y tú sacarás una buena ganancia de la policía también, uno de estos días.

—Yo no. —Movi6 la mano hacia una zona intocada del trasero de ella—. Estás engordando, nena. Demasiados bollos entre cliente y cliente.

—Si no te gusta la mercadería, deja de manosearla.

Le tir6 de la oreja y fue hacia la puerta. Desde una distancia prudencial (porque nunca se sabía con Billy) se levant6 la parte delantera de la falda, hizo un gesto obsceno, y sali6 por la puerta riéndose.

Billy se ri6. Luego, dejando de lado el café, ya que le gustaba tibio, sigui6 escribiendo a máquina.

La carta terminada decía:

*Estimado Mr. Tucker:*

*Informe de cuatro semanas sobre la persona en cuesti6n, hasta el 21 de octubre. He llevado a cabo algunas comprobaciones seg6n las instrucciones dadas el 15 de agosto pasado. Todas las rutinas observadas son normales, excepto el incidente del día de la fecha, que es la repetici6n de otros tres ya señalados a su amable atenci6n.*

*La persona en cuesti6n entr6 en las tiendas Marks y Spencer, Allpart Street a las 14,20 hs. pas6 unos minutos deambulando por el negocio y luego entr6 a la secci6n confitería y caramelos, al fondo del negocio. Sin ning6n intento de ocultamiento tom6 cuatro o cinco artículos en venta y se los metió en el bolsillo, y luego camin6 por el negocio, saliendo sin pagar. Camin6 por Allpart Street, pasando por el atrio de St. Peters, hacia el estacionamiento y entr6 al auto. Su servidor la sigui6 y al pasar al lado del auto, not6, sin llamar la atenci6n, que aquella estaba momentáneamente perturbada. Pudo haber estado llorando. Luego la persona en cuesti6n sali6 con el auto. Sigui6 hacia North Lobb Burrows e hizo su acostumbrado paseo, subiendo por la arena y luego sigui6 hacia su domicilio.*

*Nuevamente ninguna indicaci6n de detalles especiales, como los notificados por usted, para que fueran observados. Se continuará la vigilancia seg6n sus honorables instrucciones.*

*Suyo afectuosamente*

“Suyo afectuosamente”. Bueno, en gran parte, se dijo Billy a sí mismo. ¿Y por qué no? No podía perder demasiado tiempo detrás de una mujer que evidentemente tenía una rutina casi fija todos los días de la semana. Era muy curioso, sin embargo, lo de los robos en los negocios. Alrededor de una vez (algunas veces dos) por mes. No siempre Marks y Spencer. Otros negocios también. Entrar descaradamente, levantar simplemente la mercadería y volver a salir. Dios debía cuidar de ella o algo por el estilo, pues era un milagro que todavía no la hubieran pescado. No era una mujer para pasarla por alto tampoco. Alta, de buena apariencia, todo ese pelo rubio y esos lejanos ojos azules, soñadores. Debía estar tocando los cuarenta años, pero todavía estaba en forma. Aunque tuviera conciencia de sus encantos, no tenía mucha, ni siquiera, alguna, posibilidad de usarlos, pero esto era evidentemente lo que perseguía con sus “detalles especiales” Mr. Tucker “No-creo-en-la-fidelidad”.

Se sirvió café, lo bebió, y luego escribió la dirección de Mr. Tucker en un sobre. Euston Road, Londres. Graingers Tobacconist. La dirección que le convenía, seguramente...

Margaret Tucker se despertó a medias, los ojos todavía cerrados. Se quedó uno o dos minutos más acostada, oyendo el cercano ruido del mar al subir la marea, sobre la playa, y el zumbido de unas pocas abejas tardías que trabajaban en las flores de los tomillos y de los arbustos espinosos. Dio media vuelta para quedar de espaldas y estiró los brazos, disfrutando del descanso que le había deparado el sueño y la relajación de su cuerpo. El movimiento llevó sus faldas bien por encima de las rodillas. La suave corriente de aire se arremolinó contra sus piernas y tocó, con una caricia suave y frívola, la desnuda carne por encima de una de sus medias. La flexión de sus brazos hizo que se le endureciera el pecho presionando sobre los botones de la blusa.

Se incorporó, los ojos abiertos. Sacudió la cabeza y se pasó las manos por el pelo para apartárselo de la cara. Al levantarla después de este movimiento, vio al hombre. Estaba sentado en un pequeño montículo de pasto, del otro lado de la hondonada, las rodillas recogidas, los codos descansando en ellas y las grandes manos sosteniendo los costados de la cara. Por un momento la recorrió una sensación de alarma.

Como si hubiera existido ya una lejana, establecida relación entre ellos, el hombre sonrió y sacudió un poco la cabeza.

Dijo:

—Quédese tranquila, Mrs. Tucker...

Margaret se puso de pie, se enderezó la falda y se limpió la arena suelta que se le había pegado. Se sentía confundida y un poco enojada. ¿Cómo se atrevía alguien a quedarse allí sentado y observarla mientras dormía? Se dio cuenta entonces de que

había visto al hombre anteriormente... en realidad sabía vagamente algo de él por las habladurías locales.

Antes de poderse controlar, dijo:

—Su nombre es Dougall, ¿no?

Dejó caer la mirada y sacudió su liviano abrigo, sacándole el pasto seco que tenía en las mangas. Se preguntaba cuánto tiempo habría estado allí, observándola, los ojos puestos en sus piernas. Con una extraña seguridad, supo exactamente los límites de intimidad que habían descubierto los ojos del hombre.

—Así es. Maxie Dougall. Esto es, Maximilian. Échele la culpa de esto a una monja irlandesa.

Se rió suavemente, y el sonido atrajo los ojos de ella en su dirección. Era una lenta risa que marcaba el rápido pasaje de los recuerdos. Llevó la cabeza hacia atrás para señalar la playa.

—Yo acostumbraba a caminar en la fila del orfanato. Hace unos años que ando ya por aquí.

Hablaba bien, sin trastabillar ni subestimar ninguna palabra, pero todas ellas llevaban consigo el firme toque del acento local del West Country. Se sonrió.

—Veo que a veces usted les da caramelos...

—Sólo de vez en cuando... —Y habiendo dicho esto se preguntó si las veces que él la había visto antes, que debió haberla visto antes, se habría quedado sentado en la punta de alguna duna, observándola, esperando que algún movimiento del sueño dejara al descubierto... Uh suave escalofrío le hizo poner tensos los omóplatos para contenerlo.

Aunque estaba de pie, él seguía sentado en su montículo, las manos ahora entrelazadas entre las piernas, los codos, todavía sostenidos por sus bien extendidas rodillas. Tuvo una rápida sensación de que la falta de cortesía de él era mantenida como parte de un cálculo deliberado para hacerle sentir una emoción que lo distinguiera entre otros hombres. Empezó a moverse, descartando la tontería de esa clase de pensamientos.

Un pequeño pájaro, desde un arbusto, se pavoneó por el sendero, en una breve exhibición de cabeza negra y zonas de blancura, antes de irse hacia la cresta de las dunas.

Por su derecha el hombre dijo algo que ella no pudo pescar. Se detuvo y tuvo la impresión de que algún extraño que habitaba su cuerpo había vencido su propia voluntad. Lo miró, inmóvil. En ese momento se abrió un golfo en su mente en el que flotó un presentimiento de que tenía que irse... irse rápidamente. Era la misma sensación que tenía siempre, antes de la mano consoladora extendida sobre la frente y la gran confianza e inmunidad que la poseía y controlaba. Se quedó allí parada, inmóvil, y esperó la cálida caricia de la mano. Pero esta quedó quieta.

El hombre dijo:

—Cabecita negra —estaba en ese momento de pie, y sobre su gran cara tostada por el sol se extendía una cordial sonrisa.

—Es el pájaro *Saxicola torquata*. Sus primos *Saxicola ruletra*, anduvieron por aquí hasta principios de mes, pero ya estarán camino a África en este momento — luego se encogió de hombros y continuó—: Siento haberla molestado, Mrs. Tucker.

Ella meneó la cabeza y siguió caminando. Maxie Dougall la observó bajar el sendero de la duna y luego desaparecer por la suave cresta hacia la playa. Al observarla durante los pocos minutos antes de que se hubiera despertado, él había reconocido el súbito deseo de posesión que había marcado el comienzo de sus relaciones con las chicas de veraneo... la pequeña desnudez, reclamando el tacto de una mano, por encima de una media, el más fino borde de encaje filigranado atravesando un muslo. Era una mujer hermosa, bien formada... una mujer fina, casi tan alta como él, una mujer con la que uno se podía medir. Pero aún así, ella no era lo que había visto él. Estaba casada. Tal vez debería olvidarse de todo el asunto y buscar el tipo obvio de mujer, más fácil, una viuda con dinero. Había muchas por los alrededores entre las residencias retiradas del lugar, y muchas que serían bien recibidas en la cama por cualquier hombre. Luego, recordando la elevación de sus pechos contra la blusa, al levantarse, el ligero enredo de su pelo rubio echado hacia atrás desde la hermosa cara rosada y blanca, supo que estaba entregado.

Se dio vuelta, y comenzó a caminar por las hondonadas hacia su pequeña cabaña al oeste, sobre el pantano del estuario, donde los dos ríos se separaban.

Margaret Tucker estaba sentada en su auto sin intentar ponerlo en marcha. Sentía un profundo desgano por empezar a hacer el viaje de vuelta a su casa. No la esperaba nada allí, excepto la monotonía de una rutina demasiado familiar, demasiado poco grata.

Sin ninguna emoción, pensó ¿por qué lo soportas? ¿Quién te echaría de menos? Ciertamente no Bernard. Aparte de todo lo demás, estaba rara vez en casa y cuando estaba... Ya hacía tres años, y poco frecuentemente mucho antes de eso, que no la tocaba. Una casera con un empleo espléndido, el patrón raramente en casa y cuando estaba, sus pedidos eran mínimos, a veces levemente afectuoso pero nunca profundo. Todo lo que había existido entre ellos, en tanto hombre y mujer, había muerto hacía tiempo. No porque ella lo deseara. Pero había desaparecido. No de golpe sino que se había ido muriendo, como una fotografía que se va destiñendo... Nunca lo habían discutido. Nunca discutía ciertas cosas con Bernard. Si lo intentaba él la miraba con una suave mirada fija, y si ella insistía (lo que había hecho una o dos veces al principio) se levantaba y abandonaba el cuarto. Hacía mucho tiempo, lo había obligado una vez a escucharla, y él había terminado por levantarse y salir de la casa. Algunas veces, ahora (cuando se habían ubicado en sus existencias separadas, personales) ella pensaba que él se había ido volviendo lenta y permanentemente loco o algo así. O que era impotente y que el orgullo masculino dentro de él, estaba tan retorcido que ni siquiera se animaba a construir la palabra en sus pensamientos, ni

mucho menos discutirlo con ella. Fuera lo que fuese, el hombre con el que se había casado hacía tiempo, se había ido, su lugar había sido tomado por este nuevo Bernard, que vivía su propia vida comercial en Londres, y que volvía a su casa para el fin de semana, el que podía espaciarse hasta un mes, dos meses... nunca se sabía.

Mientras se inclinaba hacia adelante para poner en marcha el auto, su mirada fue atraída por el libro que estaba leyendo. Se sonrió forzosamente para sí. Había existido una época en que hubiera sido el último libro que habría leído, una época en que el amor (por lo menos en sus lecturas) no necesitaba específicos. Ahora sabía, era consciente con una pesadosa, hasta un poco divertida vehemencia, que disfrutaba de la franqueza, se dejaba estar en ella, extrayendo con placer su respuesta física a las palabras, sustituyéndose con tal detallada, nueva, fidelidad que había habido veces en que, en un ataque de enojo mojigato, había tirado el libro, sabiendo sin embargo, aún es ese acto de rechazo, que volvería a él.

Por amor de Dios, pensó con enojo mientras daba vuelta la llave y el motor se ponía en marcha, ¿qué clase de vida es ésta? Salió con una feroz patinada de las ruedas traseras sobre la suelta arenisca del estacionamiento. Vio la mano izquierda del capitán de la novela, grande y firme, ahuecada vigorosamente sobre el pecho desnudo de la chica. Grandes, firmes manos oscuras como las del hombre que había estado sentado y la había observado dormir. Repentinamente se estremeció, toda la piel de su cuerpo electrizada por la sensación de las manos del hombre que recorrían todo su cuerpo.

Conocía la casa de Lopcommon hacía años, desde la época en que había sido becario de la escuela primaria, y comía en la casa de sus padres adoptivos que eran la bondad misma con él. Sin embargo, nunca habían establecido un verdadero contacto, porque él no recibiría nada de nadie, excepto por su propia elección. Una vida de familia artificial era lo último que hubiera querido. Había subido allí de noche a cazar conejos, esperando el subterráneo sonido de las pisadas, viendo el bulto de la red en la boca de la cueva, en la oscuridad, luego soltando el conejo para partirle el pescuezo con una rápida torsión de las manos. En verano las perezosas víboras se asolearían sobre las rocas de granito y él también las atraparía, con una rápida estocada con un palo en forma de horquilla clavándolas detrás de las cabezas. Las mataba y las tiraba, recordando el único perro que había tenido y que había muerto de una de las mordeduras de aquéllas...

Había una niebla inmóvil y pesada sobre el terreno bajo, pero allí arriba el aire era claro bajo la brillante luz de las estrellas de una noche sin viento. Estaba tendido en la parte chata superior de una roca, descansando sobre sus codos, los anteojos largavistas junto a los ojos. La casa estaba sobre el lejano terraplén de una angosta comba a través de la cual corría un pequeño arroyo. Una pared baja de piedra, interrumpida por un portoncito, bordeaba el declive final del jardín de la casa con sus

arbustos y rocas a cada lado. Era una larga casa de granja, baja, blanca, con techo de pizarra, convertida en residencia de campo hacía muchos años. La entrada principal estaba en el extremo más alejado, junto a un camino para autos que bajaba desde la ruta paralela a la cresta de la comba. Desde que había hablado con Margaret Tucker hacía una semana en las cuevas, había vigilado la casa la mayoría de las noches y había caminado alrededor de ella durante el día, cuando Margaret estaba de compras en el centro.

Los anteojos abarcaron las largas ventanas del salón de estar. Las cortinas estaban cuidadosamente corridas, pero la luz interior mostraba los bordes verticales alrededor de la figura, en un suave resplandor. Ella estaría allí sentada leyendo o mirando televisión. Una noche recientemente, cuando una de las cortinas había estado mal acomodada, él había bajado y había mirado dentro, para verla en un ángulo de limitada visión, sentada en su sillón leyendo. Cuando él quería, podía deambular por la noche y la oscuridad con la facilidad de un zorro, con la deliberada, silenciosa naturalidad de cualquier criatura nocturna. No había perros en la casa, no había chicos, ni personas de servicio, excepto una persona por horas que trabajaba dos o tres veces por semana y se iba a mediodía. En el verano, un jardinero iba tres veces por semana, por el día. Entonces en los últimos días del otoño, el hombre iba una vez por semana, los días sábados. Margaret Tucker no era evidentemente una mujer que estuviera preocupada por la soledad ni que tuviera miedo de quedarse sola durante la noche. Todo el mundo sabía que Mr. Tucker, que trabajaba en Londres, (aunque no se sabía claramente en qué), no estaba en su casa durante semanas, a veces.

La luz del salón de estar se apagó. Un minuto o dos más tarde se encendió una luz en el dormitorio, en el extremo derecho de la casa. Se corrieron las cortinas. Un día (sabía esto con una certeza que no encerraba ninguna arrogancia) conocería ese dormitorio.

Bajó los anteojos largavistas y observó las grietas de luz, pálidamente pintadas, en los bordes de las cortinas. Estaría desvistiéndose, quitándose la ropa de su alto, bien delineado cuerpo, sacudiendo, peinando y cepillando ese pelo rubio, los ojos suavemente azules, tal vez mirándose en el espejo. El pensamiento ocasionó la concentración de un músculo en su interior, una fraccionaria respuesta a las notas sexuales de su fantasía... pero no había lujuria. Llegaría el momento en que la poseería y conocería su cuerpo, y ella conocería el de él y se diría a sí misma que lo quería. La abrigaría en la tela de las propias ilusiones de ella, con tanta seguridad y con una intención tan mortal, como cualquier araña que cubre completamente alguna mariposa atrapada, y forcejeante, en su red, tapándola con filamentos de seda, adornándola y destruyéndola.

Rodó lentamente desde su roca, se abrió el cuello de la chaqueta y se alejó caminando. Muy lejos, por encima de la niebla, las señales luminosas rojas para la aviación, de los pabellones de la central eléctrica, que atravesaban el estuario de Two Rivers, eran puntos fijos que le marcaban la línea a través del campo hacia las dunas.

La vio a Margaret dormida en su hondonada. Como proyectaba utilizarla, ya estaba creciendo un amor por ella en su interior. Toda posesión era una forma de amor, y no vio ninguna contradicción en el hecho de poder amar el objeto que al final tendría que descartar. Por un momento ella estuvo recreada en las lentes de su anteojos, el pelo rubio suelto al viento mientras le daba caramelos a la monja que encabezaba la fila de chicos en cadena. Recordó la monja irlandesa que lo había llamado Maximilian Dougall. Cuando murió la había llorado. Nunca había conocido lágrimas semejantes por ninguna otra persona, ni las conocería nunca, si llegaba el momento, por Margaret. Una vez que uno ha caminado en fila de a dos, estaba marcado aparte. Todos esos chicos saben instintivamente que la caridad es una forma de dinero de la conciencia o (aunque llegó después) una ofrenda a los dioses para que siga la buena suerte. Cuando se entraba al mundo sin amor, sin ser deseado, ¿había que sorprenderse de que uno trajera una nueva y personal forma de moralidad consigo?

Apoyada contra sus almohadones, con una chaqueta acolchada de seda, Margaret estaba escribiendo en su diario. Era algo que hacía dos o tres veces por semana. Generalmente las entradas eran breves, un poco más que una ayuda-memoria al continuo devenir de semanas de tal intimidad personal, que sólo pudiera confiar en el diario. De todos modos lo tenía guardado con llave en uno de los cajones laterales del escritorio de su dormitorio, del que ella soja tenía la llave. Aunque las entradas fueran inocuas, no le hubiera gustado que Bernard las leyera... ni siquiera podía imaginar que pudiera estar ni remotamente interesado en ellas. Hacía mucho tiempo que Bernard se había aislado en su propio mundo.

Escribió:

*“Volvió a suceder. Allí estaba yo sentada en el auto y mi bolsillo estaba lleno de caramelos. En el momento siempre me asusta, pero luego la sensación se va rápidamente y realmente me siento más tranquila al respecto y enseguida me olvido de todo.*

*Tendría que ver a un médico, supongo. Seguramente que no será la menopausia. ¿Cómo podría serlo ya? Algunas veces estoy muy furiosa de no poder comentarlo con Bernard. Llamó por teléfono esta tarde, podría estar en casa para este fin de semana o el próximo.*

*Tiene que viajar al exterior por una entrevista y no puede tener seguridad. Si yo tuviera algo de coraje, él volvería y encontraría que me habría ido... pero ¿adónde ir? Y ¿dónde encontrar el coraje? Soy una inútil y no tengo esperanzas para hacer cosas. A veces tengo la sensación de que a Bernard le gustaría volver y descubrir que me he ido...*

*Mrs. Paton rompió la más chica de las jarras de porcelana del juego, al ordenar el comedor. Hizo una gran cuestión al respecto y yo hice los sonidos que correspondían. Creo, sin embargo, que yo estaba un poco perturbada. El juego era bastante costoso y fue una de las últimas cosas que Bernard me compró cuando acostumbraba a traerme cosas, así, inesperadamente... Hace diez años. Ahora son sólo los formales regalos de Navidad y de aniversario. Qué lindo volver a tener un hombre que le trae a uno cosas porque las ha visto y ha pensado en uno.*

*Le di los caramelos a los chicos del Sagrado Corazón que estaban en la playa. Gracias a Dios se han ido los visitantes y tenemos la playa y las dunas para nosotros”.*



## DOS

QUINT estaba trabajando firmemente en la pila de carpetas que se habían acumulado sobre su escritorio durante los tres días que había estado afuera. Estaban los acostumbrados informes de inteligencia, memorándums inter-departamentales y los análisis de propaganda, basados en la prensa semanal europea. El mismo monótono material de rutina. La cabeza todavía alimentaba un buen dolor por el *whisky* de la noche anterior. Todo por la causa del deber... aunque se había tomado tiempo al final, para sus propios placeres puramente personales. No se imaginó que iba a pasar desapercibido. La misma mujer podía haberlo pasado ya. Bueno, Warboys y Tucker eran hombres tolerantes. Después de cuatro años con ellos, estaba empezando a descifrarlos perfectamente. Hombres tolerantes, que lo borrarían a uno del mapa, si rompiera un código conocido, pasara por alto la línea claramente marcada. No tenía ningún deseo de que lo borrarán. Algún día quería sentarse donde estaba sentado Tucker, y más tarde, (¿por qué no?) donde estaba sentado Warboys.

La luz amarilla sobre la puerta se encendió y se apagó al ritmo de la chicharra de Warboys. Tucker empujó su sillón hacia atrás y se puso de pie, dirigió una mirada a Quint.

—Deduzco, Roger, que se extendió un poco más allá de su misión profesional anoche, ¿no?

Quint se sonrió. No había reproche en el tono de la voz. Las noticias viajaban rápido, pero sólo porque en algún lugar, la mujer encajaba en el esquema del que él era una pequeña pieza.

Dijo sueltamente:

—Mi misión tenía características físicas y personales. Hay que meterse debajo de una sábana para hacer un buen trabajo en esas zonas, a veces.

—Eres un descarado sinvergüenza.

Tucker se pasó una mano por su raleante pelo oscuro, se abrochó los botones de su abierto *blazer* y se acomodó la corbata. La mano derecha en movimiento revoloteó y arregló la posición del pañuelo de seda que tenía en el bolsillo del saco.

Un hombre grandote, con aspecto de pescado, amable, con un corazón como un bloque de hielo. Pero cuando Tucker lo quería, había que simpatizar con él. Quint simpatizaba con él, de todos modos. Dentro de unos veinte años él ocuparía muy feliz el lugar en que estaba Tucker en ese momento, sería lo que era éste ahora, más su propio jefe que ningún otro del departamento, excepto Warboys. Cerca de los sesenta

años, ex-marino (hacía tiempo ya) un hombre corpulento, con una cabeza y una memoria que lo podían haber llevado al tope de cualquier línea que hubiera elegido. Quint tenía la idea de que, como a él mismo, en algún lugar del pasado habían elegido por él, sin dejarle lugar para maniobrar. No era un entrenamiento de recluta y, sorprendentemente, rara vez dejaba resentimiento.

—Cuando haga su informe mantenga los detalles clínicamente. A Warboys le gusta imaginar sus propios toques románticos. Y no la vuelva a ver. Tenemos todas las fotografías que queremos.

—¿Fotografías? —La sorpresa de Quint fue auténtica. Desgraciados. Por supuesto, debía haberlo sabido.

Tucker se rió entredientes, caminando hacia la puerta.

—Bueno, supongo que sólo está simulando ser ingenuo.

—Por supuesto.

Cuando Tucker se fue, Quint se rascó distraídamente la pierna. Aunque sabía que no había razón, repentinamente se sintió enojado. No por la forma en que habían procedido, o porque hubieran procedido así, sino porque aún después de sus pocos años allí, debía haber sabido que lo harían, exactamente como harían otras cosas en el futuro, para sorprenderlo y prepararlo, para examinarlo y valorarlo. Podía existir un motivo real detrás, probablemente fuera así, pero el motivo principal había sido seguir entrenándolo, demostrarle en qué medida era controlado y manejado, cuando se proponían valorarlo periódicamente. Su momento de sorpresa fue un error. Debió haberlo ocultado, no debió demostrar ninguna emoción. Eso era lo que se esperaba de él.

Los desgraciados. Se sonrió. Los quería a los dos. Eran lo que deseaba ahora llegar a ser él mismo. Treinta años atrás habría sido Tucker el que estaba sentado en ese asiento, enfrentando un momento similar. ¿Habría demostrado sorpresa? Lo dudaba. Tucker, pese a toda esa aparente amabilidad que denotaba, era un solitario, frío como el hielo. No era de extrañar que no se hubiera casado nunca.

Warboys estaba sentado a un gran escritorio en forma de riñón, muy lustrado. Un florero, con crisantemos color rojo amarronado y amarillo, estaba ubicado a un costado. El florero era de cristal georgiano. Había también dos ceniceros de plata. Las paredes del cuarto estaban tapizadas con un papel damasco color rosa perlado. No había cuadros ni ventanas. Un candelero brillante de cristal de Bavaria, colgaba del cielo raso. Era la única iluminación del lugar. El piso estaba cubierto por una estera de Norfolk hecha a mano. Delante del escritorio había un sillón Hepplewhite con respaldo en forma de escudo.

Desde detrás de otro sillón Hepplewhite, donde estaba sentado, Warboys dijo:

—Buenos días, Bernard.

Bernard Tucker se sentó en el sillón que estaba libre.

—Buenos días, Percy.

—¿Llegó Quint?

—Sí, ya volvió.

—¿Le hablaste de las fotografías?

—Sí, lo hice.

—¿Y?

Warboys se estiró por encima del escritorio y arrancó una hoja de uno de los crisantemos, cuya superficie estaba marcada por el trabajo de algún insecto. Un mechón del suelto pelo blanco cayó en línea curva sobre su ojo derecho. Lo echó hacia atrás en un gesto casi femenino. Sus ojos eran de un brillante color castaño claro gastado, la piel sobre su delgada, enjuta cara, un paisaje lunar de un blanco tiza. Su chaqueta de *sport* estaba encorvada detrás de la nuca, como el collar de un caballo. Tenía el mismo sastre desde los diez y seis años, un sastre que nunca había dominado las flacas divagaciones de su cuerpo huesudo y longilíneo. Tucker jugaba a veces con el concepto de que si alguien colocara un petardo detrás de él sin prevenirlo, saltaría, limpio de sus ropas, de un solo brinco.

—Dijo que se imaginó que algo semejante se había puesto en marcha.

—¿Lo dijo? Estás hecho un antiguo caballero bondadoso esta mañana, Bernard.

Tucker sonrió, se tiró de su carnosa nariz, y dijo:

—Bueno, probablemente es lo mismo que lo que le dijiste al viejo Milverton cuando me sucedió a mí y tú estabas sentado aquí.

Warboys se rió entredientes.

—Fue así ciertamente. Uniéndonos contra nuestros jefes. Solidaridad de la clase trabajadora. Que es exactamente lo que quería comentarte. Fui citado a Chequers el domingo. Socialmente esto nunca sucederá hasta que me retire y reciba la orden de caballero. No es que me importe; la comida es mediocre. Estaban presentes el Primer Ministro, el propietario de un diario, que no nombraré, y uno de nuestros duques más importantes. Un pequeño ramillete de charlatanes.

Tucker sonrió. Warboys tenía un lenguaje figurado, cuando lo necesitaba. Había estado a su servicio más años de lo que le importaba recordar, no por el factor tiempo, sino por la pérdida de una dulce, inocente despreocupación que ahora, en raros momentos, recordaba como un nostálgico bálsamo. Dudaba si en esta vida, habría algún hombre o mujer, que no tuviera momentos semejantes. Eran insignificantes, no tenían ningún peso, pero merecían que se los diera vuelta por uno o dos minutos copio guijarros curiosamente marmolados, arrancados del tesoro de alguna playa de la infancia.

—El Primer Ministro desapareció cuando se sirvió el café. Dijo que quería emplear un rato (raramente disponible en él) trabajando en una monografía sobre las musarañas inglesas. Podía haber sido la idea que tenía de lo que era un chiste. Nunca se sabe con él. Pequeños mamíferos sedientos de sangre, las musarañas. Una vida corta y productiva. Colijo que la hembra, mientras alimenta la cría, puede estar preñada nuevamente y ya haber concebido una tercera cría. Las comadreas, si las recuerdas, son irremediabilmente superadas por ellas...

Tucker se acercó uno de los ceniceros y encendió un cigarrillo. Reconoció el preámbulo. Era inusual y deliberado, y significaba que a Warboys no le gustaban las instrucciones que le habían dado y que prefería tenerlas a distancia por un tiempo.

—El duque, sin descuidar demasiado sus habanos y el *brandy*, se mantuvo en el uso de la palabra. Despojado hasta los detalles no demasiado descamados, su monólogo fue algo así. En todos los sindicatos grandes, los elementos del ala izquierda han mantenido una creciente e implacable presión por lograr la militancia. Se ven a sí mismos como una tercera fuerza. Controlar el Partido Laborista o al diablo con él. Se puede decir que éste es un papel tradicional y públicamente aceptable. Algo que es parte del esquema normal del gremialismo, un elemento que todos los gobiernos conocen bien, y que pueden más o menos confiadamente anticipar en términos políticos. ¿Cómo crees que suena todo esto?

—Como la exposición de un eximio político por televisión. Pero te estás acalorando, Percy.

—Gracias, Bernard. La política esencial detrás de este sólido sector gremial del ala izquierda, no está, por supuesto, dirigida contra males económicos, reales o imaginarios, sino que es una estrategia política. Si no les gusta una ley, impuesta democráticamente en el país, sienten que tienen el derecho de ignorarla, desobedecerla, tirarla por la borda y al diablo con ella, sea quien sea que se vea dañado. Estoy tratando de simplificar este pequeño sórdido relato, de modo que estoy seguro de que no os necesario que entre a hacer una reseña detallada (cosa que hizo el bueno del duque) de la presente situación de este país; la codicia por un crecimiento económico, el temor al fantasma de la inflación, huelgas regulares y trastabillantes cada invierno (los mineros, los portuarios, los empleados de correos, los muchachos de energía eléctrica y todo el resto del alegre clan). Lo principal es que en algún momento del año que viene, tarde o temprano, tiene que haber una elección general. Se dejó discretamente aclarado, también, por todas las predicciones de los expertos, las encuestas de opinión y los distintos otros exámenes inmolatorios de las entrañas, que han hecho los altos popes del medio y los políticos, que hay un gran elemento de duda sobre el resultado pronosticado confidencialmente. No se debe confiar en el viejo buen sentido común del hombre de la calle, si alguna vez se lo pudo hacer. Lo que se quiere es una victoria abrumadora, cuando la ciudadanía esté parada en filas ininterrumpidas y sea contada, todos hombres buenos y verdaderos. ¿Está tomando forma la imagen?

Tucker exhaló el humo de su cigarrillo ociosamente hacia los crisantemos. La acción le recordó a Margaret y los primeros años de matrimonio, cuando él había sido un hábil jardinero. Fumando una pipa, la que odiaba, había dado vueltas echando grandes nubes de humo hacia las flores invadidas por los insectos. Un ejercicio infructífero, pero que le agradaba a Margaret. El placer ahora estaba muerto. Él y Warboys y el tiempo con los sucios actos, que lo acompañaban, lo habían matado. Nunca debió haber dejado el mar, nunca debió permitir dejarse atrapar...

Silenciosamente, reteniendo con facilidad las imágenes de las noches sobre el mar, como oficial de vigías, la lenta vuelta de las estrellas que marcaba el tiempo, y su pequeña felicidad, pasada, lejana e irrecuperable, dijo:

—Quieren, o creen que tienen, un barril de pólvora. Quieren llevar a las nubes el poder de los gremios, especialmente el del ala izquierda. Se descarga el barril alrededor de una semana antes de la votación y la marea sube.

Warboys asintió con un cabeceo. Tucker tenía sus raros defectos, pero era su alumno más brillante. Era un logro estimable, una creación casi perfecta, la mejor, de todos modos, de todo el lugar, y, salido del afecto y el amor no correspondido, lo había hecho así. Dijo:

—De modo que vayamos al meollo del asunto.

Tucker apagó el cigarrillo justo en el centro del cenicero de plata para evitar voltearlo, un prolijo, preciso movimiento de sus grandes dedos. Los buenos marineros, como los buenos pescadores, tienen buenas manos. Dijo:

—Hay un gran pago involucrado, ¿no?

—Sí. Cien mil libras.

—¿Con fondos oficiales?

—No.

—¿Es por eso que estaba allí el propietario del diario? ¿Está comprando los derechos de publicación?

Warboys asintió.

—Vino de alguna choza de zinc, de ultramar, capaz de sacar en primera plana a su mujer y a sus hijas si eso sirve para aumentar la circulación. El Primer Ministro probablemente tiene la misma impresión que tengo yo de él. Lo necesita, pero prefiere la compañía de sus musarañas.

—¿Y el duque?

—Tiene un muy antiguo y usado Almanaque Gotha con la Biblia, al lado de la cama.

Tucker encendió otro cigarrillo e inclinó su sillón levemente para mirar fijo la lámpara del techo.

Warboys dijo:

—Ese sillón me costó cien guineas hace años. Si le rompes el respaldo lo cargaré a tu cuenta de gastos.

Ignorándolo, Tucker dijo:

—Si tocamos esto y se nos escapa, nunca conseguirás una orden de caballero y los dos tendremos una deshonrosa pequeña nota al pie de página en los libros de historia. No tendríamos que jugar a juegos privados con duques y propietarios de diarios. El duque sabe esto, así como lo sabe el propietario del diario, como lo sabes tú y como lo sabe el Primer Ministro.

Warboys se rió entredientes.

—Todo eso es correcto. Pero el Primer Ministro no sabe nada. Nos dejó por sus musarañas después de almorzar. Tuvimos una charla.

Warboys sintió que había una gran posibilidad de que el proyecto estuviera bien dentro de la esfera de su Departamento. Warboys no pensó así (pero una suave insinuación del Primer Ministro antes de partir puso en claro que este no era momento para delicadezas ni escrúpulos).

—Así que tú estás allí, sentado Bernard, porque es de tu interés. En algún momento del mes que viene, te darán una cita. Tienes toda la autoridad para vetar cualquier cosa que te ofrezcan. Naturalmente eso vendrá del lado del duque, aunque en el caso de alguna contrariedad, nadie podrá nunca probarlo. Revisas este material. Dices si es auténtico o falso. Si es auténtico, lo traes de vuelta aquí. No se hará ningún pago a menos que tú des la orden.

—¿La oposición?

—No en el sentido que piensas tú. Colijo que sólo un hombre de la otra parte sabe que este material está en venta, y él es el que lo vende. Nadie se te adelantará pero...

—Pero, por supuesto presumo que alguien lo puede hacer.

—Tú lo harías de todos modos. Tienes que verificar el material enseguida, antes de aprobar la venta. Luego quiero que desaparezcas por un par de días, pongas el material en orden y lo cubras con un informe y análisis de las implicaciones políticas, y proyectes las posibles líneas de refutación de la otra parte. Eso no debe ser hecho aquí en nuestros papeles, no en nuestras máquinas. Hazlo en algún lugar neutral, de modo que si hay problemas, podremos parecer inocentes. Naturalmente retendremos todo el material. Aunque hayan pagado por él, el diario no lo recibirá hasta que el Primer Ministro decida si será utilizado.

—Se podrían perder cien mil libras.

Warboys asintió.

—¿Y qué? Lo pondrán en algún lugar de su contabilidad, como pérdida de impuestos.

—¿Sólo un hombre provee ese material?

—Sí.

Tucker perforó con el extremo de su cigarrillo encendido las cenizas del anterior, dejando una pequeña laguna plateada, rodeada por dunas del color de la lava. Ya habían hecho este tipo de cosa antes. A ninguno de los dos les gustaba.

—¿Un gremialista?

—Muy posiblemente.

—Son muchachos duros. Tarde o temprano recibirá una puñalada. El dinero no lo protegerá.

—Es problema de él. No somos niños. Tiene que haber calculado todo esto.

Hubo un corto silencio, el comienzo de una rutina familiar. Se enfrentaron a través del escritorio, mirándose fijamente a los ojos. Había un olor otoñal denso, que

venía de los crisantemos. El humo del cigarrillo de Tucker se enroscó entre ellos como una señal que se esfumara. Lentamente los dos se sonrieron.

Tucker dijo, sabiendo que nada cambiaría sus instrucciones:

—¿Por qué yo? Todo parece muy simple. Algo en lo que Quint podría meter un mordisco más.

—El duque no lo aguantaría. O el Primer Ministro. Colijo, también, que hay un problema de lenguaje con respecto a una parte del material. Eso lo coloca en tu terreno, no en el de él...

Momentáneamente Tucker perdió las pocas palabras que siguieron, como agua sucia y gris cortada por la proa de un destructor. Dios, pensó, dota a algunos de nosotros de raros talentos que nos llevan a extraños lugares. ¿Por qué un joven de diez y siete años habría querido repentinamente leer Tolstoi, Gorki y Lermontov en el original? Sólo Dios lo sabía, así parecía, sin ser responsable de lo que siguiera.

—... además, si todo sale bien, entonces en una fecha distante, no demasiado distante, el duque nos mostrará gratitud. En cinco años más podrías retirarte, Sir Bernard Tucker. Una buena jubilación, un lindo lugar en el consejo de alguna repartición gubernamental... —Warboys sonrió—. Podrías decidirte a abandonar tu soltería... te podrías casar con una linda viuda o una divorciada, diez años menor. De todos modos, ahora es asunto tuyo.

Tucker se puso de pie y sacudió la ceniza del frente del *blazer*.

—¿Vendrá de tu parte la orden?

—No. Se te invitará a pasar un fin de semana en algún lugar.

Quint levantó la mirada cuando Tucker entró nuevamente en la oficina. Las visitas a Warboys eran una cosa que raramente entraban en la rutina. Cuando Tucker; volvía de una charla con el viejo, él enseguida sabía si estaba involucrado también. Tucker le hacía un pequeño cabeceo y una guiñada, se sentaba a su escritorio y decía con una deliberada franqueza:

—Órdenes de zarpar, muchacho. Acerca una silla.

No había nada para él esa mañana. Tucker fue directamente a su escritorio y se sentó, Tomó el teléfono al exterior, y comenzó a marcar un número. Quint dejó caer los ojos sobre los papeles que había en su escritorio. Lo había visto a Tucker marcar números de afuera muchas veces. Por los movimientos de los dedos se daba cuenta de los que eran regulares. Sabía, también, que Tucker debía saber que él se daba cuenta, y no le importaba. Si a Tucker le hubiera importado, si hubiera querido mantener algún secreto, nunca habría llegado ni a una milla de saberlo.

Tucker habló brevemente, pero la inflexión y el timbre de su voz (como siempre en ese número) le puso en claro a Quint que había una mujer en el otro extremo de la línea. Una simple curiosidad hizo que Quint deseara poder hablar las lenguas eslavas, así como la mayoría de las latinas. Por lo que se daba cuenta, Tucker podía haber estado dando instrucciones a su lavadero o hablando con afecto, aunque el afecto no era algo que Quint asociara inmediatamente con él.

Tucker dejó el teléfono. Recogió el sombrero y el abrigo y dijo:

—Desde la hora del almuerzo en adelante estaré en mi departamento.

Tucker pasó dos horas en la biblioteca del primer piso que tenía vista al St. James Park. Recogió los últimos cassettes confidenciales sobre gremios y los informes y sumarios sobre los actuales miembros más altos, desde los presidentes pasando por ejecutivos y secretarios generales, hasta secretarios regionales y comités con notas biográficas, y un cassette con biografías secretas y otras notas sobre una amplia selección de destacados delegados gremiales de las industrias claves. Se sentó en una cabina y las escuchó hasta las doce y media. Cuando salió había poco de lo que había oído, que no tuviera en la memoria al instante.

Caminó hacia Whitehall y tomó un taxi. Lo despachó a unos cien metros de distancia de la tabaquería de Graingers, en Euston Road. Caminó hasta el negocio. Pagó la suma debida, y recibió la carta de William Ankers. A unos cien metros del negocio, hizo señas a otro taxi. Le dio una dirección al conductor, y se apoyó en el respaldo del asiento y leyó la carta. La leyó sin interés. No contenía nada que deseara saber. Desde un punto de vista profesional tenía una opinión muy baja de Ankers. Pero, para sus propósitos, era el hombre que correspondía. Ankers había nacido y se había criado en el pueblo y conocía el distrito, sus gentes y habladuras, tan bien como cualquiera. Todo el asunto con Margaret había sido un error. Lo que él quería era una señal, un indicio de algún hecho importante, que le diera un torpe, pero razonable motivo, para terminar el miserable asunto. Había habido veces en que había pensado confiarle todo a Warboys, pero la prudencia persistente (pues todavía era ambicioso) le advirtió que no lo hiciera. El pecado, una deliberada violación de su código profesional, era viejo, perdonado ahora por el tiempo y su propio rango actual, pero como el albatros del viejo, todavía estaba alrededor de su cuello. Quería librarse de ello silenciosamente y sin que dejara una sola marca en su foja de servicios. Sus antecedentes, su ambición, su orgullo profesional eran obsesionantes y no debían ser dañados.

Se recostó en el asiento y metió la carta en el bolsillo. Jesucristo... cómo el tiempo podía cambiar las cosas... la gente... Una vez que Warboys lo hubo encontrado (aunque reconocía el origen de su consideración hacia él, sin fomentarla o aprobarla) nunca lo había soltado.

Detuvo el taxi a unos metros más allá del portón principal de la cancha de *cricket* de Lord, y luego caminó hacia su departamento. Por el camino rompió la carta y el sobre en pequeños cuadrados desiguales y los tiró por el enrejado de una alcantarilla. Se le ocurrió la idea de que Ankers y el comandante Bernard Tucker, Retirado, eran hermanos bajo la piel.

Abrió la puerta de su departamento, colgó su abrigo y sombrero en el *hall* de entrada y cruzó el gran *living-room*, cuyas ventanas daban a las otoñales copas ralas de los plátanos de la plaza y el óvalo de césped fino y abatido. Se preparó un *pink gin*, encendió la llave de la estufa eléctrica con la punta del pie, se quedó de pie

delante de la calefacción que se encendía y bebió su *gin* lentamente. Aunque no venía ningún ruido de la cocina, al fondo del corredor, más allá de los dormitorios y el baño, supo que ella estaría allí.

Colocó el vaso vacío sobre la repisa de la chimenea y fue hacia la cocina. Al abrir la puerta, la mujer se dio vuelta hacia él, sonrió, y luego se le acercó, sosteniendo todavía en la mano un cucharón de madera, brillante bajo la luz eléctrica. Llevaba un vestido de lana azul pálido con un pequeño delantal cuadrado, atado sobre la parte delantera. Dejó caer el cucharón sobre la mesa, le echó los brazos al cuello y le puso la boca sobre los labios. Él le deslizó los brazos alrededor de los hombros, la retuvo un momento, y luego dejó que sus manos viajaran por su cuerpo. Se quedaron parados juntos en un largo abrazo y luego suavemente él se soltó, sonrió, y lentamente se dejó caer sobre las rodillas. Le levantó el vestido y luego besó la suave, tostada piel de su vientre, mientras los dedos de la mujer se enroscaban en la nuca.

Ella dijo:

—Había cornalitos frescos. Así que traje algunos para comer antes del pollo.

A una distancia prudencial, Billy Ankers siguió a Margaret Tucker hasta el estacionamiento. Al pasar por la parte de atrás del auto, Margaret se estaba sentando al volante. Ankers siguió caminando por la hilera de autos estacionados y se metió en el suyo.

Meticulosamente cargó una pipa con tabaco fresco y la encendió con cuidado. Durante uno o dos minutos se quedó contemplando, sacó su anotador y tomó nota... no sólo de la mañana que había ya pasado, sino de la tarde y la noche por venir. A las once ella había ido a la biblioteca del pueblo, como de costumbre los miércoles, y había cambiado libros. A la hora del almuerzo, en el café Two Rivers, había empezado a leer uno de los libros. Billy había entrado a una cantina de enfrente, haciendo tiempo con sus dos cervezas y un plato de sándwiches de jamón, para seguirla cuando saliera del café. Ella había caminado por Allpart Street, mirando vidrieras, había entrado en W. H. Smith's y había salido con una revista debajo del brazo y con los libros de la biblioteca. Camino al estacionamiento, había entrado en una rotisería llamada "The Nutmeg Tree". A través de la vidriera la había visto comprar queso camembert, un jarro de jengibre, una botella de vino blanco, y medio pato asado frío. Había presenciado ya tantas veces la rutina del miércoles. No había nada desacostumbrado en ella, excepto tal vez el vino blanco. No podía recordarla comprando vinos o bebidas con alcohol, aunque estaba bien seguro (aun habiendo visto una sola vez a Mr. Tucker) que tendría la casa bien provista de ellas.

El auto de Mrs. Tucker salió del estacionamiento. Un inesperado remordimiento o algo semejante a la conciencia, retuvo la mano de Billy, alejada del anotador. Ya había pasado algún rato desde que la había seguido fuera de la playa. No era un día malo y no pudo pensar en nada que llamara la atención en otra parte, esa tarde. Billy

siguió con su auto a Margaret Tucker. No hizo ningún intento por mantenerla a la vista. Puso la radio baja y la calefacción al máximo para que el aire caliente reconfortara sus pies. Era una manera fácil de ganarse el sustento mensual... Tipo curioso ese Tucker. Sólo lo había visto una vez. Media hora, a lo sumo, en su oficina, arriba de la panadería. Nunca estaba demasiado en su casa. Algún trabajo en Londres. Nadie sabía cuál era, aunque existían varias conjeturas, ninguna de las cuales, lo apostaría, se acercaría a la verdad. De una cosa estaba seguro sin embargo; a Mr. Bernard Tucker no le importaba nada de lo que hiciera su mujer. Cuando estaban celosos y querían saber quién era, generalmente se metían en algún lío simulando ser casualidad. Pero cuando no les importaba sólo querían saber, para poder despedirse de todo para siempre... bueno, podían haber estado dando instrucciones para construir nuevos desagües. Espejar el viejo estiércol y tener un nuevo comienzo. Curioso, sin embargo. Mirándolos, se pensaría que hacían una buena pareja. Una mujer muy atractiva, todas sus virtudes todavía de primera, y en los compartimentos que correspondían. Y no se piense que Mr. Tucker todavía no se defendía. Tenía el aspecto del que seguiría defendiéndose, aun cuando lo llevaran en silla de ruedas. No, Mr. Tucker quería que hubiera otro hombre en alguna parte. Bueno, apuesto lo que quiera, que Mr. Tucker se iba a decepcionar.

Cuando llegó al estacionamiento, el auto de Margaret estaba parado frente a la playa, cerca del puesto cerrado de mariscos. Billy estacionó a unos cien metros. Trepó la duna que daba al mar.

Margaret Tucker estaba a unos cien metros de distancia, moviéndose con soltura por el borde de la arena, angostado ahora al tamaño de una fina cinta junto a la marea, la que estaba en su punto más alto. Billy bajó de la duna y caminó hacia el auto de la mujer. Los libros de la biblioteca y las compras, en una decorada bolsa de "The Nutmeg Tree", estaban sobre el asiento de atrás del auto. La revista que había comprado, se había salido a medias de la bolsa de papel. "Homes and Gardens". La casa hermosa, pensó Billy. Una casa muy linda, mucho dinero, y nadie para darle abrigo a ella de noche. Lástima. Sin embargo...

Volvió a su auto, se envolvió las piernas con una manta y se quedó mirando fijo el mar y el cielo, dejando que su mente se quedara cómodamente en blanco. Billy tenía la gran virtud de poder quedarse sentado sin hacer nada, pensar en nada, contento con el arrobamiento de la nada, un estado mucho más reparador que el sueño más profundo, y sólo concedido a unos pocos.

La larga fila del orfanato bajaba por la delgada cinta de arena, entre las dunas y el mar. Margaret se sonreía para sí. Faltaban unos pocos días para noviembre y los chicos llevaban sus bufandas de invierno. Los tapados de invierno a principios de octubre. Las bufandas cuando llegaba noviembre. Nunca guantes. Tal vez las monjas tuvieran alguna manía con respecto a los guantes. Tal vez simplemente no tuvieran guantes, o los chicos los perdían demasiado rápidamente como para que valiera la pena preocuparse por ello.

La monja alta que iba adelante, inclinó la cabeza cuando pasó ella, un gesto duró, como el de una cigüeña. Un chico pequeño, detrás de aquella, caminando forzosamente por la arena, dio vuelta la cara hacia Margaret, los cachetes encendidos por el fuerte viento. El chico la miró deslumbrado. Deseaba tener caramelos en el bolsillo... Se le ocurrió, sin habérselo propuesto conscientemente, la idea de que ese hombre Dougall, una vez había caminado como esos chicos con la nariz que le chorreaba. Se preguntaba si alguna vez habría mirado deslumbrado alguna persona extraña que pasara, o algún ocasional benefactor. Era difícil imaginárselo tan chico...

Caminó a lo largo de la playa en un suave ensueño. La angosta cinta de arena lentamente se ensanchó a medida que la marea comenzó a bajar. En el estrecho de la boca del estuario, un bote de madera se movía contra la corriente, y un poco más atrás había dos botes de pesca, cada uno con una nube separada de gaviotas sobre la popa. Ella dobló hacia el sur, apartándose del mar y se detuvo al borde de la duna, a lo largo del recorrido del canal del estuario.

Era más lejos de lo que caminaba usualmente, pero todavía había bastante luz y no había nada en casa que la atrajera. Con cada semana que pasaba parecía que la iba tomando una ociosidad en aumento, siempre que estaba en la casa. Ésta necesitaba poco cuidado; ella le concedía menos que eso. Mantenía la única comida principal que hacía, muy simple, ya que no tenía mucho ánimo para cocinar. Debía, lo sabía, tener más intereses afuera. Bernard hacía mucho que la había estimulado. Había organizaciones femeninas, empleos voluntarios y de caridad... no había excusa, con todo el tiempo que tenía entre manos, para aceptar el aburrimiento. La jardinería le gustaba, pero había poco que hacer en esa época del año. Podría haber tenido un invernáculo. Había espacio para hacerlo, y el dinero no era problema, pero de algún modo no se podía imaginar ningún placer en ello. Jugaba al *bridge* una vez cada quince días con otras tres mujeres, en la casa de cada una por turno. Cuando le tocaba a ella, la casa cobraba vida, era admisible, significaba algo, se convertía en una protección que ella consideraba un privilegio. Curiosamente, no sentía ningún enojo, ninguna frustración; se mantenía intocada. Las únicas veces que le latía el corazón a la carrera, cuando se sentía realmente viva, eran los momentos en que repentinamente se daba cuenta de que había robado algo... caramelos, algún libro, medias envueltas en celofán, una vez, tres paquetes de inútiles tornillos... y luego, por encima de su angustia, llegaba una extraña sensación de realización y alivio físico que hacía zozobrar rápidamente su culpa y vergüenza. Cansándose, se alejó de la playa del estuario y fue hacia las cuevas, eligiendo un pequeño sendero. Por todos los años que había vivido allí en el distrito y que había caminado por las cuevas de North Lobb, sabía que había partes de ellas que nunca había visto. De las seis millas que tenían, había zonas que nunca había explorado. La iniciativa que le faltaba con respecto a la casa y sus tareas diarias, la mantenían en un esquema familiar en las caminatas de la tarde. Hoy, como había llegado más lejos de lo que lo hacía siempre y estaba adivinando el camino de vuelta a la arena, prontamente se sintió confundida. Siguió

un sendero, echó una mirada al mar en la cresta de la duna y luego descendió a una hondonada de arbustos y espinos para descubrir que el sendero desaparecía en un montón de arena. Dos o tres veces tuvo que seguir una línea a través del terreno abrupto hasta retomar otro sendero. Sentía una ocasional irritación por la forma en que se seguía frustrando, por los senderos que desaparecían y la obligaban a ir hacia las empinadas lomas de las dunas, y hondonadas llenas de vegetación, y luego lentamente comenzó a divertirse, resultó un juego que jugaba con un bromista invisible, el que mágicamente le abría un sendero y unos minutos después lo hacía desaparecer burlonamente.

Cuando estuvo a media milla de distancia, dentro de las dunas, con el mar tan alejado, nuevamente a su izquierda, trepó por el costado arenoso de una empinada duna sin senderos y descubrió que desde la punta bajaba un sendero más claro y más ancho que ninguno de los que había encontrado anteriormente, y que iba a dar a un pequeño valle que había abajo.

Sentado al lado del sendero, al pie de la duna, sobre un tronco de árbol estaba Maximilian Dougall. La había visto cuando había llegado a la playa que estaba junto al estacionamiento. Sin ser visto, manteniéndose protegido por las dunas que tenía a los lados, había seguido el avance de ella. Algo divertido, había observado sus movimientos zigzagueantes al perder y encontrar senderos, y ahora se había ubicado en un lugar por el que ella tenía que pasar.

Cuando estuvo a unos metros de distancia de la mujer, se paró. Llevaba su saco color azul oscuro y su gorra de marino, de brillante y negra visera. Tenía un pañuelo color rojo atado a la garganta debajo del casi cerrado cuello del saco. Se llevó la mano a la visera de la gorra en un cordial saludo, hizo un cabeceo, le sonrió a medias.

—Buenas tardes, Mrs. Tucker.

—Buenas tardes...

Estaba allí parada, la cara colorada por el viento del mar y por el ejercicio, el pelo que se le escapaba desordenadamente del pequeño gorro de lana. Sin saber lo que hacía, levantó una mano y lo tocó como si se lo ordenaran, esperando que él se moviera de su sendero, apresada por un momento en la confusión de la sorpresa. Su sonrisa se ensanchó a través de la dura cara tostada por el sol, y ella tuvo la rápida visión de unos dientes parejos y blancos.

Él dijo:

—Se ha desviado un poco de su acostumbrado camino ¿no?

La sorpresa y la sombra de un pánico distante y estúpido la abandonaron al sonido de las palabras. Su voz era cordial, simple, casi suave, como si inmediatamente hubiera sentido el leve resentimiento al encontrarlo.

—Anduve más allá de lo que acostumbro. Estaba tratando de encontrar un atajo corto para volver a la playa.

Él se dio vuelta a medias y comenzó a caminar por el sendero y ella se encontró caminando ligeramente detrás de él.

—Le mostraré el camino, Mrs. Tucker. Algunos veraneantes se pierden por aquí. Son bastante tontos.

Tenía la cadencia del oeste en la voz lenta casi perezosa pero Margaret sintió que era una voz que le quedaba bien... una voz fuerte sin embargo amable. Siguió un poco más detrás de él, repentinamente queriendo y no queriendo que estuviera allí. En esas dunas le gustaba su propia compañía. Presintió que tenía que existir algo deliberado en su presencia en ese sendero. Pero luego, al seguir él caminando y no decir nada más, no hacer ningún movimiento para darse vuelta y ver si ella lo seguía, se sintió un poco avergonzada de sí misma. Se estaba imaginando cosas, bastante injustificadas con respecto a un hombre, que por pura casualidad era lo bastante amable como para ayudarla aunque ella no lo necesitara.

Dijo:

—¿Por qué pasa tanto tiempo aquí? ¿Es por los pájaros?

Él contestó por encima del hombro:

—Sí, así es, en parte, Mrs. Tucker.

Algo en la manera de nombrarla “Mrs. Tucker” la hizo sentirse matrona, vieja.

—Me dan un poco de dinero, ¿sabe? —a la par de ella, ahora que el sendero se había ensanchado, él continuó:

—Los observo por todo el lugar. Aquí, por el estuario, encima del pantano. Luego los pinto y se los vendo a los veraneantes... esto y otras mercaderías... Pero estoy aquí principalmente porque vivo aquí, —se detuvo, parado a su lado mirándola, los ojos fijos en los de ella. Hizo un cabeceo hacia el sur, los ojos todavía mirándola—. Allí, al borde de las dunas y el pantano. Una pequeña cabaña vieja y venida abajo. Dos libras por semana. Agua de pozo. No se encuentra nada. Los veraneantes lo saben. Vienen y compran. Un hombre tiene que comer.

Por cortesía, aunque turbada por la soltura de él, ella dijo, oyendo y odiando lo afectado de su voz:

—¿Realmente? ¡Qué interesante!

Él se encogió de hombros.

—Es algo en qué entretenerse. Yo nunca pude quedarme sin ningún trabajo regularmente. Cuando ponen las redes en la temporada, trabajo con los pescadores, de salmón a veces. En época de cosecha ayudo a levantarla. Pero los veraneantes son los que pagan mejor. Podemos ir a la cabaña si quiere. Podría ver las pinturas. —La miró brevemente, sonriéndole ahora con una sonrisa que orillaba los límites de una casi infantil desfachatez.

—A la gente del lugar le hago un veinticinco por ciento de descuento.

Dijo rápido:

—Lo siento. Temo llegar tarde, Mr. Dougall.

Al hablar vio la sonrisa de cara colorada, del chico de la fila del orfanato, de esa tarde, pero la cara se había cambiado en la de él.

Él se rió y dijo:

—Esto suena divertido. Mr. Dougall. Todos me llaman Maxie. Pero me gusta, Mr. Dougall. En cuanto a las pinturas, bueno, las puede ver en cualquier momento. En verano tengo un pequeño *stand* en el jardín. Principalmente expongo la mercadería afuera, marco los precios y la gente puede dejar el dinero en una caja, si no estoy aquí. He descubierto que es un mundo mucho más honesto de lo que mucha gente cree. O, tal vez sea el estar de veraneo, y la gente se siente un poco distinta de lo acostumbrado.

Salieron al borde de una empinada duna. El sendero corría claramente por su ladera hacia la playa, a unos cien metros de distancia.

Se detuvo e hizo un cabeceo hacia la playa.

—Allí está, Mrs. Tucker. Tenga cuidado al bajar. El borde del sendero es todo de arena suelta. Podría rodar —se colocó a un lado para que ella pasara.

Mientras Margaret lo hacía, el viento levantó los faldones de su saco y por un momento aletearon contra sus piernas como alas. Estaba tan cerca de él que casi se tocaban.

Ella dijo:

—Gracias, Mr. Dougall.

Bajó el sendero y salió a la playa sin darse vuelta.

Maxie la miró irse. Ella cambiaría. No Mrs. Tucker, sino Margaret. Él haría que se produjera ese cambio.

Ansiaba que llegara el momento, pero no gastaba ninguna imaginación en futuros detalles. La iba a poseer.

No tenía sentido anticipar demasiado futuros placeres.

Billy Ankers estaba a punto de partir, cuando Mrs. Tucker volvió al estacionamiento. Él había tenido que encender tres veces el motor para la calefacción, pero aun así tenía los pies más fríos de lo que consideraba que era bueno para ellos. Era muy susceptible a los resfríos repentinos. ¿Y dónde diablos había estado la mujer durante todo ese tiempo? Siempre que la había observado anteriormente, ella había mantenido una rutina bastante estricta. Podía haber dado la hora de su llegada, antes de que saliera. Hoy estaba muy por encima de los tres cuartos de hora del límite de tiempo.

Preparó una pipa con tabaco fresco mientras la observaba entrar al auto y salir. Mujer maldita. Podía haberse quedado de todos modos en la ciudad. No habría café ni torta Dundee de Nancy. Estaría de vuelta en su casa para cuando volviera. Y no habría Nancy esa noche. Era la noche del bingo de la vieja Barcott. La vida era dura y le costaba al hombre de carácter lidiar con ella.



## TRES

EL VIERNES siguiente Billy Ankers siguió, a Margaret al estacionamiento de la playa. La observó subir la duna y bajar a la playa. Cualquier tentación de seguirla fue marchitada por el soplo de un fuerte viento noroeste que mandaba olas largas y encrespadas, que barrían la bahía y levantaba remolinos de arena seca de las laderas de las dunas. Billy no tenía deseos de congelarse con el viento o encegucerse con la arena. Simplemente quería verificar si ella volvería o no a su horario habitual. Si no lo hacía... bueno, entonces la próxima vez, no importaba el tiempo que hiciera, tendría que seguirla y descubrir la causa de su rutina alterada. Billy volvió a entrar al auto, encendió el motor y la calefacción al máximo. Luego, mirando fijo, feliz, hacia adelante, se deslizó a un dichoso estado de nihilismo.

Margaret caminó enérgicamente por la playa, el tapado totalmente abotonado, arrebujado a su alrededor, contra el viento. No había ninguna hilera de orfelinato ese día. El tiempo era demasiado malo. Por un momento se sonrió, pensando en toda la madeja de chicos llevados rápidamente por el viento, succionados por el cielo de nubes bajas, para, desaparecer, chillando y gritando de alegría, hacia algún país mágico dónde vivirían felices para siempre jamás.

A trescientos metros por la playa, le dio la espalda al mar y siguió por un sendero entre las cuevas. Media hora más tarde estaba sentada a sotavento en la ladera de una de las dunas de más al sur, protegida del viento, aunque ocasionalmente había apariciones de arena levantada por el ventarrón, que le silbaban por encima de la cabeza, y mirando la pequeña cabaña. Observaba a través de un par de antiguos binoculares Carl Zeiss, que Bernard tenía guardados en la casa. La cabaña estaba cerca de un viejo camino militar que salía entre las dunas y el pantano, hacia el promontorio que marcaba el punto de encuentro de los dos ríos, donde había una zona militar de entrenamiento. El jardín de la cabaña era chico, encerrado por paredes de piedra, bordeadas en ambos lados por vegetación espinosa quebrada por el viento. Tenía techo de paja con una chimenea en el centro. La fachada, como el dibujo de un chico, tenía entrada principal, con dos ventanas a los lados y tres en la parte superior. La paja del techo era vieja, pero estaba bien reparada. Las paredes blanqueadas y la pintura y madera de la puerta y ventanas, en buenas condiciones. A un lado de la cabaña había un gran estanque, bordeado por un colchón de pasto y juncos y por encima de aquel se movían dos gansos blancos y algunos patos.

Maxie Dougall estaba trabajando en el jardín. Llevaba un suéter marinero, color azul, las mangas arremangadas hasta arriba de los codos, y en la cabeza, la gorra con visera. Estaba tan cerca a través de los anteojos largavistas, que Margaret sintió que podía tocarlo con la mano, tocar los destellos de luz de su cara, la que estaba marcada de transpiración por el trabajo. Estaba removiendo con la pala una pequeña huerta, sus movimientos tranquilos, rítmicos y sueltos, con la deliberada fuerza y gracia del hombre que hace un trabajo largamente familiar.

Margaret observó con interés. Aunque el hombre no le significara nada, su curiosidad era grande. No era ninguna tonta. Presentía claramente que este hombre se había desviado de su camino para hacerse conocer por ella, que (desprendida como era su curiosidad) el interés de él era personal. Podía estar resentida por esto (lo había estado por momentos, cuando lo había pensado en su casa) pero aceptaba claramente su curiosidad. Aunque no fuera por otra cosa, era algo diferente por lo que preocuparse, una quiebra en la rutina de los previsibles días que vivía.

Lo observaba en ese momento, consciente de la fortaleza de los hombros y de los brazos, el casi perezoso control de fuerza, que estaba comprendido en el creciente largo del oscuro terreno pantanoso que se extendía, color caoba fresco, en planchas plateado pálidas, bajo la débil luz solar filtrada por las nubes.

Lo vio alcanzar y recoger algo del suelo. Se echó la gorra hacia atrás en forma tal que un mechón de pelo oscuro, laqueado por la transpiración, le cayó sobre la ceja. Por uno o dos minutos examinó algo que tenía en la mano. Luego lo tiró al estanque por encima de la pared del jardín, donde los gansos y patos salieron a la carrera por él. Claro, vivido y artificialmente cercano en los lentes, lo vio reírse, los dientes marcando la tostada cara, los labios rojo húmedo, del color de las espinosas fresas, la cara al darse vuelta a medias quedó oculta y su pala comenzó a levantarse y caer nuevamente.

Ella dejó caer los anteojos, que quedaron pendientes de la correa que tenía alrededor del cuello. Sin aviso, su cuerpo se inundó de una sensación de total misterio, una sensación de tristeza como la que nunca había conocido anteriormente... una emoción que fue rápidamente más allá de la pena y desolación hacia una innombrable posesión de su cuerpo... Ni soledad ni deseo, sino una vívida nada, que por un minuto o dos la inmovilizaron completamente. Toda su naturaleza gritó su necesidad en términos que no pudo comprender.

Se levantó y fue en ángulo oblicuo hacia el viejo camino militar. Comenzó a caminar de vuelta hacia el estacionamiento, todo el ancho de las cuevas ahora, entre ella y la playa. Tenía lágrimas en los ojos pero no sabía si venían del viento que le castigaba la cara, o de su propio sentimiento, porque caminaba ahora como una autómatas, más allá de la conciencia, sólo caminando, sólo en un estado insensible, desprevenido.

Maxie la observó irse. No se había percatado de ella hasta que, dejando de palear y dándose vuelta, la había visto bajar la ladera de la duna hacia el viejo camino, el

ondulado sendero que hacía que los binoculares que tenía alrededor del cuello se balancearan contra la delantera de su tapado. Por uno o dos minutos pensó que iba hacia la cabaña. Luego había doblado hacia el este y supo que volvía al auto. Insensible, ni siquiera tocado por un momento de egolatría, supo que ella había estado arriba de una de las dunas observándolo. ¿Por qué no? Esa mujer lo deseaba. Tomaría su deseo y lo satisficiera, y luego la poseería y se satisficiera a sí mismo. No habría retirada de este galanteo. Volvió a palear, amando la riqueza del suelo recién removido, disfrutando de la cara de la pala brillante como un espejo, que cortaba como un cuchillo el invernal suelo pelado.

Margaret pasó a doscientos metros de Billy Ankers, llegando por detrás de él y atravesando el estacionamiento en dirección a su auto. Caminaba con las manos en los bolsillos, los anteojos todavía balanceándose alrededor del cuello. Tenía la cabeza un poco inclinada contra la embestida del viento. Por un momento Billy vio su cara, sonrojada por aquél, y los ojos destellantes y con el brillo de las lágrimas.

La observó mientras daba vuelta el auto y salía del estacionamiento. Los quince minutos significaron poco, no en ese viento. Pero la nueva dirección fue interesante y así también los anteojos largavistas. Nunca los había visto antes. Tal vez hubiera empezado a observar los pájaros. Mucha gente lo hacía por allí. Pasó por delante, a unos treinta metros de distancia y él vio que todavía le colgaban del cuello. Tenía el aspecto, pensó de una mujer en trance, despreocupada de los anteojos. O era esto, o estaba muy orgullosa de su nuevo juguete y, como un niño, quería que todos lo vieran. No, ese no era su estilo. No por lo que la conocía. Apostaba a que le pasaba algo, y ese algo estaba allí afuera en las dunas... Bueno, la próxima vez la seguiría, aunque no sería nada divertido, a menos que el tiempo se apaciguara.

Volvió camino al café caliente y la torta Dundee con Nancy y, por primera vez, la haría entrar en su confidencia con respecto a Margaret Tucker.

Dijo.

—Nancy, tú conoces a esa mujer Margaret Tucker..., alta, de buena figura, rubia, que vive en Lopcommon, ¿no?

—Sí. Viene al negocio a veces. No regularmente. ¿Es una de tus...?

—En cierta forma. ¿Nunca oíste nada de ella?

—No.

—Bueno, si oyes algo, dímelo.

—Tú ocúpate de tu propio entretenimiento. A mí no me gusta, de todos modos. Y ahora si has terminado de hacer lo que estás haciendo tengo que ir abajo a trabajar. Tendrías que gastar energías con un poco de ejercicio. Sácate de encima algo del Diablo que llevas.

La carta estaba dirigida a Bernard Tucker, a su departamento de Londres. Decía:

*Estimado comandante Tucker:*

*Pienso si le podría parecer entretenido venir aquí para el primer fin de semana de diciembre. Mi hermano fue contemporáneo suyo en Darmouth y creo que después hicieron el servicio militar juntos. Venga el viernes. Si no viaja en auto, se lo puede ir a buscar a la estación Salisbury. Mi padre y algunos amigos de él estarán aquí.*

*Nada de formalidades. Vivimos muy sencillamente.*

*Sinceramente suya,*

*Cynthia Melincourt.*

Una hora después, la pasó por encima del escritorio a Warboys. El hombre la leyó, jugueteando con la punta de su mentón, luego la devolvió diciendo:

—Lady Cynthia Melincourt. La hija de Woodford, viuda treintañera, loca como una cabra. Dos o tres fases dudosas en su vida. Una excéntrica inglesa de tono muy menor y, si está en su día, un verdadero chupasangre.

Tucker levantó el grueso papel verde, con la dirección impresa en negro, Vigo Hall, Horsfell, Wiltshire. Sabía tanto de Lady Cynthia como Warboys. Estaba en los archivos de ellos en alguna parte. Preguntó:

—¿Vigo Hall?

—Un gran lugar sobre una colina, en la parte más alta de Avon. Originariamente Tudor, cubiertos por una mezcla de agregados, desde entonces. Linda colección de marinas holandeses. Sin calefacción central. Frío como la caridad, pero la comida y la bebida son excelentes. ¿Conocías al hermano?

—Paul. Sí. Un muchacho agradable, tranquiló. Muerto en los submarinos que estaban afuera en Taranto, en el cuarenta y cuatro. ¿Sabría Lady Cynthia el objetivo detrás de eso?

—No. Woodford probablemente le dictó lo que tenía que escribir —Warboys se reclinó hacia atrás y levantó la cara hacia la araña del cielo raso—. Apostaría que no es necesario tomar precauciones, pero no vayas en auto. No existe ninguna persona oficial que no haya sido marcada por uno o por otro. Toma el tren y haz un rodeo. Métete en un agujero como Alicia y sal en el país de las Maravillas... —su voz se arrastró mientras los ojos volvían a Tucker—. Disculpa, Bernard, debo estar poniéndome viejo. Enseñándole a mi abuela a freír huevos. Falta que te diga que lleves bigote falso.

Tucker se sonrió automáticamente. Apenas si había escuchado las directivas porque estaba pensando que a Warboys no le gustaba este trabajo. Esto lo ponía charlatán y exigente, un escudo que ocultaba un enojo profesional. Ambos conocían los límites de las instrucciones del Departamento. Ambos podían moverse fácilmente a través del submundo de la política, nacional e internacional, pero existía una aversión oficial de mucho tiempo, a verse envuelto en partidos políticos. Laborales, Liberales y Conservadores eran términos de los diarios, rótulos casi intercambiables.

El Primer Ministro actual, como todos los otros antes de él, comprendían el veto contra la utilización del servicio, puramente para fines partidarios. Tenía que ser un hombre asustadizo, o mucho más poderoso y persuasivo que ninguno de los otros, para haber envuelto a Warboys y los demás, en esto.

De vuelta en su propia oficina Tucker le dijo a Quint:

—Quiero un horario de trenes para el cinco de diciembre, para Salisbury. Un tren que llegue tarde por la tarde. No quiero ir directamente. Deme una ruta de rodeo, con dos cambios.

—¿Ruta de vuelta?

—Eso lo arreglaré yo, —Tucker sacó el reloj del bolsillo de su chaleco cruzado—. Ahora voy a la división de Marina. Me gustaría tenerlo para cuando vuelva, —dejó caer el reloj nuevamente en el bolsillo y se movió para tomar el sombrero y el abrigo del perchero de la oficina.

Quint tomó un horario del cajón de abajo, y comenzó a buscar trenes. No tenía curiosidad por el pedido. Había estado en el servicio ya hacía bastante tiempo como para sentir enseguida cuándo se preparaba un nuevo trabajo. Tucker estaba tan distante como un iceberg, lo principal de su verdadera personalidad, sumergido, lo que significaba que no le gustaba el trabajo. Y Warboys siempre que había tenido razones, recientemente, para estar con él, aun por asuntos de rutina, había estado inquieto, abiertamente confuso en su conversación, lo que significaba que había algo alrededor que no le gustaba. Todo este raro comportamiento de los dos hombres que raramente eran tocados por escrúpulos profesionales, que habían vivido fraudes bien disciplinados y las suaves (mortales, a veces) estratagemas de poder, más allá y por encima del común funcionamiento de las leyes y que el hombre de la calle reconocía que significaba que alguien había colocado el plato equivocado delante de él. El olor estaba llegando a sus narices.

Eran las nueve de la noche. Margaret se había hecho una comida tardía, llevándosela en una bandeja delante de la televisión, en el cuarto de estar. Antes de comer se había cambiado el vestido de *tweed* por una robe de chambre larga de terciopelo azul. Al aparecer las noticias en la pantalla, se inclinó hacia adelante y la apagó. Ya había visto u oído las noticias, dos veces, ese día, y mañana a la mañana estarían en los diarios. Eran demasiadas noticias. Se habían convertido en una obsesión de la raza humana, pensó. En Escocia cuando ella era chica, había habido sólo un diario semanal... Se reclinó hacia atrás, ignorando el libro que ya descansaba en su falda. La sacudida intermitente del fuerte viento del oeste contra los vidrios de la ventana la llevaron de vuelta a los mismos sonidos del viento que venían de los angostos brazos del mar, lleno de vigor marino. Cuando era chica su padre y los sirvientes y los guardianes la habían instruido sobre cada pulgada de la orilla y la tierra circundante,

pero nunca había podido sentir ningún interés por sus pasiones particulares... la caza, la pesca y la caza al acecho.

Su padre como era la hija única y no el varón que quería, había tratado de interesarla con bondad y sin señales de decepción. Ella había querido responderle, conociendo sus sentimientos, pero no había ninguna pasión que respondiera en su interior. Le encantaba caminar por la playa de los estuarios y las colinas. Cazar y pescar no le producían ningún placer. Ahora su padre estaba muerto y era triste pensar que se había llevado con él a la tumba, su gran decepción.

Su madre lo había seguido pronto porque siempre había sido la sombra de aquél, extrayendo directamente de él, una gran corriente de su espíritu y alegría. Entonces fue cuando llegó Bernard; cinco años después de la guerra, de la estación experimental dirigida por la Marina, en la boca del estuario, un establecimiento que llenó la vecindad con ruidos salvajes por las cosas que sucedían allí.

No el Bernard que conocía ahora. El Bernard de entonces. Mucho mayor que ella, ya que ella apenas si tenía diez y nueve años. Vivía, acompañada por una vieja tía, la acaudalada joven heredera de los bienes y la fortuna de la familia. Era como uno de esos libros que leía ahora.

La joven de Highland, protegida, sin ser tocada por los duros embates de la vida, y el viril, temerario extraño que venía del mar. Se sonrió. No era que en esos días ni en ningún día, se hubiera podido describir a Bernard como temerario. Pero él le había hecho temblar el piso había cautivado a su medio-senil tía, y se habían casado en la iglesia local, con sólo un puñado de testigos de la comarca. Había sido el primero y único hombre que había conocido. Siguieron días apacibles (aunque aún entonces él se iba por días, a veces semanas). Pero aun en su ausencia, su carne era parte de la carne de ella... la forma en que se hacían el amor, una maravilla que aun en su ausencia encendía su cuerpo con repentinos tormentos de deleite tal, que a menudo la obligaban a levantarse y dejar el cuarto y la compañía de su tía, porque lo vivido de la presencia de él en sus pensamientos, era algo que sólo podía ser soportado en la soledad de su propio cuarto.

Luego a través de los años, todo había muerto gradualmente, como una vegetación tropical que sucumbiera año tras año, al cambiar su clima natural, las estaciones convirtiéndose en ciclos que trajeron una lenta muerte.

La rabia la tocó repentinamente, y levantó el libro que tenía en la falda y se obligó a leer, los dedos de su mano derecha, jugando nerviosos con un mechón suelto de su pelo rubio.

Una fuerte racha de viento palpitó contra las ventanas. Al desaparecer, oyó que sonaba el timbre de la puerta de entrada. Eran más de las nueve, y no era hora de visitas.

El timbre sonó insistentemente, un dedo apretado largo tiempo sobre el botón. La duración del sonido le dio una repentina confianza. De vez en cuando, la mujer que iba por horas, si no podía ir el día que le había prometido (al día siguiente era su día)

le mandaba a su hijo pequeño con un mensaje. Era un chico que pensaba que cuando se tocaba un timbre, había que mantener allí el dedo hasta que contestara alguien.

Margaret se levantó, sonriendo para sus adentros, y salió al *hall* de entrada. Encendió la luz de afuera e hizo girar la llave.

Al abrir la puerta, el viento entró con ímpetu a la casa, haciendo que la luz del *hall* de entrada se balanceara y filtrándose debajo de la alfombra que cubría los lustrados pisos de madera, como una cosa que tuviera vida.

Un hombre estaba de pie en el umbral, justo debajo de la luz del pórtico. Era Maximilian Dougall, la gorra en la mano, el cuello de la campera, levantado contra el viento, y un gran paquete de papel marrón debajo del brazo. Se sonrió e hizo un medio gesto como de tocar la visera de la gorra con la mano que tenía libre.

—Buenas noches Mrs. Tucker. Espero no haberla molestado.

Mientras hablaba, el primer instinto de Margaret fue el de cerrarle rápidamente la puerta en la cara. ¿Cómo se atrevía a ir allí a esas horas de la noche? Cuando se aprestaba a darle una brusca despedida, un bálsamo para el ultraje que representaba su sonriente insolencia, el viento entró aún con mayor fuerza. Se estrelló en el *hall* de entrada como si estuviera aliado con ese hombre, dándole fuerza, agregando su fuerza a la de él, para vencerla.

Un cuadro que estaba en la pared, se deslizó quedando torcido por la fuerza del viento arrechado, la luz del cielo raso se balanceó en una órbita irregular, y la alfombra suelta que había en el piso, corrió hasta el pie de la escalera para desplomarse en un desprolijo montón. La abierta puerta, atrapada en el vértice de retroceso, fue tironeada de las manos de Margaret y se le soltó, balanceándose. Ella dio un pequeño grito de alarma temiendo, a pesar de su enojo, que la puerta al cerrarse diera en la cara del hombre.

Maxie extendió una mano, tomó la perilla de la puerta y paró el violento balanceo con un empujón de hombro. Pasó y la cerró. Se dió vuelta hacia ella, quitándose la gorra, la sonrisa todavía en los labios y (el acento del oeste más notorio de lo que Margaret nunca lo había oído antes) dijo:

—Bueno, qué noche Mrs. Tucker. Una escalada completa del oeste, que hará que muchas embarcaciones corran a buscar protección. Aquí no está tan mal. Usted está en una especie de hondonada, pero viniendo del sendero del acantilado... bueno, yo creí que iba a remontar vuelo y me iba a reunir con las gaviotas del mar...

Margaret lo interrumpió ásperamente:

—Mr. Dougall, es muy tarde y yo... yo... Bueno, no esperaba que viniera nadie. —Todavía estaba enojada, pero a través de su enojo sabía que sonaba como una idiota tartamudeante.

—Oh... —Maxie sonó auténticamente sorprendido. Miró el reloj pulsera y luego continuó—: Bueno, sí, supongo que sí, Mrs. Tucker. El problema es que yo no me fijo mucho en la hora. Sólo es que... —le dio unos golpecitos al paquete que tenía debajo del brazo...— acabo de estar en Lobhill para mostrar algunos de mis cuadros

a un cliente —se sonrió—. Cliente es una palabra agradable. Es un comerciante, tiene un par de negocios de artículos de segunda mano y compra de vez en cuando. Al volver, repentinamente me acordé que le había prometido permitirle que les echara un vistazo en algún momento. Pero me doy cuenta de lo que quiere usted decir. Disculpe si la he molestado —se sonrió lastimeramente—. No estoy acostumbrado a... bueno, a pensar sobre lo que las otras personas consideran horas adecuadas y cosas por el estilo. Vendré otro día —se puso la gorra y extendió la mano libre hacia la puerta.

Por uno o dos segundos, Margaret estuvo contenta de saber que se iba, la confusión y la sorpresa de su llegada se calmaron dentro de ella. Luego, al tocar él la perilla, se oyó decir, como si alguna otra Margaret Tucker hablara desde su interior a través de ella.

—No tiene por qué irse. Ya que se ha tomado la molestia, y en una noche así, me gustaría ver sus cuadros.

Después de haber hablado, sintió una rápida sensación de alivio. El hombre era correcto. Podía ser insólito, en un sentido social, pero tomarse el trabajo de ir hasta allí... pensar en ella... y, de todos modos, le llevaría sólo cinco minutos ver las cosas.

Como un eco a su pensamiento Maxie dijo:

—No le robaré más de cinco minutos. Si Mr. Tucker estuviera en casa, tal vez le gustaría verlos, ¿no?

Margaret dijo:

—Tráigalos aquí, al cuarto de estar. La luz es mejor allí. Mi marido no está en casa en este momento... —Estuvo tentada de decir que estaba afuera en una reunión, que volvería enseguida y luego desechó la idea por estúpida. No había nada que temer de este hombre.

Maxie siguió a Margaret al cuarto de estar. Miró alrededor, conociendo ya algo del lugar, completando el cuadro y luego la observó a Margaret mientras quitaba revistas de la mesa, para que él pudiera desplegar sus pinturas. Los movimientos de los brazos de ella y de su cuerpo debajo de la robe de terciopelo, le dijeron que tenía poca ropa debajo. Se imaginó su cuerpo desnudo sin ninguna excitación, como si ella hubiera sido una rara especie de pájaro que hubiera volado dentro del campo de sus anteojos largavistas.

Maxie colocó el paquete sobre la mesa y desató el piolín ordinario que lo ataba. Dijo:

—Tengo unos doce. Están todos hechos sobre ese *hardboard*. Algunas veces, si la gente lo quiere, los enmarco. La mayoría se contentan con llevarlos como están. El enmarcado es extra —se dio vuelta a medias y le sonrió.

Sintiéndose más cómoda interiormente ahora, Margaret lo observó mientras comenzaba a sacar las pinturas. Eran acuarelas.

Mientras colocaba cada una en exhibición sobre la mesa, hizo un rápido comentario.

—... Este es un zambullidor. Se los consigue ver por Two Rivers y los arroyos de los páramos..., hay muchos de estos en el estuario... Este es un pájaro bastante raro por aquí por el oeste, pero tenemos algunos en la migración de otoño. Estos vienen en invierno. Se los puede confundir con los de acá a la distancia... Golondrinas comunes. Las tenemos tarde en el verano. Se crían en el norte y en el otoño se van y andan miles de kilómetros hacia el Antártico. Increíble. Sólo un puñado de plumas, piel y huesos y lo hacían mucho antes de que las primeras embarcaciones rodearan el Cabo de Hornos.

Margaret observó salir los cuadros, uno a uno, y le parecía difícil creer lo que veían sus ojos. Maxie hablaba totalmente absorto.

Tenía la impresión de que se había olvidado del todo de ella. Estuvo contenta, porque mientras ponía los cuadros uno por uno sobre la mesa, no sabía qué decir, sentía que se le pedían palabras, pero no podía encontrar ninguna. Los cuadros eran completamente inesperados.

Maxie dijo:

—Este es un zambullidor garganta colorada y luego estos dos últimos, dos águilas doradas...

Sin pensar, encontrando alivio en palabras de cualquier tipo, Margaret dijo:

—Pero no se puede encontrar ninguno de estos por aquí Mr. Dougall. Yo solía verlos en Escocia cuando era chica.

Maxie se enderezó y se dió vuelta hacia ella y una breve sonrisa conspiradora, frunció la tostada cara.

—No, no se encuentran. Nunca los he visto, los saqué de un libro, Pero recibimos a mucha gente de Escocia aquí en vacaciones. Estos van dirigidos a ellos. Tengo que coincidir con la demanda del mercado —se rió entredientes, el sonido acentuando su completa soltura en ese extraño cuarto. El leve encogimiento de hombros al dar un paso atrás para que Margaret viera los cuadros mejor, llevó consigo una amable familiaridad como si se hubieran conocido de mucho tiempo atrás.

Desde detrás de ella (y estuvo contenta de que fuera así, porque no hubiera querido que le viera la cara en ese momento) Maxie continuó:

—¿Qué piensa de ellos?

La pregunta que ella había temido desde su primera mirada al cuadro del zambullidor había llegado. No supo qué decir. Los cuadros eran horribles. En cuanto al colorido del plumaje de los pájaros, tenía la sensación de que cada pluma había sido copiada fielmente. Pero los pájaros mismos eran rígidos y como de madera, sin siquiera la primitiva gracia o encanto de la inexperta habilidad o la visión original. Eran simplemente malos. Eran tan malos que casi eran risibles.

—Bueno, Mrs. Tucker, ¿qué piensa?

Mientras hablaba, Maxie se movió alrededor del extremo de la mesa. Margaret, dando un paso atrás, alejándose de los cuadros, no pudo evitar más sus ojos. Buscó

desesperadamente las palabras, alguna cosa bondadosa o frase que aliviara su turbación y no lo hiriera.

Casi tartamudeando dijo:

—Creo... bueno, yo creo... el colorido es muy... muy exacto.

En ese momento a Maxie le gustó ella, pero esto era una emoción aislada de todas las otras que recordaba. Ella tenía buenos modales, y una suavidad y bondad que la hacían cauta para lastimar. Eso le gustó, eso también lo podía utilizar, pero la nota del carácter, en ese momento fue marginal. Simplemente le gustaba ella, finamente ubicada, las líneas de su robe cubriéndole el cuerpo, un cuerpo de mujer, firme y bien delineado, su pelo rubio todavía desordenado por el viento del *hall* de entrada, y pequeñas arrugas de turbación que le fruncían los ángulos de los ojos.

Él dijo con soltura:

—Francamente, yo creo que son horribles. Pero son lo mejor que puedo hacer. Puedo cerrar los ojos y ver los pájaros, cada detalle, cada movimiento y lo quiero poner todo en el papel... recrearlo. Pero en el momento que mi mano toca un pincel o un lápiz me convierto en un torpe mono —se rió, sacando el sonido hacia afuera, como disfrutando de su propia autocrítica—. Tengo el alma de un pintor y las manos de un chico de cinco años —se sonrió—. Usted debe de haber pasado un momento muy desagradable cuando los desplegué. Le pido disculpas por eso, pero, usted sabe, realmente los vendo y por mucho tiempo no lo pude comprender. Pero una cosa sé. La gente de vacaciones se pone un poco loca. Compran cualquier cosa que los atraiga. Son como urracas. Cualquier cosa brillante o inusual... en forma tal que en el invierno o años más tarde lo puedan mirar y recordar un verano, un lugar, una valija llena de recuerdos con un marco dorado alrededor, —hizo una pausa, y luego agregó—: Disculpe... estoy hablando demasiado.

Margaret dijo:

—Lo que dijo es interesante, Mr. Dougall. Pero lo que no puedo entender es por qué me los trajo a mí para verlos. Yo no soy una veraneante.

No sintió ninguna aspereza. Estaba calma ahora. Los estúpidos temores que se habían precipitado dentro, cuando había abierto la puerta del *hall* de entrada, habían desaparecido. No tenía ningún resentimiento, ninguna oculta desaprobación por la forma en que había casi asaltado el cuarto, hablando con total confianza en sí mismo. Ahora era dueña de sí misma no una mujer confundida, y en su propia casa, tenía derecho (y estaba compelida a ejercitarlo) a pedirle una explicación.

Por uno o dos minutos Maxie vaciló. Ese era el momento en que la confianza en sí mismo y la lectura que había hecho de esta mujer, tenían que ser puestos a prueba. Una medida de una leve disminución de su propia arrogancia, un empañamiento de la visión del futuro que había alimentado durante tanto tiempo, fueron las que le hicieron decir casi en un murmullo de disculpa:

—No se...

Bastante enérgicamente, sintiendo su propio triunfo, Margaret dijo:

—Por supuesto que tiene que saberlo. No soy una niña, Mr. Dougall. Usted no fue a Lobhill, ¿no? No hay ningún comerciante allí. Usted vino directamente aquí.

Maxie se sonrió. El desafío de ella lo recobró.

—Es verdad.

—¿Por qué?

Era fácil ahora. Ella lo estaba ayudando sin saberlo.

Dijo:

—Quería estar en esta casa, Para saber cómo era, para que cuando me fuera y pensara en usted me la pudiera imaginar aquí. Es tan simple como eso. Tengo cientos de cuadros suyos en la cabeza. Algunos los conozco del natural, de verla caminar por la arena y por las dunas. Otros son imaginados. Quería hacerlos reales también — hizo una pausa. Ella estaba parada con el cuerpo tenso, los labios apretados y con los brazos cruzados, entrelazados sobre el pecho, defendiendo su cuerpo contra él mientras sus ojos, tocados por brillantes puntos de enojo, lo observaban fijamente. Él continuó:

—¿Usted sabe por qué un hombre querría esto?

Ella dijo fríamente:

—Tome sus cuadros Mr. Dougall, y no se acerque a mí o a esta casa nunca más.

Maxie sacudió la cabeza. El enojo de ella era esperado y ahora funcionaba a favor de él, no le proporcionaba ninguna coraza contra la franqueza de él.

—No resultará, Mrs. Tucker. Contra algunas cosas no se puede luchar bien. Hay que ir con ellas. Y hay cosas que algunas personas perciben en seguida en sus huesos, aunque sólo pase una mirada entre ellas. Lo podrá llamar sólo deseo o amor. Pero hay que llamarlo de algún modo y no hay poder que deponga el dolor del deseo, excepto entregarse a él. Nosotros lo tenemos entre nosotros mismos, —se encogió un poco de hombros, y luego se sonrió, rápida e infantilmente, fue una sonrisa que le trajo nuevamente a Margaret la cara inocente, traviesa del chico del orfanato en la hilera de a dos, de la playa—. Yo sabía que usted no haría nada al respecto. Eso le corresponde al hombre. Por eso vine aquí.

Margaret dijo enérgicamente.

—Tome sus cuadros y váyase, Mr. Dougall —se dió vuelta y comenzó a moverse hacia la puerta.

Maxie fue rápidamente hacia ella. La rodeó con un brazo por los hombros y con el otro por la cintura. La besó, siguiendo los labios de ella con los de él. Apretó su cuerpo contra el de ella. La mano que tenía alrededor de la cintura, se movió en una suave, firme caricia hacia la parte más fina de su espalda y luego lentamente volvió hacia abajo, mientras ella comenzaba a forcejear. Pero el forcejeo, el comienzo de la protesta del cuerpo de ella, fue apenas formado a medias, cuando él alejó sus labios de los de ella y dio un paso atrás.

Ella lo enfrentó, respirando dificultosamente, y dijo:

—¡Váyase de aquí!

Él hizo un cabeceo, sacó la gorra del bolsillo y atravesó el cuarto. Con la mano en la perilla de la puerta, dijo:

—Está bien, Mrs. Tucker, yo no le haría nunca ningún daño. Pero no es bueno para ciertas personas dejar algunas cosas en el aire, tienen que hacerlas. De allí en adelante, sólo existe el deseo durante todo el tiempo o terminar con él... No se preocupe por los cuadros. Échelos al fuego.

Ella dijo enojada:

—No se atreva a acercarse nunca más a mí.

Maxie se encogió un poco de hombros y luego abandonó el cuarto. Margaret oyó el golpe de la puerta de entrada, empujada con fuerza contra el viento.

Recorrió los ultrajados labios con la lengua. Tenían un leve sabor a sal por el beso que le había dado, la sal que había llenado el aire en el rugiente viento del oeste que venía del mar, en su caminata hacia allí. Por su espalda todavía corría la sensación de la mano vagabundeante. Pero ahora parecía no haber ninguna tela de terciopelo para acallar la caricia. La mano estaba cálida y dominante sobre su piel desnuda.

Bernard Tucker volvió a casa ese fin de semana. Llegó a la tres y media el viernes por la tarde, desde la estación de taxis. Subió a su dormitorio y se cambió la ropa de Londres por una chaqueta de *tweed* y cómodos pantalones de corderoy. Margaret no estaba en casa.

Fue hacia el dormitorio de su mujer y dejó la puerta abierta para que si no oía el ruido del auto que volvía, pudiera oír la puerta principal, al abrirse. Le gustaba llegar cuando su mujer no estaba en la casa. Le gustaba recorrerla, su ojo profesional verificando y observando los objetos y decoraciones. Margaret era una criatura de hábitos. Las cosas raramente eran movidas de lugar. Había existido un tiempo, mucho antes de conocer él a Warboys y el trabajo que hacía ahora, en que hubiera estado lleno de temor ante el sólo impulso de violar la privacidad del cuarto de otra persona. Ahora lo hacía automáticamente y sin ningún escrúpulo de conciencia. El libro de cabecera de ella era un volumen de las memorias de Sir Winston Churchill. Durante tres meses había descansado sobre la mesa de luz. Entró al baño, los ojos recorriéndolo brevemente, revisando todo con una escrupulosa precisión profesional. Levantó el jabón de la jabonera y lo olió. Floris Stephanotis. Stephanotis o Geranios, siempre uno u otro. Había una nueva alfombra de baño de piel de cordero teñida de azul.

De vuelta en el dormitorio sacó el aro de las llaves y abrió el cajón de arriba del escritorio de ella, el único que estaba siempre cerrado con llave. Sacó el diario y leyó las nuevas anotaciones desde su último examen. No había nada nuevo. Estaba acostumbrado a los comentarios de su mujer sobre él y a las referencias a las extrañas evasiones en que robaba cosas de los negocios.

“... Si tuviera algún coraje, él volvería y encontraría que me habría ido... pero ¿adónde ir? ¿Y dónde encontraría yo el coraje? Soy tan desesperanzada e inútil para hacer cosas. Algunas veces tengo la impresión de que a Bernard le gustaría llegar y encontrar que me he ido...”.

Era así. No había ninguna duda con respecto a eso. Quería librarse de ella, pero sabía que Margaret estaba en lo cierto cuando decía que no tenía coraje. La única esperanza era que alguna otra persona lo encontrara por ella.

Volvió a colocar el diario en su lugar, y recogió dos libros de tapa blanda que estaban en el cajón. Siempre eran del mismo tipo. Era más frecuente que leyera éstos, que Sir Winston Churchill. Pero sabía por qué los leía. Lo tocó un distante remordimiento de conciencia. Una vez la había amado a ella y a su cuerpo. Si no la hubiera visto nunca y la conociera en ese momento, sabía que habría una respuesta en su interior. Sus apetitos estaban vivos, demandaban satisfacción, pero en las pocas y lejanas ocasiones en que había tratado de volver a captar lo que había existido una vez entre ellos, la carne había rehusado ser llevada. Podía encontrar suficientes explicaciones pero sabía que nunca las podría discutir con ella. La traición no había sido de parte de ella sino de él mismo.

A través de Margaret una vez había tratado de escapar del mundo de Warboys, se había colocado a sí mismo en el peligro, esperando ser descubierto, y no había pasado nada. El destino había hecho su propia jugada con él. En esos días había existido la más estricta prohibición de casamiento para los que se adiestraban y los de rango menor. Cualquiera que rompiera con esa prohibición era separado del servicio. En Escocia, con la aversión a sí mismo que iba creciendo en su interior, contra todo lo que hacía y representaba, había conocido a Margaret, muchos años más joven que él, más una niña que una mujer. La había hecho mujer y más tarde, cuando ella le dijo que estaba embarazada, se había casado con ella, rápida y calladamente. Estaba seguro de que el Departamento lo descubriría. Pero eso nunca ocurrió. El embarazo de Margaret había resultado ser un mito, una irregularidad emocional semi-histórica. Había sido atrapado en el desenlace de un súbito arrepentimiento por su impetuosidad, por el conocimiento igualmente repentino de que él “era” el hombre que Warboys siempre había sabido que era. La vida que se le ofrecía era la única que quería. Había una sádica ambición en su interior, y una excitación que lo colmaba con respecto a las oscuras maniobras que enriquecerían su existencia. De allí en adelante había ocultado su casamiento, y cada mes, cada año, estaba más y más preocupado porque se descubriera, porque se lo echara del peculiar paraíso que había encontrado. Años más tarde, cuando había alcanzado el *status*, (y el tiempo también había cambiado los reglamentos y prohibiciones contra el matrimonio) cuando pudo haber revelado su lejana falta, seguía ocultándola. Revelarla, no importaba lo lejana que fuera la transgresión, hubiera significado una marca negra contra él. El perdón,

teniendo en cuenta su valor, no hubiera podido borrarla. Cargando con esa marca nunca hubiera podido tener esperanzas de estar sentado dónde estaba Warboys, nunca se le permitiría tomar ese lugar y tener esperanzas de subir todavía más alto...

Dejó caer los libros en el cajón y lo cerró con llave. Margaret entonces. Margaret ahora. Una mujer estúpida de la que quería verse discretamente liberado. En tal medida quería tenerla fuera de sus manos, que hasta había veces en que contemplaba la posibilidad de llevar a cabo una acción directa por su propia cuenta.

Tan lejos había llegado, pensó, mientras bajaba las escaleras hacia la puerta de entrada al oír el ruido del auto que venía por el camino, del joven oficial presentándose a su primer barco, las noches frías sobre el puente de mando y Warboys junto a él, pasando de extraño a compañero, a un amigo que anhelaba algo más que una amistad.

Abrió la puerta, saludó a Margaret, le tomó los paquetes de sus brazos, y colocándolos sobre el arcón del *hall* de entrada, se dio vuelta y la besó, apoyando su mejilla contra la de ella con una súbita, inesperada ternura de la que se sustrajo rápidamente.

El gesto no fue tan rápido como para que ella no lo notara, ya que mientras estaban sentados frente al fuego, bebiendo algo antes de la comida, Margaret dijo:

—Bernard, ¿qué ha pasado con nuestro matrimonio?

Por un momento él denotó su sorpresa. Luego, sin querer desgastarse en la futilidad del análisis, dijo:

—Nada.

—¿Lo ves como algo normal?

El tono de cinismo fue claro, y lo sorprendió. Se movió inquieto.

—Ningún matrimonio es normal. Todos son diferentes. Todos tienen algo que les falta, si es eso a lo que te refieres.

—¿Sí?

—Por supuesto.

Sabía lo que estaba por venir y trató, lealmente por un momento, de contener una irritación de la que no pudo escapar.

—Oh, todos tienen algo mal, sí. Pero yo no estoy hablando precisamente sobre el hecho de que no puedas o no quieras acostarte conmigo. Eso puede ser muy común, supongo, en muchos matrimonios. Pero aun así pueden tener algo, aun sin eso... una especie de, bueno felicidad platónica. ¿O no piensas así?

—¿Felicidad? ¿Qué diablos es eso, de todos modos?

El estado de ánimo de la mujer aumentó su irritación y la demostró entonces, esperando al mismo tiempo terminar con ese tipo de conversaciones.

Tranquilamente ella insistió.

—Es una relación en la que dos personas no tienen (sea lo que fuere que haya desaparecido) que vivir en la misma casa, en dos mundos diferentes.

—Yo no estoy mucho aquí. Este mundo es todo tuyo —hizo una pausa y luego, yendo más lejos de lo que había ido hasta entonces, agregó—: Si lo deseas te dejaré aquí con este mundo, si no te molesta. Lo puedes reformar como quieras.

Se puso de pie y fue hacia el aparador para servirse otro trago. Dándole la espalda esperó la reacción de ella. Cuando llegó fue inesperada, en una línea que no había anticipado.

—¿Y cuál es tu mundo, Bernard? Algunas veces me lo pregunto. Nunca has sido muy... categórico con respecto a él.

La pausa delante de la palabra categórico lo irritó más. Cada vez que ella utilizaba una palabra fuera de su vocabulario normal, siempre estaba esta pausa, no hecha para dar énfasis sino como si fuera una lenta principiante, ansiosa de decir bien alguna palabra poco familiar. Él dijo:

—Sabes cuál es mi mundo. Una tarea muy dura, particularmente en estos días. Aquí y allá, a la pesca, aun del fantasma de la posibilidad de un negocio.

—Ganas mucho dinero.

No había pregunta en la frase. Era una clara refutación de todo lo que él había dicho. Tenía un cómodo departamento en Londres, decía ella. Le gustaba su vida allí y no la hacía participar a ella. Tenía amigos con los que ella no tenía contacto: mujeres, también, sin duda. Viajaba, lo pasaba bien y no era molestado por la presencia de ella, pero volvía de vez en cuando para pasar, sin entusiasmo, por los limitados movimientos de ser su marido.

—Estás en un estado de ánimo curioso esta noche —dijo él, volviendo con su bebida y forzando la aparición de una sonrisa.

Mirándolo, el rostro en calma, muy claramente en posesión de sí misma dijo:

—Tal vez lo esté. Sé que no te gusta este tipo de conversación, pero creo que hay algo que debes saber. Creo que tiene algo que ver con nuestra relación, en una forma... psicológica. Entro a los negocios y cuando salgo encuentro a veces que tengo cosas en el bolsillo. Cosas, Bernard, que he robado y no puedo recordar haberlo hecho.

—¡No lo puedo creer! —Su descreimiento sonó auténtico, su sorpresa verdadera. Sabía que podía llegar el momento en que ella le diría eso. Estaba bien preparado para ello.

Se sentó, los codos sobre las desparramadas rodillas, jugando con los dedos sobre el vaso que tenía en las manos.

Margaret dijo:

—Te lo hubiera dicho antes. Pero esperaba que se pasara, que fuera algo... bueno, que tuviera que ver con mi edad y francamente, con la forma en que está nuestro matrimonio. Pero no desaparece. Una o dos veces por mes, simplemente robo. Pequeñas cosas. Luego no recuerdo haberlo hecho.

—Entonces tenemos que hacer algo. Tendrás que ver a alguien. Tal vez sea mejor empezar por tu propio médico. Lo llamaré ya mismo y le pediré hora. Verás lo que te

dice. Probablemente te ponga en manos de un especialista que te aclarará todo. Dios mío, no es posible dejar pasar una cosa así. Piensa en todas las complicaciones si te pescan.

Se levantó, le palmeó la espalda, y luego fue a su escritorio para llamar por teléfono al médico, llevando consigo el vaso. Mientras se sentaba y bebía, antes de discar, una pequeña agonía pasó por su interior. Ahora que ella se lo había dicho, tenía que hacer algo por ella. Jesús, cómo cambiaba la gente y cómo era cambiada. Todo lo que había tenido para ofrecerle había sido un golpecito en la espalda, y la fría lógica de llamar por teléfono al médico, cuando tenía que haberla tomado en los brazos y protegerla de la preocupación, con su amor. Pero ¿cómo se podía tener en los brazos a una extraña? Aun para él había algunas falacias que no podían ser soportadas.

Margaret estaba sentada en el diván, poseída por una fría calma que era curiosamente reconfortante. Una cosa era segura, una esperanza ahora absolutamente muerta, la vida de ellos juntos estaba terminada. No podía existir nada entre ellos, aunque vivieran juntos otros cien años. Su mano palmeando brevemente la espalda de ella, no había significado nada porque no tenía nada que darle. Ella estaba allí sentada, recordando el reciente contacto de otra mano sobre su cuerpo y por primera vez desde que había ocurrido no hizo ningún esfuerzo por quitarse el recuerdo de la memoria.



## CUATRO

BERNARD volvió a Londres el lunes. A Margaret no le sorprendió que Bernard no esperara hasta que ella viera al médico, el martes a la tarde.

Su médico, Harrison, un hombre mayor, agotado de trabajo, que la había conocido hacía algunos años, y que tenía una exacta idea del estado de cosas del matrimonio de ella, fue comprensivo pero deliberadamente evasivo en comprometerse a un juicio específico, o recomendarle cualquier tratamiento especial.

Después de algunas preguntas generales cuando ella expuso su problema, preguntó:

—¿Cómo se llevan usted y Bernard... quiero decir como hombre y mujer?

Margaret dijo:

—No dormimos juntos. No lo hacemos desde hace años. ¿Es eso lo que quiere decir?

—Sí. ¿Y con respecto a los hijos?

—Los queríamos, cuando nos casamos. No pasó nada... luego, después de un tiempo, bueno simplemente aceptamos que no habría ninguno. Secretamente, creo que Bernard sintió un alivio.

—Muchos matrimonios no tiene hijos. Pero, aparte de eso, son bastante normales. La revisaremos enseguida y veremos cómo está usted físicamente. Deme una idea general de su rutina durante la semana. Usted sabe: los amigos que ve, las cosas que hace. Las actividades sociales y todo eso.

Ella le contó. El relato fue breve.

Él dijo:

—Usted se mantiene un poco demasiado sola, ¿no? Le podría ayudar tener más intereses y contactos. Hay muchas cosas que podría hacer. Trabajo social, recreativo. ¿Por qué no se hace socia de un club de golf o de tenis? Ver más a sus amigos. Si usted no se absorbe en las cosas exteriores, con otra gente, se encierra en sí misma, y eso trastorna el equilibrio de muchas cosas —sonrió—. ¿Se molestaría si yo le sugiriera que ese impulso de robar es meramente un deseo de escapar, o un deseo de atraer la atención sobre sí misma (forzado en usted subconscientemente) porque está insatisfecha con lo que es y con lo que hace para llenar sus días?

—¿Soy una mujer frustrada?

—En un sentido —la miró por encima de los anteojos, torció la boca y dijo—: la única cosa es que usted ha desembocado en una rara forma de compensación. Sin

embargo, ya que ha venido a verme, si tiene algún problema, estoy seguro de que puede ser manejado discretamente. De modo que no se preocupe por ese aspecto. Este es un pueblo chico y sabemos cómo cuidarnos. Bien, ahora vamos a revisarla.

Salió con una receta de unas píldoras que tenía que tomar tres veces al día, y una orden de informarle sobre cualquier ulterior incidente en los negocios. Tenía confianza en que, ahora que había hablado con alguien de su problema, éste desaparecería. Si no fuera así, pediría hora a un especialista.

Margaret fue a su casa, aliviada de haberle hablado y de haber recibido tranquilidad de parte de él, pero calladamente convencida de que en alguna forma, ninguno de ellos había ido al fondo de la cuestión. No lo culpaba a Harrison por la forma, aunque amable, en que había dejado su problema de lado. Tenía demasiadas preocupaciones reales de otra gente para ocuparse. Tal vez, sentía ahora, supo durante todo el tiempo cuál era su problema. Ella había querido del matrimonio lo que toda mujer quería, un hombre a quien amar y que le diera hijos. Bernard le había negado eso. No deliberadamente, podía ser, pero efectivamente. Y para ser justos, ahora se podía preguntar a sí misma si parte del problema no había sido por culpa suya. Él había sido el primero (el único) hombre que había conocido. Y con su arrobamiento había aparecido el miedo. Había pensado auténticamente, en sus primeras épocas antes de casarse, que estaba embarazada. Ahora, podía considerar bastante cínicamente, si él se hubiera casado con ella de otra forma. Sin intención, ella lo había atrapado. Y sin saberlo, se había encontrado como la verdadera prisionera de su trampa.

Cuando él llamó esa noche desde Londres, le dijo que Harrison estimaba que no había de qué preocuparse, que estaba débil, que los malos momentos pasarían, y que ya se sentía con mucha más confianza en sí misma y que todo andaría bien. Estaba contenta de despedirse de todo el asunto como si no fuera de importancia, porque sabía que era evidente ahora que ella no era importante para él.

Cuando él cortó la comunicación, colgó el tubo y volvió a su sillón y a su libro. Sabía ahora que sin ningún verdadero punto de crisis (a menos que ese momento del contacto de la mano de él en su espalda, antes de llamar al médico, lo hubiera sido) la ruptura entre ellos era final. De ahí en adelante no había nada que él hiciera que la pudiera tocar aun con la más leve sombra de pena. Era su propia dueña. De ahora en adelante contaba sólo para ella misma. Lo que hiciera de su libertad (y estaba decidida a hacer algo con ella) por el momento, no tenía idea. Habría mucho tiempo para tomar una decisión. Hasta entonces estaba contenta con la noción de que era libre y que las opciones que se le abrían eran muchas.

Dos días más tarde, en una tarde de neblina de noviembre, suspendida como quieto humo de madera sobre la ciudad y el río, ocultando de la vista las gaviotas que llamaban a través de ella, robó tres pares de medias grises, para niños, y sólo las descubrió en su bolsillo cuando salió del auto en el estacionamiento de la playa. Se

las dio a la monja que guiaba la fila del orfanato y continuó su camino por la nebulosa playa, sin ninguna pena.

Billy Ankers estaba sentado en su auto y esperó que volviera. Luego de media hora volvió por las dunas al estacionamiento. Llevaba una larga cinta de algas marinas, verde oscuras y dos pequeños pedazos de madera, que colocó en el cajón del auto. Billy no vio nada inusual en esto. Los caminantes de la playa a menudo tomaban pedazos de maderas para hacer brillar sus fuegos con una llama salada azul y muchos tomaban cintas de algas marinas para colgarlas afuera de sus puertas, para servir como indicadores del tiempo. Billy volvió a Nancy y su café con torta Dundee. Mr. Bernard Tucker estaba malgastando su dinero. Qué lindo, pensó, tener dinero para malgastar.

En las dos semanas siguientes Maxie fue a Lopcommon por la noche y observó la casa durante una o dos horas. Sin arrogancia, no tenía ninguna duda ahora de lo que tenía que pasar. Sentado en la oscuridad, hubo largos ratos en que, aunque sus ojos observaban la casa iluminada, sus pensamientos estaban lejos de ella. Miraba más adelante, viendo su futuro, sin acomodarse a ninguna forma definitiva, planeando y cambiándolo de acuerdo con su fantasía. Quería dinero y quería libertad de una naturaleza distinta de la que ya había disfrutado. Había sido traído a este mundo con una deuda para con él, y, con cada día que pasaba, sin ninguna auto-conmiseración, sabía que la deuda había crecido. Alguien tenía que pagarla. Ese alguien iba a ser Margaret Tucker. Los detalles del pago podrían ser determinados cuando ella le perteneciera.

Durante esas dos semanas, también, se mostró a Margaret en la playa y entre las cuevas. Nunca se le acercaba, pero mientras ella caminaba por la arena se sentaba algunas veces sobre una duna y la observaba, y sabía que ella lo había visto, aunque no había entre ellos ninguna señal de reconocimiento. Una o dos veces se escondió mientras sus anteojos largavistas la ubicaban viniendo por la arena junto al estacionamiento para autos. Sin ser visto por ella, la observó cuando subía por la playa. La vuelta de la cabeza de ella, de cara a los lugares desde los que casi siempre la observaba, le hizo ver que lo estaba buscando. Generalmente la dejaba pasar sin revelarse a sí mismo. Pero de vez en cuando se levantaba repentinamente a plena vista de la mujer, que siempre daba vuelta la cabeza y seguía caminando. Pero su paso, desde el momento en que lo había avistado, la traicionaba. Perdía su natural ritmo, se hacía torpe y auto-consciente por un rato, y él se alegraba de comprobar que fuera así.

Cuando Margaret llegó realmente, no fue en la forma en que él lo había imaginado. Escondido, la observó venir por la arena. La marea estaba baja, dejando al desnudo las zonas de pantanos y las rocas cubiertas de algas, en la desembocadura del estuario. Los pájaros se movían y volaban incansables junto a su alimento. Un

puñado de patos se echó al aire y aletearon río arriba, en una madeja blanca y negra. La vio a Margaret detenerse y observarlos. Era un día templado para noviembre, y el sol por el oeste rayaba las húmedas arenas con un lustre plateado. La brisa del sur por el estuario le levantó el tapado liviano que tenía, como si repentinamente le hubieran crecido alas y estuviera probándolas torpemente. Se quedó parada frente al mar, inclinándose un poco hacia atrás, en la brisa que se hacía más fuerte. Luego dio vuelta y comenzó a caminar en diagonal por la arena hacia las dunas. Por un momento o dos, Maxie la observó, preguntándose adonde iría.

Llegó a la marca de la marea alta y eligió su camino entre la basura de la corriente y la marea, y luego entró a las dunas. Por uno o dos minutos la tuvo a la vista y luego desapareció detrás de la loma de una ondulación cubierta de pasto. Por un rato él observó las dunas pensando verla, pero no apareció a la vista. Se sentó. Conocía bastante bien las cuevas y sospechó que ella estaría tomando uno de los muchos senderos que llevaban de vuelta al estacionamiento. Por unos minutos estuvo tentado de cortar camino y encontrar algún lugar donde pudiera verla pasar. Luego decidió no hacerlo y comenzó a caminar lentamente de vuelta a su cabaña.

Muchas cosas le decían a Margaret exactamente dónde estaba, aunque no tenía el recuerdo de haber ido allí antes. Había estado parada en la arena, sintiendo el viento contra la espalda, observando las aves que se alimentaban en los pantanos y las rocas. Cinco o seis se habían ido, patos blancos y negros, que se elevaban en el viento e iban tierra adentro, y se había dado media vuelta, viéndolos a través del entretejido de su pelo rubio que se movía con el viento y le cruzaba la cara. Luego, mientras se movían por el estuario, encaminándose hacia la unión de los dos ríos, había tratado de seguirlos con la vista, y se había encontrado moviéndose ella también.

No hubo ningún pensamiento en su interior entonces, porque una paz cálida y reconfortante, tan segura, que era casi una presencia física cerca de ella, la había llevado al movimiento, forzándola, haciéndola reír un poco de sí misma cuando la extraña idea de que tenía que seguir a los pájaros se apoderó de ella, los quiso seguir, levantarse y unirse a ellos. Y luego, mientras sus pies se movieron chapoteando por la arena llena de riachos de agua, la vieja presión de manos familiares se ahuecó en su frente y fue llevada hacia adelante, se dejó llevar hacia donde la calma y seguridad que tenía dentro la llevaran, abandonándose sin temor, su conciencia confiada a algún poder fuera de ella.

Sentada ahora, sabía lo que había pasado. Por un momento comenzó a mover a medias las manos hacia los bolsillos de su abrigo, pensando qué encontraría, y luego detuvo el impulso, sabiendo sin alarmarse, ni sentir la breve, familiar agonía de otras veces, que no habría nada allí.

Era un cuarto grande, de cielo raso bajo, que ocupaba casi toda la planta baja de la cabaña. Estaba sentada en un sillón de madera junto a una ancha mesa cuya tapa

estaba cubierta con un mantel de plástico floreado. En el centro un florero de vidrio tenía algunas ramitas de arbustos de flores amarillas, mezcladas con las azules caras de las siemprevivas que florecían la mayor parte del año en los cercos del lugar. Una pila de cuadernos de ejercicios, de tapa dura, estaban en la esquina de la mesa. Justo delante de ella había una acuarela sin terminar, de una garza, pinchada a un tablero de dibujo, inclinado, sostenido por dos ladrillos. Algo con respecto al largo pico de la garza y a la dura expresión de sus ojos, le recordaron a un empleado más bien rígido que había en su Banco, vacío de personalidad, los hombros encorvados, desanimados. Se sonrió al recordarlo. Siempre que lo viera ahora, pensaría en la garza.

Las cortinas de la distante ventana eran de algodón barato, colgadas torpemente, y el antepecho debajo de ellas era un barullo de cosas en desorden. Una puerta abierta a su izquierda, le dio la rápida visión de una pequeña cocina con una blanca pileta y una canilla de bronce que goteaba continuamente. No sintió ningún impulso de levantarse y ocuparse de hacer cosas para ese lugar. Podía cerrar la canilla, ordenar el barullo del antepecho de la ventana. Había un fino enlazado de viejas telarañas sobre la puerta de entrada, por todos lados la pequeña desprolijidad, en el precario orden general y falta de limpieza del lugar, que nunca eran registrados por los ojos masculinos. Sobre la repisa de la chimenea había dos candelabros de bronce y una hilera de caparzones de cangrejo, pintados de dorado y plateado. Tal vez los juntaba y los decoraba, para venderlos con sus malos cuadros a los veraneantes. Una rinconera, de frente de vidrio, tenía cacharros, tazas y platos y encima de ella había un ramo de cardos, las secas cabezas levemente tocadas por un fino festón de telarañas. Los había recogido, los había colocado allí y se había olvidado de ellos. A un costado de la chimenea había una estantería hasta la altura del hombro llena de libros que le hubiera gustado examinar y sacar de ellos seguramente algo que le indicara algo más de lo que el hombre era. Pero se quedó sentada donde estaba. El tiempo para eso llegaría o no. Estaba contenta de estar ahora sentada y esperar que los acontecimientos tomaran forma alrededor de ella.

Lo oyó llegar por el sendero del jardín, se dio vuelta un poco y vio el movimiento de la manija de adentro de la puerta, al empujarla él desde afuera. Entró en el cuarto, de espaldas a ella mientras cerraba la puerta sin verla hasta que se dio vuelta.

Al enfrentarlo, hubo más calma en ella de lo que hubiera pensado. Tenía el impermeable desabrochado. El cuello de la camisa estaba abierto, la piel tostada, unos pocos pelos oscuros asomaban por encima de la abertura del cuello. Durante uno o dos minutos, el hombre no dijo nada. Se quedó allí de pie, observándola y luego lentamente se quitó la gorra. Sin mirar, estiró la mano detrás de él y la colgó del gancho de la puerta.

Sin hacer ningún movimiento, la miró y Margaret se dio cuenta de que estaba sorprendido. Estaba inundado de ella y necesitaba tiempo para salir de la misma. Lo vio emerger lentamente, observó la cara inexpresiva que se movía hacia una sonrisa y

luego hacia los movimientos musculares más profundos, de una risa entredientes que destelló brevemente, contra el tostado color nogal de su cara. Dijo:

—¿Así que ha venido?

—Eso era lo que usted quería. Me dijo que o seguiría el deseo para siempre, o se terminaba coa él.

—¿Y qué quiere que suceda?

—No me he preguntado eso. Simplemente lo quiero averiguar.

Él asintió y luego dijo:

—Vamos entonces, niña.

Pasó por detrás de ella. Margaret dió vuelta la cabeza y lo observó. Atravesando el último tercio del cuarto, dos cortinas rojas, que llegaban hasta el cielo raso, estaban tendidas de unos aros de bronce a lo largo de un alambre estirado para cerrar el fondo del cuarto. Levantando los brazos descorrió las cortinas y luego se quedó de pie en la entrada que había hecho y la esperó.

Se levantó y fue hacia él, pasando por delante. En el espacio, detrás de las cortinas, había una gran cama antigua, de madera y bronce, cubierta por una manta hecha con distintos pedazos de telas, las almohadas descubiertas. Sobre una cómoda de madera junto a la cabecera de la cama había un reloj despertador barato y una pila de revistas.

Oyó que él corría nuevamente las cortinas, el lugar del dormitorio repentinamente sombreado, solamente iluminado por una angosta ventana que estaba más allá de la cama. Pasó por delante de ella y corrió las cortinas de algodón. Dijo:

—Nunca utilizo los cuartos de arriba. Los pisos están en mal estado.

Al darse vuelta y mirarla a través de la penumbra, la seguridad y calma de la mujer, fueron arrancadas como si en un mágico pase de mano la hubiera despojado de sus ropas. Su cuerpo tembló y se le estremecieron los hombros y sintió que toda su fuerza, menguaba en su interior.

Él se acercó, le colocó una mano con suavidad sobre la espalda y dijo:

—Está bien, niña. Está bien.

La atrajo hacia adelante y la dio vuelta hacia él junto al costado de la cama. La cara cerca de la de ella. Podía sentir temblar su cuerpo, y sabía, quería que la rodeara con sus brazos para aquietarla, que suavizara su espalda hacia la calma y paz que había conocido hasta ese momento.

Levantó una mano y apoyó el dorso contra la mejilla de la mujer, al tiempo que decía:

—Todo andrà bien. Ha sido un tiempo muy largo para nosotros dos.

Sus manos fueron hacia el hombro de ella y la presionaron hacia abajo suavemente, en forma tal que quedó sentada sobre el borde de la cama, sentada como un niño, obedientemente, aliviándose el estremecimiento de su cuerpo. Se arrodilló y le comenzó a desatar los cordones de los zapatos. Se los quitó y lentamente le acarició los pies con sus grandes manos, bajó la cabeza y le besó la planta del pie

derecho a través de la media, el calor de sus labios moviéndose contra su piel fría. Luego levantó, la vista y se sonrió, y la sonrisa fue la del pequeño niño que ella había visto en la fila del orfanato, pero maduro en ese momento, en la sonrisa de un hombre, travieso, complacido, concedor del don y la ofrenda por venir.

Sus manos fueron hacia la cintura y comenzaron a manipular torpemente con el cierre relámpago, tan torpemente, que sin mirarlo ella se dio cuenta entonces que estaba temblando como lo había hecho su cuerpo antes. Se sonrió y sacudió la cabeza hacia él, y dejó caer su propia mano, quitando la de él del camino, y comenzó a abrir ella misma el cierre.

Billy Ankers estaba preocupado. Además tenía frío. Era una combinación que no mejoraba su estado de ánimo. ¿Qué podría estar haciendo la maldita mujer? Había estacionado el auto a la tres y media y había bajado, a la playa. La marea había estado muy baja entonces. Ya eran las siete y media. Cuando bajó la ventanilla del auto, pudo oír la marea que volvía ruidosa, en la calma que había seguido a la repentina desaparición del viento del sur, mientras se abría camino comiéndose la playa. Habían quedado sólo dos autos en el estacionamiento. El de él y el de Mrs. Tucker. ¿Dónde diablos estaba?

A las seis y media había dejado el auto y había tomado el viejo camino del ejército, detrás de las cuevas. Le podía haber pasado algo. ¿Un esguince de tobillo? ¿No podría caminar? Tal vez la hubieran asaltado en las lejanas cuevas. Dios sabe que ocurre ocasionalmente. O era bastante fácil llegar distraídamente hasta el lejano límite de las arenas del estuario y ser atrapado por la marea que avanzaba a espaldas de uno.

Volvió a la oscuridad de su auto a las siete. Era inútil andar a los tumbos por allí sin poder ver a un metro de distancia. Pero ahora, sentía una verdadera preocupación desvinculada de su curiosidad profesional. Tenía que haberle pasado algo. Se quedó sentado en el auto y decidió esperar hasta las siete y media, y luego ¿qué haría? ¿Iría a la policía? Bueno, pensó que lo podía hacer. Lo conocían. Podía decirles que había estado vigilándola. Lo mantendrían en secreto y se pondrían a buscarla... pero Mr. Tucker no se sentiría complacido si llegara a sus oídos. ¿Qué hombre que tuviera a su mujer vigilada, no sentiría lo mismo?

Cuando llegaron las siete y media, todavía estaba sentado en su auto, el motor en marcha para protegerse del frío de la noche. Diez minutos, y luego realmente iría a buscar a la policía. Siguió mirando su reloj ansiosamente. Si iba a la policía, no se libraría en horas. ¡Dios Todopoderoso!, probablemente esperarían que volviera allí con ellos. Y ésa era una de las noches de Nancy. Adiós a cualquier abrigado acurrucarse en la cama entre las nueve y las once. La vida, pensó, estaba llena de decepciones para algunos. El maldito Mr. Tucker estaría sentado frente a una comida de primera, en algún lugar de Londres en ese momento, con alguna elegante

prostituta que lo mantendría ocupado en la cama la mitad de la noche. Qué agradable ser Mr. Tucker, bien provisto de dinero, con su mujer vigilada, mientras él parrandeaba en Londres, acariciando las tersas nalgas de chicas complacientes y explicándoles los problemas que tenía con su mujer.

Su mal humor, fue repentinamente interrumpido por el destello de los faros de un auto en el estacionamiento. El auto de Margaret Tucker retrocedió y luego avanzó en rápido arco por el pedregullo. Pasó a unos pocos metros del auto de Billy Ankers. Bajo la luz reflejada de los faros, pudo echarle una rápida mirada a la cara de la mujer, que luego se dio vuelta de costado y, por un instante, pudo haber jurado que había levantado un brazo en un gesto de despedida hacia el lejano extremo del lugar de estacionamiento.

Miró en esa dirección pero no pudo ver nada excepto la oscura ondulación de las dunas que se levantaban contra el pálido cielo nocturno iluminado por las estrellas.

Bernard Tucker no estaba parrandeando en Londres, Estaba en su departamento, un vaso de *whisky* en la mesa a su lado, leyendo un voluminoso informe sobre sir Harry Parks, ex secretario general de una de las más grandes Confederaciones de Comercio del país, durante muchos años miembro del Congreso de Confederaciones de Comercio y, durante un año, no mucho antes de retirarse, presidente del Congreso mismo. Era un hombre que, en su momento, había sido una figura nacional, un hombre muy respetado y, aunque moderado en sus puntos de vista, siempre había sabido ser duro como el hierro en las negociaciones, cuando las circunstancias lo requerían.

Ese día, más temprano, Warboys había entrado a su oficina y le había dejado la carpeta sobre su escritorio. Quint no estaba en el cuarto.

Warboys aflojándose el cuello dijo:

—Esto te va a permitir hacer algún ejercicio especulativo. Sólo estoy siguiendo una corazonada, Bernard, pero puede servir para alegrar un día aburrido. La carpeta viene del lugar más oscuro del Departamento de Comercio e Industria. La encontrarás copiosa aunque no esté completa, pero tiene algunos chismes que pueden ser útiles.

Mirando la tapa de la carpeta, Tucker preguntó:

—¿Crees que él es el hombre?

—¿Quieres apostar algo a que no está inactivo?

Tucker había esbozado una sonrisa.

Ahora apoyó la carpeta sobre las rodillas y tomó el vaso. El material era inconsistente, es verdad. Chismoso, también. Pero mal compuesto y descuidado e irritantemente inconexo por momentos. Si Quint hubiera hecho semejante carpeta y se la hubiera presentado, le habría dado una tunda; con todo, podía darse cuenta por qué Warboys se la había dado. Surgía de ella la imagen de un hombre, más que la de

un sindicalista, una imagen clara y cálida, pese a la jerga oficial y los recortes de los diarios. Sir Harry Parks tenía que ser un hombre querible.

Se preguntaba qué lo llevaba a Vigo Hall. Podía haber pensado en una docena de altos ejecutivos del sindicato que podían haber estado mejor ubicados en el cálculo de posibilidades como probables traidores. Pero nunca se podía estar seguro, pensó. Algún bicho lo estaba picando. Nada, nadie, es lo que aparenta en la superficie. Hay que seguir cavando, arrancar la cobertura: siempre hay algo debajo que nos sorprende.

El timbre del departamento sonó varias veces. Aunque ella tenía llave, siempre obedecía sus instrucciones y esperaba. Si él no contestaba en cinco minutos, podía entrar. Sabía poco. Lo que podía haber adivinado nunca se lo preguntaba. Y ella misma era una mujer que tenía un seguro instinto para no hacer las preguntas que no debía.

Él tomó la carpeta y la guardó bajo llave en su escritorio. Cuando abrió la puerta ella estaba allí parada, sosteniendo la echarpe de seda que se había quitado, la pequeña cara enmarcada en el alto cuello de piel, los ojos casi llorosos de brillo, por el frío de afuera. Hacía tres semanas que la había conocido, pero no tenía necesidad de la ausencia para avivar el placer que sentía al hacerla pasar al *hall* de entrada y besarla. Poseía el milagro de llegar siempre fresca y sorprendida hasta él, envuelta en un encanto que era como un aura que cambiaba constantemente.

Se sentó en el sillón y habló mientras él le preparaba una bebida. Él escuchaba, haciendo alguna pregunta de vez en cuando. Había estado en París y luego en Roma en viaje de negocios. Tenía su propio negocio en Londres, una pequeña casa de modas cuyos límites controlaba rigurosa y exclusivamente. Él sabía más de ella de lo que ella sabría nunca de él. Pero los dos comprendían los límites de su relación e intimidades compartidas. Si alguna vez se viera libre de Margaret, no sería la mujer con la que se casaría. Ella estaría en su vida, hasta que los fáciles términos de su relación decayeran sin discusión. Estaba lejos de estar seguro de que si llegaba la libertad se casaría nuevamente. Era un pregunta que no tenía prisa en contestar.

La mujer tomó un trago, arqueando las cejas por encima del vaso, en dirección a él. Dijo:

—Ahora tú. Dime qué has estado haciendo. ¿Fuiste a Dorset a ver a tu madre?

—Sí. Hace un par de semanas.

—¿Cómo está?

—Vieja y eficaz como siempre. Está redecorando la casa y ocupándose de poner cortinas nuevas —se sentó en una banqueta cerca de ella y le tomó una mano, masajeándola y calentándola suavemente. Ella sabía que su madre era un mito, pero nunca se lo había revelado, salvo a través de alguna observación burlona. La quería por eso, así como sabía que ella lo quería a él y sabía que él, ni en la forma más leve insinuaría nunca que los viajes al exterior pudieran no ser todos de negocios. Cuando llegó por primera vez a él, pronto se dió cuenta que tenía dos amantes más, y supo

cuándo dejaron de ser sus amantes. Si se acostaba con alguno en el extranjero, ni le importaba ni lo quería saber.

Ella dijo:

—Le podría conseguir algunos moldes. Se los podrías llevar tú. También el género, si quieres. Habrá un descuento comercial. Si lo deseas, se los podría llevar yo en auto. Me encantaría conocerla. Parece una anciana tan maravillosa —los ojos de ella se encontraron con los de él, la estocada colocada suavemente, sabiendo que nunca lo perturbaría.

Él dijo:

—El despoblado de Wiltshire no es lugar para ti.

—Dijiste Dorset.

—Ya sé —se sonrió, porque no era cuestión de rectificar ningún error que cometiera, ya que saboreaba la farsa, la mofa, el afectuoso juego que los deleitaba a los dos—. Lo que pasa es que la casa queda en el límite entre Dorset y Wiltshire y la sala de estar que necesita cortinas queda en Wiltshire.

Ella rió, se inclinó hacia adelante y le dió un beso en la frente. Al apoyar sus labios, él estiró una mano, le tomó el vaso y lo colocó sobre una mesa de arrimo. La boca de ella descendió hasta sus labios, rozándolos levemente, luego los apartó un poco, en forma como para mirarlo a los ojos y dijo despacio:

—Creo todo lo que me dices. Es tanto más interesante que la verdad.

El viento del sur había virado al oeste, trayendo lluvias con él. De vez en cuando las ráfagas golpeaban fuertemente contra las ventanas del dormitorio, la lluvia llevada por el viento golpeaba contra el vidrio, como una fuerte granizada. A intervalos, una amodorrada Margaret podía oír el sonido del arroyo al fondo del jardín, que ya comenzaba a correr en una rápida y marrón correntada. Afuera la noche tormentosa marcaba el contraste con el ambiente tibio y agradable que la rodeaba. Se sentía segura, protegida contra todo temor, con el escudo del recuerdo del día que había pasado, un escudo contra las sombras del remordimiento o de la ansiedad que pudieran venir.

El teléfono junto a su cama sonó. Levantó el tubo y oyó el breve sonido del mecanismo de un teléfono público.

—Hola —dijo.

—Hola, niña. ¿Estabas durmiendo?

—No, Maxie... Estaba simplemente descansando. ¿Dónde estás?

Max rió.

—Afuera en la noche salvaje. El teléfono público es de Lopcommon Cross. Escucha, no es noche para que ninguno de los dos estemos solos. Sal de la cama y quítale el cerrojo a la puerta. Estaré allí en diez minutos, mi amor.

Antes de que pudiera decir nada, la comunicación se había cortado.

Se deslizó de la cama, se puso la robe de chambre y bajó a quitar el cerrojo de la puerta principal. No hubo en ningún momento algún pensamiento en su interior que le insinuara el deber de decir que no, o aun pasajeramente pensar en tomar alguna precaución. Ya sabía que los deseos de él eran los suyos, que no era cuestión de disciplinar la fuerza y franqueza de sus modales. El tiempo lo podría hacer, lo haría, estaba segura, pero por ahora estaba feliz de ser, hacer y pensar al servicio de él. Era el pequeño que se había hecho hombre, el amor, su placer y regalo para ella, el apetito su fortaleza. Esa tarde la había poseído torpe y vorazmente por primera vez. La había lastimado, pero el dolor había desaparecido ante el placer de ser deseada.

Oyó que se abría la puerta de entrada y luego los pasos de él en la escalera. Entró al cuarto, deteniéndose junto a la puerta, mientras ellas se incorporaba. Llevaba su gorra y un gran capote de marinero. Vaciló, sonriéndole, y luego lentamente se quitó el capote y la gorra y los dejó caer a su lado, apilados sobre el piso y la miró.

—Tienes el aspecto —dijo— que siempre había sabido que tendrías cuando estaba allí afuera y observaba por las ventanas. No me avergüenzo de ello... —el acento del oeste se espesó un poco en su voz—... un hombre enamorado no conoce reglas.

Se inclinó, le tomó la cara en sus manos frías y mojadas, y la besó suavemente en los labios. Ella sintió el húmedo roce del mechón de pelo oscuro, suelto sobre su frente, como otra caricia.

Se alejó un poco y dijo:

—Quédate acostada. Ya estaré contigo.

Fue hacia la puerta del baño y la abrió, luego se detuvo, volviendo a mirarla, dijo:

—¿Has visto alguna vez los lavabos del orfanato? Vacíos como la caridad. Ir a una tina de latón llena de agua caliente en mi propia cocina fue un lujo. Me gustan los lujos, niña. Los apropiados. Puedes conversar conmigo a través de la puerta.

Entró al baño y comenzó a hacer correr el agua de la bañera.

—Usa la toalla azul grande —le gritó Margaret.

Le habló varias veces y ella le contestó, pero lo que decía no le significó nada. Se quedó tendida esperándolo, oyéndolo chapalearse y respirar, sabiendo que le traía vida no sólo a ella, sino a la casa. Ni una vez lo había visto bañarse a Bernard. Tenía su baño afuera de su propio dormitorio. Aun en los primeros tiempos, había mantenido una casi pudorosa contención con respecto a la desnudez, acercándosele en la oscuridad, como si ser visto sin defensa fuera alguna vergüenza, alguna debilidad de su hombría.

Salió del baño y se le acercó, desnudo y sin prisa, y se metió a la cama con ella. Le deslizó el camisón por encima de la cabeza y hombros y la tomó en sus brazos y se quedó tendido inmóvil por un largo rato, los labios contra los suyos, las manos y brazos marcando los suaves contornos de su cuerpo, que se movía y se abandonaba a las caricias, al mismo tiempo que se mantenía junto a él. Y luego la poseyó, esta vez, con suavidad, moldeándose y balanceándose hacia las ociosas crestas de la felicidad y

luego sosteniéndola, saciada, en los largos bebederos del contento, la mente libre de todo pensamiento.

Cuando se despertó a la mañana siguiente y estiró una mano hacia él, Maxie se había ido, pero sobre la almohada donde había descansado su cabeza, había dejado un suave guijarro rojo, moldeado por el viento y el mar de modo tal que tenía burdamente la forma de un corazón flaco y chato, con rayas verdes y blancas. Margaret lo tomó y se lo puso contra los labios, saboreó la sal que tenía, y cerró los ojos protegiéndose del lento comienzo de lágrimas de alegría.

Maxie estaba contento mientras preparaba su desayuno en la cocina de su cabaña. Había comenzado como lo había querido él. Ella tenía un cuerpo que cualquier hombre que fuera hombre querría poseer. Y el deseo en ella había sido tan fuerte, que él la había poseído con un hambre tan feroz, que lo había sorprendido. Ella no quería galanteos finos. No para empezar. Más tarde, anoche, sí, y eso él lo había recibido de buen grado, lo había preferido, porque no había lujuria ciega en él. Se conocía demasiado bien para eso. El viejo Adán podría mandarlo adelante a uno, avivar la carne, pero (aun en los breves días de algún encuentro en las dunas) siempre había tomado lo que se le daba y lo había coloreado a su modo. El amor era esto o aquello. Esto se podía discutir desde aquí hasta el último confín del mundo y no se recibiría respuesta. Pero el hombre no era más que una bestia si en el poseer y dar, no hacía una especie de culto, no pintaba al ídolo más simple con sus propios colores. El hombre tenía una lengua y un cuerpo y tenían que servirle bien, dejando el franco acoplamiento, a los animales. Cuando se ha poseído a cualquier mujer sólo se podía sentir autodesprecio, si no se ofrecía algo más que la carne. Aunque se lo podían decir los ojos, y las manos lo confirmaban, los años habían aflojado y engordado algunas partes del cuerpo de Margaret, había una leve vulgaridad en su pelo rubio y las pequeñas arrugas alrededor de los ojos no la hacían ninguna niña, aunque la llamara así. Era una mujer con un cuerpo fuerte, moldeado, no era una niña flaca y sin experiencia: era una mujer y una mujer que ahora le pertenecía. Él era su dueño, y su dominio ya había comenzado con la suave dulzura de caricias y palabras. Había que espesar un poco el acento, dar un leve toque anticuado a las palabras, llamarla “niña” y de ese modo se la abrigaba con el visible manto de protección paternal, y cuando se la llevaba a las alturas del goce corporal, se podía vulgarizar más las palabras y contra la pasión de ella, llevarla con fuerza al agotamiento del deleite del cuerpo...

Dio vuelta los dos huevos en la sartén, cubriéndolos con el tocino caliente. La podía manejar, la podía convencer en los días que vinieran. Como pintor no era nada, pero con su cuerpo y sus palabras podía hacer con ella lo que quisiera. Se sonrió al pensar en la piedra en forma de corazón que había dejado en la almohada. Sentimental, romántica, un símbolo de amor, y de amor completo, debía haberse despertado. Había recogido el guijarro dos años atrás y lo había guardado, sabiendo entonces que algún día tendría su uso. Hacía dos años, y entonces había sabido que lo

iba a colocar en la almohada de la cama de alguna mujer, y no de cualquier mujer, sino de la que él eligiera.

Una semana después, Billy Ankers escribió a máquina otro informe para Mr. Bernard Tucker.

Lo empezó a las dos y media de la tarde y estaba todavía en eso cuando Nancy le llevó el café y la torta, a las cuatro. Se estaba tomando su tiempo para hacerlo. Un hombre, después de todo, tenía derecho a todo el placer que pudiera extraer de los pocos triunfos que se le presentaran. Como una concesión, también, a la importancia del informe, ocasionalmente se fijaba en la ortografía de algunas palabras dudosas, en el diccionario de bolsillo que tenía sobre el escritorio. En total, pensó, había hecho un trabajo muy fino. Mr. Tucker podía no estar precisamente encantado, pero por lo menos no podía estar desilusionado con el servicio. Gracias a Dios, también, se había ganado la gratificación por resultados positivos. Eso había sido lo convenido y lo que se había prometido. No importaba las diferentes clases de sujeto que pudiera ser Mr. Tucker, sabía que no era el tipo de hombre que se fuera a escapar sin pagarle. Y gracias a Dios, también, no tenía que quedarse más sentado medio congelado en el auto, o espiando por las cuevas, llenándose de arena la ropa y el pelo, observando la casa de Maxie Dougall. Dios, nunca se sabe, ¿no es así?, qué capricho se le podía ocurrir a una mujer. Él hubiera apostado a que Margaret estaba detrás de juegos más importantes. Tras uno de esos tipos del golf club. Sabía una o dos cosas sobre ellos. O tal vez algún médico, joven y lleno de vida preparado y esperando sobre una frazada del consultorio y en alguna otra parte. Como aquel joven Barwell del año pasado que consiguió sacar tajada del British Medical Council. Dios, uno hubiera pensando que tenían más sentido común. Pero tenía que ser Maxie Dougall. Bueno, buena suerte para él. Muchacho agradable, pero un poco el ganador inesperado. Había bastantes rumores, también, con respecto a él y las chicas veraneantes, en las dunas. Aunque no se lo podía culpar por eso. Ellas venían después de un año en una oficina o en una fábrica y, al oler el aire salado, se ponían a retozar como una manada de jóvenes yeguas sueltas en un pastizal de primavera. Las mujeres son un misterio, y ésta es la verdad de Dios. Y hay que enfrentar el hecho: sería un mundo mucho más aburrido si no fuera así.

Cuando Nancy colocaba la bandeja a un costado de la mesa, Billy le comentó:

—Esta no es la torta Dundee.

—Es Madeira, se terminó la Dundee. ¿Qué hay de particular en eso?

Encantando consigo mismo, preparado a incluirla marginalmente en su euforia, dijo:

—Te diré qué hay de particular en esto. Un hombre tiene el antojo de algo. No sabe de dónde viene. Pero lo tiene y significa mucho para él. Lo mismo le sucede a una mujer, también. No necesitas ser capaz de explicártelo. Sabes que te gusta.

Nancy se alejó de él antes de que pudiera meter la mano debajo de su falda y dijo:

—No necesitas flamear una bandera cuando tienes un antojo. Se te nota en la cara. Aquí arriba, desde las dos en punto, escribiendo a máquina, y habiendo pasado una semana desde que volviste maldiciendo y despotricando por el frío de un viaje a North Lobb. Está bien. No te haré preguntas.

—No recibirás respuestas. Pero escucha esto, sea lo que fuera, recibiré una gratificación. Cincuenta libras. ¿Qué te parecen unas noches en Bristol?

Nancy dijo:

—Le preguntaré a mamá. Tal vez quiera venir con nosotros.

—¡Oh!, seguro. Tráela contigo. Siempre podemos tirarla desde el puente colgante cuando lleguemos allí.

Nancy hizo una mueca. Yendo hacia la puerta se detuvo y dijo cambiando rápidamente su estado de ánimo:

—Si es la que pienso, lo siento por ella. Es una señora agradable. No como algunas que vienen al negocio y que podría mencionar.

Billy dijo:

—Lo agradable no tiene nada que ver con ello. Todas son personas y las personas, Dios nos libre, bueno... son impredecibles. Te podría contar cosas que te harían parar los pelos...

Pero Nancy no quería que se le dijera nada. Se había ido. Billy probó un bocado de torta Madeira y siguió escribiendo a máquina. La gratificación llegaría, pero nunca habría un fin de semana en Bristol mientras anduviera esa vieja madre tozuda alrededor. Bien ¿dónde andaba?

Volvió a escribir.

*“El 27 del actual seguí a la persona en cuestión hasta el estacionamiento, a las cuatro p. m., pero no estacionó el auto allí y tomó el viejo camino del ejército entre las dunas, la cancha de golf y los pantanos de Lobb. Seguí a pie y desde lo alto de una duna observé la marcha de las cosas. La persona en cuestión estacionó el auto afuera de la cabaña del pantano que pertenece y está ocupada por un tal Maxie Dougall”.*

Se detuvo. Dios sabe qué se les pasó por la cabeza. No se tomaron la más mínima molestia por ocultar algo. Como un par de chicos... igual que un par de chicos que acaban de descubrir el sexo. Bueno, le deseaba alegría, realmente lo deseaba, y era mejor que la aprovechara porque seguramente se le avecinaban problemas.

Margaret estaba tendida en la gran cama antigua, la manta subida hasta las axilas, cubriendo sus pechos y dejando los hombros al descubierto. Afuera un ventarrón no

muy fuerte, que iba aumentando su fuerza con cada minuto, rugía desde el mar. De tanto en tanto, sacudía la cabaña, haciendo sonar la puerta y las ventanas, moviendo las cortinas suavemente, por las corrientes de aire que pasaban por los marcos desencajados. La gran cortina que dividía el largo cuarto había sido corrida en parte para que ella pudiera ver la mesa del otro lado. Estaba puesta con un mantel blanco que había traído ella a la cabaña y con los cubiertos y la loza de Maxie. Sobre las piedras de la chimenea había una botella descorchada de clarete, que había sacado de la pequeña bodega que tenía Bernard en la casa. Ni ella ni Maxie bebían mucho, pero esa noche había celebración porque ella se quedaría con él toda la noche, por primera vez.

A través de la abierta puerta lo podía oír, ocupado en la cocina y silbando. Había ido a verlo tarde a la noche y habían hecho el amor mientras el ventarrón se había levantado alrededor de ellos, lo hicieron como si su pasión sacara alguna fuerza del salvajismo del viento, mismo.

Acostada mientras Maxie preparaba la comida de la noche (Maxie había rechazado terminantemente su ayuda), trataba, en la calma que sentía su cuerpo y su mente, de reconocer la mujer en que se había convertido tan rápidamente. Su hambre por Maxie concordaba con el de él mismo por ella, famélicos sueltos en un banquete. No había sabido que podía ser tan despreocupada, o tener tanto salvajismo dentro, ni tanta franqueza corporal y de palabra. Pero todo había estado allí, esperando que él lo sacara fuera. Eran como chicos, todo instinto salvaje forzado por demasiado tiempo, que salían a las ricas tierras de la alegre libertad, que por fin había llegado.

Bernard había desaparecido de su mente. Vivía sólo para Maxie. Hacía algunas pequeñas concesiones a la discreción, pero eran pocas. Durante días ya no miraba hacia ninguna parte sino hacia Maxie, vivía sólo cuando él estaba con ella, soñaba mientras él estaba afuera. No tenía cuidado ni tomaba precauciones. No quería a nadie sino a él, vivía sólo cuando estaba con él; no quería ninguna satisfacción excepto la de él y ni siquiera llevaba el pálido fantasma del recuerdo de Bernard o de su vida pasada, cuando Maxie estaba con ella, cubriéndola con su fuerte cuerpo tostado. La discreción había volado ante los cambiantes deleites de estar juntos. Dos días atrás, a la tarde, la había llevado con la marea alta para observar las grandes bandadas de pájaros, obligados a escapar de los lugares donde se alimentaban, por las crecientes aguas, para dirigirse hacia los pantanos, en busca de refugio y alimentos y a esperar la vuelta de la marea.

Se había apoyado en el pecho de él, observándolos a través de los anteojos largavistas, mientras Maxie se los señalaba. Luego, al darse vuelta para hacerle algunas preguntas, el deseo hambriento había nublado sus ojos. Sin importarle del mundo que lo rodeaba, la había arrastrado hasta los pastizales de las dunas y la había poseído, rápida y furiosamente.

Maxie entró al cuarto desde la cocina. Llevaba sólo camisa y pantalones, recorrió descalzo el cuarto y se paró junto a ella. Sonriéndole, se inclinó lentamente y besó sus

labios y luego le sacó la manta de encima de un golpe.

—Todo está listo, niña, excepto los bifés. Llevarán cinco minutos. A levantarse, es una orden.

Contradiciéndose, ella dijo:

—No quiero comer. Sólo quiero quedarme aquí. Te quiero aquí conmigo.

Él se inclinó rápidamente, la hizo dar vuelta y le cacheteó las desnudas nalgas.

—Arriba.

Sin volver a mirarla, volvió a la cocina. Pero mentalmente siguió con él. Su mujer, desnuda sin reservas ante sus ojos, su mujer para tomarla y ordenarle, para hacer lo que quisiera. Había sabido que ocurriría algún día, se había quedado sentado en su casa imaginándose, y ahora lo comprobaba con sus propios ojos.



## CINCO

BERNARD Tucker terminó de cambiarse la ropa para su fin de semana en Wiltshire. La pequeña valija, ya lista, estaba sobre la cama. En la calle lo estaba esperando uno de los autos oficiales.

Tomó las llaves de la cómoda, las metió en el bolsillo, tanteó su traje para asegurarse que tenía la billetera, y luego se ajustó el reloj pulsera. Era un reloj adaptado especialmente, con un grabador en el que podía registrar conversaciones y sus propias observaciones. Se dio una última mirada al espejo. La balanza esa mañana había marcado un par de kilos de más. Habían pasado los días en que había sido todo hueso y músculo, en que podía comer como un caballo sin aumentar de peso, pasarse las noches sin dormir y aun así enfrentar el nuevo día, lúcido. La vida lo estaba remodelando. Estaba moldeado para el trabajo de escritorio ahora, no para el trabajo difícil.

Aunque se sintió sorprendido, no lo demostró cuando encontró a Quint en el asiento de atrás del auto.

Al salir el auto, Quint dijo:

—Warboys me pidió que viniera. Algo para que lea en el tren. —Le entregó a Bernard un sobre.

Quint miró el reloj:

—Está saliendo con el tiempo demasiado justo para ese tren, ¿no?

—No. No lo voy a tomar. Verifiqué los horarios. Todo el viaje puede ser repetido dos horas más tarde. No significará ninguna diferencia en el otro extremo.

Quint sonrió para sus adentros. No confiar en nada, no confiar en nadie. La precaución, lo sabía, no estaba dirigida contra ninguna falta de confianza en él. Era simplemente un acto de rutina. Vivir y trabajar lo suficiente con Warboys y Tucker y la cosa se hacía un lugar común. Tenía que haberlo esperado. Su único consuelo ahora era que no había demostrado sorpresa, no había hecho ninguna pregunta sobre el reajuste. Dijo:

—Tiene dos horas para perder.

—Dígale al conductor que me lleve al “Constitutional”. Almorzaré allí.

Quint se inclinó hacia adelante y volvió a darle instrucciones al conductor.

Sin importarle mucho, ciertamente sin fastidiarse, Bernard aceptó el hecho de que su intención de hacer parar al conductor en Graingers en la Euston Road, para poder entrar con la excusa de comprar cigarrillos y ver si había alguna carta para él de Billy

Ankers, tenía que ser abandonada. De todos modos, se sentía cada vez más convencido de que estaba malgastando el dinero con el servicio de Ankers.

El auto dejó a Bernard al final de la calle St. James. Entró al club, dejó la valija al portero, y luego llamó por teléfono a Margaret. El timbre sonó durante un tiempo, pero no hubo respuesta. Dejó el tubo y fue al bar a tomar algo. Nunca la había llamado a Margaret desde su departamento. Los llamados podían ser registrados y rastreados. Margaret sabía la dirección de su departamento, pero nunca le había escrito o llamado allá. Hacía ocho años desde la última vez que había estado en Londres. En el pasado había dado explicaciones y había inventado excusas por el anonimato que rodeaba su vida en la ciudad. Ahora, y desde hacía muchos años, ella aceptaba dócilmente cualquier orden que él emitiera. Vivían sus propias vidas. Generalmente la llamaba por teléfono cuando iba, pero si no la podía conseguir, simplemente se aparecía allí.

Trató de llamar nuevamente al número de Margaret después de almorzar, pero tampoco hubo respuesta, íntimamente no sentía curiosidad por saber de su mujer.

Sentado en el tren pensó en ella durante un rato, antes de abrir la carta de Warboys. Era inútil que se dijera que Margaret lo había atrapado con su estúpido, inmaduro miedo de estar embarazada. Sin eso, en el estado espiritual que había conocido entonces, se hubiera casado de todos modos con ella. Sabía perfectamente bien ahora, que había estado buscando alguna actitud (no completa) que lo llevara a un total rechazo del trabajo en el que lo había embarcado Warboys. Hubo una época, al principio, en que lo había odiado, y sin embargo había sido incapaz de controlar su orgullo por su real capacidad para el trabajo. Al casarse con Margaret, confiriéndose a sí mismo, como parecía entonces, la imposible tarea de mantener su matrimonio en secreto, había sido todo el desafío que había podido lanzar, un sustituto de la franqueza de decisión que no podía extraer de su propia naturaleza. Había querido ser descubierto, y echado. Le había entregado la posibilidad al destino.

Contra todas las posibilidades, el destino había cobijado y arreglado su engaño. Y ahora... bueno, estaba contento de que hubiera sido así. Quería ocupar el lugar de Warboys, y lugares por encima de él. La ambición crecía oculta en su interior. El único accidente había sido Margaret. Ella le había fallado al no haber sido el motivo de una deseada huida. Ella tenía que haber tenido coraje, si no la necesidad, de haberlo engañado, con algún militar retirado, algún hombre de negocios viudo, alguno de su propia clase para el que su dinero hubiera sido una verdadera ayuda. Luego, sin rencor, se hubieran podido divorciar en silencio en alguna corte del distrito, sus nombres perdidos en una larga lista de otros nombres, sin atraer ninguna publicidad.

Se quitó a Margaret de la mente y abrió la carta de Warboys.

Decía:

“Hay algo en el aire repentinamente que ha hecho que el Primer Ministro se ponga nervioso. Esto puede haber sido pasado al extremo Wiltshire. Si ello ocurrió acomódese a la situación creada (y para evitarme prematuras molestias) quédese fuera de la ciudad y haga una apreciación de sus descubrimientos. No quiero verlo ni oír de usted hasta que me traiga su informe, el martes a la tarde. Tengo una cita con el Primer Ministro a las tres y media. Podría existir otro aspecto del asunto, algo que no sea tan simple. No me importa nada de los titubeos del Primer Ministro, pero no voy a permitir que echen barro sobre este Departamento”.

Bernard permaneció impasible. Pocas veces, en el pasado, habían entrado en contacto con este tipo de trabajo. A nadie le gustaba, y menos que todos a Warboys. Él sabía que el hombre estaba sólo marginalmente comprometido por el propio interés y sus esperanzas de rango. El Departamento tenía una curiosa ética, pero era una ética sincera y poderosa. Que el duque pudiera ser honesto, estaba preparado a aceptarlo. Hubiera sido imposible encontrar a alguien del personal del Departamento, que sintiera lo mismo con respecto al propietario del diario, envuelto en esto.

Caminó por el pasillo hacia el *toilette*, quemó la carta sobre el lavatorio e hizo correr las cenizas con el agua.

Durante las tres horas siguientes se resignó al tedio de pasar de un ramal de ferrocarril a otro y al cambio de trenes. En la estación de Salisbury había una nota en el pizarrón de la salida que decía:

*Comandante Tucker, Auto-BOU 151 M- esperando.*

Salió y encontró el auto, y un joven parado junto a él. Al partir Bernard le agradeció el haberlo esperado:

El conductor se rió:

—Instrucciones de su Gracia. “Si la persona en cuestión no está en el tren combinado de antemano, espere dos trenes más, y luego que se arregle por su cuenta”.

—¿Corre eso para él también?

—No precisamente. Hay que esperar hasta el último tren, o de otro modo...

En Vigo Hall fue atendido por el mucamo, el que le explicó que el duque estaba cazando faisanes y volvería a las ocho para comer.

Se le indicó su cuarto donde ardía un fuego a gas, rojo-cereza, que hacía el lugar tolerablemente caliente. Le dijo al mucamo que él mismo desharía la valija, y rechazó el ofrecimiento de té, ya que, siendo las seis pasadas, prefería la alternativa de una bebida alcohólica. Las bebidas estaban en un pequeño estante al costado del *toilette*.

Cuando el mucamo se hubo ido, se sirvió un *whisky* con soda y examinó el cuarto. Era amplio y sólidamente amueblado, con una cama de caoba, un ropero

macizo y una cómoda y un *toilette* de roble que al tocarlo se movía un poco sobre los desaparejos pisos de madera. El baño, separado por un tabique del cuarto principal, era chico y angosto. La bañera era profunda y estaba sostenida por patas de hierro forjado en forma de garras y una de las antiguas canillas había goteado suavemente durante años, dejando una larga cicatriz de herrumbre en el esmaltado.

Bernard deshizo la valija, bebiendo ocasionalmente su *whisky*, y luego se sentó junto al fuego para terminar el vaso. Afuera estaba oscuro. Había visto poco del parque de Vigo al subir por el camino para autos, y del edificio tenía la impresión de pesadas paredes grises.

Al levantarse para servirse otro *whisky*, golpearon a la puerta.

—Adelante.

Entró lady Cynthia Melincourt. La reconoció enseguida por las fotografías. Era una mujer alta, ya bien entrados los treinta años, con una cara larga casi masculina y un poco encorvada de hombros. Se presentó y, viendo el vaso que tenía él en la mano, dijo amablemente:

—Lo acompañaré. Este lugar está siempre congelado —hizo un cabeceo hacia el fuego—. Eso denota su nivel. Papá le dijo a Benson, obviamente, que debía usted ser bien atendido. Vivimos en un cuartel que se nos está cayendo encima. Si usted quiere algo parecido al confort, tiene que invocar su rango.

Mientras él le servía un *whisky* pensó si el hilo de su charla inicial provenía de su nerviosidad o de su soledad. Se sentó en el sillón vacío junto al hogar, colocando los pies cerca del fuego. Llevaba un *pullover* verde encima de una camisa roja, y pantalones de corderoy arrugados metidos en cortas botas de goma.

—He estado trabajando —dijo, viendo que él la recorría con la mirada—. Hay un antiguo jardín amurallado, al fondo de la capilla. Como penitencia de algo que no recuerdo, o para mayor gloria de Dios, no lo sé, he decidido arreglarlo con mis propias manos. Mire... —dejó el vaso y extendió las manos— duras como el cuero. Puedo arrancar ortigas sin sentirlas. ¿Me estaré flagelando?

—Podría estar divirtiéndose, lady Cynthia.

Simpatizaba con ella y se divertía, pero (y ningún poder podía debilitar su entrenamiento) de ningún modo estaba dispuesto a aceptar su primera impresión sobre ella.

Lady Cynthia sacudió la cabeza.

—Eso es demasiado simple. La diversión se la puede comprar en el mercado —se detuvo, mirándolo, luego se dedicó generosamente a su *whisky*, y continuó—: De modo que usted es el hombre que mi hermano Bobby no podía dejar nunca fuera de sus cartas. Pensaba muy bien de usted. ¿Simpatizaba con él, o lo molestaba?

Bernard se rió:

—No, no me molestaba. Y todos simpatizaban con él... tanto que no tenía que buscar muy lejos cuando tenía problemas. Fue un mal día para todos nosotros cuando se fue.

—Es un buen epitafio. Así que usted es el hombre de capa y espada. Oh, no se muestre tan sorprendido. No sé nada de usted pero lo conozco a mi padre —se puso de pie—. Cuando tiene algo entre manos, siempre está de buen humor porque está encantado ante la perspectiva del daño. Y cuando describe a alguien como “un servidor civil ubicado muy alto” con un toque casi de reverencia en la voz, en cambio de decir “algún empleado idiota de la oficina de relaciones exteriores”, entonces busco todos los indicios de otra de sus pequeñas adivinanzas. Una aburrida pieza de un acto de tontería, titulada “El poder detrás del trono”. No lo va a molestar, comandante, pero vigílelo. Atrae los desastres como una pared húmeda, el moho. Mi hermano le tenía simpatía. Usted fue bueno con él —hizo una reverencia burlona—. Por eso, yo le debo mi franqueza por la que no tiene usted que agradecerme.

Bernard dijo:

—Gracias. Alguna vez, también, tiene que terminar de contarme lo del jardín amurallado.

Había cinco de ellos a la hora de la comida, bien espaciados, casi incómodamente alejados, alrededor de la larga mesa iluminada por candelabros. El duque estaba sentado a la cabecera. Era un hombre pequeño, el moño negro torcido hacia un lado por el movimiento de la cabeza cuando se volvía, como un pájaro, de una cara a la otra, los oscuros ojos no se perdían nada, una agresividad pronta para cuestionar cualquier opinión que difiriera de la propia.

Tenía el tamaño de un *jockey* y, Bernard lo sabía, había sido un jinete muy conocido en carreras de obstáculos en su juventud. Lady Cynthia, dentro de un vestido color herrumbre, que dejaba al aire sus huesudos hombros, estaba sentada en el extremo de la mesa, casi perdida en las ondulantes sombras proyectadas por la luz de las velas. Hablaba poco, pero Bernard pudo ver que su atención estaba centrada en los sirvientes y en la comida. Conocía su papel por su padre y, por él sabía también que debía quedar (por lo menos en compañía) reducida a la más mínima importancia. Felixson, el propietario del diario, un joven de cuarenta años, de cara blanda, ropa inmaculada, gemelos y botones de ónix en la camisa, hablaba mucho y molestaba al duque, que tenía que hacer un esfuerzo más que señorial para adueñarse de la palabra.

Warboys había tenido razón con respecto a sir Harry Parks Bernard estaba sentado frente a él. Habían sido presentados a la hora de las bebidas, antes de la comida. Era un hombre alto, bien cumplidos los sesenta años, pero parecía todavía más viejo. Su cara era un complejo de ángulos gastados y profundas arrugas como grietas, la piel blanco tiza; una cara muerta en la que sólo los grandes, luminosos, parpadeantes ojos señalaban que había en su interior inteligencia y un cierto sabio humor. Años atrás había adiestrado su lenguaje para darle una forma aceptable, pero nada había conseguido quitarle el acento del Norte.

La conversación era intrascendente, aparte de las salidas de Felixson, y cuando lady Cynthia los dejó a la hora del oporto no mejoró. Todos sabían que estaban jugando una charada, que el verdadero asunto estaba por llegar. De vuelta en la larga

biblioteca, decorada con cuadros, lady Cynthia se quedó con ellos para el café y un licor y luego, sin necesidad de alguna señal de su padre, se retiró.

Bernard se encontró aislado, junto a la chimenea con Felixson, mientras el duque, en el otro extremo del cuarto, le mostraba a sir Harry Parks una colección de medallas y monedas antiguas.

Felixson dijo:

—Este lugar es como una morgue. Necesita que se gaste un millón de pesos en él. El viejo lo tiene, pero no le importa nada. ¿Por qué habría de importarle? No hay ningún hijo varón para que lo herede. Usted lo conocía, ¿no?

—Sí. Estuvimos juntos en las fuerzas armadas durante un tiempo.

—Esta tarde, durante la cacería, se podía ver que se necesita gastar millones en el lugar. Es una lástima. Si se es dueño de algo hay que mantenerlo bien.

—Es una filosofía justa, para aquellos que lo pueden afrontar.

—Siempre hay formas de conseguir dinero. Lo que no se da cuenta la mayoría de la gente es de que todos tienen algo que pueden convertir en dinero. Algo para vender... servicio, inteligencia, aptitudes o una total pericia en la piratería. Lo que a la recíproca significa que, con dinero, si hay algo que uno quiere, siempre se lo puede encontrar y comprar —una leve sonrisa se esbozó en su blanda cara, hizo un cabeceo con una ínfima inclinación de cabeza hacia el duque y sir Harry Parks—. Él, vende, nosotros compramos; si la mercadería conviene.

—¿Y su motivo? —Bernard pensó con poco esfuerzo que podría llegar a sentir aversión por ese hombre.

Felixson rió entredientes.

—¿Patriotismo? ¿Mantener a los comunistas fuera? O tal vez sólo la familiar comezón por una buena historia. Soy periodista. Comencé en... —se detuvo, sonrió, se tocó el pelo suavemente en un gesto casi femenino, y continuó—. Cuénteme usted.

Bernard se sonrió:

—Auckland. Un diario perdido. Veinte años atrás. Usted fue despedido por franca, extrema grosería en una disputa por dinero. Así que pidió dinero prestado, ¿puede haber sido robado?, para comenzar un diario rival. Usted nunca miró hacia atrás.

Felixson se rió encantado.

—Robado —dijo—. No prestado. No sabía que ésa era la forma más fácil. Muy bien, no estoy preocupado por usted. Warboys (aunque un toque de la vieja escuela se está metiendo en su estilo cuanto más se acerca a esa Lista de Honores) nunca hubiera mandado a un chico para hacer el trabajo de un hombre. Pero... —toda expresión abandonó su cara— tendremos que creer en su palabra, de que la bomba que vamos a comprar es auténtica. No tiene que ser ninguna bomba cazabobos que pueda estallar en nuestras narices. Sir Harry Parks, el hombre (no sólo sus mercaderías) es su objetivo. Actuaremos, o no, según usted lo diga. No quiero que me vuelen la cabeza, y me imagino, que usted no querrá la posibilidad de que al heredar

el asiento de Warboys, le explote debajo de usted —hizo una pausa, y luego con una sonrisa que le surcaba la barnizada cara, agregó—: ¿Demasiado franco?

Bernard dijo:

—Tal vez Warboys tendría que haber mandado la brigada antiexplosiva —fue hacia la mesa al lado de la estufa y comenzó a servirse un *brandy*.

Luego el duque se adueñó de él. Lo llevó a un pequeño cuarto próximo a la biblioteca para mostrarle una colección del siglo diecisiete o dieciocho, de marinas y pinturas de barcos, holandesas y flamencas.

—Comencé a coleccionarlas cuando Bobby era chico. Él acostumbraba a pasarse horas aquí. Cuando se fue... bueno, no fue la primera vez en esta familia, comandante. Hemos desparramado sangre de la familia por todo el mundo. Pero no creo que haya que andar lloriqueando. La familia es una cosa, pero el país de uno es otra. Y este país está lleno de llorones, malditos mantenidos por el Estado. Hongos parásitos de una buena cosecha. Comunistas, manifestantes, agitadores estudiantiles, colocadores de bombas, secuestradores... piense en cualquiera de éstos y los tenemos, y justo en la cima están instalados todos esos malditos gremios que tienen al país en jaque con huelgas, en el momento que alguien le pisa el pie a un capataz o descubren que Joe, que trabaja veinticuatro horas semanales, tiene problemas para seguir pagando su televisión en colores y todos los otros artefactos con que llenan la casa. Oh, ya sé, hay algunos buenos gremialistas. Tipos honestos. Pero, por Dios. Me cuesta ser lo suficientemente civilizado como para pasar todo el día con algunos de los dirigentes que encuentro en Whitehall.

Se detuvo, sacudió la cabeza como un terrier recién salido de un matorral de rosales silvestres, y repentinamente se sonrió:

—Disculpe... a esta hora de la noche exagero un poco. Le bebida le toca los sentimientos a uno. De todos modos, usted sabe lo que quiero decir. Hay que hacer algo por este país. Tenemos que tener las municiones que corresponden...

Había, pensó Bernard, en el duque y en Felixson una casi infantil preocupación, por las metáforas de guerra. Bombas, armas, municiones, explosiones. Francamente, y en la medida en que se permitía tener algún sentimiento político —ésta era una de las razones por la que le disgustaba ese trabajo tanto como a Warboys—, francamente pensó que las últimas personas a quienes se podía confiar armas subversivas, eran los tipos como el duque y Felixson. En sus propias mansiones, si un invitado manejaba un revólver descuidadamente nunca se lo volvía a invitar. Sus pellejos y los de sus amigos eran preciosos. Pero en la vida política encenderían alegremente sus cigarros, sentados sobre barrilitos de pólvora.

Bernard dijo:

—Yo colijo que el verdadero problema no es tanto si las mercaderías de sir Harry son buenas o están en mal estado, sino sir Harry mismo.

—Exacto. Las mercaderías pueden ser examinadas y decir sí o no. ¿Pero por qué (y esto me aguijonea) han sido traídas por él? Y él es el hombre que yo nunca hubiera

sugerido que viniera al mercado. Todos queremos saber por qué. En cierto sentido se lo hemos preguntado, pero no obtuvimos ninguna respuesta convincente. El Primer Ministro ha comenzado repentinamente a vacilar con respecto a todo el asunto. Cree que las mercaderías pueden ser colocadas para que estallen en sus narices. Hasta que esté seguro de eso, podríamos tener problemas con él. De modo que...

—De modo que le gustaría que yo lo averiguara.

—Usted está bien ubicado para eso. Sir Harry sabe que todo depende de su palabra. Usted le puede hablar en una forma en que nosotros no podemos hacerlo. Sé que a usted y a Warboys no les gusta para nada esta valija de chascos (no los culpo en algunos sentidos) pero conozco sus reputaciones. Particularmente la suya. En realidad, siento como si lo hubiera conocido desde hace mucho tiempo. Tengo todas las cartas de Bobby. Siempre llenas de usted. Supe que fue bueno con él cuando andaba por mal camino. Estoy muy agradecido, aún ahora. Sir Harry le hablará porque usted es un profesional y también porque sabe que usted podría echar a perder su negocio. Queremos un concreto sí o no, de parte de usted, con respecto a él. Lo que usted diga será suficiente para mí y el resto de nosotros.

Cuando Bernard subió a su cuarto, la cama estaba abierta, sus pijamas y la robe de chambre extendidos, y las chinelas junto a la cama, sobre la que había una vieja carpeta con las puntas gastadas, y sobre ella una hoja de anotador, con una caja de fósforos encima. En prolija letra oblicua renacentista, estaban escritas estas palabras:

*“Pensé que podía serle útil mirar primero esta parte. Soy madrugador y me gusta dar un paseo antes del desayuno. Me han dicho que hay un lago en el parque con una falsa réplica de templo romano. Espero que no sea tan deprimente como el resto de este lugar”.*

Estaba sin firmar.

Bernard se dio un baño. Se puso el pijama y la robe de chambre, subió el fuego del gas y comenzó a revisar el contenido de la carpeta. Todo estaba más o menos en orden cronológico. La mayoría de las cartas tenían notas agregadas a ellas, detallando la identidad y la historia del autor y del que las recibía. La prolijidad del trabajo lo impresionó. Las breves y concisas notas biográficas eran fácilmente descarnadas por la imaginación. Tuvo un respeto inmediato por las cualidades mentales del hombre que las había hecho. Había fotografías tomadas en Inglaterra y Europa (algunas de ellas, evidentemente a primera vista, dinamita política) éstas también tenían sus notas agregadas y uno o dos comentarios irónicos que fríamente revelaban un agudo

cinismo. Había cuentas de hotel, series fotostáticas de cuentas gremiales, algunas fechadas quince años atrás, actas de reuniones de comisión, que habían tenido lugar secretamente. Había informes de agencias privadas sobre miembros de gremios, y dos o tres series de juicios de tribunales secretos convocados para investigar el manejo de los distintos fondos, y la conducta de los centros de enlace y sistemas de comunicaciones con otros gremios de Europa. Los idiomas utilizados en muchas de las cartas eran el ruso, el polaco, el holandés, el francés y el italiano. Frecuentemente había una traducción adjunta. Bernard los leyó en el original y luego verificó las traducciones. Descubrió que había a menudo discrepancias e inteligentes distorsiones del verdadero significado. En la primera media hora se dio cuenta que estaba sentado con una bomba en la mesa. Por el material que había examinado hasta ese momento, era evidente que, calculando bien el momento, apoyado por una adecuada campaña periodística (una exposición trazada con toda la apariencia de dignidad y sentido del deber de impresionar al público) los elementos laboristas y del ala izquierda, podrían ser barridos en cualquier elección como una turba de campesinos furiosos, blandiendo garrotes que se arrojaran a las apretadas filas de un ejército, que los esperaba con fuego masivo y frío acero. Torció la boca en una mueca de disgusto. Algo de la fantasía marcial del duque y de Felixson se le había pegado.

Leyó durante dos horas, haciendo sus propias traducciones y anotaciones en su libreta. Si alguna verdadera emoción le llegó en el frío proceso analítico de su trabajo, fue el leve movimiento de admiración por la sutileza y tácticas del trabajo comunista de base, su utilización de la debilidad, codicia, orgullo, ambición y apetitos humanos. Una o dos de las fotografías no podrían aparecer nunca en los diarios, pero podían ser prudentemente descriptas, y estarían allí para ser autenticadas por cualquier investigación estatal. Se dio cuenta de que hacía muchos años atrás, sir Harry ya debía de haber estado bien advertido de las corrientes subterráneas y sabía que algún día habría que limpiar la casa. No había esperanzas para la casa, cuya piedra fundamental habían puesto hombres honestos y dedicados. Tenía que ser quemada y había que construir una nueva. El combustible principal estaba allí. Todo lo que se necesitaba era un fósforo. Habría muchas manos voluntarias para encenderlo.

A pesar de su *status* profesional completamente libre de sentimientos, las disciplinas que había aprendido en su primer entrenamiento, los ejercicios desapasionados, de destreza física y agudeza mental, y la fría valoración que ahora se le pedía, se preguntaba en qué medida cambiaría el curso de la historia política de Inglaterra, si ahora encendiera uno de los fósforos que sir Harry le había dejado y quemara todo.

Cuando terminó y estuvo listo para ir a dormir, cerró con llave la puerta de su cuarto y se fijó si estaban aseguradas las ventanas. Se metió en la cama y empujó la carpeta con los pies. Podía casi absolutamente descontar la necesidad de tener miedo en esa casa. Nada, sin embargo, era seguro, aun cuando más pareciera serlo.

Se despertó a las seis y media, se lavó y afeitó, se vistió y bajó al parque, llevando la carpeta debajo del brazo. Era una suave mañana del mes de diciembre, con una fina niebla que le llegaba a la altura de las rodillas, y con un cielo, escasamente iluminado, de un gris acerado. Caminó por un sendero de pedregullo, los deshojados álamos por encima de su cabeza, hasta llegar al lago. Los zambullidores y otros pájaros salieron de las secas cañas y de las inclinadas piedras marrones del suelo, para perderse en la niebla después de algunos metros.

En el templo en forma de conchilla al final del lago, encontró a sir Harry, sentado en un banco de madera debajo de la estatua de una diosa alta, regordeta, parcialmente vestida con una túnica. Sir Harry estaba llenando una pipa. Llevaba abrigo y gorra.

Bernard se sentó a su lado, colocando la carpeta entre los dos. Sir Harry se colocó la pipa en la boca, y tanteó los bolsillos en busca de fósforos. Bernard le entregó su caja.

—Me los dejó usted.

—Oh, gracias. —Encendió la pipa, echando el humo en rápidas bocanadas por el costado de la boca. Dejando la pipa, continuó—. Desde que era muchacho no podía soportar perderme el principio de la mañana. Apacible la época en que se caminaba por las grises calles hacia el molino. Música matutina, también. No sólo los pájaros. El sonido de la gente. Los pies que venían calle abajo, tenían zuecos en esos días. La gente y sus zuecos hacían música. Le pido disculpas por haberlo hecho salir tan temprano (especialmente ya que debe haberse quedado levantado leyendo, algún tiempo) —le dio un golpecito a la carpeta que estaba entre ellos dos—. Qué material sucio. Más de una vez tuve idea de quemarlo.

—¿Por qué no lo hizo?

—Así es. ¿Por qué? Esa es una buena pregunta. Bueno... al principio tuve fe. Estaba fuera del molino entonces (funcionario del sindicato) trabajando en la forma en que lo había querido mi padre. Él fue uno de los primeros con Keir Hardie y sus semejantes. Luego, cuando la fe se debilitó un poco, todavía tenía objetivos. No era que no supiera la forma en que algunos de ellos nos querían tomar. Siempre estuvo allí para algunos. No una organización de hombres que tenían el justo derecho de vender su trabajo por un precio razonable... No, siempre había algunos que lo veían en otra forma, soñaban con ello como una máquina política. Un arma de poder. No sólo para luchar contra sus patrones, aunque, por Dios, había que luchar contra ellos al principio para conseguir un miserable centavo extra... —se detuvo, repentinamente sonrió, y luego dijo—. No soy por naturaleza un hombre locuaz, salvo en una tarima o en una reunión de consejo, pues ése es mi trabajo, o lo fue. Pero sospecho que usted querrá que hable. Ha leído el material de aquí dentro. —Pasó los dedos por la carpeta—. La caja de Pandora. Si usted es la mitad de lo que pienso, sabrá que no es una carpeta de fantasiosas cartas de amor. Durante los quince últimos años, he odiado tener que verla cada vez que tenía que poner algo nuevo en ella.

Bernard asintió.

—No, no creo que tengamos que hablar de la carpeta. Y no tiene que preocuparse por la hora temprana. Tengo vista mi buena parte y he disfrutado la mayoría de ellas. —Había visto salir el sol sobre el mar, tan tranquilo como el lago que tenía delante, y sobre otros mares revueltos, embravecidos por el trabajo de los ventarrones. Ahora, si no fuera por Warboys, podía haber estado retirado hacía tiempo en Highlands, con Margaret. Sin Warboys (aunque no podía descubrir verdadero odio por él en su interior) todo eso podía haber andado bien, su estúpido medio-desafío de liberación, largamente cumplido...

—Me imagino que sí, comandante.

Bernard dijo:

—Estarán de acuerdo. Antes de irme les daré mi palabra. Todo lo que tengo que hacer entonces, es un informe para... bueno, los pocos otros caballeros involucrados —a pesar de sí mismo no pudo disfrazar la amargura que acompañó la penúltima palabra.

Sir Harry se rió entredientes.

—¿Soy yo entonces? ¿Por qué habría de hacerlo yo? Yo, que una vez pude controlar miles de votos del bloque. Están pensando, son sagaces esos muchachos de los gremios. Ya no son tontos. No se dejan engañar por algunas pocas haches caídas y verbos que no están de acuerdo con su sujeto. Eso es para mantener al obrero con la sensación de que está en contacto. No, están pensando, ¿por qué tuvo que ser sir Harry? ¿Dónde está el juego? ¿Dónde está la trampa, la que quieren que pisemos?

—¿Por qué no lo harían? Muchos de sus antecesores estuvieron jugando a los mismos juegos, siglos antes de que apareciera usted en escena.

Sir Harry sacudió la cabeza.

—No lo crea, comandante. Podemos volver atrás, también, y no precisamente a Walt Tyler. Hubo muchos antes de él. Siempre y en todo lugar hubo un patrón y un hombre. Pero tomaré su punto de vista y... —se sonrió repentinamente, la larga cara blanco tiza, más profundamente marcada por arrugas y pliegues— ya que lo he hecho levantar tan temprano pero no se querrá perder el desayuno, se lo diré, cruda y llanamente. Tómelo o déjelo.

—Dígame entonces.

—Hay dos razones. Los primeros pueden escapar. Yo quiero el dinero. He vivido mi vida por una causa. Tengo mujer e hijos crecidos, y nietos. Se puede tener una causa y una familia, pero la familia sufre. El trabajo que uno hace, lo quita de ellos, y se les devuelve muy poco. Tiene que descuidarlos. Uno se convierte en un extraño para ellos. De modo... —se rió con tristeza— que cuando yo me vaya, y no creo que sea dentro de mucho tiempo, quiero dejarles algo. Algo un poco extra. Es tan simple y humano como eso. Me siento culpable ante ellos. Tal vez ellos ni siquiera lo vean así. Pero yo sí. Ya lo creo que lo utilizarán. Es conveniente que esa razón particular vaya de la rienda con la segunda que es para mí la más importante.

—¿Usted quiere quemar la casa para que los que quedan de su clase, puedan construir una nueva?

Sir Harry se rió:

—Ya veo para qué lo han mandado. Sí, por supuesto quiero quemar la casa. Está podrida. Cada viga apolillada. Pero le pertenece ahora... —le dio un golpecito a la carpeta con el dorso de la mano—, a una pequeña camarilla de hombres a los que no les importa nada de la democracia, los derechos humanos, obreros o patronos. No los llamo comunistas. No están interesados en la igualdad de derechos, igualdad de paga, el control estatal de los medios de producción y distribución. No, eso es todo ruido. Veneran el poder. Les importa un bledo el partido laborista u otro partido cualquiera. Quieren estar sentados en la cima de la pila y cuando lo estén (lo que podría ser más rápido de lo que la gente se imagina) serán patrón y hombre nuevamente, ¡y Dios lo ayude al hombre! Es tan simple como eso, comandante. Y no me llame ingenuo políticamente. Ahí tiene su prueba en esa carpeta. Y aquí, también, otra prueba... —Se apuntó el hombro con un dedo—. Yo. Le he traído la astilla para encender el fuego que quemará la casa, aunque dudo que vea el comienzo de la construcción de la nueva. Pero será construida. Y si quiere que diga algo más, no lo tendrá. Simplemente me levantaré y me iré.

—¿Y se llevará la carpeta?

—Es usted un descarado, ¿no? No, comandante. No me la llevaré, y usted sabe por qué. No hay otro mercado para ella. Tírela al lago.

Bernard tomó la carpeta y se puso de pie.

—Cuando se descargue todo esto... Los diarios, la televisión y la radio. Sabrán que proviene de usted. Lo masacrarán... de una forma u otra.

Sir Harry sacudió la cabeza.

—No, no lo harán. Ellos lo negarán todo, por supuesto. Dirán que todo es fraude y mistificación. No son estúpidos. Todavía soy un figurón. Ellos querrán contar con la solidaridad del sindicato. Saben que tendrán mi apoyo. Mientras dure, me volverán a llamar. Me verá en la televisión, me oirá por radio, conferencias de prensa, plataformas electorales. El honesto Harry. Necesitarán cualquier figura de reputación que puedan conseguir. Pero no cometa ningún error con respecto a esto; si durante las últimas semanas hubieran tenido alguna idea del curso que iba a tomar yo, del material que yo... Bueno, entonces yo podría fácilmente haber tenido un accidente de auto y esa pequeña carpeta habría desaparecido —se levantó—. Ahora está en sus manos. Cuídese, muchacho. Las situaciones desesperadas exigen remedios desesperados. La desesperación de los hombres que ven sus violentas esperanzas a punto de morir, no tiene límites —se sonrió—. Pero sospecho que está acostumbrado a este tipo de situaciones o no estaría aquí. Sí, y en muchos sentidos desearía que no estuviera aquí ni yo tampoco. —Miró hacia el lago—. Una agradable, tranquila, suave mañana de invierno. Desearía, sin embargo, no haber vivido para verla.

Tuvo la carpeta a su lado mientras tomaba el desayuno. Estaba solo. El duque y Felixson desayunaron en sus cuartos. Sir Harry se había separado de él en el extremo del lago y se había ido a dar un paseo por el parque. Bernard sospechó que no tendría apetito.

Le mandó un mensaje al duque. Se encontraron en su estudio, una hora más tarde. Felixson estaba también allí.

Bernard colocó la carpeta sobre el escritorio del duque. Felixson se quedó sentado en el asiento de la ventana y el duque de pie, de espaldas a la gran chimenea, donde ardían un par de leños sobre un lecho de blancas cenizas.

Haciendo un cabeceo hacia la carpeta, el duque preguntó:

—¿Es éste el material?

Bernard asintió:

—Me lo dejó anoche. Lo he revisado todo.

—¿Y? —el duque se dio vuelta a medias y empujó uno de los leños con el pie.

—No tengo ninguna duda de que es auténtico.

Felixson comenzó a levantarse.

—Le echaremos un vistazo entonces.

Bernard puso las yemas de los dedos sobre la caja y sacudió la cabeza.

—Lo siento. No. Tengo instrucciones en el sentido de que nadie más lo vea. Tengo que preparar un informe detallado sobre esto, para ubicarlo en forma cronológica y presentarlo para que pueda ser resumido en términos legibles. Luego lo entregaré al jefe de mi Departamento. En cuanto concierne a Su Gracia y a usted mismo, tengo una indicación: hacerles saber si el material ofrecido es auténtico, si producirá los resultados que ustedes quieren, y (un corolario que ustedes dos me pusieron de relieve aunque era parte de mis instrucciones) si sir Harry lo estaba vendiendo por motivos valederos. Estoy seguro de que ustedes comprenderán que no me puedo apartar ni siquiera un milímetro de estas instrucciones.

—Por supuesto —dijo el duque—. Entonces díganos.

—Es auténtico. Servirá para cualquier cosa que quieran.

—¿Y sir Harry? —Felixson caminó alrededor del escritorio, los ojos puestos en la carpeta.

—Hablé con él esta mañana. Incluiré en mi informe un apartado sobre las razones políticas y personales que tiene para actuar de esa forma. Pero ustedes pueden quedar tranquilos. No está colocándoles ninguna trampa, que, para serles gráfico, les pueda saltar al paso. Los está utilizando, sí, pero para destruir una organización que sabe que, en su presente y distorsionada forma, es un grave peligro para nuestro país.

Felixson hizo un movimiento como para decir algo, pero el duque sacudió la cabeza.

—No hay necesidad de nada más. Gracias, comandante. Y, gracias a Dios, realmente es todo lo que queríamos. Ahora, supongo que le gustaría tener un cuarto en algún lugar como para poder ponerse a redactar ese informe en paz, ¿no?

Bernard sacudió la cabeza.

—No gracias, Vuestra Gracia, quisiera un auto dentro de una hora que me lleve a la estación.

—Pero, ¿por qué no puede hacerlo aquí? —preguntó Felixson, los ojos que pasaban de Bernard a la carpeta—. Nadie lo va a molestar.

Bernard sacudió la cabeza.

—Disculpe. Tengo que seguir las instrucciones.

—Por supuesto —dijo el duque—. Diablos, Felixson, esto no es algo para andar bromeando. No verás nada, ni se te dirá nada, hasta que no sea el momento oportuno. El comandante tiene sus instrucciones. Quédate contento con lo que tienes. El material es bueno y también lo es sir Harry.

Bernard había esperado que fuera alguien del personal del establecimiento el que lo llevara a Salisbury. Pero fue lady Cynthia, quien le explicó que quería ir a la ciudad a hacer algunas compras.

En el camino le dijo:

—Usted es un hombre que cree que las visitas de fin de semana deben ser muy cortas, comandante. Me hubiera gustado haberlo visto un poco más.

—Pídamelo alguna otra vez, lady Cynthia, me enmendaré. Tal vez cuando termine usted de arreglar el jardín amurallado.

Lo dejó en la plataforma del tren para Londres. Cuando se fue, Bernard sacó una hoja de papel de su bolsillo y estudió una lista de combinaciones de trenes que se había preparado algunas semanas antes.



## SEIS

ESA TARDE habían ido en el auto de Margaret a las cuevas. Durante dos o tres horas habían caminado juntos, ella con los binoculares colgando del cuello. Aunque Margaret había caminado por esos lugares muchas veces antes, sólo ahora con Maxie se daba cuenta de lo poco que había visto. Él podía recoger con sus propios ojos, cosas que para empezar, ella tenía problemas para descubrir con los anteojos, la manchada forma de un ciervo, perdido contra un fondo de arbustos muertos, la tenue, oscura curva de uno de los peregrinos halcones de la costa, que se deslizaba por entre las nubes a miles de metros arriba, y el coqueteo de un pájaro revoloteando desde los espinillos hasta las rocas, en una de las laderas del valle. Él le prestó sus ojos y le trajo nuevos deleites. Exactamente, pensó ella, como la había poseído y como se le había entregado y había despertado y enriquecido su cuerpo y espíritu. Le había mostrado las formaciones militares de teros parados frente al viento, en el pasto comido por las ovejas, y la espalda desfachatadamente blasonada de una zancuda, uno o dos minutos antes de echarse a vuelo desde la pradera, casi a sus pies.

Al volver, Margaret había hecho un rodeo y le había mostrado la casa de la que era propietaria, sobre las orillas de un pequeño río que bajaba desde las cavernas. Aunque raramente le hacía preguntas directas sobre ella misma, su vida pasada, y nunca le preguntaba nada sobre Bernard, Maxie le dijo:

—Por amor a Dios, amor, ¿por qué vives donde estás ahora, cuando podrías vivir aquí?

—Yo creo que podría haberlo hecho. Pero a Bernard no le gustaba.

No le había dicho que había dejado la casa enteramente amueblada, y que los actuales inquilinos estaban por irse pronto.

Él se sonrió.

—Hay veces (no muchas) en que la mujer tendría que prevalecer sobre el marido.

Entonces, sin ninguna intención de forzarlo, ni ninguna timidez, ya que al haber pasado las prohibiciones físicas, también había pasado cualquier barrera que se interpusiera en su conversación, Margaret preguntó:

—¿Vivirías aquí? ¿Conmigo?

Él dijo:

—Sí, lo haría, niña. Pronuncia una palabra y echo a los inquilinos afuera y nos mudamos. Siempre he querido vivir junto al río y estar tendido a la noche y oírlo hablarse a sí mismo. El mar es una cosa, pero es como un gigante que ni cuando

duerme se quita la armadura. ¿Cómo puedes amar algo así? Pero el río, ahí hay una verdadera mujer para uno. Muy bien, tiene sus estados de ánimo, correntadas de furia a veces, pero durante la mayor parte, sigue su camino, ofreciéndose y serena.

Ella se rió y le bromeó:

—Tendrías que haber escrito poesía. No tendrías que conformarte vendiendo esas ridículas pinturas de pájaros.

—Se venden porque son ridículas. Y me mantengo con ellas. Y si es que hay alguna poesía en mí, no es para escribirla, niña. Es algo que se saca afuera. Tendrías que haber manejado mejor a tu Bernard y haberlo obligado a vivir aquí.

—Tú no conoces a Bernard.

—Oh, sí que lo conozco —extendió una mano por encima de la mesa junto a la que estaban sentados, después de la comida, hacia la de ella—, conozco y le agradezco por la forma en que te ha desperdiciado y te ha matado de hambre para que yo te pudiera poseer y alimentar con mi amor. Me fuiste dada por él como regalo, y siempre le estaré agradecido por ello, aunque lo podría matar por los años de mal consumo que empleó en ti.

Mientras hablaba, se levantó, todavía sosteniéndole la mano, y ella se dio cuenta por la mirada, lo que estaba pensando. No podía esquivar nunca ya esa mirada. La había poseído antes de partir de la cabaña y nuevamente sobre los pastizales cuando la rápida necesidad que había en ellos los había arrastrado hacia un lecho de hierbas.

Ella sacudió la cabeza.

—Ahora no, Maxie, querido. Te lo dije. Le prometí a Bernard que estaría de vuelta a las ocho.

Bernard había hablado por teléfono, justo antes de que ella dejara la casa, diciendo que tenía que ir a Bristol por negocios y que volvería a casa ese día para pasar un largo fin de semana. Ella le había dicho que salía con unos amigos, pero que volvería a las ocho.

Maxie se sonrió y sacudió la cabeza:

—¿Cuántas veces te tuvo esperado? Deja que se pudra —sus últimas palabras contenían un inesperado toque de desprecio que lo sorprendió. Normalmente el pensamiento del marido de esta mujer no despertaba ninguna emoción en él.

Margaret sacudió la cabeza.

—Eres terrible. Pero realmente no puedo. Oh, Maxie...

Rápidamente la levantó y la llevó a través de las cortinas a medio correr. El calor de los brazos del hombre le quitaron toda resistencia.

Media hora más tarde, de pie junto al portón de la cabaña, la observaba partir. Las estrellas estaban semicubiertas por delgadas nubes. El viento estaba cambiando. Para la mañana, sabía, tendrían lluvia. Observó las luces de atrás del auto, que se perdían de vista en una curva del viejo camino. Ella venía y se iba abiertamente, ahora. Ninguno de ellos hacía demasiado esfuerzo para evitar llamar la atención. Alguna gente ya debía sospechar, tal vez hasta supiera, lo que estaba sucediendo. No estaba

preocupado, pues se adecuaba a sus fines. Quería que se comprometiera. Algún día su marido debería saberlo. El pensamiento no le inspiraba ningún miedo. Durante los días y semanas que habían pasado, la había hecho feliz. No había dificultad allí. Se deseaban mutuamente, y ella estaba empezando a hablar su lenguaje y a pensar que lo entendía. Tal vez fuera así, pero no más de lo que él quería que lo entendiera.

Tendidos después de haberse hecho el amor, Margaret le había hablado, espontáneamente. Algunas cosas lo habían sorprendido, aunque se cuidó de no demostrarlo. Había sabido a medias, intuitivo a medias, que ella tenía suficiente dinero. Pero ahora se había dado cuenta de que tenía mucho más de lo que nunca se hubiera imaginado, de parte de su padre y mucho más de la de su tía. Lo que le había dicho hoy de la casa del río había sido una sorpresa. Ya sabía que era propietaria de tierras en Escocia también. Cuando hablaba de dinero o de sus posesiones, la envidiaba. No sólo por la posesión de cosas, sino porque podía hablar de ellas como si fueran de poca importancia. Estaban allí. No había nada de especial en ellas. Dios lo había ordenado. Exactamente como Dios había ordenado que él fuera a un orfelinato y desde entonces hubiera buscado una salida a la que aun ahora no le podría dar forma final. La había poseído, y la poseería más. Ya estaba enredada en la media-ilusión, media-realidad de amarlo, había dicho palabras apasionadas, y había recibido también las palabras de él, a cambio. Pero nunca la amaría, ni a ella, ni a ninguna otra. El amor era una porquería que lo había creado a él. No importaba todo lo que dijeran los filósofos y poetas del mundo, no era más que el retorcerse y dar vueltas y la desnuda concupiscencia que hacía que la vieja manta se cayera al piso y los dejara a los dos agotados en un limbo ahora familiar.

Se apartó del portón en el que se había apoyado, escupió, y caminó lentamente por el sendero hacia la cabaña.

El taxi de la estación dejó a Bernard en su casa justo después de las seis. Margaret estaba afuera, pasando la tarde con unos amigos, le había dicho por teléfono. Subió a su dormitorio y dejó la valija sobre la cama con la carpeta dentro.

Se cambió de ropa, luego abrió la pequeña caja fuerte que había en la pared junto a su cama, y metió la carpeta dentro. Trabajaría en el informe al día siguiente.

Por hábito, fue al dormitorio de Margaret y miró alrededor. Había un tenue rastro de perfume en el aire, lo que era una novedad para él. Sobre el *toilette* encontró una nueva botella de Arpège. Durante años y años ella había usado Christian Dior. Ociosamente pensó que él la habría hecho cambiar. Abrió el escritorio y revisó el diario. No había nuevas anotaciones desde que lo había mirado la última vez. En el cajón, también, había un par de novelas. Las mismas que había visto en su última inspección. El volumen de Churchill estaba junto a la cama, pero con él había ahora otro libro. Era un libro sobre los pájaros de Devon, que nunca había visto anteriormente, con los flecos de cuero de un marcador que colgaban de él. Lo abrió en la página marcada, y leyó.

REDSHANK      *Tringa Totanus*

*Residente y visitante de invierno.*

*Durante el siglo actual este pájaro se ha recuperado notablemente y es ahora muy conocido como un ave migratoria y residente de invierno... La única cría bien conocida para Durban fue en Slapton en 1894. La Revista de Pájaros Ingleses registró un par que anidaba por primera vez en Lobcombe en 1908. Desde entonces las parejas han anidado regularmente hasta el severo invierno de 1962-3 y ninguno ha tenido cría desde esos años. Aunque ha habido una recuperación progresiva, el número de los visitantes de invierno y de los migratorios, todavía está por debajo del nivel de 1962.*

Una marca de lápiz había sido hecha subrayando la mención a los campos de Lobcombe. Dejando correr las páginas, encontró otros pasajes marcados. Volvió a colocar el libro en su lugar. Observaba los pájaros. Bueno, si ella había encontrado algo nuevo para hacer, para darle más interés a sus paseos, le parecía bien. Pájaros y recolección de caracoles y piedras. Era una criatura, con forma de mujer. Se sintió tocado momentáneamente por una inesperada ternura hacia ella. Con los libros que estaban sobre la mesa, había un par de conchillas y una delgada piedra, en burda forma de corazón. Levantó la piedra y comprobó su suavidad. Sintió que tenía que haberla manejado totalmente en otra forma. La mayor parte de la culpa recaía en él, pero el problema era que la verdadera perspectiva sólo se obtenía mirando hacia atrás no hacia adelante.

Se dio vuelta, encogiéndose de hombros. Bueno, Felixson y el duque y los otros, tendrían su dinamita para hacer estallar todo el edificio hasta el cielo. Pero llegaría el momento de la reconstrucción. ¿Cuánto durarían las esperanzas de sir Harry para el futuro, cuánto, antes de que todo empezara nuevamente?

Cuando Margaret entró, la saludó y le dio un beso con un poco más de naturalidad de lo que lo hacía usualmente, pero sabía que ella no lo notaría.

Dijo:

—Estás un poco retrasada. ¿Qué has estado haciendo? —Le pasó el vaso de *sherry* que le había servido.

—Oh, nada importante. Fui al centro de jardinería y encargué algunas plantas. Luego tuve que ir a la casa de Stonebridge. La paja del techo se ha estropeado en varios lugares. Lo he estado postergando, como sabes, pero realmente tendrá que ser reparada pronto.

—Costará cerca de mil libras. ¿Cómo estaban? —la casa había sido alquilada a un coronel retirado y su mujer.

—No demasiado felices. Se van. Suaves como son, no les gustan nuestros inviernos. Me imagino que están pensando irse al exterior. Discúlpame por llegar

tarde, pero no me dejaron salir hasta que no tomé un trago con ellos. Y luego en el camino de vuelta pensé que cortaría camino por los senderos...

—Y te perdiste irremediabilmente.

Ella se sonrió.

—Me conoces a mí y al sentido de orientación que tengo. Sin embargo, aquí estoy. Te daré algo de comer. Debes estar famélico.

Lo dejó, todavía sonriendo, para ir a la cocina. Le había mentado fácilmente, algo que en el pasado la habría llenado de una sensación de vergüenza. Pero ahora ya no quedaba nada para él en su interior. El amor le dio a la lengua uña suave vuelta hacia el engaño, porque no tenía miedo de ser descubierta. ¿Por qué tenía que tener miedo a algo que le iba a decir de todos modos antes de que él volviera a Londres? El único problema era elegir el momento adecuado para hablar.

Durante la comida Bernard dijo:

—Me temo que tenga que pasar la mayor parte del día de mañana sobre un informe importante que quiere mi gente. Es un aburrimiento, pero lo terminaré en un día. Tendremos el lunes libre. Me iré en el último tren —acercándose a la verdad sobre su trabajo, como no lo había hecho nunca, continuó—. La época es muy mala para los negocios. Los mineros no están consiguiendo los resultados que pensaban que conseguirían con la prohibición de horas extras. Tendremos una huelga general antes de que termine el invierno. Luego, se unirán todos... ferroviarios, los obreros de luz y energía, ingenieros. ¿Cómo se puede gobernar una nación así? ¿O un negocio?

Margaret observó:

—Sí, tiene que ser difícil.

Pero estaba a millas de distancia de él. Se lo diría mañana, cuando terminara su trabajo. Eso haría que quedara todo un día, el lunes, para arreglar las cosas. No tenía idea de cómo reaccionaría Bernard. Pero fuera lo que fuese que dijera o hiciera, no tendría ninguna alternativa. Era extraño que ahora, por primera vez en años, cuando ella sabía que la ruptura era inevitable, él estuviera parcialmente amable con ella. Continuó:

—Espero que no te importe, Bernard, que te haya sacado los anteojos largavistas y los esté usando. Me dedico a la observación de los pájaros y me voy a hacer socia de la Sociedad Real para la Protección de los Pájaros. Tengo que salir a hacer cosas. Tengo que salir de mí misma y descubrir nuevos intereses. Eso es lo que dijo el médico. Dios... ahora veo que me estaba empantanando en una ruta melancólica. Es por eso que tenía esos estúpidos raptos. Gracias a Dios no ha habido ninguno desde que lo vi a Harrison.

—Bien. Eso es muy inteligente. En cuanto a los anteojos, los puedes usar. Guárdatelos.

Apartó los ojos. Estaba pensando en los binoculares... recordando el primer día que los tuvo, el orgullo y el placer al manejarlos, y los días siguientes, cuando casi

habían vivido alrededor de su cuello. Se los había comprado a Warboys, baratos, de segunda mano... demasiado baratos, y había protestado, pero Warboys se mantuvo en sus trece. Ahora sabía que había sido uno de los pequeños actos para atraparlo, que lo habían comprometido. Lo curioso era que él sentía (en diferentes términos) mucho más afecto y lealtad por Warboys, ahora, de lo que sentía por esa mujer que estaba sentada frente a él y a quien, excepto la época de pánico por el embarazo, no le había conocido ninguna verdadera emoción, cuyo carácter y cuerpo insípidos se habían hecho corrientes para él en los primeros años. Pague su dinero, pensó cínicamente, y luego tiene todo el tiempo del mundo para lamentar su elección.

Durante la noche llegó la lluvia. Llovió toda la mañana mientras Bernard trabajaba en el informe en su estudio. Margaret fue a la iglesia sola, pero él apenas si se percató de su partida o de su ausencia. De vez en cuando miraba su reloj para ver cómo pasaba el tiempo.

Primeramente reordenó los contenidos de la carpeta para que luego se los pudiera relacionar con su informe más fácilmente. Luego hizo un borrador, trazando un amplio resumen de la historia contada en la carpeta. Después de corregirlo, pasó en limpio el trabajo y quemó el borrador en la chimenea. Había quienes, lo sabía, nunca leerían el informe completo, se contentarían con la fría, tajante concisión del resumen.

El informe completo le llevó mucho más tiempo. Acababa de terminar las anotaciones, cuando Margaret regresó de la iglesia y ya era la hora de almorzar. Antes del almuerzo guardó todo el material y la carpeta, en la caja fuerte del estudio. La seguridad, aun cuando él se sintiera más seguro, era tan natural como respirar.

Durante el almuerzo estuvo reconcentrado, casi resentido por el tiempo que tenía que emplear para comer, y volvió enseguida a su estudio, sin molestarse en quedarse a tomar café con su mujer. Para Margaret su comportamiento no era nada desacostumbrado, y ese día no había ni la sombra de resentimiento en su interior por su rápida retirada. Estaba llegando su momento.

La lluvia cesó durante un rato después del almuerzo y luego volvió, acompañada de un fuerte viento que inclinaba y agitaba los árboles y arbustos del jardín. El arroyo debajo de la casa creció, y el campo y las cunetas de los caminos se cubrieron con el agua.

A las seis, Bernard terminó. Quemó el resto de sus anotaciones y borradores, se sirvió un *whisky* en el estudio y se sentó a releer su informe completo. Quedó más que satisfecho con él. Podía imaginar de antemano la reacción de Warboys y del Primer Ministro. La ambición se agitaba en su interior, al tiempo que él la avivaba mentalmente mientras leía. Había hecho buenos trabajos antes, pero también los habían hecho otras personas. Pero esto lo destacaría. Warboys iría más arriba y él lo seguiría..., y la gente como Felixson y el duque lo tendrían siempre en el recuerdo.

La gratitud política y gubernamental se medía en balanzas delicadas... un aliento de duda o un susurro inadecuado podrían hacer girar hacia el lado contrario el finalmente balanceado fiel. Nunca, ni por un momento, su nombre sería mencionado públicamente, pero la gente que interesaba se enteraría y recordaría. En Vigo Hall había dicho Sí a los documentos y Sí a la buena fe de sir Harry Parks. Había dado su palabra sin vacilar. Muchos hombres no se hubieran comprometido nunca franca y rápidamente con un Sí. Había los hombres del Tal Vez, los hombres del Puede Ser. Pero tales hombres se fijaban con ello un límite que nunca podrían sobrepasar.

Satisfecho con su trabajo, colocó su resumen, el informe completo, cartas y fotografías nuevamente en la carpeta. La llevó a su dormitorio, cerró la puerta con llave, aunque tenía poco temor de que Margaret entrara inesperadamente, y los colocó en un escondite en el que confiaba más que en cualquier caja de seguridad.

Bajó a la sala de estar, se sirvió un *whisky* y se sentó en su sillón, dejando en relax su cuerpo y mente, repentinamente consciente del agotamiento durante el día. Margaret entró. Al moverse para levantarse y prepararle una bebida, ella sacudió la cabeza.

—Estás cansado. Quédate allí.

Fue al armario y se sirvió una bebida. Al darse vuelta él notó en seguida que se había servido un vaso de *whisky*, en cambio de su acostumbrado *sherry*, se lo había servido, lo notó con una pequeña sensación de sorpresa, generosamente, y ahora lo tenía, sin cortar con soda o agua, en la mano.

—¿Para qué diablos tomas *whisky*? Es inusitado, ¿no? —le dijo.

—Sí, lo es —Margaret replicó.

Todavía la miraba intrigado, y ella se dio cuenta que le había dado una oportunidad que, si la desperdiciaba ahora, podría tener dificultades para encontrar otra al día siguiente. Al tomar *whisky* (lo que hacía a veces cuando estaba sola) había señalado lo inusitado sin intención, pero ahora debía aprovechar la circunstancia para fijar su situación.

Continuó:

—Es inusitado porque... bueno, tal vez porque todo es inusitado. Quiero aclarar las cosas entre nosotros... definitivamente.

—¿Adónde diablos quieres ir a parar?

—A nosotros. A esta vida que vivimos. O más bien, que no vivimos. No me ha hecho feliz. Tienes que saberlo. Y estoy segura de que lo mismo te debe pasar a ti — hizo una pausa y fue hacia su sillón, y se sentó de lado, balanceando cuidadosamente su bebida sobre sus rodillas cruzadas. Lo observó y vio sin preocupación las sombras de cautela, casi premeditado mutismo, que se deslizaban por su rostro. Sospechó que Bernard estaba a punto de hacer alguna violenta, brusca movida para salir del aprieto. Pero esta vez no lo dejaría. Tenía perfecto control de sí misma y sus palabras llegaron con facilidad, sin pizca de nerviosidad. Detrás de ella estaba la fuerza y el amor de Maxie. Continuó, movida por el fantasma de una ironía interior—. Me temo que haya

cosas que debes saber. No es bueno tratar de evitarlas. No soy una niña. Tienes que escucharme y...

Él hizo un gesto desesperanzado con la mano, se tocó la cabeza echándola hacia atrás y aspiró profundamente.

—Margaret... espera un minuto. He tenido unos dos días del diablo, antes de venir aquí, y he trabajado todo el día de hoy en eso, estoy molido —estiró la mano hacia la bebida—. Sea lo que fuere, hablemos de ello mañana. No puede ser nada tan importante que no pueda esperar hasta mañana —se estaba escapando. Lo sabía. Lo que fuera que tuviera en la cabeza, su importancia estaba claramente reflejada en la actitud y palabras de ella, pero estaba demasiado agotado en ese momento como para querer otra cosa que quedarse sentado tranquilo y dejar que la perturbación y la tensión del trabajo profesional aflojaran.

—No, Bernard. Eso no. Te voy a decir lo que tengo que decirte. Siento haber elegido un mal momento para ti, pero no debes interrumpirme ahora.

—Mira, Margaret, nada puede ser tan importante que no pueda esperar hasta mañana.

Ella sacudió la cabeza.

—No. Esto no puede esperar.

Tomó un sorbo de *whisky* y luego puso el vaso sobre la mesa, detrás de ella. El movimiento corrió su pollera levemente por sobre sus rodillas cruzadas, puso firmes las líneas de su cuerpo y pechos mientras se daba vuelta a medias. Por primera vez en años tuvo plena conciencia de ella. Por un momento, aunque el pensamiento fue nublado por su propia creciente irritación, tuvo la imagen de ella desnuda, y el abrupto conocimiento, también, de que habían pasado años desde que la había visto por última vez desnuda. Transitoriamente se sintió frente a una deseable extraña. Las palabras que ella dijo en seguida le borraron la imagen de la cabeza.

Margaret dijo:

—Tienes que saber, Bernard, que ya hace muchas semanas te soy infiel. Amo a otro hombre. Quiero el divorcio para casarme de nuevo.

De todas las cosas de las que ella hubiera podido querer hablar, ésta ni siquiera periféricamente se le había ocurrido. Le resultó imposible ocultar su sorpresa. Su inmovilidad y su silencio lo indicaron, como si un golpe lo hubiera inmovilizado. Extrañamente, por debajo de su sorpresa, sintió que le subía la furia contra Ankers. El maldito, ineficaz tonto. Lo que él sabía que podría ocurrir, deseaba que ocurriera, había surgido sin que el estúpido se hubiera dado cuenta. Había perdido la ventaja principal, que siempre había querido tener: saber todo mientras ella todavía pensara que no sabía nada. Era como si Quint o Warboys lo hubieran traicionado profesionalmente en forma desvergonzada.

Margaret dijo:

—Bueno, Bernard, ¿por qué no dices algo?

Y eso también, viniendo de ella, lo lastimó. Él, cuya total excelencia profesional le permitía manejar las sutilezas del engaño, el despliegue de conocimiento especial, como armas largamente ejercitadas, ahora estaba allí sentado tan asombrado como hubiera estado algún comerciante de pueblo que todo el distrito conociera como cornudo, la boca abierta y caída, idiota, la cara de luna en blanco, mientras algún vecino cruel le decía la verdad. La furia interior repentinamente rompió los terraplenes, acrecentó sus corrientes y lo llevó consigo.

Se levantó y casi gritó:

—¿En nombre de Dios, de qué estás hablando?

Sus palabras no tenían sentido. Fueron sólo un ruido, un grito de dolor que provenía de su orgullo profesional herido.

Firmemente Margaret dijo:

—De otro hombre. Lo amo y quiero casarme con él. Si es una sorpresa para ti, lo siento. Pero no entiendo por qué debería serlo. No ha habido nada entre nosotros desde hace años. Tú vives tu vida y yo he vivido (o tal vez he pasado por los movimientos de vivir) la mía. Ahora quiero una verdadera vida con un hombre que me quiera. Siento habértelo descargado en un mal momento. Pero ¿cuándo algún momento hubiera sido otra cosa que malo?

Bernard fue hacia el botellón de *whisky*. Estaba lejos de querer un trago, pero el movimiento del hábito, el darse vuelta de espaldas a ella, le ofrecieron un refugio. Ahora, rápidamente, comenzó a alistar sus fuerzas y a juntar las líneas de control de sus propias manos, donde siempre (si no hubiera sido por el tonto de Ankers) debían haber descansado. Margaret estaba en ventaja, hecho que ella había intuido y marcado claramente con una firmeza nueva para él. Estaba racional, tranquila y decidida, aspectos largamente perdidos para él, exactamente como la imagen de su cuerpo desnudo había sido durante mucho tiempo extraña a él. Ahora algún otro hombre conocía su cuerpo, lo apreciaba, tenía una continua necesidad de él. Unos celos irracionales lo conmovieron. Los contuvo, controlándolos aunque luchaba ferozmente.

Se dio vuelta, vaso en mano, con algún control ahora. Con necesidad de algún signo material de la reasunción de sus poderes y autoridad, dijo tranquilamente:

—Siéntate. Como se debe en el sillón... por favor.

Ella se movió hacia el sillón, presintiendo el comienzo de una nueva fase, el civilizado ordenamiento de la situación. Por un momento los ojos de él, observando sus movimientos, observando las largas líneas de sus piernas al cruzarlas en el sillón, lo apuñalaron con el pensamiento de las manos de otro hombre sobre su cuerpo. Se lo quitó de encima. Físicamente ella no le significaba nada.

—Vamos a ordenarlo con calma. ¿Cuánto hace que está sucediendo esto? —dijo.

—Hace más de un mes.

—¿Dónde?

—Tiene una cabaña en North Lobb. Yo voy allí.

—¿Nunca aquí?

—No...

Supo en seguida que le estaba mintiendo, pero no tenía importancia, una concesión al amor propio del hombre.

—Cuéntame de él.

—Se llama Dougall. Maxie Dougall. Tiene treinta y cinco años y es naturalista y pintor de cuadros... y...

La observó, la escuchó luchar ahora por algún ritmo y sentido en las palabras para describir al hombre que había ocupado el lugar de él. Bernard sabía qué quería que su mujer se confundiera, que hiciera un embrollo de la imagen que quería pintar. Pero, después de algunas vacilaciones, lo sorprendió. Habló con firmeza y coherencia (cualidades que había perdido hacía tiempo de vista en ella). Y habló con amor y ternura, reclamando de él, parecía, algo de su propia respuesta y alegría en este hombre. Pero sólo había en él una violenta antipatía. En el pasado, al imaginarse otros hombres que la podían haber atraído y deseado, no tenía duda de la clase de hombres que podían ser. Hubiera hecho apuestas a la verdad de sus predicciones: un marino o militar retirado, algún funcionario estatal con dinero, un abogado de algunos de los pueblos de alrededor, un viudo cómodo lleno de años sin embargo, con una gran casa y jardines, una extensión para pesca en uno de los ríos y el ocasional día de caza. ¡Pero este hombre era una trampa! Podía leer sus móviles como ella nunca podría hacerlo, porque la había seducido con los tornasolados tintes de una libertad y felicidad totales que (ya fuera que ella lo admitiera alguna vez o no) servían sólo a sus apetitos físicos largamente hambrientos. Qué típico que era, pensó, ahora más calmo, que cuando ella fuera a hacer su primer verdadero reclamo de felicidad, tuviera que elegir un desgraciado sin ningún valor, que probablemente habría entrado en este mundo con una permanente carga sobre sus espaldas porque había sido un niño de orfanato... ella era un premio para su retorcido ego, un fácil edulcorante para su diaria amargura. Tomaría todo lo que ella le pudiera dar y luego la abandonaría.

La interrumpió:

—¿Qué es lo que sabe, realmente sabe sobre ti?

Ella lo miró sorprendida:

—¿Qué tiene que saber? Sabe que me quiere, y que yo lo quiero.

—Estoy dispuesto a conceder eso. Pero lo que quiero decir es ¿qué hechos conoce? ¿Sabe lo rica que eres?

—Bueno, supongo que sí. Sí, debe saber que tengo mucho dinero. Pero ¿qué diferencia hace eso?

—Toda la diferencia del mundo, sospecho. No querrías que yo fuera menos honesto en cuanto a lo que siento, ¿no? Muy bien, es verdad, nuestro matrimonio ha desaparecido, no existe desde hace años. Esto lo siento, pero no creo que sea cuestión de autopsia. Pero, muerto como debe estar, eso no me impide tener una verdadera

responsabilidad todavía hacia ti. Hace años, cuando nos conocimos por primera vez, cometimos un error. El error fue totalmente mío y, francamente, no creo que haya sido especialmente generoso o comprensivo al respecto. Hice un embrollo de todo. Lo último que quiero en este momento es que me dejes, y te encuentres metida en un embrollo mayor.

—No hay peligro de eso.

—Creo que sí. Margaret, tienes que verlo sensatamente ;no como una criatura estúpida e inmadura! Si hubiera sido cualquier otra persona, alguien de posición, alguien de dinero y responsabilidad, no hubiera puesto ninguna objeción. Pero, si nos tenemos que separar, tengo que estar seguro de que serás feliz y que estarás bien cuidada.

—Eso es exactamente lo que sucederá. Oh, no tienes idea de cómo Maxie...

—Creo que tengo una idea bien clara. Y voy a ser muy brutal al respecto, porque quiero que abras los ojos. Eres una mujer con dinero, y necesitabas amor. Pero el acostarse no es necesariamente el amor. No puedes pasarte el resto de tu vida retozando por las arenas y las dunas observando pájaros, o haciendo largas caminatas naturalistas por los campos. Por amor a Dios, Margaret, ;crece!

A pesar de su deseo de mantenerse calmo, el enojo por ese hombre desconocido y la juvenil pasión despertada en la mujer, le subieron como hiel.

—Ese hombre es mucho menor que tú. Nunca hizo nada en su vida, excepto pintar unos cuantos torpes pájaros para vender a los veraneantes. ¿No te das cuenta? Eres un regalo para él. Te ha dado lo que quiere tu cuerpo y te ha seducido con esa especie de vuelta a la vida natural. Pero si te vas con él, terminará desangrándote. Tomará tu dinero, todo el que pueda y cuando se canse de acostarse contigo, se buscará otras mujeres. Por amor a Dios ;no puedes correr ese tipo de riesgo! No te dejaré y seré franco al decirte por qué. Yo te he arruinado la vida, para empezar. Nunca tendré ningún perdón por ello, no me lo merezco, pero te aseguro que no me quedaré de brazos cruzados y que no permitiré que entres en una nueva vida, con otro hombre que en un par de años te hará desesperadamente infeliz y amargada por no haber tenido el buen sentido de darte cuenta lo tonta que fuiste.

Margaret se levantó:

—No tienes necesidad de gritar. Y no tienes necesidad de pensar que yo no he considerado todo lo que has dicho. No soy una tonta. Pero estás muy equivocado. Yo conozco a Maxie y tú no. ;Quiero el divorcio y me quiero casar con él!

Bernard dijo en tono severo:

—No obtendrás ningún divorcio de mí. No tendrás fundamentos. Y yo no me divorciaré. Si quieres estar en libertad para casarte con él, tendrás que esperar cinco años.

—No me puedes hacer esto. Tú no me quieres. No me necesitas. Maxie y yo queremos casarnos.

—Entonces tendrás que esperar. Ve a consultar a tu abogado. Si este Maxie te quiere tener legalmente, tendrá que esperar cinco años. Ve a vivir con él. Antes de que pasen esos años sabrás exactamente lo que es, ¡y no te gustará nada!

Margaret gritó:

—¡Maxie no es así! ¡No lo es!

La estupidez de la mujer, su ceguera, realmente lo conmovieron y su propia culpa lo forzó a una súbita necesidad de enmendar en parte el pasado que le había dado. Dio un paso adelante y tomándola de los hombros, la sacudió violentamente mientras gritaba:

—¡Adelante, entonces! ¡Ve a vivir con ese atorrante! ¡Date el gusto hasta que vuelvas a tus sentidos! ¡Estúpida tonta puta!

La apartó de un empujón, arrojándola bruscamente al sillón, haciéndole golpear la cabeza contra el marco de madera del respaldo. Sin volverla a mirar salió del cuarto al *hall* de entrada.

Furioso, tomó su impermeable y sombrero y dejó la casa. En la oscuridad, una cuchillada de fría lluvia le dio en la cara y por encima de la cresta de la colina, en la parte alta del camino, vio las oscuras ramas superiores de los árboles, recortadas contra un perdido resplandor de la luna, que se sacudían y meneaban en el fuerte viento.

Unos minutos después, Billy Ankers subió el camino a través de los esporádicos chaparrones. Había dejado el auto a unos doscientos metros, en un atajo. Luchando contra el viento, la lluvia que se le colaba por el cuello, maldijo el tedio de una tarde de domingo que lo había hecho víctima de un impulso proveniente de su propia frustración. Era suficiente y perspicazmente autoanalítico como para conocer (y encontrar poco valor en ello) los móviles que lo habían hecho salir de noche. Se suponía que Nancy iría a su departamento a las seis. Hacía mucho tiempo que no iba a pasar la noche. Se había quedado sentado calentándose los pies frente al fuego, chupando la pipa, y disfrutando el lento crecimiento de las eróticas fantasías que poblaban su mente, mientras pasaban los minutos.

A las seis Nancy no había aparecido. La aleta del buzón de su puerta hizo un chasquido, y uno o dos minutos después oyó la puerta de calle que se cerraba de un golpe.

Una nota en un sobre marrón oscuro estaba sobre la alfombra. Era de Nancy.

*“Disculpa, Billy. Esto lo lleva el muchacho de al lado. Mamá no ha estado nada bien y tiene el estómago revuelto desde la cena, de modo que no puede ir a lo de los Harpers a pasar la noche y no la puedo dejar en el estado en que está. Alguna otra vez, amor. Tuya,*

*Nancy. Y no vale la pena que pienses que yo no me siento tan frustrada como tú al leer esto”.*

La madre de Nancy era una vieja estúpida, pensó enojado. Atracándose de comida a la hora de la cena, sin duda, como si no hubiera comido en una semana, mientras todavía estaba digiriendo un gran desayuno. La conocía bien. Y ahora aquí estaba él colgado a medio camino, en una lluviosa noche de domingo. Ella nunca pensaba en ninguna otra persona, nunca pensaba que los otros tuvieran apetitos, fantasías o lo que fuera. Si Nancy hubiera sentido algo por él, le hubiera echado una buena dosis de bicarbonato por la garganta y la hubiera dejado. Pero Nancy no. Era toda una mujer. Le gustaba tanto como a él, pero lo podía tomar o dejar. Encenderlo o apagarlo como una lámpara eléctrica. ¿No sabía que un hombre no podía hacer eso? Si uno lo estaba deseando, se lo habían prometido, no se lo podía apagar así no más. ¿Qué diablos haría? Alguna gente tenía toda la suerte del mundo. Conseguían justo lo que querían y cuando lo deseaban. Se le apareció la imagen de la cabaña de Maxie Dougall, de muslos que se movían, limitadamente vistos a través de una fina abertura de cortinas corridas. En ese momento había un desgraciado que tenía la suerte del diablo.

Diez minutos más tarde, sabiendo bien claramente y sin vergüenza que iba como “voyeur” y no como detective privado, estaba en camino a los pantanos de North Lobb.

Dejó el auto a una distancia prudencial y caminó hacia la cabaña. Antes de llegar allí supo que no tendría suerte. El lugar donde normalmente estacionaba el auto estaba vacío. La cabaña estaba a oscuras. Caminó alrededor de ella, contento de que no hubiera nadie y volvió a su auto.

Más calmo, se le ocurrió que hasta ese momento siempre había sido Margaret Tucker la que había ido a lo de Maxie. Podría no aumentar su paga, pero si demostraba que el desgraciado también iba a la casa de ella, probaría que si él hacía un trabajo, lo hacía bien. En su propia casa, también, Mr. Bernard Tucker. Eso podría enfurecer a cualquier hombre.

De modo que Billy Ankers se deslizó por el portón del camino, siguió caminando por el borde del césped y fue con cuidado hacia la casa. A través de las cortinas se veía luz en el *hall* de entrada y en una de las ventanas principales de la planta baja. Se instaló en el húmedo refugio de un grupo de rododendros y consideró su próximo movimiento. Maxie tenía que estar allí. Pero si alguien pensaba que él iba a esperar que se encendiera una de las luces del dormitorio, estaba equivocado. Todo lo que quería era dar una miradita a través de alguna abertura de las cortinas, para colocar la verdad en lugar de la suposición, y el resto lo podría imaginar y volver a su casa y ponerse alguna ropa abrigada y seca.

Estaba a punto de acercarse más a la casa cuando se abrió la puerta de entrada. Recortada contra las luces del *hall* de entrada, vio la figura inconfundible para él, de

Margaret Tucker. Llevaba un impermeable y un gorro de colores oscuros. Cerró la puerta y fue hacia el costado de la casa, su figura perfilada momentáneamente contra la tenue luz de la ventana del cuarto principal. Luego la oscuridad la ocultó.

Billy se sintió intrigado. Si Maxie estaba en la casa ¿por qué tenía que salir ella? Y si no estaba en la casa (y ciertamente no en su cabaña), ¿adónde diablos iba? ¿Para encontrarse con él en algún lugar? ¿Para traerlo de vuelta allí? Esto parecía poco probable. Evidentemente no iba a la cabaña, pues sino habría ido al garaje a sacar el auto.

Desconcertado y mojado, el agujijoneo de su defraudada carne ya desaparecido hacía rato, sin encontrar respuesta a las preguntas que llenaban su mente, repentinamente maldijo suavemente para sus adentros y volvió al camino, pensando ya en el placer de llegar a su cuarto y estar otra vez abrigado.

La caminata bajo la lluvia y el viento le habían hecho bien, se dijo Bernard. Y por “bien” realmente quería decir “bien”, porque en un muy corto espacio de tiempo se había dado cuenta de lo equivocado que había estado. No era la primera vez que se había ido de la casa para evitar una discusión con Margaret. En anteriores ocasiones, se había ido porque había intuido lo que venía y porque sabía que no había nada que ganar, a pesar de lo que dijera o hiciera por ella. El escape que tan evidentemente quiso siempre, había estado dentro de sus posibilidades. Sin embargo en el momento que lo había encontrado, ¿por qué había reaccionado él como lo había hecho? La había enfrentado sin caridad, con una convencional respuesta, que se había centrado no en la felicidad de ella (a la que le debía cualquier contribución que pudiera hacer), sino en una preocupación por su dinero principalmente, una sofocante advertencia para que se cuidara de que la robaran, un rígido, violento desinterés por cualquier alegría que pudiera, ya tener, fuera verdadera o falsa, que finalmente la habían transformado de una marioneta en un ser humano. Todo lo que había sido capaz de encontrar fue una furiosa negación de lo que ella creía haber encontrado, y una estúpida advertencia material de vigilar su cuenta bancaria.

Mientras elegía el camino por el resbaladizo sendero mojado por la lluvia, al borde de la empinada comba que corría por debajo de la casa, por primera vez durante su enojada y perturbada caminata, pensó que había otros factores y emociones que habían coloreado su inesperada reacción. Los celos y el orgullo estaban presentes, pero más poderoso fue su sorprendido sentido de la repentina, y real, apreciación de algo ya casi en posesión de otro hombre. Tenía que tener conciencia del instinto de acaparar y negar a los otros lo que él mismo nunca utilizaría ya. Descontándolo como lo podía hacer, fue una revelación para él, al borde del dolor, porque demostraba que sus pasiones tenían un primitivo control sobre su intelecto. La claridad que podía utilizar en su vida profesional, no aparecía en su vida personal.

Tal vez, después de todo, la quisiera... Tal vez, hubieran tenido que pasar todos esos años y un simple acto de coraje de parte de ella para traerle el único importante descubrimiento de su vida, un descubrimiento que podría encerrar una perspectiva de paz espiritual, que había conocido en los días anteriores a su encuentro con Warboys.

Un banco de nubes se apartó de la luna ya baja. En el pálido baño de su luz, vio que Margaret salía de las sombras de un alto grupo de arbustos. Al darse vuelta él a medias, colmado por un espontáneo movimiento de alivio y de bienvenida, Margaret extendió las manos y lo empujó violentamente. Tomado completamente de sorpresa, tambaleó, resbaló sobre el embarrado sendero y cayó, aferrándose a las finas ramas de una retama que había en el borde de la comba, para sostenerse. Las ramas se le quebraron en las manos, y rodó hacia atrás por el borde de la empinada pendiente. Al irse vio la cara de Margaret, dura, como si se moviera en el cautiverio de algún sueño, su piel como húmedo marfil, su largo pelo liberado del gorro, suelto al viento, pasó a un color plateado por la breve luna cuya luz enviaba profundos huecos de sombras debajo de sus ojos.

Cayó hacia afuera, por la pendiente de diez metros de escarpada roca de granito, hacia el fondo de la comba, cubierto de rocas y ruidoso por las turbulentas aguas del crecido arroyo.

Murió quince minutos más tarde, y hasta los últimos minutos estuvo consciente. Pero, antes de que llegaran esos últimos minutos, conservó intactos el instinto de orden y la necesidad de una justa resolución de sus problemas, que habían caracterizado su vida profesional. Levantando su reloj pulsera hacia la boca, quitó el seguro del grabador y comenzó a hablar.

Unos minutos después Margaret volvió a su casa. En el *hall* de entrada se quitó el tapado y el sombrero y los colgó, luego se quitó las botas de goma y se puso las zapatillas de entrecasa que había dejado debajo del perchero. Fue a la sala de estar, tomó su *whisky* que estaba en la pequeña mesa detrás del sillón, y luego se sentó.

Se quedó sentada durante un largo rato, mirando fijo hacia adelante, sin pensar, viendo sin ver, poseída por un familiar aislamiento que tenía su propia extraña forma de acariciar, como lo había hecho tan a menudo anteriormente en el immaculado capullo de paz, al que no podía penetrar ni el temor ni el recuerdo.

Tomó conciencia algún tiempo más tarde, con el tibio gusto a *whisky* en la boca, el vaso medio vacío en la mano, y lo único que recordó fue que sólo habían pasado unos minutos desde que Bernard la había dejado. Se sentía exhausta, le dolía todavía un poco la nuca en el lugar que había golpeado contra la madera del sillón. Pensó en todo lo que él había dicho, reconstruyendo los estados de ánimo y las palabras lentamente en su cabeza, y lo esperó, sabiendo que cuando volviera bien podría haber dejado su enojo y haber decidido retirar su oposición. Pero si estuviera igual, no significaría ninguna diferencia. Ella abandonaría la casa, se iría a vivir con Maxie y,

sin preocuparse por la duración de la espera, demostraría que Bernard se había equivocado.

Una hora después subió a acostarse, dejando encendida la luz del *hall* de entrada para cuando su marido volviera. Ya se había ido de la casa anteriormente cuando había tratado de hablarle sobre su vida juntos. No había un tiempo fijo para la duración de sus estados de ánimo. Se iba como quería y volvía cuando fuera. Mañana estaría más calmo. Volverían a hablar.

Se dio un baño y luego se tendió en la oscuridad, a la espera de su regreso. Pero el sueño sobrepasó su vigilia, mientras tocaba con la mano la piedra de la playa que le había dado Maxie, debajo de la almohada.

Cuando bajó, a la mañana siguiente, la luz del *hall* de entrada estaba todavía encendida. Bernard, pensó, se habría olvidado de apagarla. Se preparó unas tostadas y café en la cocina y se quedó sentada oyendo la radio con el volumen bajo. El sueño la había reparado, y tenía un nuevo coraje interior, que venía de haber sacado a luz su relación con Maxie. Fuera lo que fuese que Bernard pudiera hacer o decir, ahora ella era su propia dueña. El engaño y los fingimientos del pasado entre ellos habían desaparecido.

Él podría hacer lo que quisiera, pero su sendero retaba bien claro.

Le preparó café, como lo hacía siempre cuando estaba en casa, y se lo llevó al dormitorio en una bandeja. Golpeó la puerta, esperó, el hábito todavía firme en su interior; luego volvió a golpear y entró.

La cama no había sido tocada. Desde abajo llegó el sonido del timbre de la puerta.



## SIETE

UN GRANJERO lo había encontrado a la mañana temprano al subir a la comba para vigilar unas ovejas que estaban en los pastizales más altos, por encima del arroyo.

Estaba tendido a unos pasos del arroyo de fuerte correntada, entre dos grandes rocas. Tenía el cuerpo empapado por la lluvia que había caído intermitentemente durante toda la noche. El campesino, reconociendo a Bernard Tucker, y asegurándose de que estaba muerto, lo dejó, volvió a la granja y llamó por teléfono al comisario del pueblo. Desde ese momento, la mañana había arrastrado lentamente consigo, el mudo, momentáneo descreimiento y las forzadas acciones de las circunstancias y las convenciones, como maderas flotantes.

El verdadero pesar le fue negado a Margaret. Insospechado dentro de ella, había un centro de honestidad que la mantenía en silencio donde otros hubieran podido contribuir con palabras, a los aspectos exteriores de la tragedia. El momento en que le abrió la puerta al comisario del pueblo había sido el peor. De allí en adelante se envolvió en una inmovilidad de espíritu y de pensamiento limitado. No importaba qué empobrecimientos habían estropeado sus relaciones, ella sabía que en algún momento lloraría por Bernard, conocería una angustia relacionada con la claridad y las esperanzas de sus primeras épocas, tan rápidamente sombreadas, y con él como hombre, una vida perdida.

Lo había identificado; la punta de una sábana lavada torpemente, corrida brevemente hacia atrás en una camilla, en un pequeño cuarto de piedras cuadradas.

Ahora estaba sentada en otro cuarto de la jefatura de policía en lo alto del Centro Cívico, cuyas ventanas daban al largo puente de piedra que cruzaba el río, la corriente baja, la arena y el barro de las orillas a la vista, y un remolino de gaviotas chillando sobre la basura llevada por la corriente. Había una taza de café sin tocar, delante de ella. El joven comisario estaba sentado enfrente, bien consciente de la ubicación de la dama, de su riqueza y posición social, y de su dolor, que tenía que reducir al formalismo y orden oficiales.

Hizo preguntas, un cuaderno delante de él, y anotó las contestaciones lenta y cuidadosamente. Ella tendría que pasar por todo eso nuevamente, lo sabía, pero no se lo dijo. Por el momento todo lo que quería era una imagen preliminar, sabía que era demasiado pronto después del golpe y el dolor, como para esperar más. Eligió sus preguntas con cuidado y respeto. Él era joven y ella era todavía una mujer bien

parecida. La tragedia que la marcaba con una remota nobleza despertaba en él una ternura fuera de lo profesional.

Margaret dijo:

—Había estado trabajando todo el día... en un informe sobre algún asunto. Luego salió del estudio a las seis y media para tomar algo conmigo —hizo una pausa, observando como escribía él, fijándose en el borde un poco deshilachado de sus puños.

—¿Cuánto bebieron, Mrs. Tucker?

—Uno o dos *whiskies*... como siempre. Charlamos y luego dijo que salía a dar una vuelta.

Tendría que haberle comentado la discusión que tuvieron, lo sabía, pero no podía afrontarlo ahora. Tenía un abogado, casi un amigo: presentía que debía verlo primero. Y claramente, sabía que ése no era el momento de sacar a luz el nombre de Maxie.

Él terminó de escribir y dijo:

—¿No estaba preocupado o enojado por algo? ¿No? Usted sabe, cuestiones de negocios o algo parecido.

Lo último fue una útil frase de resumen. Le abría paso a la gente para transmitir o reservarse algo. Generalmente se lo podía adivinar.

—No... pero estaba preocupado. Creo que todavía por su trabajo.

Más tarde el joven se presentó a su inspector con su informe. Al terminar de leerlo, se miraron sin necesidad de pronunciar la pregunta que en estos casos siempre pendía entre los dos. Dijo:

—No es que alguna gente sea extraña. Todos los son. Ella sabía muy poco de él, o de lo que hacía. Trabaja en Londres, pero la señora no sabe el nombre de la firma. Algo que ver con el comercio de té, piensa. ¿La conoce usted?

—Sé algo de él. Han estado aquí unos cuantos años.

—Él no venía aquí muy a menudo. Sospecho que cada uno andaba por su lado. No hubo discusión dice ella. Ningún trastorno. Simplemente fue a dar una vuelta.

—Era una noche mala para eso, y un largo paseo. Veo que ella se fue a acostar antes de que él volviera.

—No era desacostumbrado aparentemente. Le acababa de llevar el café al cuarto vacío de él, cuando llegué. Cuartos separados. O era un tipo frío o tenía otra en Londres.

El inspector sacudió la cabeza.

—Se adelanta usted demasiado. Déjemelo a mí. Quiero el informe del médico apenas llegue, y es mejor que le advierta al ayudante. —Suspiró—. Fue a dar una vuelta en la oscuridad, resbaló en un sendero embarrado y cayó unos ocho o diez metros sobre las rocas. Yo hubiera buscado una altura mucho mayor que esa, si hubiera querido tirar a alguien.

—Ella no dejó la casa en ningún momento. Personalmente creo...

—No lo haga. Estamos demasiado ocupados.

Nancy, trayéndole a Billy Ankers el café de media mañana, se lo guardó hasta que estuvo junto a la puerta, a punto de irse y le dijo:

—Alguien estaba diciendo en el negocio, hace un rato, que tu Mr. Bernard Tucker está muerto. Fue a dar una vuelta anoche y se cayó sobre las rocas o algo parecido. ¿Te pagó hasta la fecha, no?

Todavía sin estar realmente sorprendido, Billy dijo:

—¿Estás segura de eso?

—Eso es lo que dijeron. Qué desagradable ¿no? ¡Pobre diablo!

Con la mente y la atención lejos de ella, desplegando ya su interés rápidamente sobre la preparada lista de posibilidades que su propio interés conjuraba instantáneamente, dijo:

—Aunque un hombre muera, la ley protege a sus acreedores. No estoy preocupado por eso. Triste, sin embargo. Oh, sí, muy triste.

Y luego, como Nancy era rígidamente convencional con respecto a las respuestas que se debían dar a las noticias de muerte (allegado, pariente, amigo, figura de valor local o nacional) agregó pomposamente:

—Dios le dé paz a su alma.

Nancy lo miró y luego dijo afectuosamente:

—Sinvergüenza.

Cuando se fue, Billy se apartó de la mesa, estiró los pies hacia la estufa eléctrica y, mientras esperaba que se enfriara el café, empezó a pensar en Mr. Bernard Tucker y los asuntos relacionados con él.

Y mientras estaba allí sentado, Margaret estaba también sentada a la larga mesa, en la cabaña de Maxie, a la que había ido directamente después del interrogatorio.

Maxie estaba pintando cuando ella llegó. Apoyado frente a él había un cuadro a medio pintar, de un pato con cola en punta, un trabajo torpe, que mentalmente iba transformando, mientras escuchaba. El momento de la inesperada entrada había pasado. La incoherencia de la mujer, calmada luego en el abrazo que se dieron, había desaparecido. Ahora esta serena y sentada frente a él, sin buscar su mano por encima de la mesa, necesitando, él lo sabía, sólo su presencia allí para darle la firmeza de que al principio habían carecido sus palabras y acciones.

La escuchó, los blancos y negros absurdos del transformado pato a medio pintar, la visión del recuerdo exacta y clara. Tenía la creciente sensación de un genio amistoso y vigilante que le indicaba, clara y promisoriamente, que ese día estaba marcado para él. Se dio cuenta, cuando le contó sobre la discusión con Bernard, que, al exponer ella la relación y las intenciones que tenían, había ido más lejos de lo que nunca habían acordado entre ellos. Habían hablado románticamente y esperanzadamente de estar juntos, vivir juntos, de irse lejos y buscar algún lugar nuevo donde su amor pudiera florecer sin ser tocado por ningún contratiempo de ese

ambiente familiar. El casamiento sí... pero sólo como un deseo, parte del coro de la ventura de ella. Pero en cuanto a él mismo no se había comprometido más allá de alimentar las fantasías de la mujer, mientras estaba tendida en la cama con él después de hacer el amor, o mientras caminaban por la arena o por la orilla de algún río. Había esperado oposición de parte de Bernard, pero sabía que ella vendría hacia él. Ahora, sin ningún movimiento de su parte, como maná del cielo, inesperadamente, todas sus esperanzas se veían satisfechas.

Sonrió para sus adentros mientras ella decía:

—Le dije todo, Maxie querido. Que queríamos casarnos y todo lo que pudo encontrar para decir después de todos estos años de desinterés, fue que tenía que protegerme contra ti. Y sin saber nada sobre tu persona. Una estúpida charla sobre que tú andabas tras mi dinero, que lo gastarías y luego te cansarías de mí... Oh, Maxie, me odio por repetir esto.

—No te preocupes por eso, mi amor. Hay muchos hombres que codician lo que no pueden o no van a utilizar para sí mismos. Pero deberías habérselo dicho a la policía.

—No pude. No entonces. Quería verte primero.

—Sí, ya sé. Pero deberías saber (y lo sabes) que no se pierde nada con ser honesto. Te puede conducir por senderos escarpados, pero al final te llevará adonde quieres estar. No tenemos nada que esconder, menos que nada, nuestro amor —se levantó y fue hacia ella, quedó parado detrás y puso su cálida palma sobre su mejilla, ahuecándola suavemente contra ella—. Cuando veas a tu abogado, cuéntale todo. No hay nada de qué avergonzarse, por lo que hicimos o fuimos —deslizó la mano hasta la línea del cuello y debajo de la blusa, los dedos acariciando la primer pendiente del valle de sus pechos, mientras un extraño pensamiento de golpe se apoderaba de él. Una vez, hacía tiempo, este Bernard muerto, debió haberla tocado y acariciado así y luego, todavía en vida, se había alejado. Ese había sido el momento en que realmente había muerto para ella. Su dolor, ahora, era sólo el último gesto hacia ritos casi perdidos en la memoria. Dijo, fortificando el acento sin deliberada imposición de su parte, por una vez el cálido instinto primitivo, enteramente natural:

—Dios lo llevó. No nos hace ningún bien tratar de cerrar nuestros ojos a la libertad que nos da. Ninguno de nosotros hubiera querido el don a este precio. Pero ahí está, niña. Está el nacimiento y el amor y el apareamiento y está la muerte. Y hay una estación fija para todo, excepto para la última... Sí, ese es un acontecimiento para el que ningún hombre puede prever su momento.

Margaret se levantó y fue a sus brazos y la sostuvo cálidamente contra él. Hubo una ternura por ella en su interior, que se encendió rápidamente en un movimiento de deseo. Pero lo contuvo, sorprendiéndose por la preparada educación del grosero apetito de su cuerpo. Aunque no conocía al hombre, lo había visto raramente, sabía que su tributo de auto negación era en ese día la única oración que podía decir por el muerto.

Cuando Margaret se fue, volvió a su pintura. Tocó el verde bronceado del ala y, con un pincel de punta fina, en negro, colocó el nombre científico —*Anas acuta*— porque había descubierto que a los turistas, por alguna razón que no llegaba a comprender, les gustaba tenerlo. Siempre había algunos de los pájaros de octubre hasta marzo afuera en las aguas del estuario. Después de eso se iban para anidar en Islandia o el continente... Para marzo, también, él podría estar lejos, casado con Margaret, eso tendría que venir ahora y no se oponía. No pintaría más pájaros... Sería un hombre casado, su mujer una mujer de dinero... Haría eventualmente un testamento a su favor y seguirían juntos mientras lo retuviera el cuerpo de la mujer. Por intenso que fuera el deseo que sentía ahora por Margaret, sabía que todo seguiría su debido curso y que luego ese deseo moriría. Y cuando sucediera esto... entonces ella también debía morir, devolviéndole su libertad y dejándole la fortuna. El pensamiento de ese tiempo por venir, se enroscaba en su mente como una víbora, elusiva e inquieta...

Su abogado, Andrew Browning, después de las formalidades del pésame, la reconfortó con el consiguiente paternalismo hacia una clienta pudiente, no amiga, pero largamente conocida, respetada, tasada privadamente y juzgada como valiosa. Las condiciones maritales nunca fueron sorpresa para él, pues eran iguales a cientos de casos que llegaban a esa mesa. El consuelo que le ofrecía, él lo sabía, era todo lo que ella necesitaba por el momento.

Dijo:

—La policía tendrá que saber de la discusión entre usted y su marido, por supuesto. Y de su amistad con ese Mr. Dougall.

Lo había visto una o dos veces cuando jugaba al golf en North Lobb. En algún momento, hacía años, le parecía recordar que el tipo había estado ocasionalmente entre los *caddies* del club. No era el tipo para ella. Pero en cuanto se refería a esto, estaba más allá de la sorpresa. Legalmente, si se quedaba con él, haría todo lo que pudiera para protegerla. Pero dele a una mujer muerta de hambre un nuevo tramo de vida y su generosidad podría romper todos los diques de contención de la prudencia.

—Pienso que tal vez, más adelante, tendría que hablar con él. Sin embargo, por ahora, no se preocupe por la policía. Es enteramente justo y razonable que haya retenido la información hasta que pudiera verme.

Conocía al inspector general, jugaba al golf y al *bridge* con él, y se sentaba a menudo a su lado en los almuerzos del Rotary.

—Hablaré con ellos. Por supuesto (ya que tiene que haber un interrogatorio judicial) tendrá que hacer una declaración completa.

—¿Un interrogatorio?

—Naturalmente Mrs. Tucker. No fue una muerte natural. El médico forense tiene que manejar esto. Pero no tiene que perturbarse por esto. Déjelo por mi cuenta —se

sonrió levemente—. Usted está muy bien, por supuesto, financieramente, por lo que sé. Podrá o no saber que el testamento de su marido está guardado aquí. La certificación, por supuesto, lleva algún tiempo, pero no es un testamento complicado y, lógicamente, todo va para usted.

—Sí, me lo dijo hace años.

—¿Y que era un hombre de considerable fortuna...? —era menos una pregunta que una burbuja flotando sobre la superficie de la conversación.

—Sí... siempre lo supuse.

—¿Tenía un departamento en Londres, creo, no?

—Sí, amueblado. Habrá algunas cosas allí.

—¿Quiere que nosotros nos ocupemos de eso? Con su autorización, podremos mandar alguien allí. Sin duda las llaves estarán... disponibles aquí entre los efectos personales de su marido.

Margaret dijo:

—Puede ser... no estoy segura. ¿Le puedo hacer saber eso más tarde?

—Por supuesto. ¿Conoce el nombre de la firma para la que trabajaba? Tienen que saberlo. Habrá distintos asuntos que aclarar con ellos y ellos con nosotros.

Bruscamente, con el recuerdo de la ofensa largamente mantenida, afirmando sus palabras, dijo:

—No tengo idea. Siempre fue evasivo, misterioso con respecto a ello. Nunca pude imaginarme por qué. Una vez me dijo que trabajaba en forma privada, algo así como independientemente, para varias firmas. Yo nunca lo presioné para que me lo dijera.

—Ya entiendo —se sintió sorprendido, pero daría una pobre imagen de su equilibrio profesional si lo demostraba. Con los años se había hecho casi incapaz de demostrarlo. Sus propias emociones estaban excluidas de los asuntos de sus clientes—. Bueno, no será un asunto difícil. Habrá algo en su departamento o en su casa entre sus papeles, que nos proporcione datos. Lo principal, por el momento, Mrs. Tucker, es que se cuide usted misma. Deje todo por cuenta nuestra. Si le preocupara algo o necesitara alguna ayuda llámeme por teléfono aquí o a mi casa.

Fue hasta la puerta con ella, pronunciando palabras suaves de despedida y se quedó por un momento observándola cruzar el *hall* de entrada. Era una mujer bien parecida, de buena figura y bien cuidada, con muchos años por delante para atraer a los hombres. Lástima que hubiera elegido un tipo como Dougall. No era que supiese nada malo de él, pero era suficiente que no fuera de su clase social. Pescado raro, su marido. Sólo lo había visto brevemente unas pocas veces. Había algo fuertemente contenido allí, las palabras bien escogidas, controlado. Misterioso, había dicho ella. Tal vez, pero era más que eso. Había una especie de alejamiento profesional... ¿banquero, especulador en propiedades, gestor, industrias petroleras o químicas? Marcadas todas en su persona. Bueno, tarde o temprano, cuando revisaran sus papeles lo sabrían. Nueve metros de pendiente (conocía el lugar... camino público) hacia las

únicas pocas rocas en toda la punta de la comba. Tenía la suerte en su contra. De diez veces, nueve hubiera significado un brazo o una pierna rota, o a lo sumo algunas costillas quebradas.

No tenía sentido simular que la casa estaba vacía sin él o que lo extrañaba. La casa estaba como siempre había estado. Fue al estudio donde él había trabajado todo el domingo. El escritorio estaba prolijo y ordenado, no había papeles sueltos por ahí. Los restos del fuego de carbón muertos en el hogar. Abrió los cajones. Estaban vacíos o tenían papeles o efectos impersonales... catálogos de jardines de infantes, una guía local, y un "Whitaker's Almanack", de dos años de antigüedad. Era notable cómo había podido vivir, aunque esporádicamente, durante tanto tiempo en una habitación, sin dejar nada de él; ninguna pipa, ningún libro favorito, ningún encendedor roto, ni la extraña pluma recogida en una caminata y puesta en un florero... nada de Bernard, ni de sus llegadas ni de sus partidas.

Subió al dormitorio de él. La caja fuerte estaba cerrada con llave, como lo estaba la del estudio. Los papeles sobre los que había trabajado durante el fin de semana estarían en una u otra. Tuvo una momentánea curiosidad por ellos, porque significaban muestras del hombre que nunca había conocido. Bueno, cuando la policía le entregara las llaves, los vería. La colcha de la cama estaba parcialmente doblada, esperándolo. Eso lo había hecho él mismo, porque no quería que ella fuera a su cuarto cuando él estaba en casa. Todo tenía la prolijidad de un ex marino, acostumbrado a pequeños espacios y a la sabiduría del orden; un lugar para cada cosa y cada cosa en su lugar, de modo que la mano en la oscuridad pudiera encontrar lo que quisiera sin demora. El *toilette* tenía sus artículos de arreglo personal, en el exacto lugar en que ella los había conocido siempre. Los cajones de la cómoda estaban llenos de camisas, calzoncillos, medias, pañuelos meticulosamente ordenados. Los trajes, chaquetas y corbatas, colgaban en su ropero, cada cual alineado con precisión, todo ordenado, ninguna señal de prisa, descuido o indiferencia en su ordenamiento.

Sobre la repisa de la chimenea estaban los únicos reales signos del hombre mismo y de su vida y sus afectos. Había una fotografía de ella en un marco de plata, tomada en la luna de miel. La tenía allí por ella, esto lo sabía. Al lado, en un gastado marco de cuero, una fotografía de él y otro oficial de marina sobre el puente de un destructor, de Montgomery, binoculares al cuello; la gorra con visera de su compañero colocada un poco descuidadamente, y Bernard con un gorro tejido, con la gorra naval metida encima, sonriendo por algún chiste que habrían hecho. Desaparecidos ya, muertos para siempre. Otras dos fotografías de grupos de distintas dotaciones de barcos, Bernard en algún lugar en todas. Y en el sitio de honor, ocupando el centro de la repisa, estaba el símbolo de un amor que había sido más fuerte y más durable en él que ningún otro, su primer comandancia, una fragata,

mucho antes de conocerlo ella, modelada en madera y metal, que descansaba en una base de madera. Esta reproducción de metal y madera, era el altar junto al cual había venerado el amor que había superado a todos los otros, que estaba más allá de todos los otros... Viendo entonces, no al hombre maduro que había subido a la playa del lago para encontrarla, sino al joven, al oficial joven que se había embarcado en su primera comandancia, el Bernard que nunca había visto en la vida, y ya comprometido con su primer y único amor, comenzó a llorar. Se sentó en el borde de su prolija cama de camarote y dejó que cayeran sus lágrimas por él.

El martes a las seis de la tarde, la chicharra del conmutador de Warboys sonó para Quint. Dejó el “Evening Standard” que había estado leyendo, el último, lo sabía, que probablemente vería por algún tiempo, ya que los gráficos iban a la huelga en las principales ciudades, obedeciendo las órdenes de su gremio. Un lindo bocado, presintió. Y de todos modos, ningún diario aliviaría la lectura de malas noticias, recesiones comerciales, balances de déficit comerciales y todo el resto. Aunque la televisión hará lo mejor de su parte, sin duda, para llenar el hueco.

Warboys estaba reclinado hacia adelante con los brazos apoyados sobre el escritorio, las manos apretadas como si guardaran alguna pequeña criatura en su hueco y observara, sin divertirse, sus intentos por escapar. Ante la indicación de Warboys, Quint se sentó.

Mirándolo brevemente, Warboys volvió a la contemplación del cautivo fantasma sobre su escritorio.

Preguntó:

—¿Le dio usted mi carta a Tucker antes de que partiera?

—Sí, señor.

—¿Fue a la estación con él?

—No, señor. Lo dejamos en su club en St. James. Iba a almorzar allí. Aunque pensaba seguir la combinación de trenes que yo le había preparado, decidió tomar un tren más tarde pero utilizar las mismas rutas.

Warboys levantó una mano hasta su mentón, rompiendo las barreras de su cautivo, y miró fijo el espacio por encima de la cabeza de Quint.

—¿Cómo estaba?

La pregunta le confirmó a Quint que algo andaba mal. Era una pregunta estrictamente profesional, llena de interés, pero sin preocupación humana por el simple estado de salud de un hombre.

—Como siempre, señor.

—¿Qué tamaño tenía la valija que llevaba?

—El de una valija de fin de semana. Una que le he visto usar a menudo.

Quint no tenía ningún interés en saber por qué se le hacían las preguntas. Haber formulado una pregunta, antes de que se le hubiera ofrecido la oportunidad, habría

sido una ruptura de todo su entrenamiento.

—¿No ha habido ninguna comunicación de él mientras estuve afuera?

—No, señor.

—¿Puede usted entrar en su departamento?

—Sí, señor.

—Vaya ahora y échele un vistazo —Warboys se reclinó lentamente en su sillón y se levantó el cuello de su chaqueta alrededor de la nuca—. Estaré aquí hasta tarde. Vuelva a informarme —se apretó la nariz con el pulgar y el índice como para contener un estornudo y agregó—. Tenía una cita hoy conmigo. Todavía no ha aparecido. Tiene que haber algo, aunque parezca insignificante, en su departamento. Eso es todo.

Quint tomó un taxi a unos cien metros del edificio, y lo despachó algunas cuadras antes del departamento donde vivía Tucker. Durante el viaje mantuvo sus especulaciones bien dentro de los límites. Lo hacía fríamente. Porque por lo que sabía (y ya le habían hecho antes algunas retorcidas trampas como ejercitación) todo podía ser parte del ahora sofisticado programa de entrenamiento que le tenían reservado. Podía ser que entrara y lo viera a Tucker allí, sonriéndole y no se le diera nunca ninguna explicación, y podía ser que él mismo fuera de vuelta, conteniendo su confusión personal, a informarle a Warboys y que lo despidieran sin darle ninguna satisfacción. Podía ser, pero ahora estaba mejor preparado para conocer las intenciones de ellos, y se imaginaba que podía olfatear, como un perro de caza adiestrado, la verdadera pista, de la falsa.

Subió las escaleras hasta el departamento de Tucker del primer piso, y abrió la puerta con el duplicado de la llave que todo miembro del personal tenía que entregar de su vivienda. Últimamente no había torres de marfil, ni vidas privadas en el servicio.

Recorrió el departamento, metódica y expertamente, y sin esperanzas. Si Tucker hubiera tenido algo que sólo pudiera ser escondido en el departamento, tenía sus dudas en encontrarlo sin tirar el departamento abajo. En el fondo de su mente, sin embargo, sabía a medias, intuía a medias, que Warboys no estaba detrás de algo, de algún indicio, deliberada y escrupulosamente escondido, sino detrás de alguna marca trivial u objeto, dejado a la vista, porque en el momento de salir, ni siquiera Tucker pudo haber sabido qué futuros acontecimientos podrían darle relevancia. Encontró sólo uno, y este único, de mínimo interés.

Estaba a punto de irse, cuando sonó el timbre de la puerta; tres cortos timbrazos, una pausa, y luego uno largo. Quint no hizo ningún movimiento hacia la puerta del *hall* de entrada. Bernard Tucker nunca hubiera tocado el timbre de su propia puerta. Quint no tenía ninguna intención de abrirla. Fue rápidamente al dormitorio y permaneció detrás de las cortinas corridas hasta la mitad, y observó el ancho trecho de escalones del frente del edificio, brillantemente iluminado por la luz de la puerta principal y por tres luces difusas más, del angosto jardín. Eran casi las siete de la

tarde. Después de uno o dos minutos, un hombre y una mujer, del brazo, entraron al edificio. Si hubieran salido, él habría retenido cada detalle de su ropa y apariencia y nunca lo habría olvidado. Hubiera calculado sus edades, tipos y clase social con una sutil pericia que le había costado años adquirir y que otros por encima de él podían todavía superar.

Quint esperó, un poco intrigado por la forma de llamar y de que el llamado no se repitiera. Luego, a través de las puertas del dormitorio y de la sala de estar, que no había cerrado, oyó el ruido de la puerta de entrada al abrirse. Fue rápidamente a la sala de estar y quedó allí protegido por la puerta entreabierta.

Una mujer entró al cuarto y cerró la puerta con un ligero empujón del hombro izquierdo que la hizo girar de un modo que quedó de frente a Quint.

Admiró su reacción: un leve levantar de cejas, la sombra de la separación de los labios en una expresión de sorpresa rápidamente reprimida. No llevaba sombrero, de brillante pelo negro, con un toque de la esporádica llovizna de la noche. Tenía un rostro bonito y pequeño en forma de corazón, un poco demasiado delgado, y la piel con un bronceado que iba desapareciendo. Un tapado de piel no dejaba ver la forma de su cuerpo, aunque sabía por las piernas, que seguramente estaría lo suficientemente bien formado, y sabía quién era ella; la mujer de Bernard, la de acento eslavo, el solaz del solterón. Un llamado especial del timbre, y luego la espera de dos o tres minutos antes de entrar con su llave... Warboys debía saber esto y lo debía tolerar como un privilegio de rango. Sus propios amores, los de Quint, estaban diseminados, breves, y sin dejar emoción alguna detrás.

Sabía que no tendría ningún problema con esa mujer. No estaría parada donde estaba con una bolsa roja de hilo de nylon llena de comestibles, a menos que Bernard la hubiera entrenado para situaciones semejantes. Su larga aceptación de esas condiciones formó las frías palabras (con un leve acento) que salieron de sus labios:

—Buenas noches. ¿Lo estaba esperando a Bernard?

—Sí. Dijo que estaría aquí a las seis y media pero que podía llegar un poco tarde. Por eso me dio esto —abrió la palma de su mano derecha y mostró la llave Yale de la puerta de entrada.

Ella sonrió:

—Bernard puede llegar a ser insólito a veces.

Se movió, dejó la bolsa en una silla y se quitó el tapado de piel. El simple vestido que tenía debajo, no era ninguna copia pirateada de alguna casa famosa. Le pertenecía y era casi tan de ella como el pelo oscuro y, al descubierto ahora, la gracia de los huesos chicos de su esbelta figura de caderas anchas. Fue hacia el armario y sin mirarlo dijo:

—¿Desearía tomar algo mientras espera?

—No, gracias, temo que tenga que irme. Otra cita. ¿Le dirá usted a Bernard?

Ella se dio vuelta, los ojos oscuros puestos en él y se sonrió, asintiendo con un cabeceo.

—Por supuesto.

Se movió hacia la puerta, diciendo:

—Disculpe si la sorprendí.

—No tiene por qué disculparse —hizo una pausa, la sonrisa más deliberadamente libre y agregó—: Estoy acostumbrada.

Por un momento pensó si no lo estaban poniendo a prueba, pues se suponía que él debía conocer la situación. Que había sido mandado para esto, otra posta de cien metros en la larga pista de entrenamiento. Una persona común le hubiera preguntado su nombre, hubiera dado un nombre, también. Podía ser otra de las personas del grupo de él, de Tucker y de Warboys. Sintió enojo, que se renovó al darse cuenta de que cuando le informara a Warboys el punto podría no estar aún aclarado. Luego desapareció el resentimiento. El entrenamiento había sido duro, y lo seguía siendo. Era demasiado tarde para pedir que lo suavizaran. Siempre ensartado en el punto de competencia, ni más abajo ni más arriba, siempre en el diapasón preciso.

Cuando partió, la mujer fue al dormitorio y lo observó bajar los escalones de la entrada y al llegar a la acera, darse vuelta y levantar la vista hacia la ventana. No la podía ver, ella lo sabía. Pero sabría que lo estaba observando. Ella y Bernard jugaban a juegos cuyos nombres y reglas, en su mayoría había adivinado hacía tiempo. Era ese esotérico, sombreado juego, que la había mantenido moderadamente fiel a Bernard durante tanto tiempo y le producía, no importaban los amplios tramos de ignorancia y misterio en los que se retraía a veces, una profunda y compasiva lástima por su modo de ser, que era una forma de amarlo. Todos los hombres eran niños y nunca se recuperaban de su juvenil lectura de sangre y trueno, que alimentaba algún primitivo apetito en ellos, y que aún en los años tardíos los obligaba a unirse a alguna sociedad, secreta o pública, donde pudieran seguir representando los abrasadores antiguos sueños de la humanidad.

Llevó su bolsa de compras a la cocina, se puso un delantal y comenzó a preparar una comida que Bernard había dicho que tenía todas las esperanzas de compartir con ella. La esperanza era una mercancía de valor espurio en él. Había cocinado muchas comidas para las que él nunca había aparecido. Fuera quien fuera el hombre, no le había gustado la mirada que tenía; joven, de veinte años bien cumplidos, más bien alto, con una larga cara de huesos prominentes, la piel como cuero bien curtido, firme, sin arrugas, y unos ojos castaños, que raramente pestañeaban y con poco humor dentro.

Warboys estaba sentado como cuando lo dejó, los brazos en media luna sobre el escritorio, la cabeza baja; sólo una mirada que subía de vez en cuando mientras hablaba. Hubiera sido fácil imaginarse que se había quedado en estado de trance, inmóvil, desde que lo había dejado, si no hubiera sido por la posición del teléfono

sobre su escritorio. Estaba ahora a cuatro centímetros más cerca de su mano. Pensó en qué conversación habría tenido mientras él había estado afuera.

Quint le dijo:

—Recorrí el departamento. Todo estaba en orden. Pero había dos cosas... bueno, que podrían tener alguna relevancia —lamentó la imperfecta frase apenas la hubo dicho.

Warboys dijo:

—No hay ningún asunto de relevancia en cuanto a usted se refiera —levantó los ojos lentamente, y luego, sorprendentemente, sonrió y agregó—: Ninguna relevancia, aún, tal vez. Continúe.

—En su dormitorio sobre la cómoda había dejado el reloj que lleva comúnmente —no tuvo que describirlo porque Warboys lo conocía tan bien como él, el superchato reloj de oro con una fina cadena de oro que usaba en el chaleco o en el bolsillo de los pantalones debajo de la cintura—. Debió haber usado otro reloj.

—Así que usó otro reloj. ¿Ha revisado el departamento de abastecimiento?

—Sí, señor. Sacó un grabador cuatro días atrás.

—¿Y la otra cosa?

—Mientras estaba allí, tocaron el timbre y cinco minutos después entró una chica. La forma de tocar el timbre fue específica, un simple código para identificarse. En el intervalo antes de que entrara...

—... usted observó desde la ventana del dormitorio.

—Sí, señor.

Warboys volvió a sonreír, pero aunque no mostraba ningún asentimiento de aprobación, Quint presintió que en algún lugar se le había aprobado, que había algo importante en todo esto, que lo obligaba a alguna decisión. Quizá habían mandado a otra persona en la misma misión una hora antes que él, y él y el desconocido eran puestos ahora en balanza, juzgados, por sus informes.

—¿Chica? ¿Es correcto eso?

—No, señor. Una mujer. De treinta años, pelo oscuro, atractiva, de cara en forma de corazón, acento eslavo, costosamente vestida, tapado de visón, se sentía muy en su casa, llevaba una bolsa de compras llena de comestibles. Sin cartera. Evidentemente esperaba que el comandante Tucker estuviera o llegara esta noche —se detuvo, y luego, sin ninguna transgresión a lealtades personales, porque no existían en su trabajo, continuó—: Yo diría que era su amante.

Warboys se recostó hacia atrás y lanzó un pequeño suspiro. Luego se levantó, se arregló la chaqueta y dijo:

—Quédese de guardia esta noche. Si hay algún llamado o mensaje del comandante Tucker, llámeme a casa. Si no pasa nada hasta medianoche, venga a mi departamento. Mientras esté de turno haga que le suban el XI351. Léalo. Está usted creciendo. Encontrará bastante en él sobre la dama que encontró, pero nada que lo ponga nervioso en cuanto a ella... sino mucho para respetar. Bien.

Con esta última palabra lo despidió.

Volvió a su oficina y llamó para que le llevaran la carpeta y mientras esperaba, sintió que sus músculos se relajaban y que algún tipo de triunfo se dirigía a su encuentro. Podría no ver nunca el legajo privado del comandante Tucker, pero que se le ordenara leer el de su amante, Tania Maslick, era suficiente para notar que había problemas, problemas que, con suerte, tendría que hacer suyos. Y no, Se dijo a sí mismo, antes de tiempo. El aprendizaje había sido largo... largo y justo y necesario.



## OCHO

LA AUDIENCIA tuvo lugar a las cuatro. Su abogado había utilizado su influencia con la policía y la gente del juzgado, para que todo se deslizara lo más suavemente posible para ella. Margaret había hecho su declaración y contestado las preguntas que se le hicieron sin ningún problema ni perturbación. Había descrito la discusión con Bernard, bastante francamente, diciendo que su casamiento había sido sólo una fachada durante muchos años y que ella le había pedido el divorcio, para tener la posibilidad de irse e iniciar una nueva vida. Cuando le habían preguntado si había algún hombre específicamente relacionado con su decisión, ella había dicho que sí, y se le había permitido escribir su nombre y pasárselo al oficial. El nombre de Maxie ya había sido dado a conocer a la policía en su segunda entrevista, el día anterior, martes. El médico de policía había hecho su declaración, describiendo la causa de la muerte. Varias de las costillas de Bernard se habían quebrado y una de ellas había lacerado su pulmón derecho y la parte inferior de la tráquea. La muerte había sido por asfixia, causada por la inhalación de sangre.

El juez había pronunciado un veredicto de muerte accidental. Browning, su abogado, que la había pasado a buscar por su casa, la llevó de regreso. En una pequeña caja estaban todos los efectos personales que tenía Bernard en el momento de su muerte. Margaret había pedido que sus ropas fueran limpiadas y regaladas.

Browning estaba de pie ahora, con un vaso de jerez en la mano. Los efectos personales de Bernard estaban en la mesa de la sala de estar. Eran pocos: un llavero, con un dado de marfil como dije en una cadena, una cigarrera de plata, un encendedor, un cortaplumas de ébano, una billetera de cuero con billetes de treinta libras dentro, un puñado de monedas y un delgado reloj pulsera con correa de cuero negro.

Browning dijo:

—¿Quiere que yo revise los papeles, Mrs. Tucker? Habrá cosas que tendré que tener yo... pólizas de seguros, boletas de impuestos y demás.

Margaret sacudió la cabeza.

—No por el momento, si no le importa. Se lo reuniré todo y se lo daré después — tomó un sorbo de su vaso y continuó—. Supongo que habrá un artículo en los diarios sobre la audiencia, ¿no?

Browning, sabiendo muy bien lo que ella estaba pensando, dijo:

—¿Está pensando en Mr. Dougall? No, no se lo mencionará. En realidad, dudo de que salga alguna noticia, porque no habrá diarios. Están hablando de una huelga en apoyo de los trabajadores gráficos de Londres.

Observó la cara de Margaret, pensando qué estaría pasando por su cabeza. Su experiencia le decía que era improbable que hubiera ocurrido algo fuera de lo común. Bernard había resbalado en un camino embarrado, sin duda preocupado por la reciente disputa, y había tenido una infortunada caída. La policía presentía esto, y estaban satisfechos. Con la gente como los Tucker, en ese pueblo no se iba más allá de los hechos obvios, con la esperanza de descubrir otros. Pues si se molestaba a gente importante y se terminaba con las manos vacías, se abría el camino hacia una promoción diferida o perdida para siempre. Cuánto más chico el pueblo, más tenaz la memoria de la gente. Aunque tenía la sospecha de que cuando le habían dado a la policía el nombre de Dougall, tuvo que haber habido un momento o dos de temeraria especulación profesional.

Terminó su jerez y dijo:

—Lo siento, pero debo irme ahora, Mrs. Tucker, Tengo un montón de cosas que me esperan en la oficina...

—Ha sido usted muy amable y servicial.

—Bueno, gracias. Y, un pequeño consejo, Mrs. Tucker. Trate de no quedarse sola demasiado tiempo. Creo que sería una buena idea que se ausentara durante unas semanas —sabía que si lo hacía, Dougall iría con ella, pero eso no era asunto suyo.

Cuando Browning se fue, Margaret tomó las llaves y las otras cosas, y subió al dormitorio de Bernard. Había una marcada falta de sentimientos en ella que le daban la sensación de ser meramente una espectadora, observándose a sí misma, ubicada fuera de los acontecimientos de los últimos días. Sólo una vez durante todo el tiempo, Bernard había sido real para ella, y entonces había Horado. Ahora, estaba detenida en algún limbo, esperando que la vida comenzara de nuevo.

Que esto sucedería estaba segura, pero por el momento podía dar escasa respuesta al proyecto que tenía por delante. Su cuerpo era más fuerte que su mente y en ese momento le estaba imponiendo sus imperativos. Tal vez, pensó, el abogado tenía razón. Se iría, se liberaría de esta atmósfera, y luego habría un fin para todo lo que había conocido con Bernard. Levantó el reloj, de la pila de los efectos personales, que había colocado sobre la cómoda. Nunca lo había visto antes. Parecía muy lindo y costoso. Sería un consuelo que Maxie viniera a charlar con ella. Pero no habría ningún Maxie. Este había decidido muy firmemente que no la vería hasta después del sepelio, que tendría lugar a la mañana siguiente, diciéndole:

—Hay un camino bueno y otro equivocado, y por estos lados, si se toma el camino correcto, entonces la gente se olvida pronto, pero haz lo que no debes hacer y lo recordarán para siempre. A lo que se aferran principalmente con respecto a la muerte, es al decoro. No hay hombre más fácilmente agraviado que el muerto.

Sintió orgullo por Maxie. Era bien educado, aunque, ahora lo sabía, prefería no demostrarlo. Pero había, también, una simple decencia, familiar, campesina, en él, que era tan fuerte como su fortaleza física. En esos días, aunque la necesidad se presentaba a veces, ella sabía que no podía esperar el consuelo de su presencia; el verdadero solaz estaba en saber que estaba en su cabaña del pantano, pensando continuamente en ella.

No había habido ningún llamado de Tucker hasta la medianoche. Una hora más tarde, en el departamento de Warboys, Quint había sido informado ampliamente sobre todo el asunto.

Warboys, con una vieja robe de chambre roja, pasándose los dedos por sus ralos pelos blancos, dijo:

—Eso es todo, Quint. Ya lo sabe. Se lo encomiendo, quiero a Tucker, y no quiero que descarte ninguna posibilidad, simplemente porque era lo que era en este departamento. El departamento se ha caído sobre su precioso culo. El Primer Ministro quiere esos papeles porque su futuro está ligado a ellos. No hay necesidad de hipérboles. Usted tiene su propia imaginación. Tucker y los papeles: tal es su misión. Usted tendrá acceso a cualquier cosa o a cualquier persona que quiera, excepto una: no se acerque a sir Harry Parks. ¿Correcto?

Quint asintió. Podía contener la satisfacción y el orgullo fácilmente. Pero era bueno sentirlos. Nada como eso se le había cruzado nunca por su camino. Lo colocaba ahora en otra clase. Si solucionaba esto estaría en su camino. Mientras Warboys hablaba, una lista de conjeturas se habían ordenado en su mente, posibles explicaciones, alternativas que ya eran pesadas en el fondo de su cerebro, juzgadas, descartadas, pero que se mantenían flotando. Tucker ya no era más su superior, semi-amigo, ligado a él por intereses profesionales en común, sino un Tucker a quien había que buscar o rastrear, que debía ser atrapado, rescatado... pero, fuera lo que fuese, todo eso era menos odioso que los papeles que había llevado con él.

Warboys, levantándose, preparándose para despedirlo, dijo:

—No hay nada seguro cuando se trata de un ser humano. Esto, tristemente, es la única certeza que me han traído los años. Siempre, en algún lugar, hay una falla en el más puro de los mármoles.

Un leve vuelco de lealtad lo conmovió a Quint y dijo:

—El comandante... puede haber sido secuestrado.

Warboys se sonrió levemente:

—Es leal de su parte decir eso.

—O pudo haber sido atropellado por un ómnibus.

—Simplemente tráigame la contestación correcta, y rápido.

Quint volvió a la oficina y pidió el legajo de Bernard Tucker.

Pasó la hora siguiente leyendo y releendo. Durmió tres horas en el catre de campaña que tenía en la oficina. A la mañana siguiente concertó tres citas para el día y partió para la primera a la diez.

Fue al departamento de Tucker, y se pasó media hora revisando nuevamente los diferentes cuartos. No había nada que le produjera algún destello de curiosidad o esperanza.

A las diez y media, sin ningún llamado del timbre, se abrió la puerta y entró Tania Maslick. Se quitó el blanco impermeable, lo saludó con un movimiento de cabeza y dijo:

—¿Quiere que le prepare un poco de café?

Quint cerró la puerta del cuarto detrás de ella.

—No, gracias, Miss Maslick.

Ella se sentó en un sillón, colocó la cartera a un lado sobre el piso y dijo:

—Todo lo que sé de usted es a través de un breve encuentro y un llamado telefónico. Creo que se requiere bastante más.

Él le entregó su tarjeta de identificación. Lo señalaba como agente de información de la rama de Consejeros Legales del Ministerio del Interior. No era estrictamente cierto, pero el Ministerio no lo negaría nunca si se hiciera alguna investigación sobre él.

Dijo:

—El comandante Tucker es mi superior jerárquico. Si lo quiere verificar le puedo dar un número telefónico para que llame.

Ella sacudió la cabeza, le devolvió la tarjeta y dijo:

—No. Lo acepto. Tengo buena imaginación. Mi madre vino aquí como refugiada polaca, mucho antes de que yo naciera y mi padre fue... —se interrumpió repentinamente y sonrió.

—Sé todo lo referente a usted, Miss Maslick. Pero no tenemos ningún interés oficial en su persona. Sólo quiero hablarle sobre el comandante Tucker, a menos que tenga algún inconveniente.

—Significaría poco si lo tuviera, me imagino. No, no tengo ningún inconveniente, Mr. Quint.

—¿Cuántos años hace que lo conoce?

—Hace poco más de cinco años.

—¿Cómo lo conoció?

—Soy propietaria de este edificio de departamentos. Los arrendamientos se hacen a través de mi agente, pero siempre he insistido en una entrevista personal en primer lugar, con los futuros inquilinos. Esa fue la forma en que lo conocí a Bernard. De allí evolucionó nuestra relación.

—¿Le dijo qué hacía para ganarse la vida?

—Dijo que era director de una compañía química con un importante comercio de exportación. Yo siempre pido dos referencias, la de un Banco y una personal. Me

mostró una nota del gerente de su Banco de West End, y una carta de un miembro muy conocido del Parlamento.

—¿Cuánto tiempo pasó hasta que usted se dio cuenta de que probablemente no fuera el director de una compañía química?

—Más o menos un año.

—¿Le preguntó alguna vez algo sobre ello?

—No. Bernard y yo teníamos una muy fina intuición de las preguntas que ninguno de los dos queríamos que el otro formulara. Yo estaba cómoda así —se sonrió—. Un poco de misterio mantiene más viva esta clase de relaciones.

Quint asintió, y dijo:

—Debe de saber que yo no estaría hablando con usted a menos que hubiera en este momento alguna preocupación por el comandante Tucker. Hubiera pensado que usted me preguntaría de entrada, tal vez, sobre esto. Pero no lo hizo.

—No. Estoy preocupada, por supuesto, por cualquier cosa que tenga que ver con Bernard. Pero el conocerlo desde hace años me ha enseñado a sentarme y esperar.

—¿Le dijo sobre cuáles serían sus movimientos en esta última semana... desde el viernes último?

—No. Lo vi el jueves, día en que tomamos una copa aquí a la noche. Luego se fue. Combinamos que yo vendría a prepararle la comida el martes a la noche. No me dijo nada del fin de semana —estiró la mano, levantó la cartera y buscó los cigarrillos—. Para evitarle un poco de desconcierto debería explicarle que yo no tenía noches fijas para dormir aquí. Si Bernard lo deseaba y yo estaba libre, me quedaba. Siempre podía predecir a los pocos minutos de entrar aquí, si iba a querer que me quedara. Entonces, si podía, lo hacía —encendió su cigarrillo.

Quint dijo:

—El comandante Tucker tenía una cita en su oficina ayer a las tres de la tarde. No apareció. Más que esto no le puedo decir, excepto, por supuesto, que queremos averiguar dónde está.

—Gracias por eso.

—¿Lo quería usted?

—No. Ni él a mí. Nuestras personas y nuestras circunstancias individuales resultaron mutuamente adecuadas. De modo que ya que no tengo ninguna razón para no querer ayudarlo, permítame que le diga todo lo que sé de él. No es mucho. Decía que era soltero...

—¿Decía?

—¿Por qué no? Unos cuantos hombres que han querido acostarse conmigo han empezado por decir que eran solteros y, después de haber conseguido lo que querían (aunque el hecho de la dádiva estaba siempre bajo mi control) han persistido en la ficción. Bernard decía que era soltero. Nunca tuve razón alguna para dudarle. Yo sabía que había estado en la Armada Real, naturalmente. Rara vez (como pareja) nos reuníamos con otra gente. No sé nada de sus amigos o familiares, excepto que

mantenía la transparente ficción de que tenía una madre anciana que vivía en Dorset o Wiltshire. Acostumbraba (deliberadamente) a mezclar a veces los distritos.

—Su madre vivía en Jersey y murió veinte años atrás.

—No me sorprende.

Quint presintió que ella no se iba a sorprender por nada. Estaba claro que había aceptado a Bernard exactamente en los términos que ella quería, y lo que fuera que hubiera sospechado se lo guardaba. Conociendo a Bernard, estaba seguro de que el hombre debía haber averiguado enseguida lo que se podía saber sobre ella, y lo había aprobado. De otra manera, no hubiera durado cinco días con él.

Dijo:

—Usted debe de haberse quedado sola muchas veces en este departamento. ¿Nunca tuvo curiosidad como para... bueno, mirar bien todo?

Ella rió.

—Por supuesto. Lo conozco todo, cada centímetro, cajones, roperos. Hasta su escritorio allí, que no siempre estaba cerrado con llave. ¿Y?

—¿A qué conclusión llegó?

—Que todo el departamento estaba en la forma que Bernard quería que estuviera. Impersonal. No había nada privado aquí. Ningún papel, ninguna carta... unas pocas cuentas a veces... nada. Podía haberse ido en cualquier momento de aquí sin equipaje, y haber dejado los más insignificantes indicios de su presencia o personalidad.

—¿Le encontró usted a esto alguna explicación?

—Por supuesto. Por su trabajo, Mr. Quint. Bernard no tenía atados de viejas cartas de amor, ni documentos personales... nada. Siempre llevaba encima aquello que pudiera dar alguna pista de su ubicación en la vida... como tal vez la pequeña tarjeta de identificación que tiene usted y demás. Le tenía lástima, aunque él no me lo hubiera agradecido porque tenía en mucho su propia dedicación. Sí, le tenía lástima, y le tengo lástima a usted. Mi padre acostumbraba a hablar de la gente como ustedes. Ya hace tiempo que ha muerto —lanzó un delgado hilo de humo de su cigarrillo, y agregó—. Pero, por supuesto, usted está enterado de todo sobre mí.

—Posiblemente.

Ella rió.

—¿Ve? Usted no se puede comprometer con un sí o un no —se levantó—. No lo puedo ayudar, Mr. Quint, no le puedo dar el tipo de ayuda que quiere. Le puedo decir lo que a Bernard le gustaba tomar y comer, qué vino, qué comida. Le puedo decir cómo era como amante, pero no realmente como hombre. Una cosa sé, con seguridad, y es que durante muchos, muchos años, no hubo ninguna auténtica felicidad en su vida. En algún lugar, le quitaron el honor y el verdadero orgullo que tenía, sin que lo supiera hasta que fue demasiado tarde. Ha desaparecido. No me sorprendería oír que se ha suicidado.

Quint tomó el impermeable y se lo puso. Ella era, se daba cuenta ahora, la persona más segura que podría haber elegido Bernard como amante, pero había sido de muy poca ayuda para él. Demasiada alta era la prima que se ponía a la “verdadera felicidad” en la vida. Era una luz fugaz que él no tenía ganas de perseguir.

Mientras iba con ella hasta la puerta dijo:

—Gracias por su ayuda, Miss Maslick. No debe decir nada a nadie de nuestra conversación. Me pondré en contacto con usted si se presenta la necesidad.

Ella comentó fríamente:

—El contrato de alquiler de Bernard vence dentro de dos meses. Está pago hasta entonces. Los muebles y enseres son míos. Vendré a ver ocasionalmente si las cosas están en orden.

Él volvió, se sentó y se encendió un cigarrillo. Las mujeres, pensó, siempre hacían una cuestión de cualquier cosa.

¿Qué diablos le había pasado a Bernard? Hubiera jurado que el hombre, profesionalmente, era tan sólido como una roca. Y Warboys, a pesar de su calma exterior, tenía que estar interiormente bullendo de ansiedad. Una tarea especial asignada por Downing Street y Bernard había caído de bruces...

La segunda entrevista que tuvo fue con el duque de Woodford en su casa de Londres, en Kensington. La entrevista se la había concertado Warboys. Tuvo conciencia enseguida por su forma de actuar, que el duque pensaba que Warboys tenía que haber ido a verlo personalmente. Para borrar esto, dijo, apenas tuvo la oportunidad:

—Mr. Warboys tiene instrucciones de la superioridad en el sentido de que para empezar, las averiguaciones tenían que mantenerse en un tono menor, Vuestra Gracia. De otra manera él hubiera venido en persona a verlo.

—Sí, sí, ya me doy cuenta.

—Después de todo es bien concebible que el comandante Tucker haya tenido algún accidente. Podría estar inconsciente en algún hospital sin que lo hayan identificado.

—Habría tenido alguna tarjeta de identificación encima, ¿no?

—Me temo que no. Es una regla del departamento no llevar nada que revele la identidad (a menos que sea falsificada) en ciertas tareas. Estamos revisando, hasta donde podemos, todos los accidentes, pero es una larga tarea, cuando hay que hacerla con discreción. Lo más importante que le quería preguntar es qué impresión tuvo del comandante Tucker cuando estuvo con usted.

—No lo entiendo.

—Sé que usted no lo conocía, pero a veces se intuye, bueno, una inquietud en un hombre. Algo en la mente. O tal vez sólo una intuición difícil de basar sobre algo que no sea el instinto. Eso o algo que lo haya impresionado como extraño o inusual puede ayudar. Por el momento, estamos en la oscuridad y no podemos descartar ninguna posibilidad.

—Ya veo. Bueno, francamente, pensé que era un excelente muchacho. Sabía algo de él por mi hijo, por supuesto. Estuvieron juntos en la marina. No, dadas las circunstancias de su visita y su importancia, se comportó exactamente como yo hubiera esperado que cualquier persona de su responsabilidad lo hubiera hecho.

—Su hija lo llevó a la estación el sábado a la mañana. ¿Lo esperó hasta la salida del tren?

—No. Eso se lo pregunté. Simplemente lo dejó en la estación, esperando el tren para Londres. El que por supuesto pudo no haber tomado.

—Es posible. Tenía que preparar un informe importante. Pudo haber dispuesto trabajar en un lugar tranquilo. También tenía instrucciones especiales de no volver a Londres hasta el martes a la mañana. Él le aclaró a usted sobre el material que había traído sir Harry Parks y también sobre sir Harry. Usted aceptó eso, y así lo hizo Mr. Felixson. Me gustaría saber, señor, si había surgido en usted, en el más leve sentido, alguna duda en su mente con respecto al comandante Tucker, no importa lo pequeña o pasajera que haya sido.

—Ninguna, para nada. Pensé que el comandante Tucker era un hombre de primera línea, que estaba ubicado muy alto en su trabajo. Esas cosas se pueden saber de inmediato. Lo mismo se puede decir de sir Harry Parks. No apruebo ciertas cosas del hombre, pero sus móviles, estoy seguro parecían auténticos. Si quiere tener mi opinión en el caso de que Warboys no se la hubiera dado, no creo que haya ninguna cuestión de deslealtad por parte de sir Harry o de traición por parte del comandante Tucker. Creo que la razón de que no haya aparecido es algo tan natural como la muerte o algún accidente que le hayan impedido hacerlo. Si me equivoco, entonces habrá muchos problemas para algunas personas. No le puedo decir nada más.

Quint recibió más o menos la misma respuesta de Felixson, cuando fue a verlo a su departamento de Londres. Al final de la entrevista dijo:

—Bueno, espero que lo encuentre pronto, y que encuentre el material junto con él. El Primer Ministro dijo que tenemos que respetar nuestro contrato con sir Harry. Será una nueva experiencia para mí pagar por algo que no voy a conseguir. De modo que esfuércese y trate de contentarme, ¿quiere?

—Haré todo lo que pueda.

Eso, pensó él, mientras volvía esa tarde a la oficina, era decir poco. Todo lo que pudiera y mucho más que eso se necesitaba. Tenía que encontrar a Bernard. Warboys había dejado caer eso en sus manos como un don de los dioses. Había una docena de otras personas a las que les podía haber asignado esa tarea, pero Warboys lo había elegido a él. Esa elección llevaba consigo una promesa que sólo el fracaso podía matar. Se había decretado una prohibición a cualquier acercamiento a sir Harry Parks. El hombre no sabía nada de que Bernard hubiera desaparecido. Nunca sabría nada, excepto que se le había pagado. Si los documentos y el informe no se encontraran

nunca, podría preguntarse por qué no habían sido utilizados como él lo había proyectado. Podría preguntarlo, pero nunca se le daría una respuesta satisfactoria. Nunca se le había hecho ninguna promesa específica de que el material sería utilizado alguna vez. Nadie del mundo político o de su mundo, del de Quint, se comprometería tan temerariamente.

De vuelta en su oficina, Quint encontró un memorándum sellado, de Warboys para él. Decía:

*“Necesitará un ayudante que esté informado parcialmente de todo esto para el trabajo más pesado. Lo he designado a Lassiter. Sabe que Tucker falta, que estaba en una importante misión en Vigo Hall, y que tenía con él documentos, etc., de gran importancia. Según su propia discreción, usted podrá, si las circunstancias lo exigieran, esclarecerle un poco más las cosas. Pero de ningún modo debe ser informado de las últimas implicaciones políticas”.*

Media hora más tarde Lassiter se presentó a Quint. Se conocían, pero no demasiado, y nunca habían trabajado juntos. Quint sabía que Lassiter, veinte años mayor que él, era la delgada corporización del epítome del fracaso. Sus capacidades eran incuestionables, pero siempre se habían detenido justo antes del punto en que lo podían haber convertido en un Warboys o un Tucker. Se le había dado a Lassiter su oportunidad una vez y había fracasado (ese mandato una vez expedido nunca era revocado) y ahora subsistía, cómodo, competente, pero confinado para el resto de su vida de trabajo, a un grado fijo. Él lo aceptó con una alegría que podía ser a veces irritante para Quint, porque pensaba si, en el caso de que él llegara al mismo punto muerto, podría igualar la cómoda ecuanimidad del hombre... la ambición largamente despedida, y la aceptación de esto, cubierta por una irreverencia de buen fondo. Lassiter, pensó Quint, un espectro para espantar a los jóvenes y a los ambiciosos.

Era un hombre pequeño, de cara muy llena de venas, lo que provenía de la mucha bebida en su casa. Del tamaño de un *jockey*, de largos brazos, impecablemente prolijo en el vestir, lo que en la oficina consistía en un traje azul marino, corbata oscura y zapatos marrones muy lustrados, sus primeras palabras fueron:

—Así que el comandante o ha desertado en favor del otro lado, se ha llevado el dinero y se ha ido con alguna pebeta, o ha sido atropellado por un ómnibus de la Green Line, y está tirado en este momento en el campo...

—Cállese —dijo Quint tranquilo y sin malicia.

—Disculpe. Pero es el tipo de cosa que el mismo querido viejo Bernard hubiera dicho. Gran sentido del humor, con las personas que correspondía.

—¿Cuándo lo vio a Warboys?

—Antes del almuerzo. ¿Y qué he hecho desde entonces, aparte de tomar una cerveza y comer un sándwich? Nada de verificaciones policiales, personas que faltan.

De eso se ocupa la superioridad. Pero he dado las señas a los controles de pasaportes, aeropuertos, puertos y demás, discretamente. Tengo una chica que está llamando a una lista de hospitales, por ingreso de accidentados. Eso llevará días —dejó caer una hoja de papel sobre el escritorio de Quint—. Es una lista de todas las conexiones, locales y de la línea principal, desde la estación de Salisbury, alrededor de la hora en que dejaron a Tucker allí, hasta las cuatro de la tarde. Pudo haber ido a cualquier parte, pero no pudo haber seguido viajando en el tren del domingo, porque ese día no corren los trenes de esa línea. No he verificado todavía las muertes en Somerset House, pero lo haré dentro de unos días. Las notificaciones regionales tardan un tiempo en salir. He estado pensando también en él. Se le había dicho que no volviera hasta el martes. Pudo haber llevado simplemente el material a su casa para seguir trabajando.

—¿A su casa? Pero si vive en Londres.

Lassiter se sonrió.

—Tiene una mujer en Londres. Podría tener otra en el campo. Y no es “nuestro” comandante Tucker ahora. Es “nuestro” problema y de ese modo no recibe concesiones especiales. Tania Maslick no es la primera amante que ha tenido. Le gustan las mujeres. A lo mejor tiene una esposa en algún lugar.

Quint se sonrió a despecho de sí mismo, pero por debajo estaba molesto con su persona. Lassiter le había dado una buena lección de los poderes de la imaginación. Tania Maslick había dicho que Bernard había creado una transparente ficción. Decía tener una anciana madre que todavía vivía y a la que visitaba algunos fines de semana. No había ninguna razón entonces para que no tuviera alguna esposa en algún lugar.

Dijo:

—Usted lo conoce a Bernard de mucho más tiempo que yo. ¿Cree que eso sea posible?

—No, no lo creo. Pero no lo podemos ignorar. Sin embargo, lo verificaré —Lassiter encendió un cigarrillo y metió el encendedor nuevamente en su pequeña funda de gamuza—. Conseguiré algún funcionario de los registros de casamientos, aquí y en Escocia. Arreglaré el resto de las cosas de rutina, también. Trataré de rastrear sus movimientos desde la estación. Algunos changadores tienen buena memoria y los pasajeros son lo único que tienen que vigilar. ¿Y qué hay de la oposición? Colijo que hay una.

—Dudo que se hayan desorientado tan rápidamente. Estudiaré esto. Hay algo más, también. Quiero ver a cada uno de nuestros choferes regulares, con sus horarios de servicio del último mes. Pero sólo los que transportaron al comandante.

—Bien. Así que aquí tenemos... un buen puñado de probabilidades. Ha hecho un arreglo con la otra parte o lo atraparon contra su voluntad. O está muerto, o inconsciente, y sin identificar en algún hospital. O ha llevado una vida secreta durante

todo el tiempo en algún lugar, con una esposa o una amante y volvió a ella para hacer su informe, y allí le ha pasado algo.

—¿Pérdida de memoria?

—¿Por qué no? Hay suficientes cosas en su mente y en la nuestra que querríamos olvidar.

El sepelio fue el jueves a las cuatro de la tarde. Billy Ankers estacionó el auto a alguna distancia de la entrada del crematorio y observó. En algún lugar en todo este asunto habría dinero para ganar. En algún lugar, si jugaba bien sus cartas justo aquí, tenía que haber buenas ganancias, y ningún problema para él. Su instinto de urraca estaba alerta, como así también su propio sentido de auto conservación. Hasta que hubiera planeado una segura línea de acercamiento, estaba contento de quedarse como observador. Aunque el diario local no había aparecido, el veredicto había sido conocido en el pueblo. Muerte accidental... bueno, bueno.

La vio a Margaret entrar al crematorio en su propio auto, llevando un abrigo y sombrero negros. Un poco más tarde llegó su abogado, y luego otro auto con el secretario del club local de golf y otros dos hombres. Al final de todos llegó el coche fúnebre.

Billy Ankers se quedó sentado fumando su pipa uno o dos minutos más, y luego se fue. Aunque por el momento no podía ver claro, tenía que haber algo para él en todo esto. Mr. Tucker le debía dinero, pero eso era poca cosa y podía esperar. Podría sacar eso a luz después de un decente intervalo de tiempo, y en privado con el abogado. No había ningún Maxie Dougall en el sepelio. Eso podría haber hecho mover demasiadas lenguas.

Impelido por la curiosidad y el propio interés, se encontró dirigiéndose hacia la casa de Lopcommon. Margaret Tucker no estaría de vuelta por un tiempo. ¿Cómo se sentiría ahora? Contenta de que el marido se hubiera ido, el campo bien despejado para ella y Maxie. Había sostenido una conversación en la cantina la noche de la audiencia, con el reportero local (un ocasional contacto que tenía), quien le había hecho un ajustado resumen del procedimiento. No había ninguna mención del hecho de que Margaret Tucker hubiera abandonado la casa después de que su marido se hubo ido. En cuanto a lo que se refería a ella, se había quedado en la casa, lo había esperado, y se había ido eventualmente a la cama. Una discusión doméstica sobre problemas matrimoniales. El reportero estaba un poco en guardia con respecto a esto. Pero él, Billy Ankers, estaba a millas de distancia de ese juego. ¿Había dicho que se había ido a la cama? Cansada de esperar. Bueno, él sabía más que eso. Tendría que manejarlo adecuadamente. No tenía que apresurarse. Y no era cuestión de tratar de llegar a ella a través de Maxie. No, tendría que ir a ella cuando fuera el momento oportuno. Entretanto, ya que una casa vacía era una casa vacía, no habría nada de

malo en echar un rápido vistazo por allí. Con la confusión se podrían hacer algunos hurtos que no serían notados.

Estacionó el auto en el atajo en lo alto de la colina y bajó hasta la casa, acercándose por el sendero junto a la punta de la comba. Mientras pasaba por delante del lugar donde Tucker había caído a la muerte, se dijo a sí mismo, sin ninguna emoción, que si ella lo había empujado, había elegido el mejor lugar. Esperar de pie en los arbustos a un lado del sendero y, ya estaba uno por encima de la comba antes de saber qué lo había tocado. No era una gran caída. Pero ahí lo tiene. La vida siempre revela lo inesperado.

Se detuvo repentinamente. Tal vez fuera ésa la forma en que lo había hecho. Podía ver la mirada de la mujer, mientras se desplazaba en algún negocio lleno de gente, una mirada a millas de distancia, y robando mercadería, fría como un témpano. Eso es lo que pudo haber ocurrido allí. La discusión sobre Maxie pudo haberla desequilibrado. Y entonces (sin darse cuenta siquiera) lo había seguido... Bueno, esto era algo que había que pensar.

Se puso la pipa en el bolsillo y siguió hacia la casa. Entró haciendo deslizar con su cortaplumas la traba de una ventana de atrás. Pasó diez minutos en la casa, retenido allí mayormente por su creciente curiosidad. Podía haberse cargado con algunas cosas, pero no había necesidad ahora de llevar más que una muestra, para satisfacer su complejo de urraca y aliviar la comezón de sus dedos. Lo esperaban mayores, más fáciles y más seguras ganancias... Oh, sí, grandes ganancias. De todos modos, aun con esto por delante, un hombre no debía dejar un trabajo con las manos vacías. Diez a uno que ella nunca lo notaría. Perturbada por la muerte y el sepelio y el pensamiento de brillantes días por delante, con ese Maxie Dougall... Era un lindo reloj. Obviamente del viejo, tirado con las otras cosas, llaves y billetera. Buena idea la de dejar la billetera allí con el dinero... Sí, diez a uno que ella nunca se daría cuenta de que había desaparecido. Su mente no estaría en las cosas de su marido. No tendría otra cosa que el querido Maxie en sus pensamientos...



## NUEVE

ESE JUEVES había ayudado a cargar un lanchón en la punta occidental de las dunas, donde se encontraban los dos ríos. La embarcación había sido llevada a la playa con la correntada alta y al bajar ésta, había quedado en la cresta de un largo, inclinado banco de arena. No había querido el dinero y sólo había estado interesado marginalmente en hacerle un favor al dueño del lanchón, un amigo suyo. Como se presentaba el día, sentía la necesidad de desnudarse y cansar su cuerpo con el pesado trabajo de palear cascajos y arena a bordo. Más que ningún otro día, más que el día en que había hablado sus primeras palabras con Margaret, y el día en que finalmente había llegado hasta él, éste era el momento en que el esquema de su vida comenzaba seguramente a colocarse en su lugar, pieza con pieza, color con color, como un rompecabezas que se entregara dócilmente. Había estado en el crematorio una vez para el sepelio de un chico (hombre grande ya, muerto en un accidente) que había estado en el orfanato con él. La ceremonia no había tenido ningún significado para él. No era más que una deslucida puesta en orden de la vida. Era mejor, pensó, quemar a un hombre en una pira en la playa, ver las llamas llevadas por el viento, los copos de madera chamuscada que se elevaban al cielo, coreados por los chillones pájaros marinos, girando alrededor. Uno debería irse con color y cantos, la pena cubierta por el orgullo de un primitivo retorno al antiguo polvo. Ningún hombre podía eludir su deshonrosa entrada a la vida. Pero su partida, por lo menos, debía ser una adecuada celebración que quedaría grabada en la memoria de la gente que lo quería. Alguien, incluso Margaret durante un tiempo, había querido a Bernard Tucker. No él. Pero no podía evitar sentir pena por la forma en que se había ido, cayendo como basura, en un lugar de deshechos.

Trabajando, transpirando, sintiendo los granos de arena entre los dedos y el peso de la pala, pensaba por qué tenía tiempo para pensar en Tucker. Tucker se había ido. El camino estaba abierto para él. Nunca lo había visto en esa forma, nunca había soñado que fuera así. Sus lucubraciones habían sido más oscuras, él mismo forzado a la acción y a las estrategias que se habían enroscado y movido en forma amorfa en su mente, faltas de forma positiva, descansando y esperando el momento para ayudarlo. Tenía esa ayuda ahora. Era todo demasiado fácil, como si alguna deidad, desconfiando de su capacidad, hubiera tomado el asunto en sus manos. Eso le molestaba.

Cuando se puso el sol, la corriente de nuevo echó a los pájaros de la playa, de sus lugares de alimento, mientras él volvía, a través del crepúsculo en aumento, hacia su cabaña. Por encima de él, sin verlos, oyó el silbido de alas de una bandada de patos que pasaba, y a la distancia el grito de los chorlitos. Se veía una luz a través de la ventana de la cabaña. El oscuro bulto del pequeño auto de Margaret se fundía con la sombra de la pared del jardín.

Entró, colgó la gorra de la puerta y se quitó el piloto, dejándolo caer sobre una silla, mientras se volvía hacia ella. Por uno o dos minutos se miraron sin hablar. Era, repentinamente, una extraña para él, y tuvo la sensación de que estaba atrapado en algún drama armado para su propósito, pero ya no más controlado por él... su creación original apartada de él y reconstruida para su mejor beneficio.

Ella se había quitado el tapado, que descansaba sobre el extremo de la mesa, con un pequeño sombrero negro prolijamente colocado encima. Estaba sentada junto a la mesa con un simple vestido negro, las manos delante de ella, apenas tocando los guantes negros que también se había quitado. El pelo rubio peinado en la peluquería, la cara que se movía lentamente hacia una sonrisa que no lograba desterrar la persistente solemnidad de los rituales del día; su cuerpo tenía la rigidez de la persona que todavía está desempeñando un papel que se le ha asignado. La perturbación del artificio que sentía en ella, le pasó a él. Entonces supo, nuevamente, que ésta no era la forma en que había visto o querido que sucedieran las cosas. Se sentía disminuido porque sentía que ya no comandaba más, completamente, el destino que se había trazado.

Margaret se levantó rápidamente y con un pequeño grito fue hacia él. La rodeó con los brazos y abrigó su cuerpo contra el de él, los vínculos que se había imaginado lo sostuvieron y le devolvieron la ilusión de la dirección que codiciaba. La besó, y luego le pasó las manos por el pelo, estropeando su impuesta forma. Luego, volviéndola a tomar, sintió la necesidad de su cuerpo en ella, y, porque sería nuevamente el amo en su propio tiempo y estilo, refrenó su instinto de levantarla y llevarla a través de las cortinas corridas, a su cama.

La soltó y dijo:

—Niña, estoy todo sucio por el trabajo. Prepárate una bebida mientras me lavo.

Fue hacia la chimenea y echó astillas sobre la blanca ceniza, se arrodilló y sopló con un suave sibilante soplado hasta que el rescoldo se avivó y las astillas prendieron, y luego apiló leños cortados, sobre las llamas.

Detrás de él, ella dijo:

—¿Quieres que hable de lo que pasó?

—No. Está hecho y no tiene que ver con ninguna de nuestras acciones. Pero nos libera para ser nosotros mismos. Eso es suficiente.

Se levantó y viendo que ella no se había movido de la silla, buscó una botella y un vaso y le sirvió un jerez. Lo probó primero él y luego se lo pasó, y repentinamente

se sintió feliz y reintegrado a sí mismo porque estaba en su control, encantado con el artificio de su respuesta.

Fue a la cocina, se quitó la camisa y se lavó en la pileta, hablándole mientras se secaba.

—Desde el mediodía he estado en la playa, paleando arena. Se la podía cortar como una torta y luego se la veía deshacerse lentamente cuando se la arrojaba a bordo. Hay algo en la arena o en la tierra que funciona así.

Volvió al extremo del cuarto-dormitorio, se puso una camisa limpia y pantalones y volvió a ella. Se sentó a la mesa, se colocó de costado para recibir el calor del creciente fuego y se sirvió una cerveza.

Ella dijo:

—Maxie... ¿quieres, hacer algo por mí?

—¿Qué?

—Simplemente algo —la insinuación de una sonrisa que él había aprendido a conocer, marcó sus labios—. Hay algo que quiero hacer para nosotros. Algo en lo que he estado pensando en estos últimos días. Pero no quiero que digas que no. Me has dado tanto, quiero darte algo. ¿Lo harás y no harás preguntas... no ahora, de todos modos?

Él asintió.

—Si es algo que quieres... algo que quieres especialmente.

—Es para el sábado. Quiero que estés listo para la tarde. Sólo tienes que empacar algunas cosas y estar preparado para venir conmigo. No preguntes adónde ni por cuánto tiempo. Sólo está listo.

—¿Por qué no? Me gustan las sorpresas como a cualquiera.

—Oh, gracias, Maxie.

Se le acercó, se sentó en sus rodillas y le echó los brazos al cuello, los labios tocándole la frente. Él la retuvo y se sintió feliz porque las cosas volvían a su propio orden nuevamente. Podía leer los pensamientos de la mujer y consentir. Conocía la tensión en que había estado, sabía que buscaba algún alivio, el que sólo él le podía dar por la promesa que le había hecho. Lo que tuviera en la mente no sería ninguna sorpresa para él. Sabía que por un tiempo no había nada para ellos, ya fuera en la cabaña o en la casa de Lopcommon.

Se quedaron sentados un rato conversando, y los dos supieron que no necesitaban nada más que eso, el uno del otro por el momento... supieron que el futuro empezaría para ellos el sábado. Los dos podían esperar porque no había nada ahora que los separara.

Mientras observaba salir el auto, presintió que el aferrarse el uno al otro era un pobre rito para marcar el pasaje de su marido, pero era conveniente. La muerte no era ninguna expiación. Era sólo un irse, que limpiaba la pizarra y colocaba todas las deudas del vivir en el limbo.

Todo llegó a su punto crítico el sábado. A la mañana Quint entrevistó al último de los choferes de la empresa, que acababa de volver de servicio, del norte de Inglaterra. El hombre había estado con ellos durante muchos años.

Quint le hizo recordar los viajes que había tenido con Bernard durante el último mes y el chofer (un hombre mayor, de cara pesada llamado Harry) contestó las preguntas de Quint, breve y precisamente, recordando las fechas, los lugares en que lo había dejado y los lugares en que lo había recogido y sin mostrar que estaba bien al tanto de que había algo en el aire con respecto al comandante Tucker (aunque había vuelto sólo hacía unas horas). Aun cuando tenía un rango bajo en el orden del personal del Departamento, compartía la ley común a todos, de contestar las preguntas y no hacer ninguna hasta que no se lo invitara a hacerla... y esa invitación a veces señalada, mediante el menor temblor de una ceja, una pausa en la que uno sólo debía estar a medias, o una inmovilidad que esperaba ser perturbada.

Terminado el recorrido, Quint dijo:

—Eso es todo entonces, Harris. ¿Todo asunto de rutina?

—Sí, señor. Eso es todo lo del último mes.

—¿Le hablaba mucho el comandante Tucker cuando lo llevaba en auto?

—A veces, sí. Se sentaba adelante y charlaba. Sólo de cosas generales. Nada... bueno, personal o relacionado con el trabajo. Era siempre muy correcto.

Quint pesó algo en el tono de voz del hombre al pronunciar la última frase, o pudo haberlo imaginado. De todos modos, retuvo el marco de algunas palabras de despedida y sostuvo la mirada de Harris, observando el leve movimiento nervioso de los gruesos labios que se superponían, la punta de la lengua apenas apareciendo entre ellos. Podía ser que Harris quisiera decir más cosas, pero él sabía que no llegarían sin que se le invitara a decir las. Harry era un viejo marino. Sentía lealtad hacia Tucker y lealtad hacia el Departamento. Pudo adivinar lo finamente equilibradas que estaban. Dejando de lado cualquier pensamiento de fineza, dijo bruscamente:

—Muy bien Haréis puede irse —esperó hasta que el hombre se moviera para darse vuelta y luego agregó—: A menos que tenga que decirme algo que pueda ayudarnos.

El cuerpo de Harris se equilibró, se relajó. Se frotó el mentón con su gran mano y luego dijo:

—Sí lo hay, señor.

—Escuchémoslo entonces.

—Me puedo meter en problemas por esto. No es que realmente yo haya hecho nada malo. Le tengo mucha simpatía al comandante Tucker. Es un hombre fino. Supongo que se podría decir... Bueno, tal vez provenga de trabajar en un lugar como éste, se ven las cosas de distinta manera, se empieza a pensar en la forma en que

usted, señor, y el comandante Tucker tienen que pensar. Después de todo, se nos ejercita para que tengamos los ojos y oídos bien abiertos.

Quint, tras dejarlo seguir el tiempo suficiente como para aclarar su turbación, y afirmarse para lo que tuviera que decir, lo interrumpió:

—Muy bien, Harris. Dígame simplemente de qué se trata.

Entonces habló, breve y llanamente. Harris lo había llevado frecuentemente a su casa, hasta la esquina de la calle donde tenía su departamento. Pero una o dos veces Tucker le había pedido que lo dejara en Euston Road. En una de esas ocasiones Harris había sido retenido por las luces del semáforo y había visto al comandante Tucker entrar a una tabaquería un poco más allá de las luces. En otra ocasión lo había dejado y había avanzado por la calle. Luego de encontrar un lugar para girar y volver, había visto al comandante entrar a un taxi. No había pensado mucho en esto hasta la tercera vez que lo dejó al comandante y fue retenido por las luces nuevamente. Había habido una larga demora porque la policía estaba controlando a mano las luces, para regular el tránsito pesado de la tarde. Harris había visto salir al comandante del negocio y entrar a un taxi del otro lado de las luces, justo cuando éstas cambiaban. Él había seguido andando, a una distancia prudencial, detrás del taxi.

—No sé por qué lo hice, señor. Excepto, bueno... que yo estaba atascado de todos modos en la corriente de tránsito y entonces... Bueno, trabajando aquí, hay veces que uno se pone un poco imaginativo en su forma de pensar. De todos modos, seguí al taxi, que dejó al comandante al final de la calle. Sucedió una vez más, una semana después, sólo que esa vez no hubo detención por las luces. Simplemente seguí adelante y estacioné del otro extremo de la calle del comandante y lo vi venir en un taxi como antes. Supongo que yo nunca le hubiera dado demasiada importancia al hecho de que hubiera saltado del coche a comprar cigarrillos, tal vez, y me hubiera despachado porque no había lugar para estacionar. Pero los hay. El negocio está en una esquina de la calle. Yo podía haber arrimado y haber esperado y luego haber ido por las calles de atrás. Sé que no es gran cosa, señor. Pero me impresionó como un poco curioso. ¿Por qué gastar plata en un taxi, cuando yo podía haber estacionado y esperado para llevarlo a su casa? Si él se hubiera bajado en cualquier otro lugar, señor, podría haberlo entendido porque tal vez no habría querido que yo me enterara.

—Bueno, dejaremos eso, Harris —una vez que habían conseguido sacar algo del pecho, les gustaba adornar las cosas. Quint no tenía tiempo para eso. Preguntó:

—¿Cuál era el nombre del negocio?

—Graingers, señor. A mano izquierda, justo al lado de la estación de subterráneo.

Lo hubiera podido mandar a Lassiter, pero éste estaba afuera. De modo que fue él mismo. Bernard fumaba su propia marca especial de cigarrillos y el tabaco de pipa preparado por Dunhill. En el departamento, cuando lo había registrado, había un armario provisto con un buen *stock* para un mes, Bernard no era hombre que dejara que se le terminaran las provisiones. Es improbable que necesitara comprar cigarrillos en el camino de vuelta a su casa. Pero los cigarreros tenían otros usos.

Era un pequeño negocio al que se bajaba, un poco más grande que un kiosco. El hombre que estaba detrás del mostrador podía alcanzar prácticamente toda la mercadería sin moverse.

Quint dijo:

—¿Tiene alguna carta para Tucker? ¿Mr. B. Tucker?

El hombre dijo:

—¿Quién es usted?

—Me ha mandado él para que se la recoja.

—Oh, sí, Bueno, lo conozco a Mr. Tucker. Nunca me olvido de una cara. Y sus instrucciones son: la recolección de las cartas será solamente personal. De modo que váyase.

Quint colocó su tarjeta de identificación sobre el mostrador, y dijo fríamente:

—No juegue conmigo —le dió un golpecito a la tarjeta—. Usted sabe leer, ¿no? Entrégume las cartas y le daré un recibo oficial. Dificulte las cosas y hago venir un auto de la policía en dos minutos —colocó la mano en el polvoriento teléfono marcado de dedos, a un costado del mostrador.

Durante uno o dos minutos el hombre lo miró, y luego con un suspiro metió la mano debajo del mostrador y sacó una larga caja de cartón, dividida en secciones por rótulos alfabéticos. Estaba llena de cartas hasta la mitad, algunas demasiado largas para el ancho de la misma. Quint le arrancó la caja contra una media protesta del hombre y comenzó a revisar la letra T. Había una carta para Tucker. La tomó y empujó la caja nuevamente hacia el hombre.

—¿Y el recibo?

—Se le mandará oficialmente.

Volvió a la oficina. Se sentía satisfecho, pero no alborozado. Sabía bien que no era como para alegrarse con eso. La experiencia le había enseñado que una brecha fácil era a menudo el comienzo de los problemas verdaderos. Pero aun con su limitado conocimiento, no pudo reprimir su asombro de que un hombre como Bernard pudiera haber tolerado en su vida privada una debilidad que no hubiera podido pensarse profesionalmente. Tenía que saber que todos los choferes y empleados de bajo nivel, se veían a sí mismos como extensiones de aquéllos para los que trabajaban. No se los podía ejercitar para mantener los ojos y oídos abiertos para lo inusual, ejercitarles, aun limitadamente, sus sentidos para reconocer las pequeñas fallas en esquemas establecidos, sin crear en ellos algún ambicioso sueño de su utilidad, únicamente manipulado por ellos, y que terminara en un triunfo que los marcara, los colocara más alto. El lugar estaba atestado de tipos de poco valor que sentían que merecían hacer algo más importante. Harris conseguiría su crédito eventualmente y probablemente lo arruinaría como chofer para siempre.

Abrió el sobre y leyó la carta de William Ankers.

Una hora más tarde volvió Lassiter. Colgó su sombrero y abrigo y luego se sentó al escritorio de Tucker y dijo:

—Qué curioso, ¿no?, cuando un hombre quiere que uno encuentre algo, lo pone justo debajo de las narices y uno pasa de largo ciegame. Se había casado y no había dicho nada, en una época en que había una estricta reglamentación en contra de ello. Siga soltero o váyase, era la orden. Cristo, debe haber querido realmente irse en ese momento y nadie lo complació. En una u otra forma, supongo que es una fase por la que todos pasamos. Bueno, tal vez no todos —sacó una hoja de papel del bolsillo.

Quint sabía lo que venía, sabía que ésa no sería nunca una fase por la que pasaría él, y sabía también que nunca admitiría ninguna sombra de su propia satisfacción en haber vencido a Lassiter en algo. Ese era un placer que aumentaba al no ser revelado.

Lassiter se acercó y dejó caer el papel, delante de Quint.

—Ahí está. Una copia del certificado enviada por avión desde Edimburgo. Se casó en Escocia cuando estaba en un curso especial hace muchos años. Todavía estaba en la marina entonces, pero oficialmente ligado a nosotros, y lo había estado durante un tiempo largo, por servicios especiales. Margaret Fiona Donaldson. Una bonita doncella escocesa, sin duda. Y apostarí a que todavía está viva.

Quint tocó el papel, abarcando con los ojos la información escrita en lápiz y dijo:

—Ha hecho usted un buen trabajo. Ella vive en North Devon. Mrs. Margaret Tucker, Lopcommon Barton, cerca de Braunton. Señaló con la cabeza la pila de guías Kelly que estaban sobre el escritorio. Para aliviar el desconcierto que Lassiter debía sentir, pero que nunca mostraría, agregó:

—Todo vino por un dato que recogí por medio de uno de los choferes. Le contaré más tarde.

Los ojos de Lassiter se agrandaron un poco e infló levemente las mejillas, reteniendo la respiración, una cara deliberadamente cómica.

—Entonces —dijo— ¿qué hacemos? ¿Buscar el número de teléfono, llamar y preguntar si el comandante se encuentra allí?

Quint sonrió. Lassiter lo había tomado bien. Dijo:

—Ya tengo el número de teléfono pero no será utilizado hasta que Warboys lo disponga.

—Lo que no hará. Yo estaba bromeando.

—Ya lo sé —luego, como un regalo para el hombre, caridad que podía repartir fácilmente ahora, Quint le pasó la carta—. Puede leer esto.

Lassiter la tomó y se sentó al otro escritorio. El papel estaba encabezado con el nombre de William Ankers, su ocupación profesional y su dirección. Decía:

*Estimado Mr. Tucker:*

*Después de mi última carta y a la espera de recibir alguna comunicación suya o el placer de una visita, cuando esté cerca de aquí, para impartir nuevas instrucciones en consecuencia de los hechos que se detallan más abajo.*

*Desde el último informe he tenido a la persona en cuestión bajo observación más rigurosa, debido a su cambio de hábitos, principalmente concernientes a las visitas a las rocas de Lobb y las dunas. Últimamente la persona ha tomado la costumbre de alargar sus paseos. Un día en particular (el 20) habiendo partido a las cuatro y no volvió hasta después de oscurecer (7.30 p. m.). Lo mismo ocurrió dos días después. En cada oportunidad, salí después de un intervalo apropiado y traté de localizar a la persona en cuestión, sin resultado.*

*El 27 la seguí hasta el estacionamiento para autos a las 16 hs. pero no estacionó el auto y tomó el viejo camino militar entre las dunas y la cancha de golf y los pantanos de Lobb. La seguí a pie y desde lo alto de la duna observé su marcha. La persona estacionó el auto fuera de la cabaña, sobre la propiedad ocupada por un tal Maxie Dougall. Estuvo dentro durante una media hora y luego se fue. Se dice que Dougall es un hombre de unos treinta años. Se gana la vida con trabajos ocasionales, pero no a menudo; vende cosas, regalos y objetos para los veraneantes. No sé nada en contra de él personalmente, pero se lo conoce por distintas cosas. Se dice bastante, pero si quiere saber más le presentaré con placer un informe por separado.*

*Dos días después seguí a la persona N.º 1 a Lobb Burrows donde repitió la visita a la cabaña, pero no apareció mientras estuve observando. Cuando oscureció, esto en la tarde del 27, a las siete, me acerqué a la cabaña y a través de un resquicio de la cortina de una ventana iluminada, me las arreglé para observar el dormitorio de la planta baja. Los dos sujetos estaban en la cama. Ambos estaban desnudos y realizando el acto. Más que esto no necesito decir. Me retiré en seguida pero me sentí con el deber hacia usted, de confirmar los mismos hechos en otras ocasiones y lo puedo jurar con horas y días. Ahora espero más instrucciones o el favor de una visita personal de parte de usted.*

*Como agregado tengo que informar que durante todo este tiempo desde el último informe no he visto señales de los hurtos en los negocios, de parte de la persona N.º 1. También creo que estará de acuerdo en que los honorarios acordados por los resultados, están bien ganados.*

*Su servidor*

*William Ankers*

Lassiter dejó caer la carta sobre el escritorio y se pasó el dorso de la mano por los labios. Por Quint no sentía nada. Nadie necesitaba hacerlo. Él sabía adónde iba, y llegaría. Pero Tucker... un matrimonio prematuro en Escocia, el único movimiento que pudo pensar hacer, probablemente hecho por impulso, para que lo echaran, mucha gente de allí había conocido ese deseo. No el maldito Quint. Estaba forjado a mano, batido a yunque y templado para su trabajo. Desde ese momento del matrimonio en Escocia, sabía, tan ciertamente como si Tucker se lo estuviera diciendo, que algo se había ablandado en él, algo que quería que se descubriera. Y nadie lo haría porque nadie podía imaginar su existencia. Era difícil, también imaginar al Tucker de los últimos años, como un joven sin el coraje para dar simplemente notificación de esto en forma abierta. Tal vez lo hubiera estado por hacer y entonces, repentinamente, había cambiado de idea, y la suerte lo había acompañado. Era curioso, que una persona que siempre uno hubiera pensado que era tan sólida, tuviera que haberse pasado todo el tiempo tan perturbada interiormente. Era triste, también. Pero había bastante tristeza por todas partes, bien oculta. Pero por Dios, ¿qué tipo de contenida desesperación tendría dentro que lo haya impulsado a buscar a un William Ankers, aunque, Dios lo sabe, el hombre había hecho su trabajo? ¿Y Margaret Fiona Donaldson con su Maxie Dougall? Cualquier caridad para Tucker, muy probablemente tendría que ser compartida con ella. La voz de Quint lo sobresaltó.

Dijo:

—¿Le pregunté qué pensaba de eso?

Lassiter sabía, aunque dudaba que Quint lo supiera, que Tucker había sido creación de Warboys, sospechando hacía tiempo del afecto que había detrás de ese acto de creación. Contestó:

—Me alegro que tenga que ser usted el que tiene que dejar caer esto frente a Warboys y no yo.

—Lo voy a ver a las cuatro de la tarde. Estará encantado de que yo lo haya descubierto tan pronto.

Lassiter asintió, cerrando a medias los ojos. El “yo lo haya” no significaba nada para él porque ya hacía tiempo que había dejado de buscar, o querer, ninguna porción de mérito. Estaba pensando en Warboys. Lo recibiría, por supuesto, sin ninguna señal, pero la cicatriz llegaría y, aunque oculta, quedaría siempre allí.

Había estado ocupada todo el viernes. Los arreglos que tenía que hacer, le cubrían la jornada y, de una curiosamente sedante manera, hacían lejanos los últimos días. Bernard se había ido, pero la finalidad de ese conocimiento ahora perdía todo rastro de real significado, porque ella no había perdido nada. Al principio ese pensamiento la había hecho sentir culpable, pero no era una culpa, lo sabía ahora, que pudiera aceptar honestamente. La muerte de él, la partida de un hombre que una vez había

significado algo en su vida, había estado acompañada por todo el respeto requerido y ella había tenido un momento de verdadero pesar. Más allá de esto, no podía haber nada, ningún reclamo proveniente de su vida juntos que pudiera imponérsele.

Había abierto las dos cajas de seguridad, había juntado todos los papeles y documentos que pudo encontrar y se los había llevado al abogado para que él los manejara. Había dejado en la casa todos sus efectos personales. Podría reunirlos más adelante para disponer de ellos. Había separado sólo las cosas que quería de sus propias pertenencias y ropas. Se iba para no volver nunca más a vivir en Lopcommon. Los arreglos para desprenderse del lugar podrían hacerse más adelante. Se le había dado un nuevo comienzo y dirección a su vida. Eran pocas las cosas del pasado que quería llevar consigo.

En las primeras horas del sábado fue en auto a la cabaña de Maxie. Cuando llegó, él estaba junto al estanque, a un costado de la casa, un pan debajo de un brazo, otro en la mano, que estaba trozando y arrojándoselo a los patos y gansos. Llevaba un *sweater* negro de cuello alto, limpios pantalones de corderoy verde. Había una chaqueta de gamuza colgada sobre la pared detrás de él. Se sonrió para sí misma, amándolo, saboreando ese momento de la llegada.

El viento era del sur y venía del estuario, acariciándole la cara, al bajar del auto. Él levantó una mano en su dirección y siguió alimentando los patos y gansos; terminó sus panes, y luego se le acercó. Le colocó las manos sobre los hombros y la besó. No había ahora nada que esconder. Lo que el mundo pudo haber sospechado, lo podía saber ahora. Ese beso, ese saludo, pertenecía tanto al mundo como a ellos.

Dijo:

—No tiene sentido dejar que el pan se ponga viejo mientras no estemos aquí. Espera. Buscaré mi valija.

Ella dijo:

—Lo he arreglado todo. No te molesta eso, querido, ¿verdad? ¿Por esta vez?

Le frotó suavemente la punta de la nariz con el dorso de la mano derecha.

—Si quieres ser la que manda, me viene bien. Sólo por esta vez —y yendo a la casa a buscar la maleta, pensó sin preocupación que era fácil dar a fin de recibir, más fácil obedecer que dar órdenes, si las circunstancias eran adecuadas. Y ésas lo eran. La mujer había pasado por mucho más de lo que él se podría haber imaginado que le sucediera nunca. Tenía que encontrar algo ahora que marcara el fin de un cautiverio y el comienzo de la libertad. No tenía sentido no darle el gusto. Había sido un pájaro en una jaula, ahora inesperadamente libre, las alas fuertes, toda ella ansiosa por volar. Vamos lejos, niña. Vuela alto, y yo estaré contigo. La vaciedad y artificio de su presunción lo hizo sonreír y la sonrisa estaba todavía allí cuando volvió, la chaqueta de gamuza sobre un hombro, su vieja valija en la mano.

Cuando ella hizo un movimiento para ponerse al volante, dijo:

—No, manejaré yo. Tú sabrás adónde vamos. Me puedes indicar el camino. Tienes un hombre ahora para que te haga el trabajo pesado y sucio.

Ella se sentó a su lado mientras andaban a los saltos por el viejo camino militar y mantuvo la cabeza baja por un rato, para que él no viera los ojos húmedos por un llanto que estaba segura no podría contener. Y luego, porque él ya lo sabría, se dio vuelta un poco y se sonrió, mientras una lágrima le caía por un costado de la cara.

La visión de sus lágrimas lo conmovió de manera extraña. Dijo:

—El tiempo está demasiado benigno este año. Hay huevos de ranas en las zanjas, dos meses antes de época. Y he recogido tres huevos de estorninos en el campo, en el lugar donde vienen a alimentarse. Nunca he hecho esto antes de principios de febrero. ¿Quieres que doble a la izquierda o a la derecha del camino principal?

—A la izquierda.

Mientras cruzaban el estacionamiento para autos para tomar el camino principal, la fila de chicos del orfelinato venía por la playa, las alas de los gorros de las monjas aleteando al viento. El borde de sus hábitos levantando el polvo. Al ver los chicos, ella pensó en él, años atrás, en una fila semejante. Dijo:

—¿Cómo era la monja irlandesa que te puso el nombre?

—Tenía un carácter terrible si se la contrariaba. Venía de una familia pobre de Country Clare, y era la séptima hija de una séptima hija, lo que significaba que estaba llena de magia. Era blanca y todo alrededor de ella era blanco, no negro. ¿Sabes, lo que dicen por aquí sobre el pescador que es así? Séptimo de un séptimo. Todo lo que tiene que hacer es quedarse sentado en el barco allí afuera cuando hay pesca y silbar. El salmón se alinea para saltar a bordo. Tenía manos muy trabajadas. Pero nunca me lo parecieron. Y tenía una forma de arroparlo a uno a la noche de modo que las frazadas quedaran en su lugar contra cualquier sueño o pesadilla. Y yo la quería casi tanto como te quiero a ti...

—Oh, Maxie, eso es hermoso.

Y él supo que lo fue porque él quiso que fuera así. Cuando el momento estaba maduro, las palabras eran lazos más fuertes que cadenas de hierro. Pero por un momento pensó si a veces no había magia en las palabras, también. Se las liberaba desde la mente para servirle a uno, pero cuando estaban fuera, como pichones que salen del nido, se iban a una libertad propia, que nunca se podía controlar.

Durmieron esa noche en un pequeño hotel en el valle de Welsh, con el sonido de la caída de un río junto a la ventana. El registro del hotel los inscribió como marido y mujer, bajo un nombre que habían elegido mientras viajaban. Ella durmió en los brazos de él, su lenta respiración tocándole la cara, y él se quedó tendido escuchando el llamado de una pareja de lechuzas en los bosques más allá del río, liberado ahora del pensamiento de que el destino había obrado demasiado fácilmente por él.

Quint observaba mientras Warboys leía primero el breve sumario de sus investigaciones y luego la carta de Ankers. El dedo medio de la mano derecha de Warboys dada a intervalos golpecitos contra la tapa de cuero del escritorio. Una flor marchita del florero de blancos ciclámenes que estaba sobre aquél, cayó.

Distraídamente Warboys la tomó, la convirtió en una desprolija pelotita con los dedos, y luego la dejó caer sobre el escritorio. Su dedo volvió a dar golpecitos. Finalmente Warboys apartó los papeles y miró a Quint.

Dijo tranquilamente:

—Lo ha hecho bien, Quint. Y lo ha hecho rápidamente.

—Gracias, señor.

—¿Ha emprendido alguna acción al respecto?

Warboys se oyó a si mismo hablar, el Warboys que estaba autorizado a sentarse en ese sillón, el Warboys que ni por un momento iba a compartir la agonía de ese otro Warboys que había tomado la camaradería, la amistad y admiración de otro y las había corrompido. Ese Warboys tendría que ser atendido después.

—No, señor. Usted dijo que le diera a esto carácter reservado. Podría haber llamado a Lopcommon Barton... el comandante Tucker o su mujer podrían haber contestado.

—Correcto.

Warboys estaba seguro de que no habría habido respuesta por parte de Bernard. Si hubiera estado enfermo en su casa habría llamado hacía rato. Tenía que estar muerto, o inconsciente, o prófugo, haberse marchado sintiéndose culpable. No hizo ninguna elección mental sobre estas posibilidades.

—Si me permite, señor, yo sugeriría que el camino puede ser, un llamado confidencial al jefe de policía de Devon, en Exeter.

Observó a Warboys pasarse los dedos por el ralo pelo blanco. Lo estaba tomando bien. Pero por el momento Quint estaba mucho menos interesado en la forma en que Warboys estaba tomando el asunto, que ver su reacción a su sugerencia, porque era la primera vez que había ido más allá de los límites de sus instrucciones. Ninguna sugerencia, ninguna pregunta, hasta que no se las pidieran claramente. Esperó que Warboys dijera: “Deje las sugerencias a cargo mío”.

Warboys dijo:

—Me parece bien. ¿Quién es el jefe de policía de De von?

La contestación liberó a Quint de un nivel en el escalafón largamente soportado. Esta libertad permitía otras. Dijo:

—Es un viejo amigo suyo —colocó un trozo de papel sobre el escritorio, delante de Warboys.

Warboys le echó una mirada, asintió y dijo:

—Muy bien, hablaré unas palabras con él. Lo tendré al tanto. ¿Está Lassiter?

—Sí, señor.

—Dígale que se quede por aquí. Usted tendrá que ir allá. Mañana es domingo, no hay trenes. Él podrá llevar lo en auto.

Cuando Quint se hubo retirado, Warboys pidió hablar personalmente con el jefe de policía de Devon.

—Donde sea que esté. Si tiene algún problema vuelva a llamarme —se levantó, cruzó el cuarto hacia un armario y se sirvió un *whisky*.

Se sentó con él a su escritorio, esperando que le dieran la comunicación. Por el momento podía dejar de lado toda preocupación por el actual destino de Bernard. Eso se sabría pronto y se procedería en consecuencia. En su fuero íntimo sólo pensaba en el hombre de todos esos años atrás, que había roto una severa reglamentación, cuya violación aún ahora lo hubiera marcado lo suficiente como para negarle las futuras recompensas y posiciones que había llegado a codiciar. Un acto de rebelión, largamente muerto, pero que colgaba de su cuello para siempre como... ese maldito albatros. La palabra le retrotrajo una multitud de imágenes de mar: el pájaro mismo, suspendido a babor sobre las aguas, en los mares del sur. Lo había amado a Bernard, y lo había deseado. Y Bernard lo había sabido, había sabido la respuesta en su interior, la había amaestrado bien, y no le había dado su consentimiento. Carente de esto, pero no de esperanza, lo había llevado con él... lo había obligado, sutil pero inexorablemente. Y durante todo el tiempo Bernard había querido escapar, pero no tenía poder para hacer frente a las persuasiones que él podía desplegar. No podía hacer nada, sino ese gesto estúpido, inmaduro, medio quijotesco. Rezando para que se dieran cuenta; rezando para que el descubrimiento le diera la libertad. Y el destino había arrojado polvo en los ojos de todos los de alrededor. La posibilidad de uno contra cien había triunfado.

Sonó el teléfono y habló con el jefe de policía. Terminada la conversación, se sentó y esperó. Su memoria respondió bien. Él había hecho dos visitas al centro de entrenamiento escocés. La noche antes de partir, después de su segunda visita, había habido una comida para alguna gente del lugar, en parte social, en parte política, porque había existido algún sentimiento en contra de sus presencias. Una mujer joven llamada Margaret se había sentado a la derecha de Bernard. A través de los años, pudo recrearla, evocándola desde los bordes del limbo: una mujer joven, alta, de pelo rubio, una sostenida, torpe gracia en su cuerpo, cercana al nerviosismo o la timidez, que la mantuvo mayormente en silencio, forzando una mecánica premeditación en sus actos mientras comía y bebía, y principalmente escuchaba. Tenía que haber habido algún signo que él pudiera haber pescado, pero no había detectado ninguno, lo lamentaba ahora, pero ya estaba demasiado avanzado en edad, para culparse o descubrir enojo de Bernard.

Una hora después sonó el teléfono nuevamente. La conversación fue breve. Cuando terminó, colocó su vaso vacío otra vez en el armario y luego llamó a Quint; Quint, que nunca sería otro Bernard Tucker, ya fuera en el fracaso o en el triunfo, pero que había nacido predestinado a encontrar alguna fría diosa para servir y que había sido recompensado con una temprana revelación, ante la cual había hecho sus votos fervientemente.

Warboys le dijo a Quint cuando estuvo sentado frente a él:

—He hablado con el jefe de policía. Lo esperan a usted. Reservarán dos habitaciones en el Empress Hotel. No tienen ningunas instrucciones, excepto las que les dé usted. Saben, naturalmente, que todo esto se refiere al comandante Tucker, pero no saben cuál era su *status* ni tienen que saberlo. Le asignarán un hombre y le darán toda la ayuda que necesite. Quiero los papeles de sir Harry Parks y, si existe, el informe del comandante Tucker. Nadie de por allí sabe de qué naturaleza es el informe. Nadie debe saberlo. ¿Correcto?

—Sí, señor.

Quint se quedó sentado, inmóvil. La pregunta tenía que partir de él, pero sabía que no podía existir una forma más segura de marcarse, que haciéndola. Sabía, también, que la pausa, mientras se quedaba sentado observando la cara de Warboys, estaba limitada por precisas fracciones profesionales de tiempo. No se podía tomar ni unos segundos de gracia, sin permiso, antes de moverse, y sabía, también, que Warboys lo estaba llevando deliberadamente hasta el límite. Al diablo con él. Puso las manos en el borde del escritorio, empezando a levantarse del sillón.

Warboys dijo:

—El comandante Tucker ha muerto. Accidentalmente. Ya recibirá los detalles. La audiencia fue el miércoles, y el entierro (cremación) el jueves. Eso es todo.

—Sí, señor.

Quint abandonó el cuarto. Un hombre menos importante, pensó, hubiera empezado por algunas palabras convencionales de pesar, de sorpresa, o de condolencias. Un hombre menos importante hubiera cometido un gran error. El rostro de Warboys, inmóvil por un rápido congelamiento interior del espíritu, no había pedido nada. Quint atribuyó su frialdad a una formal preocupación por una misión altamente importante y tan inesperadamente desbaratada, sin saber que el hombre estaba preso en un glaciar de dolor.

Abandonaron el hotel a la mañana siguiente, y anduvieron por la serenidad del domingo, entre montañas y por caminos de campo, llegando al mismo corazón de Wales. Almorzaron en una pequeña taberna y luego dejaron el auto y subieron, bien arropados contra el tiempo borrascoso, siguiendo el curso de un arroyo de montaña, hasta que llegaron a un lago de colina, encerrado entre dos picos. El viento inclinaba las cañas del lago y producía en su superficie pequeños surcos de olas de borde espumoso. Como si algún sentimiento de la naturaleza, convencional y romántico, los gratificara, una salvaje racha de lluvia barriendo las aguas les cayó encima brevemente, y luego brilló el sol con todas sus fuerzas desde una grieta de nubes a sus espaldas y creó en el distante extremo del lago un perfecto arco iris.

Para Margaret, de pie al borde del agua, rodeada por el brazo de Maxie, que la sostenía contra el viento que hacía revolotear por el aire corrientes de espuma, era un momento que sabía que recordaría siempre. Ser sostenida y estar unida a un hombre

por la fuerza de su brazo, estar con un hombre a quien amaba y que no le pedía nada, sino su amor en retribución, era una alegría no rara, pero única, la que sólo el perfecto esplendor del arco iris podía conmemorar. Era suyo por el resto de su vida, para hacerse inmortal en su memoria.

Al desaparecer el arco iris, como un fantasma contra los lejanos picos, Maxie dijo:

—Mira hacia allá. Esta es la primera vez que veo uno en mi vida. Por un momento pensé que era un viejo buitre. Pero mira la cola.

Lejos hacia la izquierda, girando lentamente, bien bajo, sobre la playa había un azor, la cabeza baja mientras escudriñaba el suelo, las largas, finas alas inmóviles, excepto algún ocasional movimiento de las angulares puntas.

Maxie sacó los anteojos largavistas de su bolsillo, observó el ave durante un rato y luego se los pasó a Margaret. Ella los puso en foco y el pájaro apareció claramente en las lentes. Pudo ver los ojos bordeados de amarillo y el amarillo haciendo juego de su pico, la cabeza tenuemente rayada en blanco grisáceo, y el rico plumaje de sus alas y cuerpo.

Junto a ella Maxie dijo:

—Había cientos de ellos por todo el país. Son de la familia de los halcones. Barrenderos de las sucias canaletas de las ciudades de otros tiempos. Ahora, están sólo aquí en Wales. Un puñado. Pero están volviendo. Cuando lo hagan, la gente tendrá que vigilar la ropa colgada en sus cuerdas.

Margaret le entregó los anteojos y dijo:

—¿Qué quieres decir?

Maxie sonrió:

—Construyen un gran nido viejo y desprolijo y lo arreglan con barro y papel y trapos, niña. Si fueras el tipo de persona educada como yo, lo sabrías por tu Shakespeare. En algún lugar de una de sus piezas teatrales que tuve que hacer en el colegio, dice: “Cuando el azor construye, busca la ropa blanca más pequeña” —miró hacia el pájaro que daba vueltas y continuó, con un acento más fuerte en su voz—: sí, niña, hay algo que marca para siempre los días buenos en la vida de un cuerpo con un signo especial. Es una lástima que la mayoría de la gente no use los ojos para descubrirlo.

—¿Y ése es nuestro signo, hoy?

—Sí, es ése.

Ella sonrió, queriéndolo más cuando su voz incorporó el acento, sabiendo ahora que lo hacía deliberadamente a veces, para placer de ella y sabiendo, también, que el azor era su signo para ese día, pero no el de ella. Ese día, para ella, ya había sido marcado por el arco iris.

Se dio vuelta poniéndose de frente, colocando los labios mojados por la lluvia contra los de él. A través del lago, sin ser visto por ellos mientras se abrazaban, el

azor se lanzó en picada y sobre el borde del lago apresó una rata de agua de entre los juncos, matándola instantáneamente con sus garras de puntas como guadañas.



## DIEZ

EL JOVEN detective era el que había entrevistado originariamente a Margaret. Su nombre era Kerslake y los estaba esperando cuando llegaron al Empress Hotel. En ese momento estaba sentado junto a la amplia ventana que daba a una ancha y torrentosa extensión de río, por encima del viejo puente de piedra de la ciudad. Las instrucciones oficiales que tenía eran limitadas. A menos que estos dos hombres decidieran lo contrario, querían evitar todo contacto con el departamento de policía. No sabía nada de ellos, excepto las tarjetas de identificación que habían sacado después de haber visto la de él. No estaba allí para hacerles preguntas, sino para contestar las de ellos y prestarles toda la colaboración que pudiera. Tenía curiosidad pero se la guardaba. Sabía que en alguna forma su presencia tenía que ver con Mr. Bernard Tucker, comandante, según parecía. Aparte de esto, interiormente daba rienda suelta a su imaginación y especulaciones, pero estaba decidido a no permitir que interfirieran con su misión. Podían haber asignado esta tarea a otros, pero se la habían dado a él. Los ascensos dependían de esas pequeñas preferencias.

Quint, el hombre alto, de pelo oscuro, el más joven de los dos, estaba leyendo los informes del médico y de las dos entrevistas policiales con Margaret Tucker. Tenía un rostro enjuto, de tranquilos ojos oscuros, un rostro cortado en planos chatos y definidos como si algún escultor lo hubiera trabajado hasta casi acercarlo a la caricatura. Curioso pensamiento, pensó para sí mismo Kerslake; pero la presencia de estos dos hombres, de un mundo tan distante del suyo, estimulaba su imaginación. El otro, Lassiter, sentado al borde de la cama era mayor, los toques rojos en su cara se hablaban instantáneamente, y tal vez daban la clave, de su posición de subordinado. Un hombre mono de largos brazos y piernas cortas, prolijo al extremo, que leía los informes que le entregaba Quint, mucho más ligero de lo que lo había hecho éste. Sospechaba Kerslake que se llevaría bien con Lassiter fácilmente. También se llevaría bien con Quint, pero sería un trabajo deliberado, perfectamente calculado.

Quint terminó de leer y, mientras Lassiter terminaba con lo suyo, encendió un cigarrillo, ofreciéndole uno a Kerslake, quien meneó la cabeza suavemente. Finalmente Lassiter entregó el delgado paquete de informes a Quint quien los deslizó dentro de su portafolio.

Quint dijo:

—¿Cuánto hace que vive en esta ciudad, Kerslake?

—Toda mi vida, señor. Pero trabajé dieciocho meses en Exeter, cuando empecé en la repartición.

—¿Qué se ha hecho hasta ahora?

—Nada, señor. Esas eran las instrucciones.

Quint dijo:

—En privado puede suprimir el “señor”.

—Gracias.

Era una fría concesión pero Kerslake la apreciaba. Lo colocaba del lado de ellos. De las pequeñas bellotas crecen los grandes robles... tal vez.

—¿Era de conocimiento general que Mr. Tucker fuera marino retirado?

—No, no lo era.

—Dígame lo que sepa del comandante Tucker y de su mujer, otras cosas que las que se dicen en el informe.

—Son muy pocas. Nunca tuvo ningún problema con nosotros. De buena posición. Gran casa en Lopcommon. No tenían hijos. Venía a su casa poco. Trabajaba en Londres. Director de alguna compañía o algo de ese nivel. Nada específico. Fue socio del club de golf durante un tiempo. Tenía pocos contactos sociales. En general, lo mismo sucedía con su mujer. Poca vida social. Tiene que haber docenas de personas como ellos por aquí. La mayoría gente retirada o semi-retirada que han venido aquí en los últimos diez años más o menos.

Quint dirigió una rápida mirada en dirección a Lassiter. El hombre, que estaba sobre la cama, balanceó sus cortas piernas y mantuvo los ojos sobre sus prolijos, finamente lustrados zapatos, mientras decía:

—¿Se le ha ocurrido pensar algo con respecto a las conclusiones del médico forense?

Kerslake supo en seguida lo que perseguían. Esta no era una entrevista oficial, dominada por el protocolo. A ninguno de esos dos hombres, en última instancia, les importaría un bledo cómo o dónde conseguirían lo que fuera que buscaran. Pero una vez que se fueran, él tendría que vivir en la ciudad. Su trabajo y sus perspectivas tenían que ser protegidas. Dijo:

—Sólo lo que figura en las conclusiones oficiales.

Lassiter levantó la vista y sonrió:

—Una respuesta muy apropiada.

Quint sonrió fríamente y dijo:

—Pero inútil para nosotros, Kerslake. Entre los tres, Kerslake, puede salirse del protocolo, como policía y como residente local. Nada se volverá en contra de usted...

—Así que —interrumpió Lassiter—, si llegar a ser necesario decirnos que su jefe le pega a su mujer y tiene tres amantes, lo puede decir sin temor. ¿Está claro?

—Sí, señor.

Quint se puso de pie y encendió las luces del cuarto que estaba quedando en tinieblas. Kerslake se levantó y corrió las cortinas de la ventana. Al darse vuelta,

Quint dijo:

—¿Qué piensa... el comandante se resbaló o fue empujado?

—Creo que se resbaló. Nadie en sus cabales lo hubiera empujado por una pendiente tan pequeña. Aparte de eso no la veo a Mrs. Tucker en el papel de... bueno, de empujarlo.

—¿Cómo la ve?

—Una mujer desatendida, insatisfecha, vuelta hacia adentro, que finalmente fue atrapada por ese Maxie Dougall. No tuvo que haber sido por lástima de parte de él. Todavía es una mujer muy atrayente. Sólo me sorprende que no haya sucedido antes.

Lassiter preguntó:

—¿Por qué dejaron fuera del interrogatorio el nombre de él?

Kerslake se encogió de hombros.

—El abogado de la señora es amigo del médico y de mi jefe. Esta es una ciudad pequeña, comparativamente. No nos gusta ofender a nuestra gente o molestarla, a menos que sea esencial.

Quint asintió. Estaba contento de dejar que Lassiter hiciera sus preguntas, porque el cambio de atención de Kerslake de uno a otro, podría desubicarlo, en cuyo caso sería relegado a no más que a un puesto de chofer y muchacho de los mandados.

Dijo:

—¿Maximilian Dougall?

—Soltero, no llega a cuarenta años, vive solo en una cabaña afuera, en las dunas de los pantanos. Es naturalista, observador de pájaros, ese tipo de cosas, pero sólo en forma *amateur*. No se le conocen padres. Educado en el orfelinato local. Los rumores dicen que tiene un pequeño ingreso privado de algún lugar. Existe una historia local que dice que es hijo bastardo de alguna familia aristocrática pudiente. Lo dudo. Inteligente. Tiene hecha la escuela primaria. Se gana la vida vendiendo cuadros y objetos a los turistas, trabajos ocasionales fuera de la temporada. Cazador furtivo. No tiene convicciones profundas. Atractivo para las mujeres, pero por lo que se sabe, siempre ha estado metido con las complacientes mujeres de paso. Ningún escándalo local hasta ahora —hizo una pausa y agregó—: Agradable... pero impredecible.

Lassiter dijo:

—¿Ningún otro interés? ¿Política local? ¿Deportes o actividades sociales?

—No. Es el tipo del ermitaño, en un sentido.

—¿Seguro? —la pregunta vino de Quint.

—Sí, señor.

Kerslake no tenía idea de lo que perseguían. Por un momento, a pesar de toda la satisfacción profesional por este contacto con ellos, fue presa de la ultrajante fantasía de que si en ese momento les viniera bien, lo podrían borrar del mapa sin que se hiciera ninguna pregunta al respecto. Ridículo, pero la frialdad estaba centrada como una mano congelada entre sus omóplatos. Y, como la sensación ilógica permanecía en

él, todavía, agregaron a ella una confusión más. Sólo un férreo control de sus nervios detuvo la demostración de su sorpresa.

Quint dijo suavemente:

—Ahora cuéntenos lo que sabe de William Ankers.

Lassiter reconoció en silencio el mérito de Kerslake. Se las arreglaba bien. Enterrado no muy lejos dentro de Kerslake, estaba el material que Warboys podría haber moldeado y que Quint no podía fallar en reconocer. Kerslake, pensó, haría bien en mezclar las cosas en algún punto. Él, Lassiter, quedaría más contento de esa manera que con lo que pudiera hacer cualquier recomendación que de él pudiera hacerle Quint a Warboys.

Kerslake, suprimiendo deliberadamente la reiteración del nombre de esa persona, dijo:

—Tiene una oficina en un departamento en Allpart Street. Se llama a sí mismo agente de investigaciones. Pero principalmente es cobrador de una firma de créditos. Es deshonesto cuando le viene bien. Tiene una amante, una mujer llamada Nancy Barcott, que trabaja en la panadería de abajo —se tocó el labio superior con la punta de la lengua, no para subrayar un pensamiento obsceno, sino a fin de darse una pausa para aclarar la voz mientras seguía—. No tiene intereses fuera de eso, deportivos, sociales o políticos. Tiene treinta y nueve niños y ha vivido aquí toda su vida. No tiene padres vivos ni familia, excepto un hermano que es alguacil de río, en South Devon.

Quint asintió, anotando mentalmente los datos y archivándolos. Dijo:

—¿Andrew Browning?

Kerslake contestó:

—Tiene sesenta años, es el socio principal de Browning, Rolls y Weare, abogados. Establecidos aquí hace años. Casado, su mujer vive. Tiene su casa en Old Quay. Dos hijos, ya grandes y casados. Uno está en el ejército y el otro tiene granja en Essex, creo. Personalidad solitaria, rotario, simpático, conoce a todo el mundo. Trabaja para los Tucker. Juega golf, navega, es consejero local. Un hombre apreciado, un hombre bueno, un poco lento profesionalmente. Inteligencia de segundo o tercer grado.

Lassiter se rió entredientes pero Quint permaneció impávido. Dijo:

—¿Qué auto tiene Mrs. Tucker?

—Un Mini azul. AMW 993 L.

—¿Es ése un número local?

—No.

—Cuando vuelva a su oficina, despache una nota confidencial sobre eso por todo el país. Que no se lleve a cabo ninguna acción. Simplemente, informes sobre el paradero.

—Pero ¿por qué señor? ¿No está en Lopcommon...? —Kerslake se contuvo.

Quint se permitió un esbozo de sonrisa. Llevaba tiempo, adiestramiento y una coraza especial contener la espontaneidad del cerebro. Kerslake era bueno pero nada más por el momento. Dijo:

—No, no está. Fuimos a la casa de Lopcommon antes de venir aquí. El garaje está vacío y hay una nota pinchada en la parte de atrás de la puerta que dice que no necesitarán leche hasta nuevo aviso.

Lassiter dijo:

—Es urgente que hablemos con Mrs. Tucker lo antes posible.

Kerslake, recobrado, dijo:

—Probablemente se haya ido por unos días. A casa de amigos o parientes, o sola a cualquier lado. Sería natural, después de lo que ha pasado la última semana. Simplemente habrá querido escapar de todo eso. Sin embargo... veré qué pasa en la cabaña de Dougall...

—Quiero echar un vistazo a la casa de Mrs. Tucker. ¿Podemos pasar por la de Dougall, camino a Lopcommon?

—Sí, señor.

Kerslake observó mientras Quint se daba vuelta y descolgaba el sombrero y el abrigo de la parte de atrás de la puerta del cuarto. Lassiter pescó su mirada y le guiñó un ojo, sonriendo. Dijo:

—No se preocupe, muchacho. Es sólo un simple caso de violación y entrada a una propiedad privada. No habrá complicaciones.

Quint dijo:

—Pensándolo bien, es mejor que llame a su oficina desde aquí y les diga que traten de localizar el auto. Sólo ubicación e informes. Ningún contacto personal. Una vez que la encuentren, quiero que la sigan y que se informe de todos sus movimientos —levantó el auricular y se lo pasó a Kerslake.

Veinte minutos después estaban en el viejo camino militar, rumbo a la cabaña de Maxie Dougall. Los últimos cien metros los caminaron. La cabaña estaba oscura. Mientras se acercaban, un ganso graznó desde cerca del estanque. Kerslake vaciló junto a la puerta. El hecho de que el lugar estuviera en la oscuridad, no quería decir que se hallara vacío.

Lassiter dijo suavemente:

—Golpee. Si hay alguien nosotros nos encargaremos del resto.

Kerslake golpeó, pero no hubo respuesta.

Quint miró a Lassiter y éste sacudió la cabeza.

—Se fue con ella.

Volvieron al auto, anduvieron por el camino de la costa, y subieron el promontorio hacia Lopcommon, y luego, abiertamente siguieron por el camino para autos hasta el frente de la casa.

Lassiter fue hacia los fondos. Quint, que estaba en el porche con Kerslake, dijo en tono impersonal:

—Entre con nosotros. Si decidimos llevar algo, usted verá qué es. Todo será puesto en una lista y la firmaremos. Por el momento usted está trabajando bajo instrucciones directas del Ministerio del Interior.

—Sí, señor.

Quint estaba pensando, sin preocuparse mucho por lo que Kerslake estaba sintiendo, que en todos esos años que había conocido a Bernard Tucker esta casa había estado allí y la mujer en ella. Nunca ni remotamente se le había ocurrido que hubiera algo fuera de lo normal en la vida de Tucker, que hubiera tenido algún secreto peligroso que esconder o algún temor o agonía privada que contener. Que sea, se dijo a sí mismo, una buena lección. Casi en todas las personas, no importaba lo absurdo que pudiera ser el pensamiento, siempre podía existir algo grande o pequeño que era necesario esconder. Por el momento él estaba libre. Por el momento él era una excepción, y tenía la intención de mantenerse así.

La puerta principal se abrió y Lassiter los hizo pasar. Recorrieron la casa rápidamente para ver la disposición general de las habitaciones. Luego comenzaron a recorrer cuarto por cuarto. A Kerslake le resultaba evidente que no estaban haciendo una revisión a fondo. Se concentraron en el estudio de la planta baja y en el dormitorio del comandante. La caja de seguridad del estudio estaba cerrada con llave y el escritorio de tapa chata tenía muchos cajones vacíos. El contenido de los otros, tanto Quint como Lassiter lo revisaron con un interés superficial. Lo que buscaban era algo que reconocerían instantáneamente, algo lo suficientemente grande como para no ser ocultado tan fácilmente.

Había otra caja de seguridad detrás de un cuadro<sup>^</sup> en la pared del dormitorio del comandante Tucker. Esta también estaba cerrada con llave.

Lassiter, de pie cerca de la chimenea, dijo:

—¿Dónde están los efectos personales y la ropa del comandante? ¿En la comisaría?

—No, señor. Mrs. Tucker no quiso que le devolviéramos su ropa. O ha salido o va para Oxfam. Todos sus efectos personales fueron devueltos a Mrs. Tucker. Entre ellos había un abultado manojito de llaves.

—Una mujer ordenada. Fíjate en el tocador del comandante —dijo Lassiter.

Mientras Quint iba hasta allí, tomó de la repisa de la chimenea una fotografía en un marco de cuero. Warboys y Tucker en el puente de algún barco. El marchito pasado, pensó; los vínculos de la amistad estrechados por las duras pruebas de la guerra, camaradas de armas, y más tarde los otros vínculos y la otra camaradería para una guerra que no trajo honor a nadie.

En el cajón superior de la izquierda del armario había un manojito de llaves, junto con una billetera, una cigarrera de plata, a medio llenar con cigarrillos Dunhill hechos a mano, un pequeño encendedor con el niquelado muy gastado, y un delgado cortaplumas de cabo de ébano.

Quint exhibió las llaves brevemente y se dirigió a la caja fuerte. La abrió. No había nada excepto una carpeta vacía con las esquinas gastadas. Se dio vuelta hacia Lassiter:

—Esto era todo.

Lassiter, mirando la carpeta, asintió. Él sólo sabía que estaban buscando un conjunto de documentos y un informe. De qué trataban, oficialmente no lo sabía. Privadamente, ya que conocía las personalidades involucradas, había hechor algunas gordas suposiciones.

Dijo:

—Bernard hubiera sido el último hombre en confiar en una caja de seguridad. Particularmente en una tan antigua como ésta o la de abajo.

—Quint salió del cuarto y ellos lo siguieron hasta el estudio. La caja estaba vacía.

Lassiter dijo:

—Cuando los clientes mueren, sus abogados se ven ocupados porque los muertos siguen viviendo durante un buen tiempo, legalmente —había un botellón de *whisky* y vasos en la mesa de arrimo del estudio, y ya se había pasado mucho su hora de costumbre. Durante un momento vaciló, y luego fue hacia el botellón y lo levantó—. ¿Alguien se quiere servir?

Los dos hombres sacudieron la cabeza y Quint frunció a medias el entrecejo. La expresión dejó a Lassiter impávido. Se sirvió un trago y dijo:

—La señora debe de haber juntado las cosas que había en las dos cajas y las debe haber entregado. Era evidente para él que Mrs. Tucker se había ido hacía un buen rato. Las chimeneas de la sala de estar y del estudio estaban limpias de cenizas, lo había notado... mujer prolija... la gente quemaba cosas en las chimeneas.

Quint dijo a Kerslake:

—Llame a Browning. Pregúntele si Mrs. Tucker le entregó todos los papeles personales y privados de su marido. Si lo hizo, dónde sea que estén, en su casa o en su oficina, los quiero ver. Estaré con él dentro de una hora. Dígale que es urgente. Un requerimiento del Ministerio del Interior, de importancia inmediata y de la más estricta reserva.

Lassiter sorbió su *whisky* puro, se sonrió y agregó:

—Esto lo hará reaccionar en seguida —observó la cara de Kerslake, le puso notas bien altas por su autocontrol y otras igualmente altas por la forma casi natural en que fue hacia el teléfono del estudio y levantó el auricular. Era un rápido aprendiz y, con el respaldo de ellos, rápido para valorar y usar una nueva autoridad. A Andrew Browning no le iba a gustar que le diera órdenes un detective cualquiera, una noche de domingo... zapatillas de entrecasa, un vaso de *brandy* y un buen libro en las manos y un súbito chaparrón de lluvia del oeste que golpeaba la ventana. Él lo escuchaba en ese momento en las ventanas del estudio.

Quint dijo:

—Vamos a echar un vistazo al dormitorio de Mrs. Tucker, mientras Kerslake llama por teléfono.

Por esa intencional o no intencional bondad, Kerslake estuvo agradecido... Jesús... el viejo Browning, a esa hora de la noche, un domingo. Luego, repentinamente sonrió y disco. ¿Por qué no? Mientras escuchaba los tonos de discar, se encontró pensando cómo hombres como éstos dos habían empezado... ¿cómo se entraba en ese tipo de trabajo? Si se quedaban lo suficiente, podría descubrirlo... hasta podría preguntarlo; pero no a Quint, el otro podría ser un contacto más seguro.

Los sonidos del discado cesaron. Kerslake tragó saliva y se preparó para darle instrucciones a Browning.

Arriba. Lassiter decía:

—Para una mujer que se ha ido por, digamos, una semana, incluso un par de semanas, parece haber llevado muchas cosas. Sólo han quedado dos pares de zapatos en el ropero, una docena de perchas vacías, y la cama sin ropa. Ninguna toalla en el baño. Parece que hubiera salido a hacer un crucero alrededor del mundo.

Quint dijo:

—Veremos lo que resulta del requerimiento por radio de la policía. Si el material que buscamos no lo tiene el abogado, tendremos que revisar a fondo el lugar. ¿Por qué diablos tuvo que ir Tucker al acantilado y resbalarse?

La última frase, teñida de rabia, le prestó a Lassiter el calor de la frustración.

Dijo:

—Tal vez no se haya resbalado. Tal vez dió un salto, simplemente aburrido de todo el asunto.

—Ya basta de ese estúpido tipo de charla. Y no haga nuevamente ese chiste del *whisky* conmigo, cuando hay gente como Kerslake alrededor. Eso no queda muy bien.

Obstinado, Lassiter dijo:

—No, señor. —Y luego ya fuera porque lo estaba reservando para el momento oportuno (importante o no) y era bastante justo tener una pequeña victoria sobre tipos como Quint, ya fuera por envidia o mala fe, dijo con el rostro rígido y en un tono de voz indiferente—: No me pareció oportuno mencionar esto delante del joven Kerslake, pero hay algo que falta entre los efectos personales de Tucker. Tengo entendido que llevaba uno de nuestros relojes pulsera de oro, con grabador. No estaba en el cajón con las otras cosas. Tal vez... —hizo una pausa—... ella se lo haya dado a su novio como regalo.

Un cartel de la granja decía: *ALOJAMIENTO*. La casa de la granja en sí misma estaba debajo del arco de la colina. Era de techo bajo y chato, las paredes pintadas de rosado desteñido, con un cinturón de árboles quebrados por el viento, flanqueando el ondulante suelo que corría hacia acantilados gris pizarra, sobre una pronunciada curva de arena que bordeaba una pequeña bahía.

No era época para que el granjero y su mujer esperaran visitas, pero tras una cierta cantidad de dudas y consultas, finalmente habían estado de acuerdo en alojarlos. El auto fue colocado en el granero, al costado de la casa, y se les dio un gran dormitorio de techo bajo que miraba al mar. Aunque ninguno lo había dicho todavía, los dos presintieron que este era un lugar mucho más adecuado para ellos que cualquier hotel. Los hoteles significaban otra gente, y la otra gente quería hablar y hacerse amiga, y los hoteles tenían comedores públicos mientras que aquí, el granjero y su mujer les habían ofrecido su propia sala de estar, donde podrían comer en privado.

Estaban sentados cada uno en un sillón frente al fuego. Estirando la mano, Margaret lo podría haber tocado. Quería hacerlo, pero se resistía al contacto, porque sentía un extraño placer en privarse de la pequeña alegría, sabiendo que siempre estaba allí para tenerla. Él estaba leyendo un libro que había encontrado en los estantes del cuarto del fondo. Margaret lo observó, el rostro inmóvil, salvo de vez en cuando, un movimiento lento de los labios, como si saboreara las palabras que volaban de la página a su mente. Ella recordaba (y esa vida le era tan infinitamente remota, el recuerdo que tenía de ella ya estaba purgado de toda emoción) las veces que había estado sentada con Bernard así en casa, una silenciosa barrera entre ellos. Dos hombres y tan distintos. Bernard había hablado pocas veces y raramente de sí mismo. Maxie, cuando estaba con ánimos, y estaba comenzando a comprender cómo promover ese ánimo, echaba la cabeza hacia atrás y hablaba libremente... de sí mismo, de sus días en el colegio y, a veces, con una franqueza que la desarmaba y no le producía ningunos celos, de las mujeres que había conocido.

En los libros había leído una vez que había mujeres que habían adorado a sus hombres. Ahora sabía lo que significaba verdaderamente eso. Ella lo veneraba. Su persona y todo lo que pudiera seguir llamando suyo, era de él para que lo tomara. Todo lo que había leído sobre el verdadero amor sabía ahora que *era* verdad. Hubiera hecho cualquier cosa por él. Con Bernard no había nada que pudiera hacer. Con Maxie, aparte de su amor, su vida había adquirido un propósito, aunque fuera tan simple como anticipar los deseos de él y sorprenderlo haciendo que se convirtieran en realidad. Hacer y ser todo esto le conferían a su vida un válido significado por fin.

Mientras miraba fijo el fuego se dio cuenta, repentinamente, que la estaba mirando. Se dió vuelta cuando él dejaba caer el libro sobre la falda y extendía la mano para tomar la de ella. Se sonrió y con la franqueza que ella aceptaba ahora sin sorpresa, dijo:

—Si esa pequeña vieja puerta tuviera una cerradura decente, amor, te desnudaría y te poseería junto al fuego. Y apostarí que no es la primera vez que haya sucedido en este cuarto. No importa lo que digan de los galeses, son gente de grandes pasiones.

Ella dijo:

—¿Es sólo para eso que me quieres? ¿Sólo eso?

—Sí. ¿Por qué no? El cuerpo lo posee todo, cerebro, corazón y alma. ¿A dónde sino tendría que dirigir un hombre su veneración?

—Algún día agotarás las respuestas correctas.

—Tal vez. Entonces tendrás que dejar de hacer preguntas y podremos quedarnos sentados en silencio, lo que no resultará molesto porque todavía habrá pensamientos y amor y una gran pila de recuerdos para rastrillar.

Cuando Max se despertó a la mañana, la cama del lado de ella estaba vacía. El viento y la lluvia de la noche habían desaparecido. Desde afuera venían los sonidos de los trabajos de la granja y de los animales. Oyó silbar a un estornino en el techo y el llamado de las gaviotas abajo en los acantilados. Se sentó, se estiró, y se pasó las manos por el oscuro pelo. El fuego de leña del dormitorio era ahora una pila de cenizas. Sonrió interiormente. La había querido poseer junto al fuego de abajo, y ella no había dicho nada de que ya le había pedido a la granjera que encendiera el fuego en el dormitorio. Ella tenía, se dio cuenta, una habilidad especial para anticiparse, para adivinar silenciosamente sus estados de ánimo y deseos y para combinar la gratificación de ellos. Era natural que le surgiera ahora tan fuertemente. En su propia casa con su marido, ella no había sido más que parte y parcela del amueblamiento y la decoración. Dueña de nada, excepto de una indeseada soledad.

Al moverse para salir de la cama vio un largo sobre que estaba sobre la arrugada almohada. Lo levantó. Había un mensaje escrito en la parte de afuera.

*“Buenos días, mi querido. Salí a dar un paseo. No demoraré.  
Dentro hay un regalo para ti, con todo, absolutamente todo mi amor.  
M”.*

Adentro había un documento doblado en dos. St sentó y lo leyó. Era una copia de su testamento, fechada el último viernes. Había sido testimoniada por su abogado Andrew Browning y uno de los empleados, y le dejaba todos los bienes, muebles e inmuebles, a él. Durante uno o dos segundos sintió un ímpetu furioso de romperlo. Había llegado demasiado rápido y sin ningún esfuerzo de su parte. Era lo que él hubiera querido eventualmente, lo que hubiera tenido que tener. Maldijo por lo bajo, luchando contra la sensación de inferioridad que había conocido antes de ser ganado de mano por algún hado, cuya intrusión era un insulto para él; un hado que desconfiaba de sus propios poderes para arreglar su propia vida.

Revoleó el testamento hacia los pies de la cama. Pero para cuando estuvo lavado y vestido, había desaparecido su enojo, desvanecido, en parte políticamente y en parte naturalmente, ya que había una fuerte auto-estima en él que no podía rechazar el tributo, primero, del regalo de Margaret en sí misma, una mujer fina atractiva, ardiente y deseable y desde que se habían juntado, con un aspecto mucho más joven que el de su verdadera edad, y ahora (¿por qué después de todo, perder el tiempo en su propio orgullo herido?) tan pronto, le daba todo lo que poseía, poniéndose ella

misma y todo lo suyo en manos de él. Pero el hado, pensó, gustándole la humorada, realmente tendría que dar un paso atrás por un tiempo y dejarle hacer un poco de trabajo a él mismo. Los dones de los dioses deben ser tratados con cautela. El verdadero logro es únicamente aquel que el hombre puede obtener con su propio sudor y habilidad.

Quint estaba despierto esa mañana en la cama, esperando que le trajeran el té y pensando en Bernard Tucker. La carpeta, lo sabía, había contenido todos los papeles de sir Harry Parks. Una vez que la tuvo, Bernard nunca la hubiera perdido de vista o del alcance de su mano, hasta estar convencido de que se hallaba a buen recaudo. Lo habían dejado en la estación de Salisbury para tomar el tren a Londres. Lo veía cruzar, con una pequeña valija en la mano, y tomar un tren para Bristol. Allí un cambio y luego a Exeter y el ramal hasta su casa. La mujer lo había ido a buscar o había tomado un taxi. Esto no tenía ninguna importancia. De acuerdo con las actas del juzgado, él y su mujer habían pasado un tranquilo sábado y se habían ido a dormir. (Dormitorios y baños separados. Eso debe haber sido elección de Bernard. ¿Durante cuántos años? Por él no importaba. La había tenido a Tania Maslick en Londres. Y, pasado el tiempo, Margaret Tucker había encontrado también a alguien). Había trabajado todo el día, el domingo, en su estudio. Papeles de negocio e informes para su firma en Londres (¿Cómo había podido aceptar una mujer eso sin curiosidad? No... no era realmente difícil de imaginarse, dónde no existía ningún amor; y Bernard tenía una forma de descorazonarlo a uno con una mirada; le bajaba la cortina en la cara a uno si persistía. Él había aprendido tempranamente a no llevarlo nunca hasta ese punto. Ella también). Había terminado su trabajo avanzada la tarde y había subido a su dormitorio. Debió haber llevado la carpeta y su informe personal consigo y haber quemado todas sus anotaciones en borrador y ayudas sinópticas. ¿Y después qué? Su propia casa. Ningún riesgo más que el que pudiera cubrir la mínima protección de su caja de seguridad. Eso hubiera sido suficiente. Pero no para Bernard. El momento en que uno se siente confiado es el más peligroso. Habrá hecho algo al respecto. Pudo haber colocado la carpeta en la caja de seguridad porque aunque estuviera vacía necesitaba alguna protección contra ojos extraños. Ingenuamente, sir Harry había escrito con tinta las iniciales H. P. en la tapa (¿hacía cuántos años? Esto no se lo había hecho ver a Kerslake, pero sí a Lassiter. Pero éste no era ninguna amenaza. Era lo suficientemente maduro y astuto como para saber ahora mucho más de lo que se le había dicho. Era un vivo, también. Guardarse lo del reloj pulsera para el momento oportuno). No había duda de que Bernard había escondido los papeles en algún lugar. No estaban con las cosas que Margaret Tucker le había entregado al abogado Browning. (Dios, para empezar eso había sido un buen ardid, pero el viejo se había calmado al final ¿cuántas veces él lo había visto?, y eventualmente había sido seducido por la obvia importancia del asunto. Sospechaba que el viejo también pudo haber tenido el pensamiento pasajero de que la ayuda rendida a los asuntos del Estado podía traer alguna discreta recompensa de menor grado, en alguna futura Lista

de Honores. Nada lo detendría después de esto, hasta llegar al mismo punto de indiscreción profesional).

Ya que Bernard había escondido el material pero había dejado la carpeta vacía en la caja de seguridad, eso tenía que significar que había elegido un lugar en que no cabría la carpeta, pero sí los papeles, enrolladlos o doblados. Había abandonado la casa sólo una vez ese domingo, a la noche, cuando salió para su paseo fatal. Nunca los pudo haber llevado con él. El paseo fue sin premeditación. Surgido de Margaret Tucker y sus problemas personales. Era una suposición casi cierta que los papeles estuvieran todavía escondidos en la casa en algún lugar. Lo cual significaba que ese día tendrían que revisar a fondo el lugar. Sólo él y Lassiter, con Kerslake sentado en los escalones de la puerta principal, con una autorización formal de allanamiento, por si Margaret Tucker apareciera. Warboys, agrio como una ciruela verde, había confirmado ese procedimiento a las dos de la mañana por teléfono, y había prometido poner en marcha el asunto desde su extremo. ¿Estaba ya presintiendo el fracaso, o sentía ahora más abiertamente el *shock* por la traición de Bernard, una traición tan distante, pero que lo había herido recientemente? Pero él mismo no tenía tiempo para pensar en fracasos. No en este caso. Porque éste era el caso desde el que tenía que lanzarse hacia arriba y hacia adelante.

Muy bien. Suponiendo que pusieran el lugar patas arriba y no encontraran nada. ¿Entonces qué? Mucho. El informe del tribunal se refería sólo a la muerte de Bernard y a la discusión familiar precedente. Margaret Tucker había sido interrogada (pero sólo en una dirección. Nadie la había presionado para descubrir si Bernard había dejado la casa realmente, excepto después de la discusión). Toda la atención había sido puesta en la discusión y en Bernard, que había dejado la casa para dar un paseo. ¿A qué hora de la tarde había terminado su trabajo? ¿Qué había hecho exactamente antes de subir a su dormitorio para cambiarse de ropa para la comida? Nadie le había dado importancia a eso. (Pero él sí. Si de la revisión minuciosa de la casa no sacaban nada positivo, le arrancarían a Margaret hasta el último detalle de cada minuto de ese día). Había un buzón en lo alto de la colina, sobre Lopcommon. Bernard (esta simple estratagema era tan a menudo efectiva) pudo haber subido y haber vuelto en cinco minutos luego de echar el material en el buzón. ¿A dónde iba dirigido? ¿A la oficina? O aun (Dios no lo permita) a ese torpe de Grainger (Aunque hubiera estado en su buzón cuando él lo revisó). A menos (y para su propio bien, Dios no lo permitiera) que al ser abultada, el desgraciado la hubiera tenido separada, debajo del mostrador, y se hubiera callado al respecto. Jesús, si fuera tan simple como eso, Warboys lo crucificaría...

Tomó el teléfono que había al lado de la cama y pidió comunicación con Londres. Esperó con ansiedad hasta que consiguió hablar con el oficial de turno de la oficina. Le dio las instrucciones y le dijo que lo enterara de los resultados. Colgó el tubo. El alivio empezó a llevar su lenta calma a su mente.

Llegó el té matutino y se sentó tomando con ambas manos la caliente taza, mientras el sol del invierno entraba por la ventana. Lassiter podría haberlo visto. Seguramente lo había visto y estaba reteniendo deliberadamente el hallazgo, para dejarlo caer delante de él en algún momento elegido, exactamente como lo había hecho con el reloj. Lassiter, el hombre de los detalles, Sería un hermoso momento. Lo estaba esperando. Pero ante todo, Lassiter era el hombre que él mismo hubiera elegido para tener a su lado. Sin que su mala fe estuviera movida por la ambición. Sí, Lassiter era el hombre para él. Si no encontraban nada en la casa, él era el tipo justo para tener a su lado cuando hablara con la mujer. Si tuviera que atemorizarla, obligarla a recordar, Lassiter sería una presencia amable para apoyarla y sostenerla, atajando el punto de las lágrimas y confusión, y ofreciéndole un suave bálsamo. Aunque, Dios lo sabrá, ella podría muy bien ser capaz de cuidarse sola. Suelta ahora, en algún lugar que pronto sería localizado, con algún maldito inútil al que ya le había legado todo lo que poseía. El viejo Browning le había mencionado esto privadamente, quebrantando tímidamente un código profesional porque... “ya que este asunto es tan importante podría tener algún... bueno, simplemente sentí que las circunstancias...”. Hablando en frases cortadas, a medio formar casi, porque en el fondo de su mente no estaba seguro qué había para ofrecer, o si tenía realmente algo para ofrecer. Era justo el tipo de tonto que podía tener o saber algo, sin que se le ocurriera sacarlo a la superficie. Hubo un golpe en la puerta y entró Lassiter, de robe de chambre y pijamas, un cigarrillo en la boca, y los ojos un poco nublados por el *whisky* que había tomado en su cuarto antes de ir a la cama.

Dijo:

—Un pequeño temor surgió de mis sueños de la vigilia.

—¿Cómo qué?

—Bernard pudo haber salido subrepticamente en algún momento del domingo para mandar el material por correo. No a la oficina, lo sabemos. Pero los documentos eran abultados y el viejo Grainger pudo haberlos guardado debajo del mostrador.

Quint asintió, la cara inmóvil, y dijo:

—Sí, ya lo sé. Ya se me ocurrió anoche —hizo un cabeceo hacia el teléfono—. Van a dar vuelta el lugar a primera hora de la mañana. Si el material está allí, podremos volvernos. Si no, tendremos que revisar la casa a fondo.

—Espero que nos libremos de eso, —cruzando hasta la ventana y mirando fijamente hacia los bancos de barro del río, Lassiter dijo:

—Tendrían que revisar bien su departamento, también. Como andan los correos, una carta puede demorar una cantidad de días. Sin embargo (aunque no lo podemos pasar por alto) no creo que Bernard haya hecho eso. Se suponía que tenía que entregarlo el martes a Warboys.

—No se preocupe. También les mencioné el departamento. Pero de acuerdo con lo que usted dice, no creo que Bernard haya utilizado el correo.





## ONCE

A LAS NUEVE y media llegaron noticias de Londres de que no había habido nada en el negocio de Grainger, y tampoco en el departamento de Tucker. Kerslake llegó con una orden para entrar y registrar Lopcommon Barton.

Fueron hacia la casa, pero en camino, hicieron un rodeo hacia la cabaña de Dougall. Estaba todavía vacía.

—Se fueron —dijo Lassiter—, en una bicicleta para dos.

Kerslake se rió para sus adentros. Podía ver que Quint no estaba de buen humor.

Cuando llegaron a la casa, le dijeron a Kerslake que se quedara en el auto. No querían ser interrumpidos por ningún vendedor u otros visitantes. Propondría sus propias disculpas por su presencia allí, de acuerdo con la naturaleza del visitante. Era una mañana fría con una fina escarcha blancuzca que se posaba sobre las sombreadas cavidades de la ladera. De vez en cuando trataba de entrar en calor, caminando por el camino y por el jardín, y deseando estar dentro para ver cómo les iba en el trabajo. No dejarían nada fuera de su lugar, ningún cajón dado vuelta con su contenido por el suelo... nada de la profanadora confusión que tantos ladrones dejaban y que él había visto tan a menudo. Cuando dejaran un cuarto, sabía que quedaría exactamente como cuando habían entrado. Él había visto gente llorar ante la visión de sus casas después que un ladrón había trabajado en ellas; llorar no por lo que hubieran perdido, sino por la impresión ante la violación, la contaminación de extrañas, irreverentes manos. No habría nada de eso de parte de estos dos.

Dentro de la casa; Lassiter y Quint tomaron cuartos separados. Dos en un cuarto significaba que algo podía pasárseles por alto, entre los dos. Quint se hizo cargo del dormitorio y del baño de Bernard, y Lassiter del de Mrs. Tucker. Siguió sin prisa la rutina empleada en esos procedimientos, meticulosamente, eficientemente, siguiendo los métodos adquiridos en el duro entrenamiento de sus primeros días en el Departamento y perfeccionados por los años de experiencia práctica. Pero ahora, por una vez, la búsqueda tenía un elemento paradójico, porque buscaba dónde Bernard podía haber escondido el material, y Bernard conocía todas las artimañas. Era casi como los establecidos ejercicios originales de búsqueda. Si el material estuviera en ese cuarto y lo pasaba por alto, entonces desde algún lugar, Bernard agregaría un concepto desfavorable a su legajo.

Había un cajón del escritorio de Margaret Tucker que estaba cerrado con llave. Tomó el manajo de llaves de Bernard, que tenía Quint. No se sorprendió cuando una

de las llaves abrió el cajón. Nada en esa casa estaba cerrado para Bernard. Había un diario encuadernado en cuero y dos libros de encuadernación barata en el cajón. Hojeó los dos libros para ver si no había nada entre las páginas. Nada. En la tapa de uno estaba una chica, vestida indecorosamente, pensó él, acurrucada contra un guerrero de Highland, en la cima de una montaña. Se sentó y comenzó a leer el diario. Si tenía que existir una clave para el lugar del escondite de Bernard, sólo provendría de alguna fuente que el mismo Bernard nunca hubiera tenido en cuenta. Las esposas, mucho más cuando ha desaparecido el amor, tienen ojos penetrantes y logran para sí pequeños triunfos para aliviar la amargura o la frustración.

Leyó todo el diario hasta la última entrada, que tenía algunas semanas de antigüedad. No había ninguna mención de Maxie Dougall. Se lo llevó a Quint y lo tiró sobre la cama de Bernard.

—Cuando quiera tomarse un recreo, creo que debería leer esto. Hay un punto en él que valdría la pena considerar. ¿Está bien si le digo a Kerslake que entre a la casa a tomar un café? Se está helando allí afuera.

Quint asintió y recogió el diario.

Abajo, en la cocina, Lassiter le dijo a Kerslake:

—Vea si puede rascar un poco de café. Si no hay leche enlatada, vaya de una corrida hasta el pueblo y cómprela. Tendría que comprar también un libro para leer. Este va a ser un trabajo largo —metió la mano en la billetera y sacó algunos billetes—. Y una botella de *whisky*. La señora de la casa no tiene porqué tratarnos como a invitados.

—Sí, señor.

—No se ponga formal. Somos humanos, aún Mr. Quint.

Lassiter volvió al dormitorio y oyó el auto de Kerslake que se iba. Se sonrió para sí. Había leche enlatada en la casa (la había visto el día anterior) pero Kerslake conocía sus prioridades. Estaba ansioso por agradar, por aprender, y (le sucedía a tantos) estaría soñando y esperando, y pensando cómo se ponía el pie en la puerta del Departamento. Lo podía leer como un libro, porque era lo que le había pasado a él años y años atrás cuando había estado con el Cuerpo Real de la policía militar, ni siquiera el Cuerpo de Inteligencia. Kerslake tendría que matar sus sueños. El trabajo era interesante pero sucio. Pensaba cuánto tiempo pasaría antes de que Kerslake no pudiera evitar hacer alguna pregunta sobre William Ankers. Le habían hecho preguntas sobre el hombre y luego no le habían hecho ningún comentario. Esto era duro para un tipo de hombre como Kerslake.

Una hora más tarde tomaron café en la cocina. Quint bebió el suyo rápidamente y fue al estudio de Bernard a trabajar allí. Lassiter mezcló su café con un chorrito de *whisky*. Cinco minutos más tarde, Kerslake estaba de vuelta en el auto con la radio encendida suavemente. Lassiter había tomado una escalera del lavadero y había ido a la despensa del techo por la portezuela del rellano último de la escalera. Tenía luz de un par de tubos que había en las vigas, que se encendían con una llave que había

junto al descanso de la escalera. El lugar estaba vacío, excepto dos tanques de agua. El piso había sido cubierto por una capa de material aislante, de cuatro pulgadas de espesor, material suelto, color gris con aspecto de nieve sucia. Lo examinó para ver si había signos de desorden en él, y no vio ninguno. Levantó las tapas de los tanques y verificó si no había nada escondido dentro. Luego gimió, se puso de rodillas y comenzó a examinar y raspar la suelta capa de material del suelo.

Se tomaron tres cuartos de hora para almorzar en el mostrador de un bar de Lopcommon, y luego volvieron al trabajo. Terminaron con la casa y luego el jardín y sus cobertizos y el garaje. Kerslake se congeló en el auto y se embotó mentalmente con el sonido y la música de la radio. Se lo llamó dos veces para hacer té. La segunda vez vio que el nivel de *whisky* de la botella de Lassiter había bajado considerablemente. Tenía la sensación, aunque no sabía por qué, a menos que viniera intuitivamente de algo en la actitud del hombre, que Lassiter estaba buscando sin una real esperanza de encontrar lo que fuera que estuvieran buscando.

Tenía razón. Lassiter y Quint habían cambiado el esquema de la búsqueda. Cada uno, ahora, estaba tomando los cuartos y zonas que el otro había revisado anteriormente. Cada uno sabía que el otro no encontraría nada, pero el método del entrenamiento tenía que seguir. Lassiter sabía que si Bernard había escondido el material en esa casa, su descubrimiento tenía que ser con ayuda de aquél. El juego de las escondidas. Frío. Caliente. Por su cuenta, en esa casa (Bernard observándolos burlonamente desde arriba) nunca llegarían a ninguna parte. Lentamente, sintió una creciente ansiedad por encontrarse con Mrs. Tucker. Lo que querían era una imagen de Bernard, el extraño para ellos. Sería de esta mujer que lograrían su respuesta, aunque fuera en los términos más oblicuos.

Habían subido a la colina que estaba detrás de la granja y habían caminado por un largo trecho de páramo hacia el comienzo de un pequeño arroyo, cuyo curso habían seguido entrando en un estrecho valle cubierto por centenares de arbustos y robles raquíuticos. El arroyo crecía en un torrente quebrado de rocas. Había un pequeño villorrio donde el arroyo se encontraba con el mar. Allí almorzaron pan y queso en una cantina y luego fueron hacia el norte para caminar por la costa, de vuelta hasta la playa que había debajo de la granja. El viento era frío y crudo.

Por el angosto sendero Maxie caminaba delante de Margaret. Estaba contenta, aunque no pudieran hablar tan libremente el uno con el otro, porque le gustaba verlo allí, moviéndose con facilidad por el desparejo suelo. La visión de su hombre era suficiente compañía. Años atrás... años y años atrás, ella y Bernard habían caminado juntos mientras todavía estaban en Escocia. Pero aun entonces nunca había sido así.

No viviría más en Lopcommon, pensó. Maxie nunca iría allí y ella odiaba el lugar. Era divertido cómo uno podía leer en un hombre y no en otro. Eso seguramente provenía (la seguridad del entendimiento sin palabras, una mirada o un contacto eran

suficientes) del amor, de la parte del amor que quedaba suspendida arriba, más allá del cuerpo, una esencia que sólo necesitaba pasión para crearlo y luego se levantaba libre para vivir su propia vida. Esa mañana había vuelto de su paseo temprano, pensando qué diría él de su testamento, un poco temerosa de haber apurado las cosas por el amor que la impelía a darse, no sólo ella misma, sino a dar todo lo que tenía. Se había dado cuenta en el momento de entrar que él estaba con ella y que la comprendía.

La había tomado, recorriendo con la palma de la mano debajo de su pelo, el nacimiento de su nuca, presionando su cara contra la de él, y había dicho:

—No te preocupes. Sé lo que sientes. El orgullo del hombre, mal empleado, lo puede hacer enroscarse como un erizo, todos los pinchos vueltos hacia el mundo. Pero no conmigo, niña. Tú me has dado todo lo que quise siempre, cuando llegaste por primera vez a mi cabaña. Sí, podrías tirar ese pedazo de papel ahora, irte, y aun así dejarme con todas las riquezas que un hombre puede pedir en este mundo —y entonces la había apartado de él y con la sonrisa del pequeño chico del orfelinato, había continuado—: Pero me has decepcionado y por ello tienes que ser castigada. ¿Qué hombre quiere despertarse a la mañana deseando a su mujer, y encontrar que se ha ido? Eso tendrás que repararlo...

Habían bajado tarde para el desayuno; y ahora mientras ella caminaba detrás de él, las lágrimas que le saltaban por el viento, se juntaban con las nuevas lágrimas de su alegría. Semejante alegría como la que tenía ahora, nadie se la podría quitar. Maxie lo había dicho; sucediera lo que sucediese, ellos dos tenían toda la riqueza que pudieran pedir.

Bajaron a la playa, que tenía forma de luna creciente, y del brazo, inclinaron las cabezas contra el viento, y comenzaron a caminar hacia el sendero que llevaba a la granja.

Esa noche, después de comer, se sentaron junto al fuego, ella sobre un almohadón a los pies de él, y decidieron que no tenían ningún deseo de moverse del lugar que habían encontrado. Se irían cuando cambiaran de idea.

En el dormitorio de Quint, en el hotel, los dos estaban tomando un trago antes de bajar a comer. Un poco más temprano, Kerslake los había dejado después de llevarlos de vuelta de Lopcommon Barton. Tres veces durante el día Kerslake había llamado por teléfono al Departamento de Policía, para ver si había habido alguna novedad respecto del auto de Mrs. Tucker. No había habido ninguna. Se había ido, prometiendo avisarles tan pronto como hubiera alguna noticia positiva.

Lassiter, jugando con los dedos sobre el vaso, estaba abrigando la sensación de que no llegarían a nada sin Margaret Tucker. Si Quint sentía lo mismo, no se lo había preguntado. Se esperaba que Quint le pasara un informe telefónico a Warboys dentro de una hora. A Quint no le gustaba no tener ningún resultado. Aun la más pequeña

migaja de resultado para pasarle, hubiera disipado el sombrío estado de ánimo que lo embargaba. Haber encontrado el auto de la señora, poder decirle a Warboys dónde estaba, hubiera ayudado. Lassiter sabía que ésa era su esperanza hasta el momento de hacer el llamado a Warboys.

Lassiter se levantó y se sirvió otro trago. Una mirada interrogativa hacia Quint sólo recibió como respuesta, una sacudida de cabeza.

Lassiter dijo, mirando hacia arriba:

—Ankers habla de los hurtos en los negocios. Eso está también en su diario. Léalo. Una descripción casi clínica, y su propio diagnóstico. Frustración, cambio de vida tal vez, aburrimiento, ningún verdadero propósito en nada de lo que estuviera haciendo. Una mujer sola, cuya mente y cuerpo toman control y fuerzan en ella un nuevo carácter y un nuevo papel en la vida cuando menos lo espera. ¿Lo aburre esto?

Quint miró a Lassiter y más allá de él.

—Podría llegar a aburrirme —dijo.

—Es un tema que no debería aburrirlo.

—¿Por qué no?

—Porque (no me pida ninguna lógica detrás de esto) ella es la clave de todo esto. Es sólo una sensación que tengo, la que probablemente usted no compartirá. Pero me enseñaron a no dejar de lado ninguna corazonada que persista. Hace unos minutos no se lo iba a mencionar. Pero usted se parece tanto a la imagen de la melancolía, que pensé que necesitaba que lo animaran.

A pesar de sí mismo, Quint se sonrió. Cuando dos personas trabajan juntos el protocolo desaparece. Lassiter no tenía tiempo para darle a él, lo sabía. Pero Lassiter quería resultados, tanto como él. En un impulso, extendió su vaso vacío, y Lassiter se le acercó y lo tomó para volver a llenarlo.

Quint dijo:

—Vamos a ver, y que sea algo razonable.

Lassiter le devolvió el vaso y se sentó sobre la cama. Hizo un brindis y luego dijo:

—Correcto. No había nada en seguridad que Bernard no conociera (y cuando era necesario lo practicara). Vuelve a su casa con importantes documentos. Por lo que sabemos (y apuesto a que es así), no hay ninguna oposición de afuera. Nadie detrás de esos documentos.

—Hubiéramos recogido algún signo, de no haber sido así.

—Pero Bernard había tomado las mismas precauciones que si hubiera existido algo. Nunca aflojaba. Trabaja en su informe, el domingo lo termina y ordena todo. Lo manda por correo a alguna dirección que podemos conocer. Aun cuando hayamos cubierto esto, sabemos que es algo que nunca hubiera hecho. El comandante, no. Él iba a tener el material bajo su control hasta dejarlo sobre el escritorio de Warboys. Ocultó el informe en esa casa.

—La hemos registrado, y lo haremos nuevamente mañana. Pero usted sabe tan bien como yo, que para estar absolutamente seguros tendríamos que tirarla abajo,

ladrillo por ladrillo, viga por viga. No podemos hacer eso.

—Tampoco lo podría hacer Bernard. Está en algún lugar lo suficientemente a mano, como para esconderlo, o ha sido sacado de la casa en unos minutos.

—¿Dónde diablos entra Mrs. Tucker en esto?

Lassiter sonrió:

—¿Aceptaremos que puso el material en algún lugar de la casa o de sus alrededores?

—Sí.

—Entonces Mrs. Tucker entra, porque el hombre que ella conocía era distinto del que conocíamos nosotros. Ampliamente. Por amor a Cristo, ni siquiera sabíamos que estaba casado, que quería librarse de ella, y que tenía esta casa aquí. Warboys está de luto en este momento, pero nunca lo perdonará por ello, por hacerlo pasar por tonto a él, y a su querido Departamento.

—Quédese con el hombre diferente del que conocía Mrs. Tucker.

—Encantado. Tucker escondió el material ese domingo. El hecho de que haya muerto unas horas después no tiene importancia. Lo habría puesto donde lo puso, porque la idea de su propia muerte nunca se le hubiera pasado por la cabeza. Ahora, ¿dónde escondió el material el marido de Mrs. Tucker?

—Estamos de vuelta en el mismo punto.

—No. Apuesto a que hay algo que ella sabe sobre Tucker (y nosotros no) que nos llevará al material. Podría ser algo muy simple, que no signifique nada para ella, pero todo para nosotros. ¿Qué le parece esto?

—Razonable.

—Gracias.

—Pero no podemos hablar de ninguna manera con la mujer hasta que la encontremos.

—No se preocupe. Emergerá.

—Pero ¿cuándo? De arriba están presionando a Warboys.

—Entonces rece para que la policía la localice pronto o que aparezca por su propia decisión. Podrían hacerle un llamado por radio o televisión, pero me imagino que esto no sería popular. El nombre de Tucker puede sonar a campana de alarma, no sólo para sir Harry Parks, sino también para sus viejos amigos.

—¿Cómo diablos se enteró usted de sir Harry Parks?

Lassiter sonrió.

—Bernard no ordenó el escritorio de la oficina porque pensó que volvería. Lo he usado estos días. Hay una carpeta todavía allí, recientemente preparada, con la biografía de sir Harry Parks. Y para volver a mi primer punto, ésta es justo la clase de apertura por la que tendríamos que rogar, de parte de Mrs. Tucker. Algo que ni siquiera Bernard pudo haber anticipado que quebraría su sistema de seguridad.

Billy Ankers estaba sentado en su cuarto, calentándose los pies frente al fuego de gas de la chimenea. En el extremo del cuarto, una pequeña estufa eléctrica estaba colocada cerca de su cama. El calor de la pequeña habitación era tropical. Se sentía relajado y satisfecho de sí mismo. Nancy estaría con él en una hora. Por lo menos, esperaba que estuviera. Había pasado mucho tiempo. Si algún muchacho subiera las escaleras pisando ruidosamente con notas de excusa de parte de ella, realmente sentía que tendría que hacer el esfuerzo de encontrar una compañía más segura. Era un pensamiento inútil. Sabía que no ocurriría. Nancy lo conocía y lo comprendía. Meter a alguien más sería una tarea demasiado complicada. La buena de Nancy sabía cuándo cerrar los ojos o la boca. Y así lo debía haber hecho, considerando el tipo de padre que había tenido. Él mismo había hecho dos o tres cositas en su momento como consecuencia y de vez en cuando había tenido que comer sus pequeñas porciones de guiso en las cárceles de Exeter y Taunton. Un agradable excéntrico, ese padre de Nancy, de quien había recogido algunas artimañas. Pero no esta operación que estaba más que medio moldeada en su mente. En comparación con esto, las pocas libras que Mr. Tucker había quedado debiéndole al morir no eran nada. Ni se molestaría siquiera en reclamarlas por intermedio de sus abogados. En absoluto. Eso sería buscarse problemas.

Volvió a encender su pipa y miró fijamente la chimenea, los labios moviéndose como los de un aburrido pescado dorado haciendo burbujas. Pero él estaba lejos de estar aburrido. Lo tendría que manejar muy bien, se dijo a sí mismo. Distinto papel, distinta máquina de escribir. No echarlo al correo del pueblo. ¿Dónde? Bristol podría ser. Y realmente aclarar bien que era por una vez y para siempre. No volver otra vez por más. No con ese tipo de cosa. La voracidad podía ser peligrosa (especialmente en una mujer como Mrs. Tucker). Se asustaría fácilmente, pero si se la asustaba demasiado, se podría descargar algo imposible de manejar. Hay que enfrentar el problema. Por lo que él sabía, la mujer pudo muy bien haber empujado al viejo por encima de la pendiente. Y, si lo había hecho una vez lo podría hacer nuevamente con otra persona... su seguro servidor, por ejemplo, en particular si llegaba a estar en uno de sus trances de hurto en negocios.

Se preguntaba dónde estaría ahora con ese Maxie Dougall. Abrazándose en algún nido de amor. Todo el pueblo sabía que se habían ido juntos... lindo, jugoso escándalo. Pero volverían. Cuando lo hicieran, le daría unos días para instalarse, y luego haría su trabajo. Entre tanto tenía que redactar la carta. Tenía que armar eso muy bien. Y la cantidad que iba a pedir. ¿Quinientas libras? No era demasiado, si no iba a volver por más, y no lo iba a hacer. ¿Mil? Eso estaba bastante bien, y ella nunca lo sentiría.

Empujó un poco la silla hacia atrás, para aliviar el calor que tenía en la suela de los zapatos y se olvidó de la carta que tendría que escribir, mientras proyectaba lo que podía hacer con mil libras.

Caminando de vuelta a su casa por Allpart Street, Kerslake vio la luz que brillaba a través de la banderola de la puerta contigua a la panadería. Recordaba que Quint le dijo: “Ahora hablemos de William Ankers”. Y había hablado. Y luego Quint había dejado eso de lado, y había pasado a Robert Browning. Desde entonces ni una palabra más sobre William Ankers. No era que lo intrigara. Hubiera apostado cualquier suma de dinero a que el comandante Tucker lo había tomado a Billy para que vigilara lo que hacía su mujer. Eso era bastante claro. Billy probablemente habría mandado un informe sobre Maxie Dougall. Podía adivinar cómo pudo haberlo recibido (lo suficientemente fuerte para acrecentar la furiosa oposición de Tucker hacia el hombre). Pero ¿por qué había querido Tucker que vigilaran a su mujer? Eso era más intrigante que el hecho de que hubiera elegido un muerto de hambre como Billy Ankers para hacerlo. Billy, él sospechaba, había sido elegido porque era el único hombre que tenía a la vista. Si Billy hubiera intentado hacer alguna vez una tontería (y eso era algo a lo que no se podía resistir nunca el tonto, eventualmente) entonces el comandante Tucker, viendo entonces quién y lo que era, pudo haberlo asustado para el resto de sus días, y más. Se sonrió ante la idea. Y luego la sonrisa desapareció. Por amor a Dios ¿que perseguían? “Hablemos ahora de William Ankers” y luego nada más. ¿Por qué no habían ido a verlo? Bueno... no era cuestión suya hacerles preguntas. Muéstrate demasiado serio, demasiado inteligente (cuando durante todo el tiempo pudiste haber sido un estúpido) y te descartan. Y eso no lo quería porque era joven y tenía todo el futuro por delante.

Fue al jardín de la casa de alojamiento donde vivía. Al abrir la puerta principal el olor a comida llegaba al *hall* desde la cocina de atrás. Un cuarto de estar-dormitorio y comidas en común con los otros inquilinos. Lo que quería era la llave de un departamento en Londres, ninguna chica en particular, y poder enfrentar a alguien con esa fuerte, sostenida mirada de Quint.

Se pasaron otros dos días revisando Lopcommon Barton sin resultado. La búsqueda del auto de Mrs. Tucker o de su paradero no había dado ningún resultado.

Quint estaba sentado en ese momento en la oficina de Warboys, escuchando lo que sabía que era el frío preámbulo de un ultimátum. Durante uno o dos minutos tuvo la rápida imagen de Lassiter en su mente, apoyado en el bar del Empress Hotel, y lo envidió. Para Lassiter el éxito o el fracaso significaban una breve exaltación o heridas superficiales. Para él, sabía que estaría marcado para el resto de su vida profesional por el resultado que obtuviera en este caso. Si le daba a Warboys lo que él quería, y lo que querían aquellos que estaban más allá, entonces el camino que tenía por delante estaría despejado. Si fracasaba, aún sin culpa de su parte, no tendría ninguna defensa, porque el fracaso en sí mismo era un absoluto que hacía imposible toda generosidad y

toda excusa. Uno ganaba o perdía aquí. No había segundos o terceros lugares. Se dio cuenta de que él (que siempre había querido ocupar el lugar de Bernard) estaba luchando contra Bernard mismo por ese puesto, ahora. Ninguna fuerza exterior, ninguna oposición, sólo Bernard y los ocultos, inconmensurables movimientos de la suerte y las circunstancias. Por lo que sabía (y su propia ansiedad controlada férreamente producía la fantasía, extrañamente, en su cabeza) podía estar en el punto de ver sus ambiciones profesionales acosadas y tronchadas porque en algún momento en el pasado, el viento había barrido la última hoja muerta de un árbol, o la mente de algún hombre inesperadamente había albergado un momento de nostalgia que había cambiado su propósito y dirección. Que Warboys con su mayor poder y fríos sueños de honores sufriera con él, no era ningún consuelo.

Warboys dijo serenamente:

—La posición es absolutamente clara. Está tan casi en lo cierto que no tiene mayor importancia que haya elecciones en los primeros meses del año que viene. Y esta vez (y no antes) las líneas de batalla estarán tendidas, de modo que el electorado tendrá una sola alternativa. ¿El gobierno democrático controlará este país o el futuro del país estará en manos de los gremios y de su habilidad para imponer su voluntad por el poder industrial? Olvídense todas las tonterías sobre quién controla los gremios. Es el poder del estado contra el poder organizado del trabajo. O el gobierno por la ley, o el dominio de la fuerza por organizaciones obreras dirigidas por militantes, cuyo real propósito es la anarquía, no importa qué caprichoso nombre quieran darle — Warboys se detuvo un momento. Había estado tentado de decir (como lo había hecho a menudo con Bernard), “¿Cómo sueno?” y recordó también, la respuesta de Bernard la última vez “Como un onnisapiente político por televisión. Pero te estás acalorando, Percy”. Consciente del vivo y doloroso recuerdo, continuó—: Pero no perdamos más tiempo en eso. La política hiede. Desgraciadamente esta vez estamos todos involucrados y no podemos retirarnos. Están reclamando esos documentos. Si los llegan a utilizar o no, es asunto que no nos concierne. Cualquier cambio que se produzca por razones de conveniencia o por encuestas sobre las tendencias de los electores, podría determinar que se los guardara bajo llave, sin utilizar. A buen recaudo, en el depósito de municiones por un tiempo más. Pero el asunto es que el depósito de municiones está vacío... hasta que consigamos los documentos. Si no los conseguimos nunca, o a tiempo para que se utilicen, si se decidiera eso, entonces usted sabe el resultado, Quint. Se le retirará un cierto resplandor a su futuro para siempre; y al mío —dejó que las palabras se hundieran, y luego sonrió benévola—: Hemos hecho milagros en el pasado. No se esperaba nada menos de nosotros ahora. No quieren cohetes húmedos. ¿Qué opina de codo esto?

Quint dijo:

—Cuando encuentre a Mrs. Tucker encontraré lo que quieren.

—¿Qué piensa Lassiter?

—Lo mismo, señor.

—¿Qué cree que le ha pasado a ella?

—Está oculta en algún lugar (no deliberadamente) con ese hombre Dougall. Se han enamorado hace poco. No son el tipo de gente que les guste llamar la atención y que van a un hotel de lujo. Están en algún lugar, solos. No en el pueblo. Creo. En alguna cabaña o granja, usando el auto muy raramente. Son centenares los autos que tiene que buscar la policía, y hay muchos hombres eh la repartición que dicen: “Oh, al diablo con eso”, a menos que el auto estacione justo debajo de sus narices. La señora no está en el extranjero. Su pasaporte está todavía en la casa. Y él nunca tuvo ninguno. Pase un aviso por T.V. o radio y aparecerán mañana mismo.

Warboys dijo:

—Eso está descartado. Usted sabe por qué.

—¿Descartado totalmente, señor?

—Sí. En cinco minutos los periodistas estarían arrastrándose por todo el lugar. Hay hombres hábiles en la prensa. En seguida descubren los hechos. ¡Cinco minutos con ella o con ese Dougall! ¿Se imagina? Cinco minutos en ese pueblo, y el nombre del comandante Tucker se transforma en un regalo para ellos. No está descartado totalmente. Eso ha sido fijado categóricamente. Pero no me preocupo. Ella vendrá en su momento, o la localizarán. Cuando eso ocurra... bueno, depende de usted.

Se quedó en silencio durante uno o dos minutos, preparado para despedir a Quint, un hombre a quien había empezado a crear, exactamente como lo había creado a Bernard, pero había descuidado, por causa de un afecto al que nunca se le había permitido transgredir sus propios límites, la básica inadecuación de su material. Bernard lo había engañado, pero el pecado original, lo sabía, estaba en él. Sublimando un amor y sin embargo manteniendo el objeto del amor cerca de uno arteramente, era, se lo podía confesar ahora a sí mismo, un deshonor más grande que alcanzar abiertamente ese amor arriesgando un total repudio... y eso, sabía que era lo que hubiera recibido. Siguió:

—¿La autopsia fue categórica en el sentido de que Bernard vivió un rato después de la caída?

—Sí, señor. Diez o quince minutos —y sabiendo lo que venía, Quint agregó—: he hablado con el cirujano. Casi no tenía dudas de que el comandante Tucker había estado completamente consciente durante un buen rato. Lo que significa que el comandante casi seguramente tuvo que haber utilizado su reloj y haber grabado dónde había colocado los papeles a menos que... —se interrumpió bruscamente. La última palabra se le había escapado antes de poder pararla.

—¿Sí? ¿A menos que?

Sin vacilar, Quint, salvándose hasta donde pudo, dijo:

—A menos que haya tenido alguna buena razón para no hacerlo.

Warboys dándose cuenta de que Quint estaba madurando rápidamente, que sería un buen hombre pronto y, tal vez, uno mucho mejor que lo que había demostrado ser Bernard, dijo como al pasar:

—Yo no confiaría demasiado en el reloj.

Quint dijo:

—Mrs. Tucker sabrá dónde está el reloj. Se lo pudo haber dado a Dougall, o podía haber planeado dárselo.

—¿El reloj de su marido muerto a su amante?

—Colijo que es una mujer extraña en muchos sentidos. Esos hurtos en los negocios y una cierta tranquila desaprensión por lo convencional.

Warboys asintió, despidiendo a Quint. Cuando se hubo ido (ya con instrucciones de reunirse con Lassiter en el Empress Hotel) Warboys fue al armario y se sirvió un *whisky*. Durante un momento o dos había estado tentado de impartir órdenes para que cuando se encontrara el reloj se lo llevaran antes de pasar la cinta. Dios sólo sabría lo que Bernard pudo haber dicho. La perspectiva de la muerte podía concentrar la mente de un hombre en una extraña dirección. No tenía ningún deseo de que cualquier otra persona oyera ningún otro mensaje de último momento para él de parte de Bernard; alguna cruel, aunque verdadera, despedida.

Luego descartó el pensamiento, avergonzado de sí mismo. Bernard no era el tipo de hombre que fuera a aprovechar los momentos anteriores a su muerte para herir a otras personas.



## DOCE

MIENTRAS bajaban del páramo hacia el boscoso valle del río, Margaret, que manejaba, se desvió del camino principal, hacia el camino lateral.

Maxie le preguntó:

—¿Adónde vas? Este no es el camino de vuelta.

Margaret sonrió:

—Sí. Es otro camino de vuelta a casa. Ya verás.

Manejó cuidadosamente por el estrecho camino rural, hacia el fondo del valle y detuvo el auto sobre el viejo puente de piedra que cruzaba el río. La luz del sol pasaba por entre un borde de pinos, por la baja, blanca casa techada con paja, y por encima de la gris pizarra del granero de piedra que había al lado.

El césped bajaba ondulado hacia el río que caía rápidamente desde lo alto ahora, después de las recientes lluvias. Unos pocos copos de nieve moteaban la orilla del río.

Margaret dijo:

—Te gustaba esta casa, ¿no?

—Por supuesto que sí, amor.

—¿Te gustaría vivir aquí conmigo? Podríamos ser felices, ¿no?

Él se sonrió:

—Podríamos ser felices en cualquier lugar.

—No, no en Lopcommon. No podría existir esa posibilidad. Pero esta casa es para nosotros. Para mí, y para ti. Oh, Maxie... a veces en los últimos días sentí que no podía esperar que llegara este momento. Sentía que si no te lo decía, explotaría. Querido, es toda tuya. No, toda nuestra...

Extendió la mano hacia él con una llave en la palma.

Por un momento Max sintió que quería tomar la llave y tirarla por la ventana al río. Estaba enojado consigo mismo, más que con ella. Tenía que haberlo sabido desde el momento en que ella había salido del camino principal, haberlo sabido cuando se detuvieron sobre el puente. Tal vez cualquier otro hombre enamorado de ella lo hubiera sabido; aunque él pudo haber leído las líneas de ingenua generosidad que adornaban el amor de la mujer. Para esconder hasta la más mínima señal de sus sentimientos, puso la mano sobre la llave y la atrajo hacia sí apoyándole cariñosamente la cara contra su hombro.

Dijo, la verdad y la pasión por ella, y el enfado por su generosidad, mezclados y moviéndose lentamente en su interior:

—Oh, niña... ¿qué le puede decir un hombre a alguien como tú? ¿Crees que hay alguna parte de mí que quiera otra cosa que tu amor? —con las manos sobre los hombros de ella, la apartó, mirándola fijamente a los ojos—. Si yo te dijera que no, que volviéramos a mi cabaña y que ése sería el lugar para nuestro amor, ¿lo aceptarías?

Margaret quedó en silencio durante un momento y luego levantó la llave, la cara suavizada por la felicidad, los ojos brillantes. Dijo:

—Dime que tire esto al río y lo haré. Dímelo, Maxie...

Repentinamente, él se rió, sacudiendo la cabeza:

—Mi Dios, eres salvaje e inesperada, y el amor te ha dado una valija llena de artimañas. ¿Dónde está la mujer que caminaba por la playa sola y vacía? ¿Dónde está Mrs. Tucker que no podía distinguir un día de otro, porque todos eran iguales? Tuve que liberar por el amor a un pájaro de su jaula, un pájaro que tendría miedo de volar, que se apartaría de la libertad... y ¿qué tengo? Un fino halcón que parece que quiere volar de la jaula. Un verdadero andariego que aún en una jaula atesoraba todos los poderes de la libertad y, lanzado hacia arriba, toma el viento bajo las alas, hacia el alto cielo... Oh, niña, una cosa que te pido es que no dejes de sorprenderme con tus verdaderos dones. No éste... —hizo un cabeceo hacia la casa— aunque sea excelente y demasiado generoso, sino con los dones que provienen de ti misma...

Y hablando, el poder de sus propias palabras suavizó su enojo, palabras lanzadas sin pensar y sin cuidar posibles exageraciones, sólo palabras que eran más un bálsamo para él mismo que para ella. Vio que se le humedecían los ojos y sintió el fuerte movimiento de duda con respecto a sí mismo. No era ella la que era guiada y gobernada y convertida en criatura de otro, sino él, marcado para eso. Y le pareció que por el bien de su propia hombría y la vieja cuenta que deseaba arreglar, contra todas las privaciones de su forma de vida, tenía que llegar el momento en que algún don debía ser rechazado. Algún acto de rebelión era necesario para él, contra las suaves líneas que el destino le estaba proporcionando a él y a ella. No le estaban dejando ninguna tarea por hacer, ninguna sutileza que desplegar, ninguna habilidad que demostrar. Las cosas que llegaban demasiado fácilmente no tenían valor... ¿O quería que, a pesar de toda la comodidad del momento con la que primero ella, y luego sus dones, habían llegado a sus manos, en el acto final de desahuciarlos (una nube que cambiaba constantemente de forma en su mente) se quedaría enteramente solo y se encontraría deseando algo?

Abrió la puerta con la llave, tomó a Margaret en brazos y con ella traspasó el umbral. Recorrieron la casa juntos. Los anteriores ocupantes habían dejado la casa el fin de semana en que había muerto su marido. Ella ya había traído de Lopcommon algunas de las cosas que quería. Todos los adornos de la casa eran de ella, muchos de ellos provenientes de su vieja casa de Escocia. Ella no lo dijo, pero él se dio cuenta de que habría poco allí que le recordara a Lopcommon. Lo llevó hasta el piso del

granero y se le ocurrieron muchas ideas para convertirlo en un estudio o un lugar de trabajo para él...

—Podemos abrir una gran ventana. Podrás sentarte aquí y trabajar y mirar el río. Estamos a veinte millas de la ciudad, y el pueblo está a una milla de distancia. No habrá ninguna incomodidad. Venderé Lopcommon Barton... ¡Oh, Maxie, Maxie, mi amor! Seremos felices aquí.

Era como una chica, una chica joven con un primer amor que le coloreaba sus días, y le abrigaba el corazón. Mientras siguió hablando, abriendo puertas y armarios y recogiendo adornos para mostrárselos, él sintió una repentina simpatía por ella, un profundo, inesperado afecto. Las nieves de la soledad de ella se habían derretido y corrían por los altos arroyuelos llenos de charla y resplandor, bajo un sol largamente ausente. La tomó repentinamente y la hizo girar, atrayéndola hacia sí.

Ella se dio cuenta de la mirada de sus ojos y dijo:

—Oh, no, Maxie, ahora no, hay tanto que hacer...

Él se sonrió, la levantó y dijo:

—Sí, es verdad, pero hay que dar a las cosas su adecuada prioridad. Esta es nuestra casa. El amor ocupa aquí el primer lugar.

Comenzó a llevarla arriba, hacia uno de los dormitorios.

Kerslake, pensando cómo tomaría Quint las noticias, eligió cuidadosamente sus palabras. Dijo:

—Sí, señor, está de vuelta. Pero no en Lopcommon. He recibido un llamado de su abogado, hace un rato. Lo llamó para concertar una cita para verlo mañana. Aparentemente ha vuelto hace tres días, está viviendo en una casa que le pertenece, cerca de Stonebridge. Eso queda a unas veinte millas de distancia.

—¿Hace tres días? —Quint no intentó ocultar su enojo—. ¿Cómo puede estar viviendo hace tres días dentro de las veinte millas de este lugar y que su auto no haya sido localizado? ¡Por amor a Dios! Hemos estado sentados aquí durante varios días y cuando ella vuelve, pasan tres días antes de que alguien nos avise. ¿Qué clase de policías tienen ustedes aquí?

Lassiter junto a la ventana del cuarto se dio vuelta y dijo:

—¿Sabía el abogado que tenía esa casa?

—Sí, señor. Aparentemente la alquila amueblada. Los últimos inquilinos se fueron justo antes de que ella se fuera con ese hombre Dougall.

—¿Y nunca se le ocurrió al tonto hacernos saber eso?

—Bueno, señor, supongo que habrá pensado que no tenía importancia. En cuanto a no localizar el auto... bueno, fue pasado el informe, diez minutos después de que Browning me hablara.

Lassiter sonrió para sus adentros. Kerslake no había hecho nada malo, pero era leal a su clase. Dijo:

—Está de vuelta. Eso es lo importante. Supongo que Dougall está viviendo con ella ¿no?

Kerslake asintió.

Quint no dijo nada. Días de frustración, días en que en cada informe a Warboys por la noche había sentido la frustración y el creciente enojo de aquél y éstos, una señal de la preocupación de los hombres detrás de él, acosándolo, sin duda, con menos sutileza que la que Warboys hubiera utilizado nunca con alguno de sus propios agentes. Y tres de esos días perdidos a causa de la maldita estupidez de un abogado de la campaña y a algún estúpido policía de pueblo.

Lassiter dijo:

—¿Conoce usted la casa?

Kerslake dijo:

—Sí, la conozco. ¿Quiere que llame por teléfono y pida una entrevista para...

—No hay necesidad de pedir entrevistas —dijo Quint—. Baje al auto. Nos llevará allí. Estaremos con usted en un minuto.

—Sí, señor —Kerslake dejó el cuarto.

Quint dijo a Lassiter:

—Cuando vaya a buscar su abrigo a su cuarto haga un llamado a Londres y dígales que la hemos encontrado. Por lo menos ésa es una noticia que Warboys podía transmitir.

—Hay algo más importante que eso.

—¿Qué?

—La forma en que encare el asunto con ella. No sirve de nada que me mire fijo y con rabia. Tiene que elaborar su plan antes de entrar al auto con nuestro joven amigo. La espera nos ha colocado a los dos en el límite de nuestros nervios. Pero eso no tiene nada que ver con ella. Si la aborda abruptamente (y no tiene ninguna razón para hacerlo) la podría colocar en un estado de ánimo negativo. Lo cual sería absolutamente contraproducente para lo que queremos. Y no se ponga nervioso conmigo. Estoy pensando en usted y en el trabajo.

—Por amor de, Dios, ¿qué se ha creído que soy? Ella no ha cometido ningún delito. Sólo queremos su ayuda.

Lassiter sonrió.

—Creo que usted se siente tan aliviado que se complacerá en ser duro con ella, cosa que lamentará diez minutos después. De modo que le sugiero que me deje manejar el asunto durante los primeros momentos. No hay ninguna necesidad, al menos que nos veamos obligados a hacerlo, de entrar en el tema de Bernard y su casamiento y el hecho de haberlo mantenido en secreto. Ella tendrá bastante con qué lidiar. La queremos de nuestro lado. No olvide que es Mrs. Tucker. Y que a ella le van a llegar un montón de sorpresas.

Durante un momento o dos Quint no dijo nada, luego sonrió e hizo una seña afirmativa con la cabeza. Había muchos otros hombres que hubiera podido tener

junto a él, hombres que no se habrían arriesgado a ofrecer un consejo o que deliberadamente se lo hubieran guardado, para gozar con las dificultades que le pudieran ocasionar a él. Pero Lassiter no, y Lassiter, lo sabía, no lo hacía totalmente por él. Lo había hecho en beneficio del trabajo, más que por otra cosa.

Dijo:

—Tiene razón. Aunque creo que me hubiera tranquilizado en el auto. La trataremos amablemente y no estaremos demasiado tiempo. Que se haga a la idea del asunto y que se pase la noche pensando en eso.

Lassiter fue a su cuarto a buscar el abrigo, se sirvió un *whisky*, y lo bebió mientras esperaba el llamado de Londres. Mrs. Tucker, la mujer de Bernard, la mujer de un hombre que había sido de una sola pieza con ellos, y en cargo más alto que ellos. Se merecía un tratamiento especial y, por todo lo que había dicho, sabía que a Quint le hubiera tomado mucho tiempo llegar a eso. La curiosidad que la mujer había despertado en él, una curiosidad que había crecido lentamente durante los últimos días se acentuó en ese momento en que sabía que estaría frente a ella. Había visto fotografías de Mrs. Tucker, había revisado su casa tres veces, había leído su diario, había explorado la cabaña de su amante. Además, hubo un llamado especial de Warboys al médico, con quien habían hablado sobre sus hurtos cometidos en estado de perturbación mental. Quint, adelantándose, frustrado, la mente vuelta a cualquier extraña posibilidad, se había preguntado si ella podía conocer el lugar del escondite de Bernard. En alguno de sus estados de trastorno mental podía haber sacado los papeles y haberlos escondido o haberlos destruido, un pensamiento desvariado que Lassiter no compartía. Ahora, dentro de un rato, la vería y hablaría con ella. Como sucediera esto, sabía que una gran porción del Bernard muerto estaría vivo para él.

Cuando llegaron a la casa, ella les abrió la puerta. Kerslake se había quedado en el auto. Lassiter le entregó su tarjeta, presentó a Quint y dijo que eran viejos amigos de Bernard y también socios de negocios. Que estarían agradecidos si les dedicara un poco de tiempo. Había distintos asuntos profesionales que Bernard había dejado sin terminar y esperaban que ella pudiera ayudar a aclararlos. Le dio el sentido pésame y lamentó tener que molestarla, tan pronto después de la muerte de su marido.

El *hall* estaba decorado para la Navidad, que había sido un poco más de una semana atrás. Margaret miró la tarjeta y dijo:

—¿Ministerio del Interior?

—Sí, Mrs. Tucker. Se lo explicaremos.

Pasaron al *living*. En la chimenea había leños encendidos. Les ofreció algo de beber, que ellos rechazaron. No había señales de Dougall.

Margaret confundida, dijo:

—¿Por qué Bernard no me dijo nunca que estaba en el Ministerio? Tenía entendido, por lo que me dijo, que trabajaba para una firma comercial... algo que tenía que ver con corretaje de té.

—Sí, lo sé —dijo Lassiter. Era más alta de lo que él se había imaginado por las fotografías, parecía más joven y de atrayente silueta. No era hermosa, pero con una linda cara. No era difícil imaginar cómo habría sido cuando Bernard la conoció. Una distante lealtad hacia Bernard y una genuina preocupación por la paz espiritual de ella se movieron en su interior. Continuó—: Bernard no tenía ningún deseo personal de engañarla. Simplemente resultaba que su cargo en el Ministerio era altamente confidencial. Trabajaba en las más delicadas áreas de los asuntos de Estado. Le gustara o no, estaba obligado a practicar ciertas... bueno, ficciones cortesés. Uri poco antes de su muerte se le había dado permiso para hacerle saber a usted la verdad. Desgraciadamente... bueno, murió antes de que llegara la oportunidad. Más adelante nos gustaría venir a hablar con usted nuevamente, y entonces estaremos encantados de contestarle cualquier pregunta que podamos, sobre la vida de Bernard, y ayudarla con cualquier problema que tenga... quiero decir, respecto del departamento en Londres, sus efectos personales y asuntos financieros conectados con su ocupación. Pero por el momento, Mrs. Tucker, tenemos que limitarnos a un solo asunto de importancia, en el que necesitamos de su ayuda. Se refiere a unos muy importantes papeles de Estado que estaban en poder de su marido y que tenemos que recobrar.

Margaret dijo:

—¿Usted quiere decir que hacía trabajos secretos... bueno, como las cosas que uno lee por allí?

Lassiter sonrió:

—En cierta forma. Aunque era todo perfectamente correcto. El comandante Tucker era un hombre muy respetado en su profesión. Si hubiera vivido, sin duda habría recibido las condecoraciones correspondientes por los servicios prestados. Tengo que decirle que hemos leído el informe oficial sobre su muerte. No queremos molestarla, pero espero que sea lo suficientemente amable como para contestarnos algunas preguntas, preguntas que no tienen nada que ver con su muerte accidental. Una pérdida, debo decirlo, que todos nosotros en el Servicio lamentamos enormemente.

Lassiter hizo una pausa. No le asignó mucha importancia a su última frase, pero con las mujeres nunca se sabe. Podía ser algo que ella esperara, aun habiendo pensado dejarlo a Bernard. Había expresiones convencionales que los vivos (no importaba sus verdaderas emociones) siempre esperaban oír sobre los muertos.

Margaret dijo:

—Les ayudaré en todo lo que pueda. Pero, realmente, no sabía nada del trabajo de Bernard. Y ahora comprendo por qué.

Ella comprendía los hechos simples, pero no la necesidad de un hombre de excluir a su mujer de la mayor parte de su vida. Durante un momento o dos fue presa de aguda compasión por el Bernard que había estado obligado a cerrarle a ella tanto de su vida. Lassiter, amable y consideradamente, siguió hablando, explicándole lo de los documentos que Bernard había llevado a su casa, explicándole con qué cuidado

los habría guardado, que ahora faltaban y que una revisión adecuadamente autorizada de Lopcommon, mientras ella había estado ausente, había terminado en fracaso. Era franco, pero sin énfasis, y esto es alguna medida cortó el comienzo de resentimiento que pudo haber sentido ella por la intrusión. El instinto la llevó a la certeza de que detrás de esos hombres descansaba una gran fuente de poder e influencia. Borrosamente, ahora, advirtió que el mismo tipo de magnetismo rodeaba a Bernard.

Lassiter terminó:

—Bueno, ésa es la situación, Mrs. Tucker. En cuanto a lo que a su vida personal se refiere, cuyas circunstancias nosotros conocemos, es algo que no nos concierne. Todo lo que nos interesa son esos documentos. Mi colega, Mr. Quint, trabajaba directamente bajo las órdenes de su marido. De modo que es mejor dejar que él le relate el resto.

Margaret asintió. Le gustaba Lassiter, pero por el otro no sentía nada. Se había quedado sentado en silencio, observándola, un hombre de cara enjuta, pelo oscuro con una cualidad de inmovilidad, como si estuviera fuertemente lesionado, tenso contra el golpe de fuertes energías interiores que buscaban ejercicio. Al darse vuelta en dirección a él, Quint hizo una leve inclinación de cabeza y sonrió.

Dijo con calma:

—Usted no estaba en su casa cuando el comandante Tucker llegó ese sábado. ¿Le había avisado por teléfono que iría a pasar el fin de semana?

—No. Raramente lo hacía. Simplemente aparecía, en general sin aviso.

—El domingo trabajó la mayor parte del día con esos documentos; ¿no?

—Sí. Por lo menos me imagino que serían esos papeles. Dijo que era un importante informe de negocios que tenía que preparar.

—¿Los vio usted?

—No.

—¿Dónde los pudo haber escondido el sábado a la noche?

—Me imagino que en su caja fuerte. La de su estudio o la del dormitorio.

—Durante ese sábado, ¿salió en algún momento? Quiero decir ¿dejó la casa en algún momento antes de salir a caminar esa noche?

—No creo.

—¿No está absolutamente segura?

—No. Pero generalmente me avisaba si iba a alguna parte.

—Él terminó su trabajo no mucho antes de la hora en que generalmente tomaban un trago a la noche. ¿Lo vio subir a su cuarto?

—No, pero lo oí. Yo estaba en la sala de estar y la puerta se abrió. Me imagino que subió con sus papeles, los guardó, se cambió y luego bajó a tomar algo. Fue entonces...

—Sí, ya lo sabemos. La cuestión es, Mrs. Tucker, que no creo que estemos equivocados al pensar que el comandante Tucker subió a su dormitorio con esos

importantes papeles. Los colocó en la caja fuerte, los dejó en la caja fuerte de su estudio. Pero los papeles no se encontraron en ninguna de las dos cajas, y no se encontraron en el curso de las muy cuidadosas revisiones que hemos hecho en Lopcommon. Esto sugiere, en realidad, que no puso los papeles en ninguna de las dos cajas fuertes, o que lo hizo y posteriormente fueron sacados por alguien.

—No me puedo imaginar por quién.

—Tampoco yo. No creo que hayan sido sacados, porque no creo que hayan sido nunca puestos en ninguna caja fuerte. El comandante Tucker los escondió, casi seguramente, en algún lugar de la casa. ¿No tiene idea si tenía algún lugar secreto para esconder cosas, en la casa? ¿Especialmente arriba?

—No, que yo sepa. Yo misma abría las dos cajas. La del estudio tenía papeles privados que llevé a mi abogado. La del dormitorio sólo tenía una carpeta vacía. La dejé allí.

—Sí, la vimos. Los papeles estaban allí originariamente. Colijo que no tiene intención de volver a vivir en Lopcommon, ¿no es así?

—Así es. Lo venderé o lo alquilaré amueblado, como acostumbraba a alquilar esta casa.

Se sentía más cómoda ahora con él, pero sabía que nunca le tendría simpatía. Cuando le hablaba, sus ojos nunca se apartaban de su rostro. Lassiter, ella se dio cuenta, parecía por momentos estar prestando poca atención. Miraba fijo al cielo raso o sus ojos recorrían lentamente el cuarto. Raramente la miraba. Tenía el extraño presentimiento de que estaba aburrido y que esos papeles le importaban muy poco.

—Cuando usted vino aquí, justo antes de irse, trajo una cantidad de cosas de Lopcommon, ¿no?

—Sí. Principalmente mis objetos personales.

—¿No trajo nada del comandante Tucker?

—Bueno, realmente no. Tenía muy pocas cosas en Lopcommon, excepto su ropa.

—¿No trajo nada de su dormitorio o de su estudio?

—Sí, de su dormitorio. Había una o dos fotografías de él, de su época de marino, y un pequeño modelo de su primera fragata, y una fotografía de nosotros dos tomada justo después del casamiento. Oh, sí, y una gran Biblia de familia, que él tenía junto a la cama.

—¿Cómo de grande?

—Oh, de este tamaño más o menos... —Margaret hizo un gesto con las dos manos para indicar el tamaño de la Biblia.

—¿La podemos ver?

Margaret se levantó y dejó el cuarto.

Quint dijo:

—Está muy tranquila.

—¿Por qué no? Bernard no murió antes de ayer para ella. Sucedió años atrás — Lassiter dirigió una mirada a la bandeja de plata que había sobre la mesa junto a la

ventana, con un botellón y vasos. Bernard le había planteado un problema y también se los había planteado a ellos. Ella estaba camino a resolver bien el suyo. Maxie Dougall era un hombre de suerte; una mujer refinada, una buena casa y una gran fortuna, que le cayeron justo en la falda... él le deseaba toda la felicidad que se merecía. Siguió diciendo—: El resto dígaselo en diez minutos. Se va a quedar despierta esta noche durante un largo rato, pensando. Mañana será otro día.

Margaret volvió con la gran Biblia de familia, las tapas sujetadas por un ancho cierre de bronce. Quint la abrió y revisó sus páginas, y luego le devolvió el libro diciendo:

—Era sólo una idea. Para su información, los papeles, doblados en dos, entrarían en algo de esta forma y tamaño. Enrollados... bueno entrarían en algo del tamaño de un florero alto o de una pata redonda de mesa. ¿No trajo ningún mueble aquí?

—Ninguno.

—Usted perdonará esta pregunta, estoy seguro, Mrs. Tucker, pero los efectos personales del comandante Tucker, la ropa que llevaba y las cosas como su billetera y demás, que tenía cuando murió. ¿Qué hay de ellas?

—La policía habrá arreglado la donación de su ropa a alguna obra de beneficencia, me imagino. Dejé lo que llevaba consigo, en Lopcommon. En realidad no he vuelto a pensar en ellas.

—No podría haber dado o estuviera pensando en dar algo como recuerdo, digamos su billetera una cigarrera o un reloj, a alguno de sus amigos de aquí, ¿no?

Margaret sacudió la cabeza:

—Bernard no tenía amigos aquí. Si hay algo que usted o Mr. Lassiter quieran o alguien de su oficina... bueno, estaré encantada de que se lleven lo que quieran. No podría pensar en nadie de aquí que quisiera nada por el estilo, absolutamente nadie.

Lassiter se levantó. Por primera vez la voz de Margaret se había endurecido, por primera vez algo de su callada desesperación y malgasto de sus años pasados habían sido exhibidos deliberadamente. Dijo:

—Ha prestado usted una valiosa colaboración, Mrs. Tucker. No la molestaremos más por esta noche. Pero ¿le podemos pedir que piense dónde pudo haber escondido el comandante Tucker esos papeles? Tal vez, también, se nos permitirá volver a verla mañana. —Se sonrió—. Finalmente encontraremos los papeles, por supuesto. Creo que cuando lo hagamos será porque se le haya ocurrido algo a usted... algún pequeño detalle, cuya importancia no será aparente para usted, pero lo será para nosotros. Lo único que le pido, por la importancia del asunto es no hablar de esto con nadie excepto con Mr. Dougall. Comprendo que eso sería razonable. Pero por favor, pídale que tenga la misma discreción que usted.

Durante un momento, una pequeña sonrisa, un momento de clara gratitud, apareció en el rostro de Margaret. Él sabía que sonaba como un bondadoso abogado de familia. Esperaba, pero no con mucho optimismo, que esa relación se pudiera mantener siempre así.

Margaret dijo:

—Gracias, Mr. Lassiter, y a usted Mr. Quint.

Kerslake los llevó al hotel. Se sentaron atrás y no hablaron entre sí. Había una cantidad de cosas que Kerslake hubiera querido saber. Presentía que si alguna vez llegara a trabajar con gente como ellos siempre habría situaciones similares. Para un hombre con un fuerte sentido de curiosidad eso sería duro de aceptar pero con la práctica, uno podía aprender a atenerse a las normas. Si no de parte de Quint, en mínimo grado de parte de Lassiter, tenía la impresión de que le tenían simpatía y no tenían verdaderas quejas. La estupidez de Browning y del jefe de policía de Stonebridge no tenían nada que ver con él. Mientras manejaba, se permitía el descabellado sueño de hacer algo, tomar alguna iniciativa que lo señalara fuertemente como la clase de material de ellos. Dios, no parecían nada, pero eran hombres de real poder detrás. Él era joven, no había nada para él en ese pueblo...

Mientras tomaban un *whisky* en el cuarto de Quint, antes de comer, Lassiter dijo:

—Entonces ella no sabe que el reloj pulsera ha desaparecido.

—Pudo haber tenido la esperanza de que no entrara Dougall llevándolo puesto.

—¿Esa es la impresión que tiene de ella?

—Es una mujer. Oh, fue útil, pero no estaba siendo acosada. Los documentos son la cosa importante. Volveremos al reloj más adelante. Sé que usted estará pensando que Bernard pudo haber grabado dónde escondió los papeles.

—¿Quiere hacer una apuesta?

—¿En qué sentido? —preguntó Quint.

—Le apuesto cinco libras. No debe haber dicho nada.

—¿Por qué no?

—Porque creo que yo lo conocía mejor que usted. Y estamos conociéndolo mucho más. Esos papeles son sucios. Warboys, normalmente, no hubiera tocado este asunto ni con guantes puestos. Pero lo tuvo que hacer. Bernard tiene que haber sentido lo mismo. No hubiera dicho nada de aquellos. La muerte hubiera sido un poco más aceptable para él de esta manera. Bernard no ayudará desde la tumba. Fundamentalmente, él odiaba todo el Servicio. No malgastaría su último aliento en eso...

Maxie Dougall estaba tendido en cama junto a la dormida Margaret. Afuera, en los altos pinos junto al puente, un par de lechuzas se llamaban, la una a la otra, y desde los bosques que se levantaban más allá del río, oyó el grito corto, vehemente de una loba y el aullido de respuesta de un lobo. Aunque había habido vientos intermitentes y fuertes lluvias durante semanas, el tiempo había sido desacostumbradamente suave. Esos lapsos no eran poco comunes en el oeste, y la naturaleza respondía a ellos. Los pájaros comenzaban a lanzar un ocasional llamado de cortejo, en lo profundo de algún cerco, las pequeñas frutillas silvestres florecían pálidamente. Hoy había visto un par de cuervos que llevaban palos secos a un viejo nido y, una vez llegados, los habían dejado caer al suelo, como si su intento originario

se les hubiera desvanecido de la memoria. Las plantas y los animales tenían que andar todavía un largo camino. Habría fuertes heladas y nieve para año nuevo. El suelo estaría duro como el hierro y cubierto de nieve y no sería cuestión de cortejos o florecimientos.

Estaba tendido, escuchando el sonido de la tranquila respiración de Margaret. Tener a una mujer respirando suavemente a su lado, era una nueva experiencia para él y una experiencia que a pesar de ser antigua, no era un lugar común. Había placeres en tener a una mujer, estaba empezando a darse cuenta, que residían mucho más allá de la carne y las fuertes emociones del dominio y la posesión. Era un extraño conocimiento y una fina experiencia, y, sospechaba, una combinación que podía tener su propia seducción. Esta, se imaginaba, era la forma en que era feliz la gente casada... la pasión no gastaba, pero moldeada en diferente proporción; nuevas, pequeñas alegrías, emergían en la superficie del largo arroyo de la vida diaria. Lo podía comprender, aun aplaudir, pero sabía que no era nada para él. Ser incondicional de otra persona, aunque fuera en la más pequeña medida, por el resto de su vida, no era para él.

Margaret se había sentido perturbada por la visita de los dos hombres. Deseaba que hubiera estado él cuando eso ocurrió. Lo necesitaba no sólo contra ellos sino contra las verdades que habían dicho sobre Bernard. Pensando en todo lo que le había dicho ella sólo podía sentir una triste curiosidad con respecto al hombre. ¿Cómo podía cualquier hombre haber moldeado o dejar que le moldearan la vida en la forma que había sucedido con la de él, tener una esposa y esconderle tanto de sí mismo? Nunca le había hablado al hombre en su vida y sólo lo había visto infrecuentemente. Se conmovió en ese momento por un estremecimiento de desprecio. Proviniera de la cría que proviniese, era un enano a quien habría que haber metido en un balde de agua y cerrarle la tapa.

Cuando los hombres volvieran, le había dicho a Margaret que no tenía que hablarles a menos que él estuviera con ella. Que intentaran provocar problemas sobre el asunto y tendrían que habérselas con él. Metiéndose en la vida de las demás personas, todo por unos malditos documentos oficiales, que probablemente no tendrían la más mínima importancia. Sabía a qué clase pertenecían, porque hombres como él siempre habían sufrido con esos tipos antes de que aprendieran a lidiar con ellos. Eran como guardianes de orfelinato, inspectores de colegio, policías, burócratas arribistas de oficinas locales... deles algún poder y lo usan, divirtiéndose. Pero no con él, o con Margaret. Mientras ella fuera suya, no la tocarían.

Afuera, el lobo volvió a llamar y fue contestado por la loba. Se dio vuelta para dormir, moviendo suavemente el cuerpo para no despertarla, y besó su mejilla, sólo rozando su tibia piel.

Billy Ankers también estaba tendido en la cama. Esa tarde se había encontrado brevemente con Kerslake en un bar. No era un mal tipo, Kerslake. Pero no convenía acercarse demasiado a ningún policía. Le gustaba su gota de alcohol era cierto, pero nunca pasarse de la línea. Se veía a sí mismo cómo yendo a lugares, tal vez. Bueno, buena suerte para él. Nunca había llegado a oír de un policía que hubiera hecho fortuna. Torcidamente o de otra forma. Durante un tiempo, pensó si Kerslake buscaba obtener algo de él. No era una certeza; simplemente se le había ocurrido. Bueno, podía no haber querido nada de él, pero le había dado que pensar. Conversaron de cuestiones locales y de alguna manera las cosas se encaminaron al tema que todavía estaba al frente, en la mayoría de los bares y por todos lados... Maxie Dougall y Mrs. Tucker. Grandes noticias para un pequeño pueblo como ése. La gente tenía suficiente tiempo para indagar en la vida de los demás. El chisme era su pan diario.

Se sonrió a sí mismo en la oscuridad. Esa Mrs. Tucker... Ciertamente había progresado. Llevar al bueno de Maxie de vacaciones y vivir con él ahora en Stonebridge. Qué descarado, y su marido que sólo se había ido hacía unas semanas. Como por casualidad, le había preguntado a Kerslake si era verdad, y éste le había dicho que sí, y agregó que no era asunto de ninguna otra persona más que de ellos.

Mañana haría la carta para la mujer. Descarada podía ser. ¿Y por qué no? Dejar a una mujer de su apariencia y figura sola, era pedir que cualquier hombre se fuera con ella. Pero ella tendría que pagar por eso.

Haría un borrador de la carta en tinta, lo corregiría, y luego todo lo que tenía que hacer era ponerse a escribir a máquina. El garaje de abajo cerraba a las nueve. La chica de allí utilizaba una portátil. Todo lo que tenía que hacer era escabullirse por atrás y tomarla prestada. Le llevaría una hora a lo sumo, y nadie se enteraría a la mañana siguiente.

Fácil. Miró fijamente en la oscuridad... fragmentos de la carta iban tomando forma en su mente. Luego mientras lo invadía el sueño, los temerarios pensamientos de lo que haría con mil libras, lo llevaron flotando a otras regiones.



## TRECE

ESTABA lloviendo fuerte, un chaparrón ininterrumpido llevado por el viento, que de vez en cuando castigaba contra la ventana de la sala de estar. Desde dónde estaba sentado, Lassiter podía ver los pinos abajo, junto al puente del río, sus verdes copas nebulosas por los chorros de agua de la ventana, barridas y balanceándose por el viento. Había cuatro personas en el cuarto, él, Quint, Mrs. Tucker y Maxie Dougall. Cuando ella los había hecho pasar, Dougall ya estaba en el cuarto. Nadie había sugerido que se quedara o se fuera. Una mirada entre él y Quint había sido suficiente para señalar su falta de oposición. Querían que ella hablara, que estuviera cómoda. Podrían sacar más así, si estaba relajada. Hasta entonces Dougall no había dicho nada. Lassiter notó que aunque él era el que hablaba, Dougall observaba a Quint la mayor parte del tiempo. Tal vez, pensó Lassiter, reconoció instintivamente la real autoridad en el cuarto. Quint era el tipo tranquilo, auto-controlado, y sospechaba, también, el hombre que tenía autoridad y poder. Si empezaban a acosar a Margaret Tucker, Dougall reaccionaría en seguida. El amor era posesión y uno cuidaba sus propias adquisiciones. Estaba contento de que Quint hubiera decidido nuevamente que él manejara primero a Margaret Tucker.

Dijo:

—Sé que usted no podrá ver el meollo de todo esto, al principio, Mrs. Tucker, pero el hecho es que el comandante Tucker que conocíamos nosotros era un hombre diferente del que conocía usted. Y fue el hombre que conocía usted el que escondió los papeles, en algún lugar, estamos seguros, dentro o cerca de Lopcommon Barton. Si usted no tiene inconveniente nos gustaría que nos contara algo de ese hombre.

Margaret dijo tranquilamente:

—Yo también conocía dos hombres, Mr. Lassiter, El hombre con quien me casé y el hombre que llegó a ser después.

—Por supuesto que no creo que tengamos que retroceder hasta los comienzos. Empecemos por el hombre que era cuando llegó usted por primera vez a Lopcommon. ¿Habían empezado a andar mal las cosas entre ustedes entonces?

—No, realmente no. Aunque había signos. Todavía venía a casa bastante a menudo y hacíamos cosas juntos. Hacíamos más vida social, aunque no era algo que él realmente alentara nunca. Fue miembro del club de golf, pero sólo durante un tiempo corto. Teníamos amigos para jugar al *bridge* y a veces íbamos a las carreras

pero no durante mucho tiempo. Parecía estar contento con quedarse en la casa o sus alrededores.

—¿Haciendo qué?

—Hacíamos jardinería juntos. Al principio le gustaba eso. Pero lo dejó. Realmente no sé por qué. Era muy bueno para eso, paciente y conocedor. Al final me lo dejó todo a mí, y, por supuesto, al jardinero que venía de vez en cuando.

—¿Qué hacía entonces? ¿Se quedaba sentado adentro, leyendo, trabajaba... hacía largas caminatas?

—A veces, sí. La mayor parte del tiempo, por lo menos al principio, solía trabajar en la casa.

—¿Quiere decir usted que era habilidoso?

—Oh, muy habilidoso. Creo que la mayoría de los marinos lo son. Hacía todos los arreglos de la casa y hacía cosas en su taller. Los portones de la entrada de Lopcommon fueron hechos por él.

—¿Tenía un taller?

—Sí. Ahora es el cobertizo del jardinero.

—¿Hacía alguna otra cosa? Quiero decir, algo que recuerde usted especialmente, o algo que le gustara claramente.

La mujer hizo una pausa durante un momento, buscando en la memoria. Lassiter presentía que Quint no se quedaría callado por mucho tiempo.

Margaret dijo:

—Bueno, no recuerdo ninguna otra cosa en especial que le gustara. Los portones, sí. Pero en general reparaba cerraduras y artefactos eléctricos. Me hizo nuevos estantes para la cocina, que yo le pedí que hiciera, y ese tipo de cosas como pintura y empapelado de armarios. Lo que sé es que cualquier cosa que había que hacer en la casa... bueno, en esos primeros tiempos lo hacía. Luego eso pasó. Simplemente no se interesaba más (excepto sus cosas de la marina). Cuando terminó con esas cosas... bueno, dejó su taller y éste se convirtió en cobertizo de jardinería. Llegué un día después de unas vacaciones en Escocia y todo había desaparecido.

Lassiter, dándole deliberadamente a Quint los pocos minutos que necesitaba, dijo:

—¿Usted fue a Escocia sin él?

—Oh, sí. Solía ir todos los años generalmente sola, cuando vivía mi tía. Tenía noventa y tres años cuando murió. Bernard vino los dos o tres primeros años pero luego... bueno, fui sola.

Quint dijo:

—¿Cuando habla de cosas de marina, a qué se refiere exactamente, Mrs. Tucker?

—A sus barcos. Pequeños modelos de todos los barcos en que había servido, o que conocía. Los solía tener por todos lados, en el estudio de abajo. Luego un día, hace algunos años, los regaló. Creo que a un club infantil. En Londres, creo que dijo.

¿Existía, pensó Lassiter, algún simbolismo en eso?

Quint dijo:

—¿Todos, Mrs. Tucker?

—Sí. Excepto el verdaderamente especial. Ya le he hablado de eso. Su primera comandancia. Lo traje conmigo aquí. Un hermoso pequeño modelo.

—¿Cómo de pequeño?

Margaret vaciló:

—Oh... más o menos de este largo —extendió las manos separadas por unos sesenta centímetros.

Quint dijo rápidamente:

—Yo no llamaría a eso pequeño.

Dougall se levantó y habló por primera vez:

—Es pequeño... comparado con el original. La pequeñez, Mr. Quint, es relativa.

Lassiter sonriendo para sus adentros, interrumpió y contestó por Quint:

—¿Tal vez lo podríamos ver?

Dougall miró a Margaret y dijo:

—Lo buscaré yo, amor.

Cuando Dougall volvió con el modelo, se lo entregó a Lassiter, quien, no sin algún placer, supo que era Quint el hombre señalado, no él, como posible amenaza para la paz espiritual de Margaret Tucker. El hombre podría ser cualquier cosa menos tonto.

Se levantó y llevó el modelo a la luz de la ventana. Estaba hermosamente hecho y sabía que Bernard habría hecho cada detalle exactamente como tenía que ser. El casco era lo bastante grande como para que entraran los papeles. Mientras pasaba los dedos por los accesorios de cubierta y la estructura del puente, Margaret dijo:

—¿Cree que éste pueda ser el lugar del escondite?

Lassiter, explorando y jugueteando con el modelo, dijo:

—Podría ser el lugar del escondite, sí.

Pero, lo presentía, no el que hubiera elegido Bernard. Cualquiera que registrara la habitación, habría sospechado en seguida. Sin embargo, nunca se sabe... De todos modos, corroboraría lo que ellos pensaban: Mrs. Tucker tenía consigo una información que ellos querían y que sólo una sesión con ella, sin prisa y sin atemorizarla, la sacaría a luz. Tal vez ya la habían sacado... Presionó un poco hacia adelante la torrecilla del cañón, que giró unos cuarenta y cinco grados y Lassiter sintió que se movía la cubierta y la superestructura. Se dio vuelta, colocó el modelo sobre la mesa, y corrió hacia atrás la parte superior de la fragata. Se movió como la tapa de una cartuchera antigua, dejando el casco totalmente al descubierto. El hueco interior estaba vacío.

Quint le dijo a Margaret:

—¿Sabía usted que la parte de arriba se sacaba así?

Margaret vaciló. Sabía que parecería una tonta, pero no podía hacer nada para evitarlo.

Dijo:

—Sí, lo sabía. Pero hasta este momento se me había ido completamente de la cabeza. Cuando Bernard me la mostró la primera vez, la abrió así. Pero fue hace años y años... y, bueno, nunca he pensado en ello hasta ahora. Realmente lo había olvidado.

Quint dijo pausadamente:

—Bueno, eso es posible. Pero por favor, Mrs. Tucker, trate de recordar todo lo que sepa cuando le hacemos una pregunta. Puede parecerle tonto y sin importancia, pero no lo es para nosotros —sonrió tranquilizándola—. Después de todo, los papeles pudieron haber estado en el modelo, y podía ser que no los encontráramos nunca.

Lassiter le hizo a Quint benévolas señas por su moderación, pero sabía que no iba a durar. Deslizó la parte de arriba del modelo nuevamente hacia su lugar.

Margaret dijo:

—Lo siento.

Quint sacó una hoja de papel de su bolsillo y se la pasó a Margaret:

—Ésta es la lista de la policía, Mrs. Tucker, de todos los objetos que su marido tenía encima cuando lo encontraron. Usted les dio un recibo. ¿Podría verificarlo?

Margaret leyó la lista. Luego asintió y dijo:

—Sí, éstas son todas las cosas. Estaban en el cajón de su cómoda en Lopcommon.

—No todas, Mrs. Tucker —hubo una nota más cortante en la voz de Quint—. El reloj de oro no figura. ¿Usted recuerda haberlo recibido de vuelta, no?

—Sí. En realidad yo...

—¿En realidad... usted qué?

—Recuerdo haber estado intrigada por ese reloj. Por lo que yo sabía, Bernard nunca llevaba reloj pulsera. Siempre usaba un reloj de bolsillo.

—Sí, ya lo sé. Ese lo dejó en el departamento de Londres. Llevaba el reloj pulsera, porque era un reloj especial. Está combinado con un pequeño grabador. Lo necesitaba para la entrevista que tuvo antes de venir a Lopcommon. El reloj es muy importante, Mrs. Tucker, por dos razones. Contendrá sus comentarios y, tal vez, la conversación de otras personas durante la entrevista. Y también, ya que estuvo consciente por algún tiempo antes de morir, muy posiblemente alguna última grabación de él. Si grabó algo, y siendo el hombre que era, creo que seguramente habría declarado dónde escondió los papeles. Habría querido enterarnos de eso, y sabía que no dejaríamos pasar por alto el reloj. Quisiéramos saber dónde está el reloj. ¿Nos puede ayudar en eso?

—¿Cómo puedo ayudarlos? Lo dejé en el cajón cuando me fui.

—¿Y no ha vuelto a la casa desde entonces?

—No.

Quint quedó en silencio durante unos segundos y luego miró a Lassiter.

Este, aliviado de que Quint se atuviera a las instrucciones que habían planeado juntos, sabiendo cómo le hubiera gustado al otro entrar con dureza, dijo amablemente:

—Mrs. Tucker, y usted Mr. Dougall: estamos enterados de todo lo referente a la relación personal de ustedes. No nos interesa, pero espero que los dos se den cuenta de que si tenemos que hacer nuestro trabajo como corresponde, no la podemos pasar por alto totalmente. A veces la pequeñas, inocentes acciones pueden complicar asuntos serios como éste. De modo que tengo que pedirles...

—No tiene que hacerlo —dijo Dougall—. Si Margaret me hubiera regalado el reloj, lo habría dicho. Y también lo hubiera hecho yo. No tengo el reloj, Mr. Lassiter. Estaba en la casa cuando Margaret se fue. Ahora usted dice que ha desaparecido. Entonces alguien lo ha robado. Ninguno de nosotros tiene nada que esconder.

Lassiter dijo:

—Está usted mal encaminado Mr. Dougall. Si Mrs. Tucker le hubiera dado el reloj, Mr. Quint y yo, sabemos que lo habría admitido abiertamente. El reloj ha sido robado. Esto es lo que sabemos hasta el momento. Yo quiero hablar de un punto muy diferente. Y es un punto delicado. De modo... —hizo una pausa, sabiendo que se necesitaba sólo la palabra o inflexión equivocadas para excitar a ese hombre...— volvamos a empezar ¿qué les parece? Y esta vez con usted. Mrs. Tucker confía totalmente en usted Mr. Dougall.

—Sí, por supuesto.

—¿Le habló ella de una consulta que hizo bastante recientemente a su médico, el doctor Harrison?

—Sí, lo hizo.

Margaret dijo:

—Le conté a Maxie mientras estuvimos afuera juntos. Pero no alcanzo a comprender qué tiene que ver esto con los papeles de Bernard.

Quint dijo bruscamente:

—Entonces, déjeme decirle algo. Mrs. Tucker. No nos podemos dar el lujo de pasar por alto ninguna posibilidad, aun cuando... —domó su creciente impaciencia, forzando sus palabras a un tempo más lento...— pudiera significar angustiarse. Usted ha tenido períodos en el pasado, en que hacía cosas y no recordaba haberlas hecho a menos que hubiera alguna evidencia concreta que usted no pudiera pasar por alto.

—Sí, lo he hecho. Acostumbraba a llevarme cosas de los negocios sin saberlo hasta después. Pero ahora hace tiempo que no me sucede.

—Pero usted no hubiera sabido que había hecho algo, a menos que encontrara los artículos en su mano o en sus bolsillos más tarde ¿no?

—No... supongo que no...

—Entonces quiero que considere esto, Mrs. Tucker. Las relaciones están muy tensas entre usted y su marido. Él viene a casa para pasar un fin de semana, el fin de semana en que usted ha decidido decirle que ama a otro hombre y tiene intención de dejarlo. Pero pasa un tiempo, antes de tener oportunidad de decírselo. Él trabaja todo el domingo en sus informes y papeles. Usted sabe que son importantes. Él lo ha dicho. Cuando termina sube a su cuarto y guarda los papeles en algún lugar seguro.

Baja a tomar una bebida con usted. Usted le habla de Mr. Dougall. Hay una discusión, una pelea entre ustedes y finalmente él sale furioso de la casa. ¿Correcto?

—Sí...

—Dejándola a usted en un estado emocional muy grande... muy agitada mentalmente. ¿Está de acuerdo?

—Sí.

—Usted quiere estar libre para casarse con otro hombre. Él le está negando eso (muy irracionalmente al parecer, dadas las circunstancias). No encontraría difícil de creer que bajo esa tensión emocional, usted también haya podido actuar irracionalmente. ¿Se da cuenta de lo que sugiero?

—No, Mr. Quint.

—Usted pudo haber ido simplemente al cuarto de su marido para devolverle el golpe, ensañándose con cualquiera de sus cosas. Pudo haber visto el modelo de fragata, haberlo levantado para destrozarlo, y luego en cambio haberlo abierto, tal vez sospechando que los preciosos papeles pudieran estar allí. O, tal vez, la tapa se corrió un poquito mientras la tenía en su mano. Pudo haber habido papeles dentro. Los pudo haber tomado, haberlos quemado en el fuego, o haberlos roto y haberlos puesto en el canasto de la basura. Diez minutos más tarde pudo haber salido de su estado y no haber recordado nada de ello.

—Presentándolo así, sospecho que pude haberlo hecho. ¡Pero no lo hice!

—¡Por supuesto que no lo hizo, de ningún modo! —Maxie Dougall fue hacia Margaret, se sentó en el diván a su lado, y la rodeó con su brazo—. ¿A qué diablos están jugando ustedes dos? Es una idea tan descabellada como sugerir que ella hubiera caído en ese estado de falta de memoria, hubiera salido detrás de él y lo hubiera empujado por encima de las rocas. Lo que haya hecho el comandante Tucker con los papeles no tiene nada que ver con Margaret. El comandante Tucker escondió los papeles en algún lugar seguro... muy bien, en Lopcommon si les gusta. Luego salió y se resbaló, al borde de un sendero. Si él era el tipo de hombre que ustedes dicen que era, habrá grabado lo que hizo con los papeles. Cualquier campesino bruto de los caminos de esta parte del mundo, sabría que la respuesta que ustedes quieren está en el reloj, que ha sido robado mientras la casa estuvo vacía. Yo podría nombrar a una docena de hombres por estos lados que salen a dar tranquilos paseos buscando algo para robar. No profesionales, sólo oportunistas que, al ver una casa vacía, prueban su suerte y no son muy voraces y...

—Muy bien, Mr. Dougall —lo interrumpió Lassiter y se levantó—. Ni Quint ni yo queremos angustiar a Mrs. Tucker. Le pedimos disculpas si lo hemos hecho. Le podemos parecer tortuosos a usted, pero no lo somos —se sonrió—. Estamos a la deriva en un mar, con respecto a esto. Muy francamente, queríamos sugerirle algo a Mrs. Tucker porque esperábamos que pudiera poner en marcha su memoria y sacar algo a luz, por poco de importante que fuera.

—Bueno. ¡No me gusta este tipo de cosas! —Maxie Dougall se puso de pie—. Nadie tiene derecho a andar jugando con otro ser humano en esa forma. Margaret ya se hartó de eso con Bernard Tucker.

Margaret dijo:

—No importa lo que diga Maxie, y entiendo por qué está enojado, quiero ayudarlos, de modo que si hay algo más que quieran preguntarme trataré de contestarles.

Lassiter dijo:

—Muy amable de su parte, Mrs. Tucker. Hay una sola cosa que queremos; esos papeles. El comandante Tucker casi seguramente los escondió en la casa, probablemente en algún lugar del cuarto o cerca de él, y casi seguramente en un escondite que él mismo ideó. ¿Tal vez usted quiera pensar con tranquilidad en eso? Vuelva la memoria hacia atrás y si se le ocurre algo, un pequeño incidente, algún acto, o algún resquemor de parte de él, que le hubiera sorprendido en su momento, bueno, entonces estaríamos encantados de oírlo —se sonrió—. Después de todo, usted olvidó que la tapa del barco se sacaba. Podría muy bien existir alguna otra cosa como esa.

Afuera, el viento y la lluvia rugían por entre los altos pinos y el río empezaba a correr con fuerza, con un agua marrón. Mientras regresaban Quint dijo:

—Cuando estemos de vuelta le daremos la descripción de un reloj pulsera de oro que pertenecía al comandante Tucker. Fue robado de su dormitorio de Lopcommon en algún momento después de que Mrs. Tucker se fuera de allí, pero antes de que hubiéramos registrado la casa. Haga que circule la descripción.

—Sí, señor.

Cuando llegaron al Empress Hotel, Quint entró, pero Lassiter se quedó en el auto con Kerslake, para darle una descripción del reloj. Mientras aquél terminaba de escribir en su anotador y lo cerraba, dijo:

—¿Es importante encontrar este reloj? Quiero decir, en cuanto a esos papeles se refiera.

—Podría ser. ¿Quién sabe?

En su propia mente, Lassiter estaba seguro de que no. Bernard Tucker había regalado sus modelos de barcos. En un sentido también había regalado a su mujer y, contra su voluntad, se había regalado él mismo a un servicio que odiaba. El resentimiento había andado de la mano con su propia debilidad. Se había casado con su mujer, no por amor, sino con la esperanza de escapar. En sus pocos últimos momentos, no era el tipo de hombre que le hiciera favores a Warboys o al Departamento.

Cuando Lassiter se disponía a salir del auto, Kerslake dijo:

—¿Le puedo hacer una pregunta?

—¿Por qué no? Es un país libre, pero no le prometo ninguna respuesta.

—Bueno, cuando usted y Mr. Quint me entrevistaron por primera vez, usted me hizo preguntas sobre una cantidad de gente del lugar.

—Sí.

—Incluyendo a William Ankers.

—Así es.

—Me puede cortar en dos si me equivoco, pero presumo que probablemente fue contratado por el comandante Tucker para que vigilara a Mrs. Tucker.

—Así es. Y presumo que usted no puede comprender por qué no nos hemos acercado a él, ¿no?

—Bueno, francamente sí, señor.

Lassiter se reclinó en su asiento. Durante unos segundos estuvo dispuesto a no decir nada que pudiera en alguna forma animar a Kerslake. A la larga sería más feliz quedándose donde estaba. Pero él nunca aceptaría esto.

Dijo:

—Usted estará pensando o deseando que algún día pueda tener la oportunidad de entrar en nuestro tipo de trabajo. ¿Correcto?

—Es lo que pienso, señor.

—Entonces es mejor que aprenda primero algunos principios. Si un asunto de Estado es altamente secreto o confidencial, uno no amplía sus interrogatorios más de lo necesario, particularmente con tipos zaparrastrosos como Ankers, que no pueden mantener la boca cerrada, en los bares y otros lugares. No se hace eso, a menos que uno decida que vale la pena. ¿Qué podríamos sacar de Ankers que compensara los rumores que repartiría, y que la prensa recogería en cinco minutos? —se sonrió—. Ya es bastante malo tener que confiar en la ética profesional de los médicos y abogados. Muchos de ellos chismean, usted lo sabe. Y he conocido algunos policías que han caído en eso, también. ¿Está satisfecho?

—Sí, señor.

—Bien. Y siga mi consejo. Quédese aquí, Kerslake. En el húmedo y ventoso Oeste.

Esta tarde Billy Ankers fue en auto a Bristol y echó una carta para Mrs. Tucker. Vaciló un momento o dos antes de dejar caer la carta por la boca del buzón, una vacilación que venía de la duda de si había pedido suficiente dinero. Después de todo, mil libras no serían nada para Mrs. Tucker. Tal vez hubiera tenido que pedir el doble. Al final dejó caer la carta, consolándose con el pensamiento de que si esta tentativa salía bien, siempre podría haber (después de un sabio intervalo) otras. Volvió a su casa bajo la fuerte lluvia, con la calefacción del auto al máximo, aspirando suavemente de su pipa. La oportunidad raramente llamaba dos veces a la misma puerta. Un hombre tiene que buscar lo mejor con todas sus fuerzas en este mundo,

porque seguro que ninguna otra persona se va a molestar por él. Sí, si trabajaba bien, siempre podría volver nuevamente... y nuevamente, tal vez. ¿Por qué no? Una hermosa pequeña pensión vitalicia...

A las seis de la tarde de ese día, Kerslake estaba con Quint y Lassiter en el cuarto de Quint, en el Empress Hotel. Sobre la mesa, cerca de las cortinas cerradas de las ventanas, estaba el reloj pulsera de oro. Lassiter descansaba en su mullido sillón, acunando un vaso de *whisky*. Quint estaba sentado al borde de su cama en mangas de camisa, el índice y el pulgar de la mano derecha tirando suavemente de su labio inferior. Afuera la lluvia tamborileaba contra los vidrios. Kerslake, junto a la ventana, esperaba inquieto. Por la expresión de ambos, existía la posibilidad de que a los ojos de estos dos hombres, podía haber obrado mal. Si lo había hecho, entonces podía despedirse de cualquier esperanza que hasta ese momento había acariciado. Si tenía que ser así... bueno, por lo menos, era mejor que no haber hecho ninguna apuesta, ningún movimiento como para atrapar la oportunidad que podía no volver a presentarse nunca más, para llevarlo al mundo de ellos.

Quint dijo:

—¿Por qué lo eligió a Ankers?

—Porque estaba en cierta medida ya envuelto. Había estado vigilando a Mrs. Tucker por orden de su marido. Esto lo adiviné.

—Y yo se lo confirmé —dijo Lassiter.

—También, aunque nunca lo pescamos, siempre presentimos que tenía comezón en los dedos. Nunca ha sido demasiado voraz, y sí muy cauteloso. Tenía que haberse enterado de que Mrs. Tucker había salido. Podía haber ido a husmear por allí. Pensé que valía la pena el intento. Después de almorzar registré el garaje, donde guarda el auto. El auto no estaba.

—Entonces entró en su casa —no era ninguna pregunta de Quint; una simple declaración que no ofrecía nada.

—No, señor, llamé. La puerta estaba abierta, así que entré y eché un vistazo.

Lassiter dijo:

—Me he encontrado con ese tipo de puertas. ¿Dónde estaba el reloj?

—Detrás del medidor de gas. Pensé que no iba a desprenderse de él hasta que las cosas no se hubieran calmado.

Quint dijo:

—¿De modo que salió con el reloj y dejó la puerta abierta para que al volver pensara que alguien había registrado el lugar?

—Sí, señor. Vacié algunos cajones e hice un poco de desorden. No pensará que fue nada oficial. Tenemos una docena de robos similares a ese, todas las semanas. Pensé que usted lo habría... bueno preferido de esa forma ya que hay un elemento de discreción tan grande, ligado a...

—Bastante —Quint lo interrumpió, y luego miró a Lassiter—. ¿Qué piensa?

Lassiter levantó los hombros.

—Creo que ahorra tiempo y problemas. Encontramos el reloj en Lopcommon en el fondo de un cajón o en algún otro lugar conveniente, dentro del que podría haberse deslizado accidentalmente.

Quint se levantó.

—Muy bien, Kerslake. Usted no fue al cuarto de Ankers. No ha estado aquí esta tarde con nosotros. Nunca ha visto el reloj. ¿Está claro?

—Sí, señor.

—Muy bien, puede irse. Preséntese aquí a la hora de costumbre, mañana por la mañana.

—Sí, señor. Gracias. Buenas noches.

Cuando Kerslake se fue, Quint levantó el tubo del teléfono y pidió un número de Londres. Mientras esperaba el llamado, dijo:

—Tuvo suerte.

—¿Por qué no? Todos tenemos nuestra parte. Sabía cómo manejarlo, también. Justo en este momento no sabrá si le han palmeado la espalda o le dieron una patada en el trasero.

—¿Qué cree usted?

—Creo que es lo bastante grande como para recibir las dos. Sobre todo no hace ninguna diferencia. Ahora él es un hombre y una cara que usted no olvidará.

—Alguna vez pensaré en ello.

Unos momentos más tarde, Quint estaba hablando con Warboys. Sus primeras palabras no fueron ninguna sorpresa para Lassiter.

—Buenas noches señor. Se alegrará de saber que he encontrado el reloj del comandante Tucker...

Lassiter sorbió de su vaso, los ojos puestos en el reloj pulsera. La cinta que estaba dentro, necesitaba una máquina especial para pasarla. Warboys podría venir con ella, y Warboys la pasaría primero para él solo. Podía ser que ni él ni Quint oyeran nunca ninguna parte de esa cinta. Si sucediera eso, a él no le importaría nada, pero estaba seguro de que lo heriría a Quint. No importaba; estaba seguro también de que Bernard Tucker nunca hubiera desperdiciado uno solo de sus últimos segundos de vida diciéndole dónde había escondido los papeles. Bernard Tucker era el último hombre del mundo que en el umbral de la eternidad iba a estar preocupado con el deseo de ordenar los asuntos de una carrera profesional, que tan profundamente había destruido su vida privada. Virtudes y capacidad indudablemente las había tenido, pero poco coraje para hacer que triunfara su deseo vehemente de escapar. No había nada que pudiera decir en los pocos momentos antes de morir que pudiera asegurar su redención; ciertamente no dar los detalles del escondite de una pila de papeles en los que debió haber reconocido la misma clase de desviación y debilidad humana que había marcado su propia vida. Lo único que se podía decir a su favor era que había muerto en el momento oportuno, dejando a su mujer libre para disfrutar del amor y la verdadera compañía de un hombre, por primera vez en su vida.

Quint colgó el tubo y dijo:

—Warboys viene mañana temprano. La cinta del reloj no debe ser tocada hasta que él llegue.

Lassiter vació su vaso y se levantó para ir a su propio cuarto.

Margaret estaba tendida en cama escuchando la lluvia y, por encima de su constante latido, el sonido del crecido río. En esos días a causa del Extenso drenaje de los Campos y las más bajas pendientes de los brezales, que en el pasado habían absorbido el agua y la habían retenido, como una esponja, para soltarla lentamente, el agua de la tormenta había encontrado rápidamente su camino hacia los valles y había traído correntadas que iban en aumento, cortas pero a menudo violentas. Esto lo sabía por Maxie, que dormía, roncando un poco, a su lado. Había aprendido tantas cosas de él, la presencia y nombres y hábitos de los pájaros y animales que siempre habían estado alrededor, pero que nunca había notado; el rápido movimiento como de ratón, de los “trepadores de árboles”, en los pinos del jardín, y el breve cortejo de los “cresta dorada” en la copa de los abetos. Era como si él le hubiera dado un nuevo par de ojos y oídos y más que eso le hubiera devuelto, o la hubiera hecho redescubrir una gran parte de ella misma, que había pensado que había desaparecido para siempre. Amar y ser amado, mirar y ser mirado, reírse con él y de ella misma, y encontrar alegría en el creciente acopio de bromas e intimidades, con las que la vida de ellos estaba ahora entretejida, era como encontrar un tesoro, largamente escondido y olvidado, y ahora repentinamente recuperado.

Estaba allí tendida y pensó en los dos hombres que la habían ido a ver. Lassiter le gustaba, pero el otro, Quint le recordaba por momentos a Bernard. A Maxie tampoco le gustaba Quint; Maxie que había llegado a perder el control, como ella nunca lo había visto antes, cuando la habían molestado, aunque ella no había estado tan molesta como se había imaginado Maxie. Ellos tenían que hacer un trabajo y necesitaban de su ayuda. Había sido una tonta de no acordarse de que la tapa de la fragata se sacaba, pero directamente se le había escapado de la memoria. Se tendió de espaldas en la oscuridad, sintiendo el calor de la espalda de Maxie contra la suya, el cuarto lleno del sonido de la lluvia de afuera. ¿Pudo ella haber hecho eso alguna vez? ¿Haber ido hasta la fragata y haber tomado los papeles? ¿Haberlos quemado o destruido sin saberlo nunca?

Recordaba a Bernard tomándola de los hombros y sacudiéndola, y las últimas palabras que la había dicho, “¡Adelante entonces! ¡Vete a vivir con ese atorrante! ¡Date el gusto hasta que vuelvas a tus sentidos! ¡Estúpida, tonta puta!”. Bernard había dicho eso, y la había empujado al sillón, golpeando la cabeza contra el marco superior de madera... ¿Qué había hecho después de eso? Por lo que se acordaba, se había quedado allí sentada, oyéndolo salir de la casa, buscándose una bebida, entumecida y desgraciada, hasta que le había vuelto la vida y se había ido a la cama.

Pero pudo haber ocurrido, exactamente como había ocurrido en los negocios del pueblo. Podía haber destruido los papeles. En ese momento en que él la había empujado, lo había odiado, podía haber hecho cualquier cosa. Se dio vuelta repentinamente, puso un brazo alrededor de Maxie y se quedó junto a él. Maxie se movió entre sueños y murmuró algo, y el movimiento de él y los borrosos tonos de su voz, la reconfortaron. Se sacó el pensamiento de encima, con esfuerzo, cerró los ojos y buscó en la memoria otras imágenes. Bernard cuando le había mostrado por primera vez el modelo completo había estado excitado y encantado, casi infantilmente con el nuevo juguete. En esos días, lo recordaba, cuando él trabajaba en la casa, lo oía silbar entre dientes. Siempre lo hacía cuando estaba concentrado en su trabajo manual. Le encantaba pintar, suavizando el color de alguna puerta con un cepillo, preciso, exacto, sin tolerar ninguna mano de obra mala. En Escocia, en una visita que habían hecho juntos, había pintado el pequeño bote de su tía. Recordaba la última visita a su tía y la anciana diciéndole “Es ya tiempo de que Bernard vuelva. El bote necesita ser repintado...”. Había vuelto a Bernard esa vez, sabiendo que nunca vería nuevamente con vida a su tía, dándose cuenta también de que nunca conocería a Bernard nuevamente porque se había ido del cuarto que compartían. Había tomado posesión del cuarto de huéspedes y del baño, los había repintado y empapelado, y los había hecho su propia *suite* privada, reacomodándolo todo a su gusto, y sin una palabra de explicación de su parte. Ella, consciente finalmente, había sido demasiado orgullosa para preguntarle la razón. Y ahora él estaba muerto, y todo ese lío de los papeles y el reloj, un lío que sólo podía ser muy distante para ella, para esa nueva vida con Maxie, porque para ella Bernard había estado muerto hacía muchos años. El momento de su resbalón y caída hacia la muerte no había sido el momento de su partida. Ya hacía mucho que se había ido, incapaz de ser tocado por ella o por cualquier enojo que pudiera tener contra él.

En la oscuridad se sonrió repentinamente para sus adentros. Era extraño lo del reloj. En pocos días más sería Navidad y había estado indecisa con respecto al regalo que le haría a Maxie, restringiendo la elección, entre un nuevo par de anteojos largavistas o un reloj de oro. Nada la haría ahora comprar un reloj. Eso tendría que esperar... un reloj que era un verdadero grabador... comenzó a quedarse dormida... ese era justo el tipo de objeto que a Bernard le habrá encantado... ese nuevo Bernard, un hombre como Quint y Lassiter... trabajo secreto de gobierno... y justo en medio de un asunto de importancia, resbalarse accidentalmente hacia la muerte después de discutir con ella... Tendido allí afuera bajo la lluvia... querido Dios, pobre Bernard, sabiendo que solo tenía unos minutos de vida. Si había usado el reloj, ¿qué habrá dicho? Bueno, si lo encontraban, lo sabrían. ¿Qué diría uno si supiera que se estaba muriendo, que estaba dejando una vida que había agriado toda felicidad y una mujer y un casamiento que hacía tiempo había estado vacío de amor? Pobre Bernard. Cambió de posición al sentir que le corrían lágrimas por el borde de los ojos.

Maxie se movió en sueños se dio vuelta y con un suspiro apagado por el sueño, puso un brazo alrededor de ella y la atrajo hacia él. Se quedó tendida cerca de él, las lágrimas corriéndole por la mejilla, mientras recordaba un oficial de marina que subía por el borde del lago en dirección a ella, la luz del sol laqueando el pino y la vegetación de rosales silvestres de los acantilados de la playa, las sombras de las nubes que corrían a través de la primera púrpura de los nuevos arbustos en lo alto.

Warboys llegó a las seis de la mañana. Quint le había reservado un cuarto en el Empress Hotel.

De impermeable, descansado porque lo había llevado un chofer, estaba parado en el cuarto y había recibido el reloj de mano de Quint. Sobre su cama había una valija que contenía la máquina especial para pasar la cinta. Con el reloj en la palma de la mano, dijo:

—¿Dónde lo encontró?

—Oficialmente había una grieta en el panel del fondo del cajón del *toilette*. Se había deslizado a través de ella y estaba en una cuña detrás del cajón, fuera de la vista.

—Conveniente. Me puede decir la verdad más tarde —se pasó la mano libre por el puntiagudo mentón blanco tiza y continuo—. La pasaré solo. Lo llamaré más tarde.

—Sí, señor.

Cuando Quint se fue, Warboys tomó la máquina de su valija y la llevó hasta la mesa de la ventana. Abrió la parte de atrás del reloj. Sacó el pequeño cassette con la cinta y lo colocó en la máquina que funcionaba a batería. La cinta había pasado en toda su extensión, porque Bernard no la había apagado en el momento que la había utilizado por última vez. No había duda en su interior sobre cuándo había sido eso. Presionó la llave de la cuerda y se sentó y encendió un cigarrillo. Esperó, mirando por la ventana; aún débil, la luz del día se iba arrastrando por el río, la lluvia que había marcado la noche, empezaba a hacerse más fina. La creciente estaba bajando, reptando por los bancos de barro. Una vieja barcaza estaba abandonada y pudriéndose en la lejana playa, sus curvas metidas en el barro y los juncos. Había visto llegar e irse, más crecientes de las que hubiera deseado conocer, las crecientes del mar y los estuarios y las de las vidas insignificantes de hombres que rehusaban conocer esa insignificancia. Una pequeña nube de gaviotas de cabeza negra con plumaje de invierno, estaba suspendida sobre el agua, cayendo de vez en cuando a la superficie para alimentarse con los desperdicios. Los hombres hacían lo mismo, pensó, pero con menos elegancia y gracia. Aunque no estaba cansado por el largo viaje nocturno, había un cansancio dentro de sí que el tiempo aminoraría pero que nunca desterraría. “La devoción a algo distante de la esfera de nuestra pena”. Probablemente lo entendiera mal. Bernard lo hubiera corregido. Una pena, mientras la vida continuara, nunca se aminoraría. “Y la pena en sí misma era mortal”. Pero antes de entonces una

pena para reprochar, un amor secreto para ser cruelmente herido... o más mortalmente, simplemente ignorado, sólo el callado, bajo silbido, de una cinta vacía, el único réquiem para un amor no reclamado, mal recibido.

Puso la cinta otra vez enrollada, para que pasara otra vez, y se sentó mientras casi enseguida salía la voz de sir Harry Parks. “Hay dos razones. Los primeros pocos podrán escapar. Yo quiero el dinero. He vivido mi vida por una causa. Tengo una mujer e hijos grandes y nietos. Se puede tener una familia y una causa, comandante, pero la familia sufre. El trabajo que uno hace se lo quita a ellos, y se les devuelve poco. Hay que cuidarlos. Uno se convierte en un extraño para ellos...”.

La grabación seguía todavía con sir Harry, y Warboys supo porque Bernard lo había hecho. Marcaba la autenticidad de los móviles del viejo. No su valor sino lo apartados que estaban del engaño, de ninguna trampa que pudiera ser puesta. Este era el Bernard profesional, señalando astutamente los momentos que habían formado su decisión de recomendar la adquisición de los documentos.

Luego, al terminar de hablar sir Harry “Una mañana de invierno tranquila y agradable. Desearía, sin embargo, no haber vivido nunca para verla”, la propia voz de Bernard apareció en seguida, casi sin pausa, pero el paso del tiempo entre las grabaciones estaba marcado por la angustia y la impresión en sus palabras. “¡Jesús Cristo!... Jesús, Jesús...”. Y luego silencio durante un rato. Warboys, allí sentado, estaba en la oscuridad de la noche con Bernard, quebrado en las rocas, al borde del crecido arroyo, muriéndose con él, sabiendo que si algún milagro hubiera podido transformar el tiempo y la oportunidad, habría tomado el lugar de Bernard y muerto por él. Y luego la voz volvió ahora más controlada, pero la impresión viva en la respiración y más rítmica en las palabras “...Dios de los cielos... Nunca lo hubiera creído. Nunca... Que semejante cosa hubiera pasado...”. La voz de Bernard crecía, precisa y deliberada, cada palabra gastando su escaso acopio, desperdiciando segundos de vida.

Warboys escuchando, una delgada mano ahuecada apretada contra la boca, como para contener su propio dolor, sabía que esas palabras no eran sólo para él, que eran para otros oídos y tendrían que ser oídas, aunque no había nada en ellas, excepto la sencillez de un deber que cumplir, una obligación vital de no borrarlas nunca de la cinta a menos que quisiera agregar otra traición a la perdurable que él, él mismo, ya había hecho. Esas palabras tenían que quedar y ser oídas.

Cuando terminaron, durante uno o dos momentos el sonido de la cinta corría, el tenue sonido del arroyo cercano, y luego un largo tajante quejido, la lucha por la respiración, por la gracia de unos segundos más. Bernard habló nuevamente por última vez, débilmente “Díganle a Warboys... que hemos herido sin quererlo”.

La cinta siguió pasando sin palabras y finalmente terminó. Y de esas últimas palabras había dos que llevaban todo, decían todo lo que Warboys hubiera querido que no se dijera. “Díganle a Warboys”. Con sus últimas palabras se había apartado él

mismo, rehusando hablar directamente él mismo, llamándolo Warboys. “Díganle a Warboys”.

Con una fría, torpe mente que trabajaba automáticamente, Warboys había borrado de la cinta el mensaje para él mismo, y también la primera parte de la conversación de sir Harry Parks. Dejó sólo la parte de la mitad. Esa, aunque podía haber poco consuelo personal para él, era algo que podía hacer por Bernard, aun después de su muerte, algo que la justicia reclamaba que hiciera.

Fue al cuarto de Quint y encontró a Lassiter también allí.

Dijo:

—Llamen por teléfono a Mrs. Tucker. Quiero ir allí y verla esta mañana, más tarde. Ustedes me pueden llevar hasta allí. Le pueden decir que encontramos el reloj y que hay una parte de la cinta referente a ella. La tiene que oír —hizo una pausa, y luego agregó—. No había nada en la cinta que nos ayude con respecto a los papeles. El comandante Tucker no los mencionó en ningún momento. No importa qué otra cosa hubiera que hacer, había que encontrar los papeles. Espero que se encuentren. Cuando hayamos terminado con Mrs. Tucker, les sugiero que se concentren en ellos.

Se dio vuelta y dejó el cuarto.



## CATORCE

MAXIE había salido después del desayuno para caminar. A través de la ventana de la cocina donde estaba trabajando, Margaret pudo ver el río al final del jardín, con una corriente de agua que corría a la altura de los bancos. La lluvia había parado. Se sonrió para sí misma mientras pensaba en Maxie, caminando por algún lugar del campo o por los bosques del valle. Estaba desacostumbrado a tener alguien que se ocupara de él, y siempre se iba después del desayuno, porque sabía que ella no lo dejaría ayudar en tareas de la casa. Pronto, pensaba ella, tendrían que hablar del futuro de él. Pero era un paso que tendría que dar él. No haría nada que en ningún sentido pudiera tocar su orgullo y su natural independencia. Cuando hablara realmente, ella sabía que aceptaría cualquier cosa que él propusiera. Partiendo de su amor, eso saldría fácilmente. Había muchas cosas que podría encontrar para hacer, pero tendría que encontrar lo que fuera, por sí mismo, y entonces ella estaría con él, alentándolo y ayudándolo. Una o dos veces había hablado de poner una granja. Eso le vendría bien. Era hábil con las manos, práctico, y ya sabía una cantidad de cosas con respecto al trabajo. Una cosa que no sería nunca era ser artista. Él lo sabía y ella también. Se dio vuelta y miró una pintura de un callado cisne, hecha por él, que ella (pasando por encima de todas sus protestas) había colgado en la pared de la cocina. El ave parecía un rígida, altanera, dama mayor, congelada en un torpe momento de afrentada dignidad. Se rió entredientes. No, Maxie haría algo... algo que lo satisfaría como hombre, y no importaba lo que fuera, ella estaría con todo su corazón con él.

Sonó e) teléfono. Era Lassiter que hablaba desde el Empress Hotel.

Dijo:

—Buenos días Mrs. Tucker.

—Buenos días Mr. Lassiter, me alegro que haya hablado porque hay algo...

—Un momento Mrs. Tucker. Si me permite hablar primero, quiero que sepa que encontramos el reloj del comandante Tucker. Hizo una grabación antes de morir, pero no dijo nada del escondite de los papeles. Pero esa no es la cuestión por el momento. Parte de la grabación se refiere a usted directamente.

—¿Qué quiere decir?

—Bueno, no puedo decirle más, porque no la he escuchado. El jefe de nuestro Departamento, Mr. Warboys, llegó desde Londres esta mañana y él es la única persona que ha oído la cinta. Le gustaría saber si usted tiene inconveniente en que vaya a verla esta misma mañana.

—Pero, sí, por supuesto.

—Bien. Él llevará la cinta para pasársela.

—Muy bien. Estaré aquí. Pero ¿qué es? Quiero decir ¿es algo personal de Bernard para mí?

—No le puedo decir lo que es Mrs. Tucker, porque no he escuchado la cinta. Todo lo que sé es que es muy importante que usted la oiga, de otra forma Mr. Warboys no se preocuparía por ello. ¿Qué era, dicho sea de paso, lo que me quería decir usted en este momento?

—Oh, eso... O, sí, bueno, es algo que pensé en la cama anoche, justo antes de dormirme. Como usted imaginará es sobre el lugar en que podrían estar escondidos los papeles. No creo que sea realmente de alguna ayuda, pero usted dijo que cualquier pequeña cosa que pudiera recordar...

—Sí. ¿Y se acordó de algo?

—Sí. La última vez que fui a Escocia, unos meses antes de que muriera mi tía, cuando volví, encontré que Bernard se había mudado del cuarto que compartíamos. Había ocupado el dormitorio y el baño de huéspedes. Con bastante franqueza, me doy cuenta ahora, que fue el final de las cosas entre nosotros...

Se detuvo. El recuerdo aún ahora resultaba desagradable.

Lassiter dijo:

—¿Y qué cosa especial, en cuánto a los papeles se refiere, se le ocurrió, Mrs. Tucker? —su voz era tranquila, benévola.

—Bueno, él había redecorado el baño y el dormitorio. Pero lo que yo estaba pensando (esto fue esta mañana, cuando me desperté y se me volvió a ocurrir) fue respecto al baño. Éste tenía originariamente una entrada separada desde el descanso de la escalera, pero él había cerrado esa puerta y había hecho otra entrada directamente desde el dormitorio, de modo que fuera una sola *suite*. Entonces pudo haber sido muy fácil que fabricara algún, bueno, escondite, ¿no? Que tuviera que ver con la vieja o la nueva puerta.

—Ciertamente que sí, Mrs. Tucker. Y gracias por pensar en ello. Puede ser muy importante.

—Y ¿vendrá usted también esta mañana?

—Yo no, Mrs. Tucker, Mr. Warboys y Mr. Quint irán a verla.

—Está bien.

Margaret después de que Lassiter se despidió, colgó el tubo. Mientras lo hacía, oyó tabletear la tapa del buzón en el *hall* de entrada, señal de que había llegado el correo de la mañana.

Había una sola carta. Era para ella, con la dirección escrita a máquina. La llevó a la cocina y se sentó junto a la mesa, dejándola delante de ella, la mente todavía ocupada con el llamado telefónico. Bernard había utilizado el grabador antes de morir. ¿Qué pudo haberle dicho a ella o haber dicho sobre ella? Tendido allí afuera en la lluvia... muriéndose, y probablemente todavía lleno de ira... muy probablemente

muy enojado porque no era hombre de pasar rápidamente de un estado de ánimo a otro. Se sintió repentinamente débil espiritual y hasta físicamente ante la sola idea de oír nuevamente su voz. Volvería a ser llevada a esa noche. Podía sentir las manos de Bernard sobre ella ahora, empujándola con desprecio y enojo, lastimándola, rechazándola. ¿Qué palabras pudo haber dejado para ella?

Se sacó el pensamiento de la cabeza. Querido Dios, pensó, tenían el reloj y no había nada que pudiera hacer para alterar lo que había dicho Bernard. Que encuentren los papeles y salgan de su vida de una vez por todas. Sólo quería que la dejaran en paz y con el amor con Maxie... que la dejaran sola para empezar a vivir en la tranquilidad y seguridad de su nueva vida con Maxie, con todas sus promesas para el futuro.

Levantó la carta y la abrió. Estaba escrita a máquina y no llevaba dirección ni fecha. Decía:

*Estimada señora:*

*Quiero que use toda su sensatez y que no se asuste por esta carta. No tengo nada en contra de su buena persona, pero tengo que pensar en mí, y creo que podemos arreglar las cosas satisfactoriamente, sin ningún problema. Pero no crea que no hablo en serio. Sólo quiero mil libras (1000) para quedarme callado sobre lo que vi la noche que el comandante Tucker murió. Este será un pago por única vez, absolutamente, pero no crea que no haré cuestión, si usted trata de engañarme o menciona algo de esto a otra persona Todo debe quedar entre nosotros, y la forma en que se hará el pago será indicado por mí, en otra carta que le mandaré pronto a su buena persona. Cualquier tontería y la policía se enterará, de modo que confío en su completa aceptación.*

*La noche de ese domingo en que murió el comandante Tucker, yo estaba por mis propias razones personales en Lopcommon Barton y lo vi salir de la casa y, un rato después salió usted. Llevaba un impermeable, y una gorra como una especie de sombrero. Brevemente, para ahorrarle el recuerdo, la seguí y la vi, después de esconderse, salir de los arbustos y empujar a su difunto marido por encima del borde del sendero. No diré nada más, excepto que el comandante Tucker no era amigo mío, y creo que recibió lo que merecía, lo cual explica esta carta. Tampoco la culpo porque estoy enterado de sus ausencias mentales en los negocios, sin saberlo, y pienso que esto fue probablemente por lo mismo.*

*De modo que no se preocupe, 1000 libras no son nada para usted y no la molestaré nuevamente. Pero ninguna trampa, o de otro modo... Una carta ulterior con instrucciones y demás seguirá a ésta.*

*Suyo respetuosamente,*

*UN GENUINO BIENINTENCIONADO*

Margaret se sentó, sosteniendo la carta en sus manos temblorosas, mirándola fijamente, las negras líneas escritas a máquina, borrosas por las repentinas lágrimas de sus ojos, su mente un caos de rápidos pensamientos inconexos. ¿Había salido esa noche? Había salido, sin saberlo, exactamente como en algunos negocios... ¡Dios mío, no, no, no!

Pero este hombre la había visto. Describía su ropa. Bernard yendo hacia su muerte por sobre el borde del sendero; Bernard sabiendo que ella lo había hecho. Bernard sabiendo por qué... sabiendo... y tendido allí mientras se le iba la vida. Repentinamente recordó el reloj grabador. Lo vio allí tendido, sabiendo que iba a morir. Con la furia de esa noche todavía dentro de él, nunca la hubiera perdonado.

Dejó caer la carta, y se inclinó hacia adelante, sosteniéndose la cabeza con manos temblorosas, una tormenta de silencioso dolor y angustia sacudiendo su cuerpo... Los hombres vendrían, pasarían la cinta. Era por eso que venían... Toda su naturaleza se revelaba ante la idea. Eso era algo que ella no podría afrontar nunca. Desde la oscuridad, Bernard, su breve amor por ella muerto prontamente, la había vuelto a alcanzar, negándole toda la libertad y el amor que había deseado de él y que finalmente descubrió en otro hombre; Bernard, que había hecho de ella lo que era, de modo que al final desde lo muy profundo de su ser, incontrolada, inconsciente, había encontrado la fuerza y el oscuro poder para salir a la noche detrás de él y destruirlo. Sólo un rato antes, se había sentido ubicada en la cumbre de la felicidad, observando a Maxie ponerse el impermeable antes de dejar la casa, yendo con él hasta la puerta y despidiéndolo con un beso al irse.

Levantó la vista, su cuerpo sacudiéndose con el dolor de silenciosos sollozos, y vio el jardín y el río más allá. Lentamente, frente al disturbio interior, sintió y recibió de buen grado la amplia tibieza de una mano, oculta, familiar que se ahuecaba contra su sien, y conoció el comienzo de una extraña paz y un claro propósito.

Se levantó y se alejó de la mesa, dejando allí la carta y su sobre.

Maxie bajó por el costado del valle a través de una plantación de pinos y salió al terraplén del río. La creciente estaba alta, casi hasta el nivel de la pradera. Se quedó parado uno o dos minutos, mirando bajar la correntada. A cincuenta metros de distancia, el agua bajaba en cascadas por encima de un dique, un frenesí de agua color chocolate. Observó, fascinado por el poder de la correntada. Troncos de árboles y viejas ramas, barridos en una rota formación. Una garza sacudiendo perezosamente las alas subía al valle, arrastrando las patas, lo vio y se alejó. Una bandada de teros se levantó desde lo alto de la pradera. Él los observó y vio un puñado de ellos que se

lanzaban en vuelo. Dio vuelta hacia la casa, escogiendo el camino por el embarrado sendero.

La lluvia había desaparecido, el cielo se estaba iluminando. El sol aparecería pronto. Y su propio sol ya había aparecido, pensó. Tenía lo que quería (aunque nada que se esperara y que finalmente se ganara era lo mismo, que la imagen atesorada durante tanto tiempo). Todavía no tenía quejas. Todo ese asunto del comandante Tucker había sido una sorpresa. Pero eso se arreglaría pronto. Quint y Lassiter encontrarían sus estúpidos papeles, y desaparecerían. Cuanto antes mejor. Quería estar solo con Margaret, y quería más allá de eso; la llegada de esa tranquila, amorfa libertad, cuya definición, ahora que estaba tan rápida e inesperadamente a su alcance, no podía todavía imaginar en términos definidos. Sólo sabía que no estaría completa, hasta que no estuviera enteramente solo, y por su cuenta. El destino le había puesto todo en las manos tan fácilmente. Margaret le había dado la casa y había legado todo lo que le pertenecía. Si la amaba, era sólo una forma de orgullo de su placer físico y personal. La había atrapado como a un pájaro, la había enjaulado, y la trataba bien. Había mucho tiempo por delante, antes que necesitara considerar su propia verdadera libertad. Primero de todo, la quería sinceramente para él. Eso llegaría cuando esos hombres se fueran. Compraría una granja y después de algunos años de vida tranquila, por un simple acto de oculta crueldad, que nunca sería descubierto ni cuestionado, verdaderamente llegaría a su propio yo.

Un ave se levantó desde un grupo de juncos casi a sus pies y él lo observó zigzaguear alarmado río arriba, y desaparecer por la comba debajo de la casa. Al mirarlo, vio una mancha azul que corría sobre la superficie de la corriente. Por un momento o dos la observó, pensando que era una bolsa vacía de fertilizante recogida por las crecientes aguas. Luego lo azul fue levantado por una caída arremolinada de la corriente, y pudo ver rápidamente una cara, un pelo rubio y la visión fugaz de un brazo medio desnudo.

Se quedó de pie en el terraplén, conmovido como si le hubieran asestado un repentino golpe; se quedó observando el azul, el conocido azul del vestido de Margaret, sentada frente a él durante el desayuno, el pelo rubio que había acariciado esa mañana cuando la había atraído hacia sí. La razón lo abandonó, dejando sólo una repentina furia. Sabía que estaba parado en ese momento, observando otra vuelta del destino a su favor, un destino que ya había obrado demasiado eficaz y rápidamente para él, dándole otra limosna a él, que había nacido en la caridad, que había vivido de la caridad y que odiaba la caridad porque había usurpado el lugar del amor y había minado profundamente su respeto por sí mismo. Aquí ahora el destino le estaba haciendo otro ofrecimiento como si, sin su generosidad, él por sí mismo no pudiera lograr nada.

Margaret, la que sería su mujer, la mujer que ya le había dado todo lo que tenía, llegó rodando hacia él, girando y retorciéndose por la fuerte corriente, no una mujer sino un objeto, una bolsa azul, flotante, levantada y arrastrada por las aguas. Por

encima de su furia, oyó una voz interior que casi le gritaba a los oídos. “Ves, ¡lo hago por ti! ¡Nunca hubieras tenido el coraje, nunca hubieras encontrado la voluntad de hacerlo!”.

La observó pasar y vio su cara momentáneamente mientras el cuerpo rodaba y una de sus manos rompía el agua, como un gesto de despedida. El simple, fortuito movimiento, repentinamente lo liberó de su furia, de todo designio, de todo, excepto el rápido nacimiento de una nueva verdad sobre sí mismo. Se quitó el piloto, pateó sus botas de goma, y se largó al río detrás de la mujer.

Warboys estaba de pie junto a la cama de Margaret que podía ver cómo se levantaba una tenue niebla nocturna suspendida entre los troncos de los pinos, mientras oía el sonido del río tranquilo y crecido.

—¿Quiere que corra las cortinas y encienda la luz, Mrs. Tucker?

Ella sacudió la cabeza. Maxie los había dejado solos, de mala gana, a pedido de Warboys. Ella lo quería de vuelta, sentía ahora en su debilidad, que nunca podría soportar tenerlo lejos de ella, se sentía, también, insegura con respecto a ese hombre alto, serio con su cara pálida y esos tranquilos ojos oscuros. Era del mundo de Bernard, de donde no le había llegado nada bueno a ella.

Warboys dijo:

—Yo era amigo de su marido, muy amigo. Él grabó una cinta antes de morir, una cinta en que habló personalmente primero con usted y luego conmigo. Las palabras que dejó para mí las he borrado de la cinta. La razón por la que lo hice, me pertenece...

Extendió una mano hacia el aparato que había colocado sobre la mesa de luz y Margaret vio durante un momento, los ojos entrecerrados, como si él estuviera excluyendo un dolor, desechando algún recuerdo que lo persiguiera.

Ella dijo:

—No comprendo, pero sólo sé que tengo una gran lástima por usted... extrañamente, tal vez, más lástima que por mí misma y por todo lo que ha pasado...

Warboys dijo.

—Escuche la cinta, Mrs. Tucker. Las palabras son para usted.

Puso en marcha el aparato, fue hacia la ventana y se quedó de espaldas a ella mientras la cinta comenzaba a correr.

Margaret estaba tendida en la luz agonizante de la tarde de diciembre y repentinamente, distantemente, la voz un poco distorsionada, pero inconfundiblemente de Bernard, pobló el cuarto con su abierta angustia...

*¡Jesús Cristo! Jesús, Jesús...*

Hubo una pausa durante la que Margaret captó el sonido de la respiración de Bernard, agitada, luchando por fuerzas para seguir hablando, y luego llegaron las palabras siguientes, más calmas, creciendo controladas contra el dolor de su cuerpo.

*Dios de los cielos... Nunca lo hubiera creído. Nunca... Que, semejante cosa pudiera haber ocurrido... estaba caminando por el sendero, un sendero que conozco de años, y... me resbalé... Dios ayúdame, hacer una cosa tan estúpida...*

Margaret cerró los ojos. Vio a Bernard tendido afuera en la noche, sabiendo que se moría, no vio nada sino eso, mientras la cinta corría en silencio durante un rato, y luego Bernard comenzó a hablar nuevamente:

*Díganle a Margaret esto, que a mi manera, aunque haya sido durante un corto tiempo, la amé. Pude haber deseado que fuera más de lo que fue pero no encontré nada... nada en mí que se mereciera todo lo que se me ofrecía porque mis ojos buscaban otras cosas, cosas, también que yo gané y que luego descubrí que sólo merecían el desprecio... no pido perdón, sólo tal vez alguna comprensión. Díganle que lamento mi enojo de esta tarde, que le deseo toda la alegría que se merece y que pido por ello con todo mi corazón, en estos últimos minutos de mi tiempo... y este tiempo demasiado corto para ninguna esperanza de gracia para mí... caer así, tan estúpidamente, después de todos los días de peligro durante la guerra. El destino sabe cómo desvalorizar todo, aun en la muerte, cuando lo merecemos...*

La cinta siguió corriendo silenciosamente.

Warboys se movió de la ventana y apagó el aparato.

Dijo tranquilamente:

—No hay nada más, Mrs. Tucker, excepto esto. No tiene ninguna razón para reprocharse a sí misma o alimentar estúpidos temores por lo que pudo haber hecho. Hemos visto la carta anónima que recibió usted. Es un montón de mentiras. No tendrá usted más problemas en ese sentido. Olvídese de haberla recibido alguna vez.

Cerró la tapa del aparato y lo levantó.

Margaret, la cara dada vuelta hacia él, dijo:

—Podría haber sido tan diferente. Gracias por haberme dejado escucharlo... Pobre Bernard...

Moviéndose hacia la puerta, Warboys dijo:

—¿Le digo a Mr. Dougall que suba?

—Por favor...

Salió, y ella se quedó tendida allí, el recuerdo de Bernard vivido en su mente, el recuerdo del hombre que en los últimos minutos de su vida le había hablado con

verdad y afecto.

Se abrió la puerta y entró Maxie al cuarto. Fue hasta la cama y sentándose sobre ella, la levantó y rodeándola con los brazos, la sostuvo cerca de él, sin decir nada, sólo sosteniéndola y acariciándole el pelo, mientras ella apretaba la cara contra el hombro de él. Después de un rato la apartó, la besó suavemente en los labios, y luego dijo:

—Tendremos que cuidarte, niña, mejor de lo que lo hemos hecho hasta ahora. Eres especial para crear ideas falsas en esa cabeza tuya. Pero no habrá nada más de eso, no mientras yo esté por aquí, y eso será por todas las temporadas de nuestras vidas...

Quint observó a Kerslake leer la carta. Él era joven, más o menos la misma edad que tenía él cuando el comandante Tucker le había dado la oportunidad de unirse al Departamento. La gente de arriba se iba, otros subían y tenían que llegar las nuevas manos para fermentar la base de la pila. De ellos llegaban solo algunos que tenían la habilidad para seguir con su ambición.

Kerslake le entregó la carta de vuelta y Quint dijo:

—¿Sabe usted quién la escribió?

Kerslake asintió:

—Ankers. Tomó una máquina de escribir prestada, se la podría rastrear.

Quint comenzó a romper la carta en pedazos. Kerslake lo vio apilar los fragmentos en el cenicero de la mesa y prenderles fuego. La llama y un pequeño humo se enroscaron hacia atrás, una pequeña pira.

Quint dijo:

—No hay ninguna verdad en ella. El comandante Tucker hizo un relato completo en la cinta, de su accidente. Mr. Warboys no quiere que se lleve a cabo ninguna acción “oficial”.

Kerslake sonrió:

—Comprendo, señor. Le hablaré privadamente en su momento. Por el resto de sus días si necesitara algo estará en la cuerda floja. Simplemente tiren de ella, y él bailará para ustedes.

Quint dijo tranquilamente:

—¿Quiere que baile para nosotros?

—Sí señor.

Kerslake miró por la ventana, la luz del atardecer sobre el crecido río, el tránsito arrastrándose por el viejo puente, en una escena familiar, que sabía que dejaría pronto. Estaba muy contento.

Lassiter le entregó a Warboys los papeles de Park, el rollo de documentos y cartas bien sujetos por tres fuertes gomitas chatas, exactamente como habían sido dejados por el comandante Tucker en su escondite.

Dijo:

—Cuando el comandante Tucker colocó la nueva puerta del baño, desde su cuarto, utilizó tres goznes. Entre el de arriba y el del medio, hizo una larga cavidad cubierta por el recorrido aparentemente continuado de la cara del enchapado de la puerta. Los bordes de éste estaban enmascarados en cada extremo, por las chapas de los goznes atornillados al enchapado de la puerta. Sacando los tornillos del gozne de arriba y del medio (se lo podía hacer en unos minutos con una moneda) se podía correr a un lado una parte del enchapado, como si fuera una tapa corrediza. La parte de atrás de la tapa estaba cubierta por una capa de plomo, para sofocar cualquier sonido a hueco si se la golpeara. Fue un trabajo muy bien hecho. Yo ya había examinado la puerta algunas veces, antes de que Mrs. Tucker la señalara. Es una mala nota para mí, me temo, señor.

Warboys asintió, apenas escuchando lo que le había dicho Lassiter. Tenía el rollo de papeles en la mano. Podían ser utilizados o no. Los entregaría y aceptaría su recompensa en su debido momento... en su debido momento. El tiempo era ahora el enemigo, e inexorablemente esperando, para ser vivido hasta que el dolor mismo se hiciera mortal.

Afuera, en lo alto de los pinos junto al río un par de pajaritos se llamaban el uno al otro mientras se iba la luz de la tarde. Maxie, que había estado sentado observando a Margaret hasta que el sueño la había reclamado, se paró junto a la cama. En la sombreada habitación, en esa casa junto al río, aceptó con una firme, tranquila paz de corazón y mente, que le debía una deuda para siempre al destino, contra el que tanto se había enojado. A través de él se le había revelado la realidad de un amor que honraría y acariciaría durante el resto de su vida.



VICTOR CANNING (Plymouth, Inglaterra, 16 de junio de 1911 - Cirencester, Inglaterra, 21 de febrero de 1986), fue un prolífico escritor inglés de novelas de suspense, muy conocido a mediados del siglo xx gracias a sus novelas de intriga y misterio, muchas de las cuales fueron llevadas al cine y a la televisión con guiones del propio Canning, destacando «La trama», dirigida por Alfred Hitchcock.

Su personaje más conocido fue el detective Rex Carver. En 1972 logró el CWA Silver Dagger por «The Rainbird Pattern».

## OBRAS

- *Mr. Finchley Discovers his England* (1934).
- *Polycarp's Progress* (1935).
- *Fly Away Paul* (1936).
- *Two Men Fought* (1936), writing as Alan Gould.
- *Everyman's England* (1936), illustrations by Leslie Stead.
- *Matthew Silverman* (1937).
- *Mercy Lane* (1937), writing as Alan Gould.
- *Mr. Finchley Goes to Paris* (1938).
- *Sanctuary from the Dragon* (1938), writing as Alan Gould.
- *The Wooden Angel* (1938), writing as Julian Forest.
- *Fountain Inn* (1939).
- *Every Creature of God is Good* (1939), writing as Alan Gould.

- *The Viaduct* (1939), writing as Alan Gould.
- *Mr. Finchley Takes the Road* (1940).
- *Atlantic Company* (1940), writing as Alan Gould.
- *Beggar's Bush* (1940), stage play produced in Harrogate.
- *Green Battlefield* (1943).
- *The Chasm* (1947).
- *Panther's Moon* (1948) US *Hunter's Moon* – filmed in 1950 as *Spy Hunt*.
- *The Golden Salamander* (1949) – filmed in 1950.
- *A Forest of Eyes* (1950).
- *Venetian Bird* (1950) US *Bird of Prey* – filmed in 1952.
- *House of the Seven Flies* (1952) US *House of the Seven Hawks* – filmed in 1959.
- *The Man from the Turkish Slave* (1954).
- *Castle Minerva* (1954) US *A Handful of Silver* – filmed in 1964 as *Masquerade*.
- *His Bones are Coral* (1955) US *Twist of the Knife* – filmed in 1970 as *Shark!*
- *The Hidden Face* (1956) US *Burden of Proof*.
- *The Manasco Road* (1957) US *The Forbidden Road*.
- *The Dragon Tree* (1958) US *The Captives of Mora Island*.
- *Young Man on a Bicycle* (1958) – collection of novellas – US *Oasis Nine*.
- *The Burning Eye* (1960).
- *A Delivery of Furies* (1961).
- *Black Flamingo* (1962).
- *Delay on Turtle* (1962) – collection of novellas.
- *The Limbo Line* (1963) – filmed in 1968.
- *The Scorpio Letters* (1964) – filmed in 1966.
- *The Whip Hand* (1965) – the first Rex Carver book.
- *Doubled in Diamonds* (1966) – the second Rex Carver book.
- *The Python Project* (1967) – the third Rex Carver book.
- *The Melting Man* (1968) – the fourth Rex Carver book.
- *Queen's Pawn* (1969).
- *The Great Affair* (1970).
- *Firecrest* (1971).
- *The Rainbird Pattern* (1972) – filmed in 1976.
- *The Runaways* (1972) (part 1 of the Smiler trilogy).
- *The Finger of Saturn* (1973).
- *Flight of the grey goose* (1973) (part 2 of the Smiler trilogy).
- *The Kingsford Mark* (1975).
- *The Doomsday Carrier* (1976).
- *The Crimson Chalice* (1976) (part 1 of the Arthurian trilogy).
- *The Circle of the Gods* (1977) (part 2 of the Arthurian trilogy).

- *The Immortal Wound* (1978) (part 3 of the Arthurian trilogy).
- *Birdcage* (1978).
- *The Satan Sampler* (1979).
- *Fall From Grace* (1980).
- *The Boy on Platform One* (1981).
- *Vanishing Point* (1982).
- *Raven's Wind* (1983).
- *Birds of a Feather* (novel) (1985).
- *Table Number Seven* (1987) – completed by his wife and sister.
- *Comedies and Whimsies* (2007) – collection of short stories.
- *The Minerva Club, The Department of Patterns and Dr. Kang* (2009) – collection of short stories.

# Notas

[1] Peón dama (Colección El Séptimo Círculo N.º 262). <<

[2] La efigie derretida (Colección El Séptimo Círculo N.º 272). <<

[3] Cresta roja (Colección El Séptimo Círculo N.º 283). <<

[4] La marca de los Kingsford (Colección El Séptimo Círculo N.º 302). <<

[5] El esquema Rainbird (Colección El Séptimo Círculo N.º 307). <<



El séptimo círculo

# Victor Canning

La máscara del recuerdo



Lectulandia

